

P. C. Doherty

UN TORNEO ENTRE ASESINOS



Lectulandia

Durante la batalla de Poitiers, un joven escudero llamado Ricardo Greenele descubre que sus padres no murieron en una epidemia como siempre había creído. Poco antes de morir, el caballero al que sirve le informa de que el único modo de descubrir la verdad es encontrar a Hugo Coiticol, pero cuando, tras un viaje lleno de aventuras, Ricardo llega hasta el domicilio de Hugo, descubre que éste ha muerto. Sin embargo, su hija le da algunos indicios y documentos que le ponen sobre la pista de las verdaderas circunstancias de la muerte de su padre. Descubre así que su progenitor formaba parte de un grupo secreto y sospecha que fue alguno de sus miembros quien le asesinó.

Lectulandia

Paul Doherty

Un torneo entre asesinos

Peregrinos de Canterbury - 3

ePub r1.0

FLeCos 13.08.16

Título original: *A Tournament of Murders*
Paul Doherty, 1996
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a la Sra. G. E. Fogarty.

Prólogo

En el refectorio de los Frailes del Saco, a las afueras del pueblo de Singlewell, los peregrinos de Canterbury descansaban bajo la luz de las velas sus cuerpos molidos después de un largo y duro día de viaje. El cielo se había despejado y el sol ardiente había secado la tierra roja del camino, convertida por los cascos de los caballos en un fino polvillo que les había llenado la boca y la nariz. Como si el calor y el polvo no hubieran sido ya bastante castigo, un alguacil había aparecido a todo galope para advertirles, con los ojos desorbitados por el miedo, que estuvieran alerta a la aparición de la banda del Capucha Negra, un grupo de forajidos que recorrían los campos y bosques de Kent; asaltaban a los viajeros y les robaban las joyas, los vestidos, los caballos y cualquier otra cosa de valor.

—Incluso —y aquí el alguacil bajó la voz—, molestan y abusan de las mujeres. —Dirigió un rápido vistazo a la recatada priora, sentada con mucha gracia en las jamugas mientras un hermoso capellán moreno sujetaba las riendas del palafrén—. Las religiosas no están a salvo —susurró el agente de la ley—, pues para el Capucha Negra lo único que importa son los pechos suaves y los muslos firmes.

—¡Pues le espera una buena si me ataca! —gritó la comadre de Bath, con el sombrero de ala ancha echado sobre su rostro redondo, gordo y enrojecido.

Había abierto su desdentada boca para continuar con la descripción de lo que le haría a Capucha Negra cuando el caballero, con su precioso tabardo cubierto de polvo, se inclinó para apretarle la mano.

—Señora, conmigo siempre estaréis segura.

La buena comadre de Bath mostró una sonrisa bobalicona. La priora, con los labios más fruncidos que nunca, miró con picardía al caballero. A fin de cuentas, ella era la priora y hablaba francés (si bien al estilo de Stratford-le-Bow): a ella le correspondía ser la primera en reclamar las atenciones del caballero.

—No os preocupéis, mi señora.

El ujier, borracho como una cuba, había acercado su caballo al de la priora hasta situar su rostro verrugoso a un palmo de la cara de ella. La madre Eglantine percibió el rancio aliento a cerveza y el hedor del cuerpo sucio y se apartó asqueada, tras lo cual el ujier se irguió sobre los estribos y se tiró un sonoro pedo antes de volver a dedicar sus atenciones a la bota.

Tras la marcha del alguacil, Mine Host, dueño de la Posada del Tabardo de Southwark, consultó con el caballero y el criado para desplegar su pequeña tropa en lo que llamó «una formación militar a la manera de Alejandro Magno». Aunque nadie sabía bien a qué se refería, después de mucho barullo el caballero, su hijo el escudero, el criado, el ujier y el fraile se hallaron colocados en la vanguardia; el mercero, el tintorero, el batanero y los demás, en los flancos; Mine Host, el terrateniente y el mercader ocupaban la retaguardia, y las mujeres del grupo, el centro

de la formación. Capucha Negra no apareció, aunque pasaron por delante de una picota donde se pudría el cadáver amarillento de uno de sus secuaces. En consecuencia, aparte de una liebre que cruzó velozmente el camino, el monótono trinar de los pájaros y el rumor de la hojarasca, la jornada transcurrió sin incidentes.

Por fin pudieron descansar: los caballos estaban en el establo y los buenos Frailes del Saco les habían dado alojamiento en la casa de huéspedes. Se habían inspeccionado las camas y todos se habían deshecho en alabanzas ante la blancura de las sábanas y la ausencia de chinches y excrementos de rata en las esteras que cubrían el suelo. Habían disfrutado de una cena excelente: rodaballo a la brasa, pan de harina candeal fresco y tortas de miel para postre. Mine Host había organizado una colecta para los buenos hermanos. Fiel a su condición, se había quedado con una parte como pago, según se dijo a sí mismo, por haberlo organizado todo y procurar el bienestar de sus compañeros.

Después de cenar permanecieron en el refectorio sentados en los taburetes y en los alféizares de las ventanas, bebiendo vino mientras charlaban entre ellos sin levantar la voz. Mine Host, sentado por su cuenta en un rincón, se sentía fresco y vigoroso. «¡Un grupo variopinto —pensó tras beber un trago de vino de malvasía—, por los clavos de Cristo!»

—Estáis muy pensativo. Pagaría un penique por conocer vuestros pensamientos, señor.

El tabernero miró el rostro jovial y los ojos alegres de Geoffrey Chaucer, poeta y diplomático, un hombre reservado. Él también se divertía observando a sus compañeros, atento a cada uno de sus ademanes, tonos y palabras. El tabernero tenía muy claro que Chaucer tomaba buena nota de cada uno de los peregrinos y de las historias que contaban cada día. Mine le señaló el taburete que tenía a su lado.

—Señor Geoffrey, como siempre, sois bienvenido.

Chaucer se sentó, acariciándose la barba, blanca como la nieve.

—Tengo el penique, Mine Host.

—Mis pensamientos son gratis —replicó el tabernero con un tono burlón al tiempo que golpeaba la jarra—. Pero podríais hacer que ésta rebosase.

Chaucer llamó al sirviente que estaba junto a la puerta y señaló la jarra del tabernero. El chico se acercó, evitando cuidadosamente al ujier, quien se había echado hacia delante con una expresión lasciva y alargaba la mano para tocarle las nalgas. El joven lego era ágil como una ardilla y el ujier cayó de bruces para gran regocijo de sus compañeros. El sirviente, un poco falto de aliento, les llenó las jarras y se alejó rápidamente, no sin antes darle un formidable pisotón en los dedos al ujier caído y hacerlo chillar de dolor.

Durante unos momentos, Chaucer y el mesonero contemplaron los esfuerzos del molinero y del vendedor de indulgencias, que apenas si se aguantaban de pie, para sentar al ujier en su taburete.

—Nunca está sobrio —comentó Chaucer.

—Le gusta beber —replicó Mine Host—. Aunque no es tan tonto como quiere aparentar.

—Lo mismo se puede decir de todos los presentes en esta habitación, Mine Host —señaló Chaucer—. ¿Os habéis fijado en que todos parecen conocerse? El caballero desconfía del monje. Desde que *sir* Godfrey narró la historia de los *strigoii*^[1] los vampiros de Oxford, el monje no lo pierde de vista, pero nunca se atreve a iniciar una conversación.

—Así es —asintió Mine Host—. Para colmo, cada vez que el monje se aproxima al caballero, la mano del escudero busca la daga.

—¿Qué me decís de la priora? Una dama de la Iglesia, aunque muy consciente de sus derechos y privilegios. Graciosa como un pavo real, recatada y correcta, excepto en lo que concierne al abogado. —Chaucer señaló con un gesto el rincón opuesto, donde el letrado conversaba en tono bajo y grave con el terrateniente y el mercader—. Cuando lo mira, la priora se derrite como la mantequilla y se le encienden los ojos. —Bebió un trago—. Sólo Dios lo sabe, pero yo diría que fueron amantes en el pasado. Los he visto murmurando juntos.

—El abogado hizo un magnífico relato de pasiones secretas y amores perdidos —señaló Mine Host—. Señor Geoffrey, bien puede ser que tengáis razón. Me pregunto si cada una de estas personas habrá venido a la peregrinación para encontrarse con el resto.

Interrumpieron la charla cuando el molinero se levantó tambaleante y tocó una nota estridente con la gaita que siempre llevaba debajo del brazo.

—¡Eso es lo que pienso de los bailes! —vociferó—. ¡Odio a los malditos bailes! —añadió, tambaleándose—. ¡Los muy cabrones siempre están buscando algo para su amo!

El amable cura rural intentó intervenir pero el baile, a pesar de tener el aspecto de un conejo asustado, se levantó de un salto al tiempo que echaba mano a la daga.

—¡Venga, saca tu puñal, fanfarrón! —gritó el molinero—. ¡Te daré tal paliza que no te quedará un hueso sano!

—Es la hora para otra historia —susurró Chaucer.

Mine Host se levantó en el acto y golpeó la jarra de peltre contra una bandeja de latón colgada en la pared.

—¡Por san Tristán y santa Isolda! —bramó, avanzando hacia los presuntos contendientes—. A cualquiera que empiece una pelea aquí le hincharé los morros de un sopapo. Los buenos hermanos y sus sirvientes no están acostumbrados a tanto escándalo.

Tenía un aspecto tan fiero y amenazador que el molinero y el baile corrieron a sentarse. Mine Host bebió un buen trago de la jarra.

—Queridos peregrinos —añadió con su voz áspera convertida en suave ronroneo—. ¿No somos todos buenos amigos y compañeros unidos en la devoción al bendito Tomás? Hemos tenido un buen día de viaje, mejor descanso, buena comida y

excelente bebida. ¿Por qué no escuchamos otra historia antes de que se nos haga más tarde? —Señaló las ventanas donde comenzaban a cerrar los postigos—. Mirad, comienza a ponerse el sol. —Hizo una pausa y el aullido de un perro pareció dar más relieve a sus palabras—. Aunque el día siempre sea tan largo —entonó—, por fin las campanas llaman a la oración vespertina.

—Y, después de la lucha, la barahúnda y el combate —intervino el terrateniente acabando el poema—, por fin llegó la dulce noche.

El mesonero sonrió e invitó con un gesto al terrateniente a que se acercara. Sorprendentemente, el potentado obedeció. Entró en el círculo alumbrado por las velas, con la capa de brocado oscuro forrada de piel echada elegantemente sobre los hombros, tapando apenas la camisa de fina tela blanca, las calzas verdes y las botas de montar de tafilete negro. Parecía un tipo alegre, con los ojos brillantes, el rostro moreno y la barba blanca; un hombre que sabía lo que era comer y beber bien, cómo hornear un capón, asar una trucha y cuál era el trozo de venado más tierno y succulento. Bebió un trago de su copa de oro incrustada con piedras preciosas, que hizo brillar la codicia en los ojos del ujier y del vendedor de indulgencias. El terrateniente no tenía un pelo de tonto, y al pasar junto al ujier y su grupo mantuvo la mano sobre la bolsa de terciopelo morado que aquél había intentado arrebatarse en varias ocasiones cortándole los cordones. El mesonero lo observó con curiosidad.

—Señor, ¿deseáis relatarnos una historia?

El terrateniente se quitó la gorra de terciopelo e insinuó burlón una reverencia.

—Señor, acabo de comer y beber bien, y los relatos del Capucha Negra han hecho volar mi imaginación. —El terrateniente miró a sus compañeros—. El sol se está poniendo —declaró—; las sombras se alargan. Aceptaré el desafío de Mine Host; contaré una historia capaz de inquietar la mente y agitar la sangre. Conozco una que reúne las condiciones, pues está mezclada con brujería.

—¿Es verídica? —gritó el carpintero desde donde estaba sentado reclinado contra la pared.

—Eso no es justo —intervino Mine Host—. Cada peregrino debe contar una historia adecuada a la noche. No tiene por qué decir si es cierta o no.

—Sólo preguntaba —replicó agriamente el carpintero, ofendido por la superioridad de Mine Host.

—¡Vamos, vamos! —El terrateniente alzó una mano—. Escuchadme todos y decidid, a medida que os la vaya contando, si es cierta o falsa.

Se interrumpió cuando la puerta se abrió bruscamente, asustando a la comadre de Bath, que dio un bote y soltó un chillido. El fraile entró con el hábito desordenado y el rostro enrojecido y sudoroso.

—Estaba rezando mis oraciones —farfulló mientras se apresuraba a sentarse en un banco.

—Di mejor que estabas en los establos con una moza —comentó el marino en voz baja, provocando las risas de sus compañeros.

Mine Host, al ver al fraile sacudirse el hábito, asintió. «Rijoso como una cabra», se dijo. Poco antes había tenido la oportunidad de verlo acercarse a una de las criadas para tocarle las nalgas cuando apenas había acabado de desmontar. Sin embargo, pensó el mesonero mientras bebía un trago, no era asunto suyo decir a los hombres de la Iglesia cómo atender sus casas o recordar a los frailes sus votos. En cambio, cogió al terrateniente de una mano y lo llevó hasta la silla de respaldo alto que estaba en el rincón de la gran chimenea.

—Sentaos, señor —anunció el mesonero con voz altisonante. Chasqueó los dedos para que el sirviente llenara las copas y, tras echar una ojeada al refectorio, prosiguió —: No habrá más interrupciones, a menos que vos las permitáis. Adelante, señor; escuchemos vuestro oscuro relato.

—Mi historia —comenzó el terrateniente— sucedió hace muchos años. Tiene sus raíces en un crimen macabro y floreció al final de un sangriento combate. —Su expresión se suavizó—. No obstante, está salpicada de amor, lealtad y un poco de magia. Escuchad.

PRIMERA PARTE

El relato del terrateniente

Capítulo I

La sangrienta batalla que se entabló entre los ejércitos de Inglaterra y Francia en Poitiers se acercaba a su espantoso final. Las falanges de caballeros franceses que, desde primera hora de la tarde, se habían lanzado una tras otra sobre la posición inglesa no habían conseguido más que ser rechazadas por las flechas que caían como una lluvia furiosa y constante de un cielo cada vez más oscuro. Las líneas de arqueros ingleses seguían intactas. Detrás de la protección de una barrera de estacas, se habían erguido por enésima vez o habían hincado una rodilla en tierra para disparar flecha tras flecha contra los caballeros franceses, exquisitamente ataviados, cuyas brillantes armaduras y gloriosos uniformes se teñían de un rojo sangre mezclado con fango. En algunos lugares los franceses muertos se apilaban hasta una altura de tres pies: caballos y jinetes abatidos por la puntería y la rabia de los arqueros ingleses. El Príncipe Negro, el hijo mayor y primer general de Eduardo III, había observado la carnicería antes de ordenar una carga general contra las diezmadadas filas francesas para continuar con la matanza. El rey Juan de Francia, vestido con su armadura milanesa debajo de un sobreveste azul y oro bordado con las plateadas flores de lis de Francia, había sido hecho prisionero. Otros señores franceses, sus condes y generales, se habían rendido. Los demás habían muerto atravesados por las flechas o yacían agonizantes sobre el fango. Algunos se ahogaron en sus vómitos, otros fueron despachados por los soldados ingleses que empujaban las misericordiosas dagas a través de las grietas de las armaduras entre el visor y la cota para cortarles las nobles gargantas.

Con todo, también los ingleses habían sufrido bajas. En una fangosa zanja junto a una hilera de arbustos yacía *sir* Gilbert Savage, un pobre caballero que jadeaba penosamente mientras la sangre se filtraba entre las articulaciones de la armadura y formaba un charco rojo oscuro a su alrededor. En la creciente penumbra, su escudero, Ricardo Greenele, intentaba aliviarlo.

—Desataré los arneses, *sir* Gilbert —susurró con voz ronca—. Al menos, permitid que atienda vuestra herida. —Miró el rostro curtido y triste del caballero—. ¿Voy a buscar al boticario o al sangrador?

—¡Malditos sean sus ojos! —gimió *sir* Gilbert—. ¡Déjame al menos morir con dignidad en mi armadura! —Sujetó la muñeca de Ricardo con una fuerza sorprendente y consiguió alzarse un poco—. Escucha —susurró el moribundo—: nada de sacerdotes ni boticarios. ¡Ricardo, tienes que marcharte de aquí ahora!

—¿Ahora? —replicó el joven escudero—. ¡Pero, *sir* Gilbert!

—La batalla está acabada —afirmó el caballero—. El Príncipe Negro ya tiene su victoria. Fui reclutado para servir durante seis meses y un día. He cumplido mi plazo y mi tiempo se agota. *Sir* Gilbert Savage va de camino a la muerte. ¿A quién le importa ahora un pobre escudero?

Greenele miró el rostro de *sir* Gilbert sin disimular la sorpresa. Siempre había creído que su señor era viejo. Sin embargo, al mirarlo ahora a la débil luz de la luna, con el ruido de la batalla resonando a su alrededor, se dio cuenta de que *sir* Gilbert no podía tener más de cuarenta veranos.

—No tendría que haberos dejado —confesó—. Pero cuando los franceses abrieron la brecha...

—Yo te envié en busca de ayuda —jadeó *sir* Gilbert—. Tú sólo cumpliste mis órdenes. —Se interrumpió llevándose la mano al costado—. Un caballero francés —añadió— a quien creí haber tomado prisionero —*sir* Gilbert metió la mano por la abertura entre el peto y la espaldera abollada— me ensartó con su espada y me hirió de muerte.

—No tendría que haberos dejado —insistió Ricardo.

Sir Gilbert meneó la cabeza.

—En cuanto termine contigo, vete. Envía a un sangrador para que me atienda. —Sonrió débilmente—. Aunque no lo entretendré mucho. Ahora, escucha —apretó todavía con más fuerza la muñeca de Ricardo—: tú no eres lo que crees ser.

—¿Qué queréis decir, señor? —preguntó Ricardo.

—No tiene importancia. —*Sir* Gilbert volvió a menear la cabeza—. Se acaba el tiempo. Debes regresar a Inglaterra. Ve a Colchester, en Essex. Busca al abogado Hugo Coticol. —Se interrumpió y ordenó a Ricardo que repitiera el nombre por lo menos cinco veces.

—¿Quién es Coticol? —preguntó Ricardo—. *Sir* Gilbert, ¿qué significa todo esto? Vos os hicisteis cargo de mí cuando yo era un bebé, después de que mis padres murieran víctimas de la peste, ¿no?

Sir Gilbert echó la cabeza hacia atrás como si estuviese escuchando los ruidos de la batalla cada vez más lejanos.

—El príncipe ha conseguido una gran victoria —musitó—. Dicen que han hecho prisionero al rey francés. Francia no volverá a hacer sentir su poder nunca más.

—Sí —asintió Ricardo con un tono de amargura—, pero yo he pagado con la vida de mi amo, mi padre y mi amigo. Se inclinó sobre el caballero. Le resultó difícil distinguir la expresión de *sir* Gilbert. Alzó la mirada por un momento. Unos puntos de luz comenzaban a aparecer en la oscuridad a medida que los ingleses, ahora dueños del campo, enviaban a los arqueros provistos de antorchas para buscar entre los muertos. Ricardo se preguntó si debía acercarse en busca de ayuda o al menos para conseguir una antorcha y disipar un poco la oscuridad.

—No vayas —jadeó *sir* Gilbert como si le hubiera leído el pensamiento—. Responderé a tus preguntas. Ricardo, tus padres no murieron víctimas de la peste. Los asesinaron de la manera más terrible y misteriosa. —Tosió—. No conozco los detalles, pero Coticol te entregará todos los documentos necesarios.

Ricardo se sentó sobre los talones. Boquiabierto, contempló la oscuridad. Había comenzado el día como escudero de *sir* Gilbert. Sabía que era huérfano y había sido

acogido por la generosidad de éste. Esperaba que, con el tiempo, algún gran señor lo convirtiera en caballero. Ahora, aquella espada clavada en el costado de *sir* Gilbert había destrozado su vida. No tenía amo y acababan de decirle que la historia que había creído ciegamente durante dieciocho años ocultaba un misterio todavía mayor. Se rascó la mejilla.

—No estés furioso conmigo —susurró *sir* Gilbert—. Hice el solemne juramento de que antes de morir, o una vez que tú cumplieras los dieciocho años, te diría la verdad.

—¿Qué pasará con vos? —exclamó Ricardo, arrebujiándose en la capa para protegerse del viento helado que azotaba su cuerpo sudoroso—. ¿Vuestras posesiones, vuestras...?

Sir Gilbert se echó a reír suavemente. Con una mano en el costado para restañar la herida, se subió un poco más en la zanja.

—¿Qué posesiones, Ricardo? ¿Una armadura abollada? ¿Un caballo que ahora es cadáver? ¿Unos pocos peniques en mi bolsa? —Alargó una mano para coger las viejas alforjas que Ricardo había traído con él y se las dio al escudero—. Después de años de servicio —continuó— de castillo en castillo, esto es todo lo que tengo. Como dice el poeta: «Salimos de la oscuridad desnudos, entramos en la oscuridad desnudos». No deseo otra cosa. Ahora, muchacho, por el amor de Dios, ¡vete! Busca un caballo; Dios sabe que hay muchos que ya no tienen jinete. Asegúrate de que tenga una buena montura y cabalga hacia la costa.

Ricardo, dominado por el súbito temor de encontrarse solo, meneó la cabeza.

—Necesitáis ayuda —afirmó en voz baja—. Puedo buscar los servicios de un sangrador.

Sir Gilbert levantó la espada en una sorprendente exhibición de fuerza y la descargó de plano sobre el hombro de Ricardo, situando la afilada hoja a una pulgada escasa del cuello del muchacho.

—Soy tu señor —gruñó—. La primera obligación del escudero es obedecer. Ahora, en nombre de Dios, ¡vete! ¡Es mi última orden!

—¿Qué pasará si no lo hago? —quiso saber Ricardo.

—Entonces no serás más que un rufián y un traidor, un desleal indigno de ser mi escudero, mi amigo o el hijo que siempre he querido tener. —La expresión de Savage se suavizó—. Por favor, en nombre de Dios, vete.

Ricardo se inclinó, apartando la espada, y besó suavemente las mejillas curtidas y la frente sudorosa de *sir* Gilbert. Mientras lo hacía, se echó a llorar con lágrimas amargas.

—¡Vete, muchacho! —le ordenó el caballero con tono áspero—. Déjame ir con Dios.

Sin mirar atrás, Ricardo salió de la zanja. Con las alforjas ocultas debajo de la capa, Ricardo Greenele, el escudero más pobre del ejército de Eduardo de Inglaterra, cruzó el campo de batalla de Poitiers. A primera hora del día, el campo había sido un

precioso prado verde que maduraba al sol de finales de otoño. Ahora era una representación del infierno en la tierra. Una niebla espesa comenzaba a extenderse como si la misma naturaleza quisiera ocultar el horror: caballos decapitados, corceles heridos que coceaban, con sus cascos herrados, a los heridos y moribundos apiñados como hojas. En el frío aire nocturno resonaba el espantoso coro de los gritos y gemidos de los agonizantes. Un francés llamaba a su madre. A su lado, un arquero inglés clamaba por su mujer y sus hijos.

El estruendo del combate había cesado. Los franceses estaban en plena retirada; los ingleses, demasiado exhaustos para perseguirlos. De vez en cuando, se veía a un fraile o a un sacerdote recorriendo el campo para ofrecer el consuelo que estaba a su alcance. Greenele envió a uno para que se ocupara de *sir* Gilbert, porque la perspectiva del pillaje había atraído a una multitud de partisanos armados con dagas para rematar a los heridos y desvalijar a los muertos. Ricardo se cruzó con algunos grupos de saqueadores, que al ver la espada y la expresión ceñuda en su rostro lo dejaron pasar sin molestarlo. De vez en cuando, encontraba a un grupo de arqueros ingleses que lo saludaban y le preguntaban su nombre y su título. Pero al escuchar el acento de Ricardo no tardaban en suspender el interrogatorio y abandonarlo a sus propios recursos. Hubiera querido detenerse: lo hizo en un par de ocasiones para ofrecer su cantimplora a los hombres que clamaban por un trago de agua. Mientras lo hacía, aprovechó para coger armas y avituallarse: una espada de primera, un escudo, una daga, comida y bebida de una alforja, incluso la capa de un caballero que no volvería a necesitarla.

Al acercarse al límite del campo de batalla se encontró con un hermoso corcel negro, alto y majestuoso; el caballo bajaba y subía la cabeza al tiempo que escarbaba la tierra con la pezuña, relinchando como si quisiera despertar al hombre que yacía en el suelo. Ricardo se aproximó lentamente mientras le hablaba con dulzura. Buscó en el morral y sacó la manzana que había mordisqueado antes del combate y se la ofreció. El caballo la mordió con delicadeza, echando las orejas hacia delante complacido. Ricardo lo montó sin interrumpir la charla ni un momento. El hermoso corcel no protestó, aunque volvió a relinchar suavemente sobre el cuerpo tendido. Cuando el escudero tiró de las riendas y lo espoleó con los talones, el animal dio media vuelta y echó a trotar.

Afortunadamente, el caballo estaba en el extremo más lejano del campo de batalla, cerca de la carretera que serpenteaba entre los arbustos. Ricardo nunca había montado un animal de tanta calidad y, a pesar de la brusca y trágica despedida de *sir* Gilbert, se sentía entusiasmado por la sensación de poder y velocidad. Por fin, cuando ya estaba bastante lejos del escenario del combate, sofrenó al caballo y se desvió del camino para meterse en un bosquecillo. Desmontó y, adelantándose, sujetó la cabeza del animal entre las manos y le dio un beso sin dejar de murmurarle palabras cariñosas como siempre había hecho con todos sus caballos. El enorme corcel le respondió empujándolo con el hocico. Ricardo examinó al animal con detenimiento.

Era negro azabache desde el hocico a la cola y la piel, brillante y sedosa: ancas fuertes, buenas patas, cascos finos y con el pescuezo y la cabeza bellamente proporcionados. Se volvió al mismo tiempo que Ricardo, como si él también se sintiera feliz de tener compañía. Ricardo se echó a reír. Buscó en el morral los últimos restos de la manzana y dejó que el animal le lamiera los dedos. A continuación, el escudero examinó el arnés: las riendas y la silla eran de piel española roja y las hebillas, las correas y los estribos, de una calidad excelente.

—Tu amo debió de ser un señor muy rico —comentó el escudero en voz baja.

Levantó la montura y exclamó sorprendido al ver la bolsa que llevaba cosida por dentro. Desensilló al animal y examinó el bolsillo con detenimiento. El caballo comenzó a revolcarse sobre la hierba para rascarse el lomo. Ricardo sacó las monedas de plata ocultas en el bolsillo secreto y silbó asombrado al comprobar que había, por lo menos, cien libras. Sujetó al caballo por el cabezal, volvió a ensillarlo y guardó las monedas donde las había encontrado. Ajustó la cincha, comprobó cada una de las hebillas y montó. Se inclinó sobre la cabeza del animal y le dio unas palmaditas en el pescuezo mientras le murmuraba a la oreja:

—Quizá nuestra suerte ha cambiado.

Emprendió de nuevo el camino.

Su asombro aumentaba a medida que se alejaba de Poitiers al comprobar cómo las nuevas de la batalla lo precedían. Pueblos y aldeas aparecían desiertos. Los campesinos escapaban hacia los bosques después de recoger enseres y pertenencias. En las pequeñas ciudades amuralladas encontró todas las puertas cerradas a cal y canto, y lo mismo ocurría con las masadas fortificadas y los castillos. La gran victoria inglesa en Poitiers ya comenzaba a despertar a sus propios demonios. Se encontró con algunas de las bandas que actuaban por libre: mercenarios, compañías de soldados y arqueros ingleses que ahora recorrían la campiña dedicados al pillaje, el saqueo y las violaciones. Decidió viajar de noche y dormir durante el día, y mantenerse bien apartado de las columnas de humo negro y el olor de los incendios. De vez en cuando conseguía comprar provisiones, en algún convento o alguna granja aislada, para él y forraje para su caballo. Nadie se atrevía a acercársele. Un señor inglés (al menos eso creían), bien armado y mejor montado, era un rival muy peligroso de desafiar.

Como no podía ser de otra manera, no dejaba de pensar en *sir* Gilbert Savage, tendido en aquella zanja fangosa, con la sangre manando de la herida, mientras sus palabras destrozaban la vida de Ricardo. Una noche, mientras yacía envuelto en su manta en algún bosquecillo, con el corcel maneado un poco más allá, comprendió hasta qué punto su vida había estado ligada a la del caballero, casi desde que tenía memoria. Había sido paje de *sir* Gilbert y después, su escudero mientras el pobre caballero viajaba por toda Inglaterra ofreciendo sus servicios a distintos señores, lo que suponía una temporada en castillos como el de Bamborough, en la marca escocesa, o en Dover, delante del gris y tormentoso canal. Greenele nunca había

rechistado. En las ocasiones en las que le había preguntado sobre sus padres, Savage se había limitado a sacudir la cabeza canosa y responder cáusticamente:

—Murieron a consecuencia de la peste.

—¿Dónde? —preguntó Ricardo en una ocasión.

—En un pequeño pueblo de Kent. Yo pasaba por allí; todos los pobladores habían huido, y entonces oí el llanto de un crío.

—*Sir* Gilbert se inclinó para alborotarle el pelo.

—San Miguel y todos sus ángeles estaban sin duda protegiéndote. Tus padres habían muerto y tú estabas sentado en el suelo de tierra berreando a todo pulmón. Por aquel entonces yo tenía una mujer, Mariotta. Ella cuidó de ti, pero cuando murió de las fiebres sólo quedamos nosotros dos.

Greenele se movió inquieto y miró el cielo cuajado de estrellas. Aquél era el resumen de su vida: siempre de un lado para otro por los caminos y senderos polvorientos de Inglaterra durante el día, y por la noche alojado en establos malolientes, los desvanes de fondas ruinosas o en las desnudas y heladas habitaciones de algún castillo. Sin embargo, había sido una buena vida. *Sir* Gilbert había combatido en Prusia contra las tribus salvajes, así que era una fuente inagotable de fascinantes historias de bosques húmedos y umbríos, ritos macabros y tribus que les cortaban la cabeza a los enemigos para decorar las puertas de sus chozas. Al mismo tiempo, el caballero había sido un magnífico tutor. Había instruido a Ricardo en el arte de montar y lo había convertido en un experto en el manejo del arco, la espada, la lanza y la daga. Ricardo había confiado en que aquella vida duraría siempre. Muchas veces iban a los grandes torneos de Leicester, Nottingham, Salisbury, Winchester o Canterbury. Su señor sobresalía en el manejo de la lanza. Siempre ganaba una bolsa de plata o incluso los arneses y el caballo de algún caballero desafortunado a quien había tumbado dos veces. Vendían el animal y los arneses y seguían viaje. No obstante, muchas veces Ricardo sufría una terrible pesadilla. Siempre era la misma: se encontraba solo en una habitación, dormido en un pequeño catre. En el exterior sonaban los gritos de una mujer, el choque de las espadas y el ruido de unos pies acorazados en la escalera. En ocasiones, la pesadilla era un poco más clara: se abría la puerta y un hombre se inclinaba sobre el catre, pero después se desvanecía. Una noche, cuando se despertó, bañado en sudor, descubrió a *sir* Gilbert que lo observaba con curiosidad.

—Tienes pesadillas a menudo, ¿no es así, Ricardo?

El escudero asintió, mientras boqueaba con desesperación.

—Súcubos —explicó el caballero—. Demonios del aire; surgen del infierno para asesinar nuestro sueño y hundir al alma en las pesadillas.

—Pero ésta es siempre la misma —protestó Ricardo.

Cerró los ojos y se la describió. *Sir* Gilbert lo miró de una forma extraña, meneó la cabeza y le recomendó que volviera a dormirse. Pero todo aquello se había acabado y Ricardo se preguntó quién sería el tal Hugo Coticol. ¿Cuáles eran los secretos de su

pasado? ¿O de sus padres? ¿Por qué Colchester, en Essex? Ricardo oyó relinchar al caballo y se levantó inmediatamente para ir a tranquilizarlo.

—Eres hermoso —le dijo, acariciándolo—. De corazón valiente y leal. —Miró el cielo—. Te llamaré *Bayard*. Sí, *Bayard*, el príncipe de los corceles.

El caballo relinchó suavemente, olisqueando el morral de Ricardo.

—No tengo más manzanas —le advirtió el escudero, riéndose.

Fue a buscar en la alforja y sacó una ciruela confitada que había comprado en el pueblo por donde habían pasado el día anterior. *Bayard* comenzó a comer de su mano. «¿Por qué Colchester, en Essex?», se preguntó Greenele. Apartó la mano, cosa que motivó un relincho de protesta. De pronto, cayó en la cuenta de que, a pesar de las constantes idas y venidas del caballero por todo el reino, siempre se habían mantenido bien lejos de las ciudades y puertos de Essex. Ricardo exhaló un suspiro. Dejó que *Bayard* se acabara la ciruela, volvió a acostarse, se abrigó con la manta e intentó dormir.

Después de unos pocos días más de marcha, Greenele llegó al puerto de Burdeos. También allí habían recibido la noticia de la victoria del Príncipe Negro en Poitiers. En el puerto, ocupado por una poderosa guarnición inglesa, reinaba una actividad incesante, provocada por el avituallamiento de las carabelas y falucas destinadas a atacar a las naves francesas. Todo el mundo venía a Francia, en busca de fortuna, así que a Greenele no le costó encontrar pasaje para él y *Bayard* en una nave mercante que zarpaba rumbo a Dover. Salieron una mañana, poco antes de que, como comentó el capitán, los vientos otoñales hicieran sentir su presencia. Ricardo no discutió la opinión. *Bayard* iba bien protegido en la bodega, maneado y con abundante agua y forraje, pero a él le dieron un jergón empapado en las entrecubiertas.

Por primera vez en su vida, Ricardo conoció lo que era padecer de verdad. La nave cabeceaba y rolaba. El agua parecía colarse en todas partes, cubriendo sus prendas y su piel con una fina capa de sal. La comida consistía en galletas infestadas de gorgojos y una jarra de vino que parecía vinagre. El joven escudero pasó la mayor parte del tiempo subiendo y bajando para ir a vomitar por la borda. Los marineros se burlaban amablemente, palmeándole la espalda y advirtiéndole que aquello no era nada comparado con lo que podría venir. Ricardo les sonreía sin fuerzas y bajaba a la bodega para ver cómo se encontraba *Bayard*. Después, tumbado sobre el jergón empapado, se acurrucaba en la oscuridad, cruzaba los brazos, cerraba los ojos y rezaba a Dios para que lo protegiera de todos los peligros del mar.

Por fin llegaron a Dover. El gran castillo donde Ricardo había pasado parte de su adolescencia se alzaba en lo más alto de los acantilados, desde donde dominaba el activo puerto. Ricardo, débil, barbudo y sucio como una rata de cloaca, se encargó de desembarcar a *Bayard*, que tampoco tenía muy buen aspecto. Recorrió las angostas calles adoquinadas hasta que dio con la mejor posada. Permaneció allí durante una semana mientras él y *Bayard* se recuperaban de los sufrimientos de la travesía marítima. Se despojó de sus prendas, se bañó, se afeitó y le compró indumentaria

nueva a un sastre ambulante. Durante los tres primeros días, el escudero pasó la mayor parte del tiempo en la cama o sentado delante de la chimenea donde ardía un buen fuego. *Bayard* fue el primero en recuperarse: descansado, atendido y bien alimentado, no tardó en comenzar a dar coces en los tablones de la caballeriza y sacudir la cabeza alegremente cada vez que aparecía su nuevo amo. Naturalmente, con semejante caballo y como quien dice recién llegado de Francia, Greenele se convirtió muy pronto en el centro de atención de un gran número de personas que querían saber qué había pasado en Poitiers. Ricardo respondió lo mejor que pudo, haciéndose pasar por el mensajero de un importante señor que tenía tierras al norte del Támesis. Les dijo a sus oyentes lo que ellos querían escuchar: el coraje de los arqueros ingleses, la bravura de los soldados, el arrojo de los caballeros y las grandes cualidades de su general, el Príncipe Negro.

La mayoría de las preguntas eran inocentes, incluso ingenuas; sobre todo las de los jóvenes, ya fueran marineros, aprendices o labradores, ansiosos por cruzar a Francia para hacerse con una parte del botín. No obstante, había momentos en los que se sentía estrechamente vigilado, cada vez que ocupaba una de las mesas pringosas de la taberna o recorría las calles, preguntándose cuándo podría marcharse. Greenele, un hombre solitario, habituado al peligro y a los caminos y senderos desiertos de Inglaterra, sospechaba que lo seguían, pero, cada vez que se volvía al llegar a una esquina o ante algún tenderete, no veía nada anormal. Lo mismo ocurría en la taberna, que por la noche se llenaba de buhoneros, vendedores de reliquias, pacotilleros, marineros, soldados, prostitutas pelirrojas y las más elegantes cortesanas. Sin embargo, por mucho empeño que ponía, fue incapaz de descubrir al misterioso observador. Cuando por fin abandonó Dover, por la carretera del norte que llevaba a Londres, lo hizo convencido de que todo eran imaginaciones suyas; quizás el resultado de su apresurada marcha de Francia y la terrible travesía.

Ricardo se alegró de marcharse de Dover, verse libre de las calles fétidas y del pestilente olor del pescado seco que lo impregnaba todo. El campo todavía no estaba sometido a los rigores del invierno, pero el otoño se acababa. Las hojas secas formaban alfombras que cubrían los senderos mientras que una brisa fuerte y bastante fría desnudaba los árboles y deshacía las bandadas de pájaros. En las grandes extensiones de campo a ambos lados de la carretera, los campesinos preparaban la tierra para la siembra; labriegos fornidos se inclinaban sobre los arados tirados por bueyes mientras, detrás de ellos, los chiquillos, armados con hondas, espantaban a los cuervos.

Los caminos estaban atestados. Frailes y predicadores, con las desvencijadas carretillas llenas a más no poder con sus miserables pertenencias, marchaban presurosos hacia Londres antes de que llegara el invierno y convirtiera las pistas adoquinadas en pantanos de fango. Estudiantes de diversas nacionalidades vestidos con prendas andrajosas y chillonas se dirigían a las aulas de Cambridge y Oxford. Un vendedor de indulgencias, recién llegado de Avignon, cabalgaba con una sarta de

huesos colgada alrededor del cuello. Proclamaba que eran las sagradas reliquias de san Thaxtus y sus diez mil compañeros. El escudero se mantuvo bien lejos de todos estos villanos. De vez en cuando, se sumaba a alguna compañía de mimos que iba de pueblo en pueblo o a algún grupo de mercaderes que viajaba hacia Canterbury o a Londres.

Greenele no tenía ninguna intención de acercarse a Londres, donde cualquiera que acabara de llegar de Poitiers podía ser llevado ante los alguaciles, alcaldes o regidores para ser sometido a interminables interrogatorios. El escudero era consciente de que no tenía permiso oficial para abandonar las fuerzas del príncipe, así que continuó su camino hacia el oeste. Cruzó el Támesis por un vado desierto casi en plena oscuridad y se dirigió hacia el pueblo de Woodforde. Sólo podía pedir información para orientarse a los campesinos que encontraba o en alguna choza aislada, y descubrió que era casi imposible evitar la gran extensión verde del bosque de Epping ni los senderos solitarios que lo atravesaban. No tenía miedo, pero tampoco conseguía librarse de la molesta sensación de que lo seguían. Sólo en una ocasión, cuando acababa de cruzar un vado, consiguió ver fugazmente a un misterioso jinete encapuchado que esperaba entre los árboles. Insistió en mantenerse apartado del bosque, pero cuando llegó al señorío de Wanstead comprendió que ya no podía evitar por más tiempo el sendero que lo atravesaba. Cargó la ballesta, la colgó del pomo de la silla y aflojó la espada y la daga en sus vainas.

A última hora de la tarde entró en el bosque y su nerviosismo aumentó. Las ramas de los árboles gigantes se entrelazaban por encima de su cabeza, tapando toda visión del cielo y del débil sol otoñal. El espeso manto de hojas podridas que cubría el suelo apagaba cualquier sonido que no fuera el de los animales que se escurrían entre los matorrales y las lúgubres llamadas de los pájaros que acudían a sus nidos en la fronda. La inquietud de Greenele aumentaba por momentos. En una ocasión, cuando la penumbra era bastante intensa, vio unas sombras que se movían por el bosque a ambos lados de la senda. Respiró más tranquilo cuando el camino se hizo más ancho, la espesura menos densa y vio a lo lejos el brillo de una luz que le daba la bienvenida. Tanto era su afán por alcanzarla, que bajó la guardia cuando la banda de cabezas de lobo que venía rastreándolo salió de entre los árboles. Corrían silenciosos, con los arcos preparados, las espadas desenvainadas y los garrotes en alto, y se le echaron encima casi antes de que se diera cuenta.

No había tiempo para usar la ballesta, pero desenvainó la espada, sujetando con fuerza las riendas de *Bayard*. Los bandidos, con las cabezas cubiertas y los rostros tapados, se arremolinaron a su alrededor y comenzaron a golpearlo. Greenele repelió el ataque, maniobrando cuidadosamente con *Bayard*, para después cargar directamente sobre los arqueros que se movían de aquí para allá en un intento de encontrar la posición de tiro. Al principio, el gran corcel pareció desconcertado por el súbito cambio en los acontecimientos, pero cuando uno de los forajidos falló el golpe contra la pierna del escudero y le dio al caballo, éste reaccionó en el acto. Como

correspondía a su condición de animal de combate, se levantó sobre las patas traseras y descargó un tremendo golpe con las pezuñas afiliadas, derribando a dos de los asaltantes. Greenele aprovechó el respiro para coger la ballesta y disparar la saeta, que convirtió el rostro de uno de los atacantes en una masa sanguinolenta. Entonces los demás, quizá deseosos de hacerse con el magnífico corcel que había acabado con dos de los suyos, se lanzaron a la desesperada, intentando arrancar al joven de la montura. El escudero consiguió eludir las manos de los bandidos, ayudado por los caracoleos de *Bayard*. Greenele sudaba a mares, se le humedecieron las manos y, después de asestar un mandoble, se movió demasiado rápido y se le cayó la espada. Clavó las espuelas en los flancos del caballo con la intención de escapar, pero uno de los forajidos se colgó de los arreos, de manera que evitaba el peligro mortal de los cascos, al tiempo que reclamaba la ayuda de sus compañeros para tumbar al jinete. De pronto, se oyó la nota de un cuerno, sonora y profunda. Un toque corto seguido de otro más largo y estridente. Sorprendidos, los forajidos dieron un paso atrás. Uno de ellos pareció dar un salto en el aire, con los brazos extendidos, cuando una flecha cruzó el espacio con un zumbido furioso y le atravesó el pecho. Otras flechas siguieron a la primera: dos, tres bandidos se desplomaron fulminados. Los demás echaron a correr despavoridos para desaparecer como ratas en la maleza.

Greenele permaneció durante unos momentos con la cabeza gacha, mientras recuperaba el aliento. Oyó un ruido, un gorgoteo y, al alzar la mirada, vio a un hombre vestido de verde de pies a cabeza que se inclinaba sobre uno de los bandidos para degollarlo de un solo tajo. El hombre se volvió al escuchar la exclamación del escudero y se acercó, quitándose la capucha que le cubría el hirsuto pelo canoso. Su rostro agradable, cuadrado y curtido por el sol mostraba una larga cicatriz que le recorría toda la mejilla izquierda. Se movía ágil y silenciosamente, como un gato. Llevaba a la espalda una aljaba con flechas de plumas grises y en la mano derecha, un arco de tejo largo. La túnica verde se veía sucia y manchada de sudor, pero el tahalí y el cinturón de cuero se veían relucientes. La espada sujeta al cinturón con un anillo estaba limpia y aceitada. Greenele no pasó por alto las gruesas muñequeras de cuero, que eran la marca del maestro arquero.

—Puedes desmontar —dijo el hombre con un sonrisa mientras se rascaba la mejilla.

—¿Cómo sé que no eres uno de ellos? —replicó el escudero.

—Porque, si lo fuera, no habría matado a tres de ellos, y a estas horas tú también estarías muerto. Ahora, sé un buen chico y haz lo que te digo. No puedes dejar una buena espada tirada en el bosque.

La llamada estridente de un pájaro en algún lugar del bosque lo sobresaltó.

—No te preocupes —manifestó el hombre vestido de verde en voz baja, acercándose—. Se han marchado todos, al menos por el momento. —Fue de cadáver en cadáver para quitarles las bolsas y cualquier otro trofeo que tuvieran en su poder y los guardó en su bolsa—. ¡Ratas de cloaca!

—¿Los conoces? —Ricardo desenfundó la daga disimuladamente, al tiempo que calmaba a su corcel, todavía nervioso por la refriega.

—Claro que los conozco. Se hacen llamar la Jauría. Forman parte de un gran grupo de asesinos, forajidos, violadores, blasfemos y saqueadores. ¡La flor y nata de los calabozos del rey! —Se acercó un paso más y Greenele le enseñó la daga.

—¿Cómo lo sabes?

El hombre le obsequió con una reverencia burlona.

—Me llamo Cuthbert Barleycorn, cazador, y en otros tiempos guarda mayor del real bosque de Epping.

—¿Qué eres ahora? —preguntó Greenele, curioso.

—Bueno, maese viajero, hay quienes viven dentro de la paz del rey; hay otros que viven fuera de ella, y unos pocos como yo, que vivimos en la zona intermedia.

—¿Así que eres un forajido?

—No, no exactamente. Sólo rehusé la llamada del rey a unirme a sus ejércitos en Francia. —Barleycorn se acercó todavía más, entrecerrando los ojos—. Diría que tú vienes de allí. ¿También eres un desertor?

Greenele empuñó la daga con fuerza.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuve allí hace más de diez años. Luché en aquella matanza que llaman la gran victoria de Crecy. Reconozco una montura francesa cuando la veo. Por san Miguel y todos los ángeles (y eso es una oración, no una blasfemia), montas tu caballo como un conejo asustado. Si quisiera matarte, podría hacerlo.

Se movió con una velocidad increíble: sacó una flecha de la aljaba, tensó el arco y, antes de que el joven escudero tuviera tiempo de reaccionar, la disparó a unas pocas pulgadas por encima de su cabeza. Barleycorn se acercó, recogió la espada y se la entregó con una amplia sonrisa.

—Sabes luchar —declaró—. A muchos otros hombres los hubieran derribado del caballo. ¿Adónde te diriges?

—Voy a Colchester, en Essex.

La sonrisa desapareció del rostro de Barleycorn.

—Entonces tendrás que ir con mucho cuidado. La gran peste ha aparecido por allí.

Greenele miró el cielo por un instante. Anochecía y él deseaba estar fuera del bosque, lejos del hábil arquero de mirada aguda. Se sobresaltó cuando, en algún lugar del bosque detrás de ellos, sonó la larga y lúgubre llamada de un cuerno de caza. Sin preguntar, Barleycorn cogió las bridas del caballo.

—Será mejor que nos vayamos —murmuró.

Miró por encima del hombro y Greenele vio el miedo reflejado en sus ojos cuando el cuerno repitió la llamada.

—¡Es la Jauría! —afirmó el arquero—. ¡Se preparan para cazarnos!

Capítulo II

El joven escudero no puso ninguna pega a la oferta de ayuda de Barleycorn. El reciente ataque le había recordado que en Inglaterra los forajidos se movían con mayor impunidad que los asustadizos campesinos franceses que se ocultaban de los señores ingleses. Greenele y Barleycorn marcharon a paso rápido por el sendero, salieron del bosque y continuaron por la carretera polvorienta que conducía al pueblo de Woodforde. Barleycorn le guió hasta la taberna de La Liebre Blanca, un edificio grande que se levantaba en sus propios terrenos en el lugar donde el camino hacía una curva que llevaba a la iglesia de Santa María. Greenele recordó sus modales e insistió en pagar la comida y la cama de su salvador. Barleycorn no protestó. En cuanto dejaron a *Bayard* en el establo soltó un eructo y se frotó la panza.

—Podría comerme un cerdo con pezuñas y todo —comentó.

—¿La Jauría nos seguirá hasta aquí? —preguntó Greenele.

—Sólo si se han vuelto tontos. Los capitanean dos hombres, villanos, forajidos desde el día que vinieron al mundo: Dogwort y Ratsbane. —Empujó suavemente a Greenele hacia el bar—. No, no; ellos prefieren el sendero desierto y al viajero solitario que intenta recorrer aquella última milla antes de que oscurezca del todo. ¡Al infierno con ellos! Vamos a comer.

El barrigudo propietario de La Liebre Blanca les ofreció una mesa cerca de la chimenea, donde ardía un buen fuego. Les sirvió una variedad de platos a cual más delicioso: se decidieron por anguilas picantes, sopa de puerros y trozos de carne, cortados de un cuarto trasero que se asaba en el espetón, untados con pimienta y mostaza y bañados con una espesa salsa de cebolla marrón. Barleycorn comió como si su vida dependiera de ello y, aunque bebió en abundancia el delicioso clarete, su voz se mantuvo firme. Le contó a Ricardo, sin que se lo preguntara, su juventud en Essex, su aprendizaje en el manejo del arco hasta llegar a ser maestro arquero. Había sido cazador de la casa real hasta que desertó de los ejércitos del rey en Francia.

—¿Por qué? —preguntó el escudero.

Barleycorn se acomodó en el taburete y, durante unos instantes, se entretuvo en limpiarse los dientes lobunos con una astilla de madera previamente mojada en vino.

—¿Tú has estado en Poitiers?

—Sí.

—¿Qué te pareció?

—Espantoso.

—Llevé a mi chico a Francia —dijo Barleycorn, echándose un poco hacia delante—. Se ocupaba de llevar mi aljaba con flechas, inmediatamente detrás de la línea de estacas, donde yo ocupaba mi puesto en una fila de arqueros. Los franceses se abrieron paso enviando a grandes hombres acorazados con manguales, hachas, espadas y dagas. Luchamos cuerpo a cuerpo. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—.

Los rechazamos, los hicimos retroceder, pero, cuando miré a mí alrededor, mi joven Alan estaba muerto. Hubiera creído que dormía de no haber sido por la sangre que le manaba de un costado de la cabeza. Tenía un pelo precioso, como el trigo maduro, y los ojos azules como el cielo de verano. Me senté acunando su cabeza en mi regazo y le pregunté a Dios qué sentido tenía todo aquello. ¿A quién le importaba que Eduardo llevara la corona de Francia? No valía nada, ni una meada de sapo, si para que la consiguiera tenían que morir chicos como Alan. Así que me marché. Regresé a Inglaterra. —Hizo una pausa para mirar el fuego—. Mi esposa había muerto al poco de nacer Alan. Retomé mis obligaciones de guarda mayor pero, claro, todos tenemos enemigos. Alguien fue a los jueces de Chelmsford y me denunció por desertor. Me llamaron para que compareciera ante ellos y me negué. —Encogió los hombros—. No pasó nada. Al cabo de dieciocho meses me llamaron del reclutamiento para que me uniera a las fuerzas del rey cuando se agrupasen en Colchester. Rehusé y huí al bosque, donde vivo ahora. —Sonrió sin mucho entusiasmo—. Todavía hago de guarda mayor.

—¿Nadie te persiguió?

—Tú has visto el bosque. ¿Quién se atrevería a dejar el camino para perseguir a un hombre como yo en la oscuridad?

—Pero ¿y los forajidos?, ¿y la Jauría?

—¡Ah! —Barleycorn bebió un trago de la copa de peltre abollada—. Verás, mi joven señor...

—Ricardo —le corrigió Greenele secamente—. Me llamo Ricardo Greenele. Ya te lo he dicho.

—Por supuesto que sí. Verás, mi joven señor; cuando era guarda mayor, perseguí a Ratsbane y Dogwort. Son malvados, sus almas están llenas de malicia; no tienen compasión ni miedo de Dios ni del hombre. Ahora que estoy en el bando contrario de la ley son ellos quienes me persiguen.

—¿Para vengarse?

—No. —Barleycorn dejó la copa—. Es por la recompensa: cincuenta libras vivo o muerto; jugamos al gato y al ratón en el bosque. Desde la festividad de san Miguel he matado a diez de sus hombres.

Greenele miró ansioso a la nutrida concurrencia.

—¿Estás seguro aquí?

—Desde luego. Nadie me conoce. Sólo tú. —Barleycorn se desperezó—. ¿Por qué abandonaste los ejércitos del rey en Francia? Cabalgas un caballo demasiado bueno para ti y llevas arneses de la mejor calidad. ¿Por qué, en nombre de Dios, quieres ir a Colchester?

Greenele miró su copa. Barleycorn parecía digno de confianza: un soldado duro y curtido. Sin embargo, parecía demasiada coincidencia que hubiese surgido en el momento preciso. ¿Cómo podía saber si la historia de Barleycorn era cierta? ¿Qué pasaría si era él quien lo había seguido desde Francia? ¿Era el maestro arquero el

misterioso perseguidor?

—No soy un mentiroso —susurró Barleycorn, con voz ronca—. Te he dicho la verdad.

Greenele levantó la cabeza y sonrió.

—Entonces, también yo te contaré toda la verdad.

El joven escudero acercó el taburete e hizo un rápido relato de su niñez, el viaje a Francia, la repentina muerte de *sir* Gilbert y el regreso a Inglaterra. Barleycorn lo observó atentamente mientras escuchaba la historia. Cuando terminó, el arquero meneó la cabeza.

—Es extraño que un moribundo cambie la historia de tu vida. ¿Estás decidido a ir a Colchester?

—No tengo nada más que hacer —afirmó Ricardo—. *Sir* Gilbert está muerto y no tengo más posesiones que las que ves. Tengo la intención de resolver el misterio. —Hizo una pausa. Atisbó algo en los ojos del antiguo guarda mayor; nada siniestro, sino como si se estuviera riendo para sus adentros. Ricardo sintió que el miedo le erizaba los pelos de la nuca. Apartó el taburete y se levantó—. Será mejor que me retire. Mañana me espera un viaje bastante largo. Te agradezco la ayuda.

—Siéntate. Siéntate.

Barleycorn alargó una mano, cogió la jarra de vino y llenó la copa de su compañero. El joven escudero se dejó caer pesadamente sobre el taburete.

—Iré contigo —manifestó Barleycorn, levantando una mano para acallar cualquier protesta—. Aprecio tu compañía; se acerca el invierno y antes o después se me acabará la suerte.

—Todavía es otoño —replicó Greenele—. El viento puede ser helado y duro de aguantar, pero aún hay mucha caza en el bosque.

—Conozco muy bien el tiempo —afirmó Barleycorn—. Dentro una semana estará helado. Antes del día de san Crispín tendremos nieve. Si no te importa, prefiero ir contigo.

Greenele no podía negarse. Después de todo, razonó, era bueno tener al lado a un hombre como Barleycorn en una pelea y lo prefería a soportar la inquietud de llevarlo pegado a los talones. Así que asintió, se acabó el vino y anunció que se iba a la cama. En cambio, Barleycorn decidió quedarse un rato más en el bar. Había visto o a un grupo de buhoneros y, con una sonrisa de oreja a oreja, sacó un par de dados de su raída bolsa.

—Los tontos y su dinero se separan muy pronto —susurró—. Tú, mi joven amo, vete a dormir. Voy a ver si puedo recuperar lo que pagamos por la comida.

Greenele, alojado en un cuarto del último piso de la taberna, se desnudó, se quitó las botas y guardó el dinero en un lugar secreto. Preparó la ballesta y la dejó en el suelo junto a la cama, ocultó la daga debajo de la almohada sucia y colocó la espada al alcance de la mano. Se acostó, con la mente llena de todos los acontecimientos del día: la aparición de los forajidos saltando como lobos entre los árboles, el estrépito de

las armas, la aparición de Barleycorn como un ángel vengador. Ricardo se quedó dormido y volvió a tener la misma pesadilla. Estaba otra vez en aquella habitación, y ahora todo se veía con gran detalle: una habitación bien amueblada con tapices damasquinados en las paredes, alfombras de lana en el suelo y una lamparilla encendida junto al pequeño catre. Él era un niño pequeño; sin embargo, pensaba como un adulto. Estaba acurrucado en la oscuridad escuchando los terribles gritos en la planta baja, que hablaban de asesinatos y traiciones. El sonido de los pies acorazados en las escaleras, una mujer inclinada sobre él, su piel hermosa y dorada; sus ojos glaucos no lograban esconder el pánico tras su belleza. Se oían los tonos ásperos de la voz de un hombre. Lo levantaban de la cama; la mujer lo tenía en brazos; iban hacia la puerta, las espadas centelleaban...

Ricardo se sentó en la cama y miró en derredor. Tuvo que recordarse a sí mismo que se encontraba en el desván de La Liebre Blanca en el pueblo de Woodforde y que acababa de ser visitado por un súcubo, un demonio de la noche. Cogió el yesquero y encendió la vela colocada en el candelero de peltre de la mesa que había junto a la cama. El colchón al otro lado de la habitación estaba vacío. Al parecer, Barleycorn continuaba con la partida de dados en el bar. Sintió frío. Se levantó de la cama y caminó de puntillas por el suelo helado para ir a cerrar los postigos. Dio un salto cuando una rata gorda y marrón se escurrió para desaparecer por un agujero en un rincón oscuro. Ricardo cerró los postigos. No se oía ningún sonido procedente del bar.

Cogió la manta de la cama, se la echó sobre los hombros y abrió la puerta. La oscuridad en las escaleras era total. No oyó absolutamente nada excepto el ruido de las ratas comiendo. Se acercó a las escaleras y atisbó los ojos ambarinos de un gato que lo miraban. Si el bar estaba vacío, pensó el escudero, si todos los clientes de la taberna estaban durmiendo y las ratas se atrevían a salir de sus madrigueras para comer y los gatos se dedicaban a cazarlas, ¿dónde estaba Barleycorn? Volvió de puntillas a la habitación, cerró la puerta y abrió de nuevo los postigos. La ventana del desván, poco más que una trampilla cubierta con un parche de cuero, daba directamente al camino. Ricardo abrió la ventana, encogiéndose cuando el viento helado le azotó la cara. Vio el resplandor de la lámpara que colgaba de un gancho delante de la puerta de la taberna, pero poca cosa más. El cielo estaba despejado y las estrellas resplandecían como diamantes sobre un cojín de terciopelo. Todo lo demás era negro. Ricardo se irguió, tiritando, con los oídos atentos a cualquier ruido. Entonces lo oyó. Eran las pisadas de un caballo, pero tenían un sonido extraño, como si el jinete hubiera envuelto los cascos con trapos para amortiguar el ruido. Ricardo se acercó a la mesa, apagó la lámpara de un soplado y volvió a apostarse junto a la ventana. El jinete surgió de la oscuridad, embozado de pies a cabeza en una capa; no era sino una sombra un poco más oscura que las demás y delante de él se hallaba Cuthbert Barleycorn. Se oyó el rumor de las voces. Ricardo aguzó la mirada. Vio al arquero levantar las manos en señal de despedida, mientras el jinete daba media

vuelta y desaparecía en la noche.

En el momento en que Cuthbert, silencioso como un gato, entró en la habitación, Ricardo estaba otra vez en la cama haciéndose el dormido, con la cabeza tapada con las mantas. Permaneció inmóvil, con la respiración acompasada del que duerme profundamente, mientras escuchabas los suaves sonidos de su compañero que se preparaba para acostarse. A Ricardo comenzaron a pesarle los párpados; su respiración se hizo más lenta y, sin embargo, incluso cuando ya estaba a punto de sumergirse en el sueño, se preguntó si el encuentro con Cuthbert había sido accidental. ¿Habría preparado Barleycorn el ataque? ¿Formaba parte de la banda de forajidos?

A la mañana siguiente lo atormentaban las mismas preguntas cuando en compañía del maestro arquero bajó a desayunar al bar. El desayuno consistió en panceta ahumada un poco rancia, pan y requesón. No quedaba nada de la alegría de la noche anterior. Hacía frío en la sala, el tabernero no estaba de muy buen humor y en el hogar ardía un fuego miserable.

—¿Ganaste anoche a los dados? —preguntó Ricardo inocentemente.

—Unas cuantas monedas —respondió Barleycorn, sin alzar la cabeza—. Pero no las suficientes. Así que decidí dar un paseo hasta la iglesia para despejarme un poco, porque me dolía la cabeza del aire viciado.

Ricardo asintió, comprensivo, pero, mientras ensillaba a *Bayard* en el patio adoquinado, comenzó a dudar de la conveniencia de permitir a Barleycorn que lo acompañara. Todavía estaba oscuro cuando abandonaron la taberna y sólo se veían unas pinceladas de luz por el este. Las campanas de Santa María llamaban a misa y el escudero decidió asistir al oficio. Entró y se arrodilló junto a la pared de juncos trenzados de la humilde iglesia, mientras que el sacerdote, ataviado con sus lujosos hábitos, celebraba una misa rezada. Durante el oficio, Greenele observó a Barleycorn atentamente. Se fijó en los labios del arquero, que se movían en respuesta a las plegarias. Un hombre educado, se dijo el escudero, con algunos conocimientos de latín; devoto en sus oraciones. Lo mismo que Ricardo, tomó la hostia de la comunión y bebió del cáliz. El venerable y ascético sacerdote no mostró ninguna sorpresa ante su presencia, así que Greenele se sintió un poco más tranquilo. Sin duda el párroco conocía a la mayoría de los hombres y las mujeres que vivían en la diócesis y, desde luego, le hubiera negado el sacramento a un forajido. Después de la misa se detuvieron unos momentos a charlar con el sacerdote. Hablaron de la guerra en Francia y de las demandas reales para conseguir más abastecimientos y tropas de refresco. Después, abandonaron el pueblo por la carretera de Epping mientras el sol subía, cada vez más ardiente, en el pálido cielo otoñal.

Barleycorn demostró ser un compañero ideal, una fuente inagotable de divertidas historias del bosque. Hablaba como una cotorra, y Ricardo se sintió reconfortado. Poco antes del mediodía llegaron a una destartalada cervecería que estaba en un pequeño claro en el linde del bosque. Una vez más, Ricardo advirtió que tanto el amo

como las criadas y los sirvientes parecieron no reconocer a Barleycorn.

—¿Qué pasa? —El arquero lamió su cuchara de cuerno y la guardó en el morral tras dejar el cuenco de terracota sobre la mesa—. Durante toda la mañana no has hecho otra cosa que vigilarme como el gato al ratón.

—Sólo me preguntaba —replicó Ricardo— cómo es que ni el cura de Woodforde, ni el patrón de esta fonda, ni nadie de por aquí conoce a alguien como tú, un proscrito, un guarda mayor del rey.

—Porque yo también soy forastero —manifestó el arquero—. Además, nos encontramos en una región poco frecuentada. —Barleycorn tabaleó sobre la mesa grasienta. Miró el jamón colgado de una viga para que se curara con el humo que flotaba en la habitación—. Me mantengo bien lejos de los pueblos —añadió en voz baja—. El aire libre es mucho mejor que la pestilencia del hombre. Vamos, tenemos que irnos.

El escudero no podía poner ningún reparo, así que continuaron la marcha hasta el pequeño pueblo de Theydon Bois. En cuanto dejaron atrás las primeras chozas, Greenele tuvo la sensación de que algo no iba bien. Los perros ladraban en el interior de las casas, pero no se veían niños jugando, ni a los viejos sentados en los ásperos bancos de madera dispuestos a aprovechar los últimos rayos del sol otoñal, ni tampoco a las mujeres trabajando con las azadas en los pequeños huertos. Un silencio siniestro se extendía por el lugar, roto de vez en cuando por algún grito. Barleycorn, que precedía al escudero, levantó una mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Greenele—. ¿La peste? ¿Forajidos?

—No, no, escucha —contestó el arquero, meneando la cabeza.

Greenele se echó un poco hacia delante en la montura. Los sonidos se escuchaban con más claridad: gritos, maldiciones. Entonces percibió el olor del humo, cada vez más intenso, que flotaba en el aire.

—Están quemando a alguien —le informó Barleycorn—. Es algo que se sabe enseguida. —Señaló hacia arriba y Ricardo vio las nubes de humo negro contra el cielo otoñal—. No es asunto nuestro —rezongó el arquero—. Podemos tomar otro camino.

—No. Tengo curiosidad. —Greenele sonrió con expresión triste—. Quién sabe, podría ser un inocente.

Siguieron por el camino polvoriento y lleno de rodadas que constituía la calle mayor del pueblo y doblaron en una esquina. La calle desembocaba en una explanada donde seguramente se instalaba el mercado, pero que ahora estaba abarrotada de público: hombres de campo y mujeres con niños descalzos aferrados a sus faldas polvorientas. Todos se encontraban reunidos alrededor de una montaña de leña y paja seca, levantada a unas cinco yardas delante de la cruz del pueblo. En un carretón que estaba junto a la pila había un grupo de hombres que sujetaban a un prisionero. Miraban cómo sus compañeros amontonaban más leña contra el poste de las ejecuciones. Al otro lado, el herrero, provisto de un atizador y un fuelle, avivaba el

fuego que ardía en un gran brasero de hierro. Echaba continuamente trozos de leña, haciendo que las llamas y el humo se alzasen hacia el cielo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Greenele, tirando de las riendas, sin hacer caso de las miradas curiosas de algunos de los aldeanos.

—Se disponen a quemar al prisionero —contestó Barleycorn—. Por lo visto, tienen la intención de hacerlo a toda prisa. Lo atarán al poste, arrastrarán el brasero hasta la pila y volcarán el contenido sobre la leña.

—¿Qué crimen ha cometido? —le preguntó el escudero a un hombre que se apoyaba en un cayado y a cuyos pies descansaba un pequeño chuchó.

—Yo pasaba por aquí —contestó el hombre—, buscando trabajo. —Señaló el carretón—. Al parecer, han pillado a un hechicero y están dispuestos a quemarlo.

—¡Soy inocente! —bramó el hombre en el carretón, zafándose de las manos de sus cancerberos. Se agarró al borde de la caja del carromato y miró a la multitud con una expresión de loco. Era un hombre delgado como un palillo, con el rostro gris, los ojos desorbitados por el pánico, los cabellos rojos, grasientos y erizados como púas. Vestía unas prendas raídas y mugrientas; el colete era una sola mancha de grasa. Llevaba las calzas andrajosas remetidas en las botas destrozadas—. ¡Soy inocente! —repitió. Su mirada se cruzó con la de Greenele—. ¡Lo único que hice fue curar a la vieja!

—¡Nadie podía hacerlo! —gritó alguien de la multitud—. ¡A menos que esté coaligado con Satanás!

—¡Llevas la marca en la cara! —chilló una mujer. Greenele aguzó la vista y vio la H de *hechicero* marcada a fuego en la mejilla derecha del acusado.

—Eso también fue un error —protestó el prisionero, desesperado.

La multitud le respondió con una carcajada general; los más atrevidos comenzaron a tirar verduras podridas y bolas de barro contra el carretón. El prisionero, ahora con los brazos bien sujetos por sus captores, miró implorante a Greenele. Su mirada le recordó a la de un niño asustado. Se inclinó palmeando el pescuezo de *Bayard*.

—Es inocente —murmuró a la oreja del caballo. Probablemente no es más que un charlatán que ha hecho alguna cura milagrosa. Ahora alguien ha decidido ajustarle las cuentas.

Ricardo avanzó con su caballo entre la multitud, sin preocuparse de si Barleycorn lo seguía o no. Los hombres y las mujeres, personas de rostros duros y quemados por el sol, lo miraron con recelo, casi convencidos de que el forastero les estropearía la diversión. Después de todo, quemar a alguien en la hoguera no era un espectáculo frecuente. La ejecución de un hechicero, la destrucción de su cuerpo y la dispersión de las cenizas en la encrucijada a medianoche sería tema de conversación hasta la pascua de Navidad. Greenele detuvo a su cabalgadura junto al carromato y miró el rostro del prisionero.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Gildas.

Greenele vio los moretones en la cara y la espuma sanguinolenta en los labios. Era flaco y estaba sucio, pero su hablar era correcto. Ricardo vio un atisbo de inteligencia en la mirada del hombre, aunque su rostro lo denunciaba como un actor consumado, un hombre acostumbrado al engaño y la superchería.

—¿Dónde te hicieron la marca? —preguntó el escudero.

—En Hertford —replicó el hombre, intentando zafarse de los rudos campesinos que lo sujetaban por los brazos—. Era sacerdote —añadió Gildas. En su rostro apareció una sonrisa—. Me expulsaron de mi parroquia por culpa de una mujer. Me marcaron porque curé a un mercader cuando su médico no pudo hacerlo.

—¿A qué viene todo esto?

Un hombre bajo, rechoncho y pomposo vestido con una túnica verde apareció por detrás del prisionero. Se echó hacia atrás el raído sombrero de castor. Los ojillos, la nariz chata, los labios finos y las fofas mejillas rasuradas le recordaron la jeta de un cerdo. Alrededor del cuello le colgaba la insignia de un cargo. Enganchó los pulgares en el gastado cinturón de cuero que se le deslizaba por debajo de la barriga y se acercó a la barandilla del carro para mirar con malevolencia al recién llegado.

—¿A qué viene todo esto? —repitió—. ¿Quién sois?

Greenele notó que la multitud se le acercaba. Gildas se lamió los labios mientras miraba nervioso al fornido herrero, que alimentaba el fuego en el brasero como un demonio del infierno.

—Me llamo Ricardo Greenele. Soy un mensajero del rey, que lleva la noticia de la gran victoria de su hijo en Poitiers a la ciudad de Colchester. —El escudero desenvainó la espada y acercó la punta de la hoja a la barbilla de Cara de Cerdo—. ¿Cómo os atrevéis a hablar de esta manera a un mensajero real, señor?

—Soy Juan Southgate, boticario y sangrador —tartamudeó Cara de Cerdo—. Este hombre no tiene tierra, parroquia o cartas de presentación. Llegó al pueblo, practicó la medicina y dio a la comadre Bartleby pociones mágicas y hierbas. La curó de la enfermedad cuando, lo más lógico, era que estuviera muerta. ¿No es así, Roberto? —Cara de Cerdo se volvió para mirar a un hombre de ojos malvados y expresión colérica que estaba en la parte de atrás del carromato.

—Soy el baile —explicó Cara Mezquina—. Tengo autoridad para hacer arrestos en este pueblo.

—¡Pero no para ejecutar a un hombre sin juicio previo!

En el rostro mugriento del baile apareció una mueca burlona.

—No somos unos paletos, señor. —Se agachó para sacar de debajo del carro unas alforjas destrozadas. Abrió una y sacó un cráneo amarillento, amuletos, bolsitas de polvos, un trozo de piedra con un burdo dibujo de un demonio y, por último, la cabeza de un gato disecada—. Es un hechicero que practica la magia negra —añadió el baile, guardando todos los objetos otra vez en la alforja para después ofrecérsela a Greenele.

El escudero se la arrebató de las manos.

—Yo sólo las llevaba —gimoteó Gildas— para hacer trucos y ganarme un penique para comprar un mendrugo.

—¡El fuego está a punto! —vociferó el herrero.

Los campesinos comenzaron a forcejear con Gildas para bajarlo del carromato. De pronto, una flecha voló por encima de sus cabeza para ir a clavarse en la cruz del mercado. Cuthbert Barleycorn, con otra flecha colocada en el arco, avanzó serpenteando entre la multitud, que se apartó rápidamente. El maestro arquero tensó el arco y apuntó la flecha directamente a la barriga de Cara de Cerdo.

—Somos hombres del rey —manifestó el arquero con voz calma—. Este hombre no será ejecutado sin un juicio justo. Será interrogado por los jueces reales, quienes tienen el derecho de condenar. Si lo encuentran culpable, también tiene derecho a recibir la asistencia de un cura.

Greenele miró a la multitud.

—¿Dónde está vuestro sacerdote?

—Está en la iglesia —respondió el baile con un tono de desprecio—. Se encerró a cal y canto. —La mueca burlona del baile se esfumó al darse cuenta de las implicaciones de sus palabras.

El escudero vio el terror en la mirada del prisionero.

—¡Soltad a este hombre! —ordenó—. Ponedlo bajo nuestra custodia y os prometo que lo llevaré a Colchester para encerrarlo en los calabozos del rey.

—¡Allí sufren el azote de la gran peste! —chilló el baile.

—Tanto me da —replicó el escudero—. Podéis elegir: si matáis al prisionero os arrestaré por asesinato y os llevaré a vos; si lo entregáis a mi custodia, yo me ocuparé de que se haga justicia.

El obeso baile abandonó la carreta en un santiamén, gritando órdenes. La multitud gruñó descontenta, pero otros, quizá no tan dispuestos a ver quemar a un hombre, apoyaron a Greenele. El escudero enganchó las alforjas al pomo de la silla y ordenó que le ataran las manos a Gildas.

Poco después, él y Barleycorn, con el prisionero a la zaga, salieron de Theydon Bois para seguir otra vez por la carretera del bosque en dirección a Colchester. Durante un rato, avanzaron en silencio. Greenele sabía que algunos de los aldeanos podían sospechar el engaño y seguirlos, o incluso enviar a un jinete para exigirle la presentación de credenciales, una prueba de su identidad. Gildas, por su parte, se mostraba encantado con su recién recuperada libertad.

—¡Malditos sean! —gritó—. ¡Que acaben como los amalequitas! ¡Que el Señor acabe con ellos! ¡Que Satanás los arroje al pozo más profundo del infierno para que ardan por lo que queda de eternidad!

—¡Cállate! —le ordenó Barleycorn, dando un tirón de la cuerda que amarraba al presunto hechicero.

Greenele detuvo a *Bayard*, desmontó y desenfundó la daga. Cortó la cuerda,

volvió junto al caballo, cogió las alforjas y las arrojó a los pies de Gildas.

—¡Ya puedes irte! —manifestó.

Gildas cayó de rodillas, uniendo las manos y cerrando los ojos. Adoptó una expresión tan piadosa que a Greenele le costó trabajo contener la risa.

—Soy un gusano y no un hombre —entonó Gildas—. Una insignificancia en la creación de Dios. —Abrió un ojo—. No tengo dinero, amo. No tengo amigos, ni comida, ni caballo.

—Si no echas a correr —gruñó Barleycorn—, tampoco tendrás nariz.

Gildas abrió el otro ojo.

—Mi rostro es como el pedernal —afirmó con un tono lúgubre— ante aquellos que se mofan de mí. El Señor me rescatará de la trampa del cazador y me...

—Calla, calla. —Greenele se acercó para coger a Gildas y hacer que se pusiera de pie—. ¿Qué es lo que quieres?

Gildas sonrió. El escudero se dio cuenta de que era un hombre muy joven, un actor capaz de cambiar su apariencia para adecuarla a sus necesidades.

—¿Qué es lo que quieres? —repitió.

—Ser vuestro amigo, amo. —Se apartó para observar a Greenele atentamente—. Tenéis los ojos de un hombre pero el rostro de un niño. Vuestra boca es generosa y en vuestros ojos verdes no hay malicia. —Señaló el pelo castaño rojizo de Ricardo—. Una vieja bruja me dijo que una persona como vos me salvaría. —Abrió los ojos un poco más—. Acompañado por un guerrero, un auténtico David como el que se enfrentó a Goliat.

Greenele se echó a reír. Dio un paso atrás.

—¿Así que eres un hechicero?

—No, amo, no —negó Gildas meneando la cabeza—. Sólo soy alguien que conoce todos los trucos de feria. Me gustaría acompañaros; allí donde vayáis, os seguiré. —Con un movimiento repentino, tiró del colete desharrapado. Greenele hizo una mueca al ver la marca roja de una cuerda que rodeaba el cuello del hombre como un collar púrpura—. En dos ocasiones, amo, he contemplado el rostro de la muerte: el destructor nocturno, el demonio que ronda al mediodía. La próxima vez no será tan afortunada. —Unió las manos como si fuera a caer de rodillas otra vez.

Greenele miró a Barleycorn, quien se encogió de hombros, tosió y lanzó un escupitajo entre los arbustos.

—Soy buen cocinero —suplicó Gildas—. Hábil con el cuchillo.

—¡Basta ya, por amor de Dios, puedes venir con nosotros!

El escudero montó en su caballo y, con Gildas cantando sus alabanzas, reanudaron la marcha mientras Ricardo se preguntaba cuántos más se unirían a él en el viaje a Colchester.

Pasaron la noche al raso, debajo de los árboles, bien arrimados a una gran hoguera. Greenele recordó la advertencia de Barleycorn sobre el cambio de tiempo. La noche resultó ser tremendamente fría y, a pesar de vestir las gruesas capas y la

hoguera continuamente alimentada, se despertaron helados, castañeteando los dientes, ansiosos por seguir adelante. Salieron del bosque al atardecer, pasaron la noche en una taberna y después tomaron la carretera a Colchester. Avanzaron lentamente, porque la multitud ocupaba todo el camino en su desesperación por huir de la peste que asolaba la ciudad. Los carromatos pasaban cargados hasta los topes con sus pertenencias, y a los viejos y a los enfermos los llevaban en carretillas. Damas orgullosas en carruajes, ricos mercaderes a caballo; todos y cada uno de ellos tenía la misma ambición: poner el máximo de distancia posible entre ellos y la plaga. La gente marchaba en silencio, con la boca y la nariz tapadas con las capas para evitar el contagio por el aire. Las tabernas a la vera del camino estaban cerradas. Las granjas y las chozas solitarias aparecían con las puertas y las ventanas tapiadas. Cualquiera que osaba acercarse era expulsado con maldiciones, amenazas, garrotes, piedras o perros guardianes. El apretujamiento en la carretera era tal que, finalmente, Barleycorn dijo que tendrían que tomar otro camino para llegar a la ciudad y los guió por los angostos y serpenteantes senderos rurales.

Gildas ya no hablaba tanto, pero de vez en cuando olía el aire y hacía algún comentario sobre los fétidos y nauseabundos efluvios. El escudero no le hizo caso, pero al cabo de un rato él también percibió el extraño hedor y se sintió inquieto. El sol estaba cada vez más bajo y una niebla densa comenzaba a extenderse por los campos desiertos. Greenele se preguntó cómo harían para encontrar el camino cuando se hiciera de noche, pero entonces vio un resplandor rojizo entre la niebla. Oyó el chisporroteo de las llamas y de pronto se encontraron con una hoguera en el centro del sendero. La hoguera había disipado parte de la niebla y al pasar pudieron atisbar un grupo de casas pequeñas; una tenía un cartel de cervecería colgado debajo del alero, lo que demostraba que estaban pasando por una aldea solitaria. Ardían más hogueras a lo largo del camino, lanzando al aire un humo espeso y aceitoso que los sofocaba.

—Huele a azufre —exclamó Gildas, tapándose la boca y la nariz con los dedos—. Son unos estúpidos si creen que el azufre alejará la plaga.

Greenele se levantó sobre los estribos y señaló hacia delante.

—Allí hay más hogueras y una pequeña casa señorial fortificada.

Se volvió, tosiendo y con los ojos llorosos, mientras se esforzaba por dominar a *Bayard*, que se mostraba muy nervioso. Siguieron adelante. No se veía ni un solo ser vivo en las calles de la aldea. Como comentó Gildas, era como entrar en la tierra de los muertos. Ningún sonido, ni una sola luz, ninguna puerta o ventaba abierta. Por fin, el camino se desvió hacia los muros de la casa y el seco y poco profundo foso que la rodeaba. El puente levadizo estaba levantado contra el rastrillo.

—¡Por Dios y todos los ángeles! ¡Mirad! —gritó Gildas, espantado—. ¡Que el Señor nos proteja, maese Barley corn!

En los maderos del puente aparecía pintada una cruz roja de unos cuatro pies de altura.

—Hay una plaga en la casa —declaró Greenele.

Apartó la mirada de la cruz de la cuarentena y escuchó. Le temblaban un poco las manos, que sujetaban las riendas de *Bayard*. Cuando menos se lo esperaba se abrió un postigo un poco más arriba del puente levadizo y un hombre asomó la cabeza protegida con un yelmo.

—¿Qué queréis? —gritó el hombre—. Aquí no sois bienvenidos. ¡Esta es la casa de la muerte!

—¡Por todos los santos! —gritó Ricardo—. ¿Qué ha pasado?

—Dieciséis de nosotros están muertos. Que Dios los acoja en su santa gloria porque no tenemos sacerdote. El primero murió hace cinco noches y los demás no tardaron en seguirlo.

Ricardo retrocedió un poco.

—¡Lo mismo pasa en el resto del pueblo! —añadió el hombre—. En lo alto de la colina encontraréis una granja. ¡Sólo Dios sabe si sus ocupantes están vivos o no!

El escudero le dio las gracias y se alejó. La niebla y las hogueras le daban a la aldea un aspecto siniestro y demoníaco. Todas las casas estaban cerradas; muchas de ellas ostentaban cruces rojas pintadas en la puerta. De vez en cuando se veía una silueta silenciosa moverse en la oscuridad. El camino comenzó a subir poco a poco y, una vez arriba, atravesaron la verja de la granja para entrar en el patio. Cerca del aljibe ardían varias hogueras. Una vieja, cubierta con un vestido rojo y gris manchado de hollín, arrojaba puñados de azufre sobre los troncos encendidos. La mujer levantó la cabeza canosa y los miró con ojos velados. Otras dos figuras se movían por el patio provistas de palas, con la cabeza encapuchada y el rostro protegido con un velo negro. Habían levantado parte de los adoquines del patio. Ricardo avanzó un poco más con *Bayard*; vio que habían cavado una fosa larga y profunda. En el borde había una pila de cadáveres tapados con una sábana andrajosa y manchada de sangre. El hedor que desprendía la pila era nauseabundo a pesar de los humos del azufre que ardía en las hogueras.

Ricardo permaneció inmóvil, fascinado por aquella horrible pila de cadáveres. Uno de los hombres encapuchados sacó una campanilla de debajo de la capa y la hizo sonar. Dejó la campanilla en el suelo cuando otras dos figuras surgieron de la niebla. En silencio, sacaron de la pila un cuerpo delgado y de largo pelo negro. Una mano manchada de azul asomó por debajo de la mortaja cuando los encapuchados la arrojaron a la fosa.

Greenele ya había visto suficiente. Dio media vuelta y todos huyeron a través de la noche.

Capítulo III

Se encontraron con escenas parecidas a lo largo de todo el camino a Colchester: pueblos desiertos de casas tapiadas. En una de las aldeas por las que pasaron, la gente parecía haberse vuelto loca. En la pequeña plaza del mercado se encontraron con un grupo de jóvenes sin otra vestimenta que las mudas, con los rostros cubiertos con máscaras de cabra, que bailaban borrachos y copulaban en el suelo como si esta búsqueda del placer pudiera acabar con la plaga. El escudero y sus acompañantes apresuraron la marcha.

—He visto esto mismo en Francia —comentó Barleycorn. Miró a Gildas, que prácticamente no había abierto la boca desde que recorrían aquel valle de la muerte—. Creía que tú eras el gran sanador. ¿No puedes hacer nada?

—No contra los bubones o el pus amarillo —replicó el charlatán—. Puedo curar algunas fiebres y males, eso sí. Preparo un filtro con jugo de polipodio machacado y lo mezclo con leche agria. Me lo enseñó un beréber que venía de las tierras al sur de las Columnas de Hércules. Algunas veces da resultado y otras no.

En Colchester se encontraron con el mismo panorama: las calles apestosas y las casas de pisos que ocultaban el sol estaban pobladas de fantasmas. No sonaban las campanas de las iglesias, ni había tenderetes ni puestos abiertos. Nada, excepto un silencio siniestro, roto de vez en cuando por el traqueteo de un carromato cargado de cadáveres o el aullido de algún perro. En un par de ocasiones vieron pasar a un fraile encapuchado que se metía por alguna de las callejuelas para llevar auxilio espiritual a las familias prisioneras detrás de las puertas marcadas con cruces rojas. Pequeños grupos de soldados del castillo recorrían las calles, pero parecían demonios escapados del infierno, con los rostros ocultos detrás de los visores de sus yelmos. Todos iban armados con ballestas y, cuando Ricardo y su grupo se acercaban, les mandaban alejarse con maldiciones ahogadas. También rondaban los saqueadores. Forajidos, asesinos y ladrones se movían como vampiros por las calles. Se lanzaban sobre los indefensos y entraban sigilosamente en las casas para rematar a los moribundos y robarles los bienes. Por fin, el joven escudero guió a su grupo hasta un cementerio y, mientras *Bayard* mordisqueaba la hierba, se sentó en una vieja lápida y miró apenado a Barleycorn.

—¿Cómo voy a encontrar a Hugo Coticol? —preguntó—. Nadie nos hace caso. Nadie quiere hablar. —El humo y la niebla cubrían el camposanto—. Tendría que haberme quedado en Francia —añadió amargamente y miró en derredor—. ¿Dónde está Gildas?

Oyó un ruido procedente del otro lado de la entrada techada del cementerio: el hechicero reapareció acompañado por un tipejo delgado, de pelo grasiento y cara de rata. Gildas tenía su daga bien apretada contra el cuello del infame sujeto.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó Barleycorn.

—Sólo es cuestión de saber dónde buscar —replicó Gildas. Alzó la voz—. El Señor cuidará de los suyos. Él nos libraré de las manos de aquellos que...

—¡Cállate! —gruñó el arquero.

—Éste es Simpkin —le informó Gildas—. Es un ladrón y merece que lo ahorquen. Lo pillé saqueando la despensa de la taberna al otro lado de la calle.

Los dientes de ajo de Simpkin reforzaban todavía más su apariencia de rata.

—Tengo hambre —chilló—. Un hombre tiene que comer.

—Podrás comer lo que quieras —dijo Gildas— después de llevarnos hasta la casa del abogado Hugo Coticol.

Simpkin asintió en el acto. Salieron del cementerio y el tipejo guió a Greenele y a sus compañeros por un laberinto de callejuelas a cual más sombría. De vez en cuando se detenían para que Simpkin le preguntara a alguno de los encapuchados cómo llegar a la casa de Coticol. Una vez más cruzaron la plaza del mercado, y siguieron por un angosto callejón junto a la iglesia. A un lado había una botica con las ventanas y la puerta tapadas con tablones. Enfrente había una gran casa de tres pisos con la planta baja de ladrillos y los dos pisos superiores de paredes estucadas de un blanco resplandeciente y vigas de madera negras. No obstante, todas las ventanas se veían cerradas. En la puerta principal habían pintado una gran cruz roja con las palabras «Jesu miserere» debajo.

—¿Es ésta la casa de Hugo Coticol, el abogado? —Gildas sacudió a Simpkin por el cuello.

—¡Sí! —chilló el hombre—. He cumplido mi promesa. ¡Cumple tú la tuya!

Gildas lo soltó y Simpkin desapareció como una ardilla por el callejón. Estuvieron aporreando la puerta durante unos minutos, pero nadie les atendió.

—Se han marchado —murmuró Gildas— o están muertos.

—Necesito hablar con Coticol —manifestó Greenele—. Si no está, hablaré con su representante para ver los documentos que guarda para mí. He pasado un sinfín de penurias para llegar hasta aquí. No me marcharé con las manos vacías.

Se metió por un angosto pasaje lateral a la casa. La verja situada al final del pasaje estaba abierta y entró en un jardín grande y bonito donde abundaban los macizos de flores entre los senderos de césped. En un extremo había un pequeño huerto con manzanos y perales: las hojas se veían amontonadas en una masa húmeda, y el escudero advirtió que los frutos se pudrían en el suelo. Barleycorn, que traía a *Bayard* de la brida, se reunió con el joven. Juntos golpearon la pequeña puerta trasera. Una vez más, nadie respondió a las llamadas. Por lo tanto, después de manear al caballo, Ricardo ordenó a Barleycorn y Gildas que cogieran un banco que estaba en una pequeña glorieta y lo utilizaran como ariete para echar abajo la puerta. Después de mucho machacar, saltaron las bisagras. Los tres hombres entraron con muchas precauciones en un pasillo con las paredes encaladas y el suelo de piedra. El aire era puro y casi perfumado.

—Aquí dentro hay alguien —susurró el escudero—. No se percibe el hedor de la

muerte.

Atentos a cualquier imprevisto, recorrieron el pasillo que desembocaba en un fregadero pequeño y limpio, pasaron a la cocina y a continuación subieron un corto tramo de escaleras hasta una puerta que debía de dar a la sala. Ricardo se disponía a abrirla empujándola con la punta de la espada cuando oyó un grito; se volvió y la saeta de una ballesta le pasó a un palmo del rostro. Se lanzó contra la pared. Gildas escapó por el pasillo mientras Barleycorn cogía una flecha y la colocaba en el arco al tiempo que se escondía en la sombra del hueco de la escalera.

—¡Somos amigos! —gritó Greenele en la oscuridad. Alcanzaba a ver una silueta oscura en lo alto de las escaleras—. Venimos en son de paz. No pretendemos haceros ningún daño.

Una segunda saeta atravesó el aire y Barleycorn salió rápidamente de las sombras para disparar hacia lo alto. Ricardo escuchó un grito, pero la flecha erró el blanco, porque se oyó el golpe cuando se incrustó en la madera.

—¡Somos amigos! —se apresuró a repetir—. Buscamos a Hugo Coticol, el abogado. En cuanto acabemos la visita nos marcharemos.

La silueta oscura volvió a aparecer en lo alto de las escaleras.

—¡En ese caso, dejad vuestra espada en el suelo! —La voz de mujer era clara y dulce—. ¿Dónde está el arquero? ¡Quiero verlo a vuestro lado!

—De acuerdo.

La silueta oscura descendió las escaleras. A medida que se acercaba, Greenele vio un rostro ovalado, demacrado pero muy hermoso, de cejas bien delineadas, ojos vivaces y brillantes y una boca generosa cuyos labios temblaban, aunque él no sabía si de miedo o de furia.

—Soy Ricardo Greenele, escudero. —Le tendió la mano.

La mujer se detuvo, con una mano sobre la balaustrada. Vestía como una monja. Un velo azul oscuro le tapaba el pelo negro azabache. La capa era de la más fina zangala, azul celeste y con ribetes de armiño; una cadena de plata ceñía la esbelta cintura, pero las botas que calzaba se veían deslustradas y sucias, y el vestido tenía manchas en el corpiño y las bocamangas. Avergonzada por el atento escrutinio del escudero, la mujer se cubrió con la capa.

—No pretendemos haceros ningún daño —intervino Barleycorn—. Mi compañero dice la verdad: busca al abogado Hugo Coticol.

—Está muerto. —La mujer acabó de bajar las escaleras—. Mi padre falleció hace dos semanas. Murió víctima de la plaga. Su cuerpo está enterrado en una de las fosas comunes extramuros. —Meneó la cabeza—. No puedo ayudaros.

—Debéis hacerlo —insistió Greenele—. Por favor, vengo desde Francia.

—Yo no estoy contagiada. —La joven esbozó una media sonrisa al ver que Gildas reaparecía por el pasillo—. Todos los sirvientes han escapado. El hombre del carro que recoge a los muertos dijo que si yo no tenía los síntomas en el plazo de una semana estaría a salvo. He mantenido la casa limpia —añadió, rápidamente—, pero

me queda muy poca comida y hay otros que han intentado entrar. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Saben que me estoy debilitando y volverán.

—¿No tenéis ningún pariente? —preguntó Gildas.

—Sí, en el norte. Mi padre era viudo. Teníamos pasantes, escribientes, doncellas y criados. —Movi6 las manos debajo de la capa—. Pero ahora no hay nadie. —Se sent6 en uno de los escalones y apoy6 la cabeza contra la pared—. Estoy hambrienta —afirm6— y un poco ebria. ¡No queda nada excepto queso y vino!

Gildas sac6 un paquete envuelto en un lienzo de debajo de la capa e, inclinándose delante de la joven, lo abri6. Contenía unos pocos trozos de panceta seca, dos panecillos un tanto mohosos, una manzana, una pera dañada y tres o cuatro ciruelas. La mujer lo mir6.

—Comed —dijo Gildas—. No os preocupéis. Se lo quité a un ladr6n llamado Simpkin. —Volvi6 la cabeza para sonreír a Greenele por encima del hombro—. Estoy seguro de que sus necesidades son mucho m6s grandes que las de aquel tipejo.

La mujer no se hizo de rogar. Le dio las gracias a Gildas, le dijo a Ricardo que se llamaba Emmeline y, con la mayor tranquilidad del mundo, devor6 delicadamente todo lo que había a la vista. Cuando acab6 de comer, se limpi6 elegantemente los labios con las puntas de los dedos. Despu6s se puso de pie, se arregl6 el vestido y mir6 con descaro a Greenele, quien se fij6 en las largas pestañas oscuras que realizaban sus grandes ojos grises; su piel tenía la tersura de la seda, con un toque rosado en los pómulos. La muchacha le sonri6 y Greenele se qued6 prendado por el coraje y la belleza de la hija del abogado.

—¿Qué est6is mirando, seño6r? —le pregunt6 ella con aplomo.

—Oh, nada —tartamude6 el escudero—. S6lo deseo que pod6is ayudarnos.

—Por supuesto que os ayudar6.

Abri6 la puerta por donde ellos habían intentado entrar y les hizo pasar a una sala c6moda pero un tanto oscura. Al otro extremo de la sala había otra puerta. La joven la abri6 y el grupo entr6 en una habitaci6n que olía a mustio y donde la única luz natural llegaba a trav6s de una pequeña ventana situada muy cerca del techo.

—El despacho de mi padre —explic6 Emmeline. Su voz reson6 en la oscuridad.

Greenele oy6 el chasquido del yesquero y la habitaci6n se llen6 de luz a medida que la mujer encendía las velas en silencio, las que estaban en los candelabros de pared y las que estaban en las palmatorias en el centro de una pequeña mesa oval. El despacho era m6s grande de lo que Greenele había supuesto. Estaba lleno de pequeños cofres y arcones, la mayoría cerrados con llave. Parte del contenido de los pocos que estaban abiertos aparecía caído en el suelo: paquetes de documentos y rollos de pergaminos. En las estanterías había m6s actas, escrituras, cédulas e innumerables cartas. Greenele gimi6 por lo bajo. C6mo demonios, pens6, podría encontrar entre tanta confusi6n algo referente al gran misterio que *sir* Gilbert Savage le había revelado s6lo unas semanas antes. Tenía la sensaci6n de que habían pasado años desde que había dejado aquel lodazal ensangrentado en Poitiers. Se sent6 en una

silla delante de la gran mesa escritorio y apartó con expresión desconsolada los tinteros, los trozos de piedra pómez, las plumas, los cortapapeles, los sellos y las largas tiras de lacre rojo. Emmeline, por su parte, mucho más pragmática, abrió una vieja carpeta amarillenta y siguió con el dedo la lista escrita en una de las páginas. Barleycorn y Gildas, conscientes de que aquello no era asunto suyo, volvieron a la sala.

—Tardaré una eternidad —se lamentó Ricardo, contemplando el polvoriento despacho— en encontrar cualquier cosa que me concierna.

—¿Qué estáis buscando? —preguntó Emmeline—. Nunca escuché a mi padre mencionar vuestro nombre. —Lo miró con socarronería—. ¿Cómo os llamáis?

—Ricardo Greenele. Escudero del difunto *sir* Gilbert Savage. —Sonrió apenado—. Un pobre caballero que no era de esta región.

—Bueno, bueno, bueno —replicó la muchacha cáusticamente—. Ricardo Greenele, escudero del difunto *sir* Gilbert Savage, un pobre caballero que no era de esta región.

Miró a Ricardo, y el escudero sonrió divertido ante la perfecta imitación de su tono.

—Es muy importante —manifestó Greenele, levantándose—. *Sir* Gilbert, mientras agonizaba en el campo de batalla en Poitiers, me dijo que debía visitar a maese Hugo Coticol, abogado de Colchester. Afirmó que me revelaría los secretos de mi nacimiento y mi familia. —Señaló la carpeta—. ¿Qué buscáis?

—Mi padre era muy meticuloso. Llevaba los archivos siempre al día y éste es el índice. Nunca le oí mencionar vuestro nombre. Sin embargo... —Buscó la última página del índice y le señaló el título: *Res Secretae*. Repasó la lista de asuntos secretos con el dedo—. Sí, aquí está: documento número trece: R. G. y G. S.

—¡Ricardo Greenele y Gilbert Savage! —exclamó el escudero.

Miró por encima del hombro de la muchacha, no sólo interesado en ver la entrada sino excitado al estar tan cerca de la mujer y poder observar el suave contorno de la mejilla y oler su delicado perfume. Miró la fecha anotada junto a la entrada: Anno Domini 1340.

—¡Hace dieciséis años! —afirmó entusiasmado.

Emmeline cerró la carpeta bruscamente y luego, con un dedo sobre los labios, miró los estantes que cubrían las paredes del despacho. Señaló una escalerilla que había en un rincón.

—¡Traédmela, por favor!

Ricardo obedeció. Emmeline subió los peldaños con elegancia, con los dedos sobre los labios, recorriendo con la mirada los estantes en sombras. Exhaló un suspiro y bajó la escalerilla cargada con una polvorienta bolsa de lona cerrada con un cordón blanco sujeto con tres sellos de lacre. Enganchado a uno de los sellos había una pequeña etiqueta. Emmeline llevó la bolsa hasta el mostrador.

—Sí, esto os pertenece, Ricardo Greenele. —Dejó la bolsa sobre el mostrador.

Ricardo se hizo con la bolsa y volvió a sentarse delante del escritorio. Cogió un cuchillo, cortó el cordón, abrió la bolsa y estornudó cuando una nube de polvo le dio de lleno en el rostro. Sacó un pequeño rollo de pergamino y lo desplegó. Echó una rápida ojeada al pergamino: cinco pliegos cosidos, cubiertos con una escritura clara y firme. La tinta azul verdosa comenzaba a clarear, aunque el soporte era de la mejor calidad.

—Es la letra de mi padre —manifestó Emmeline, mirando por encima del hombro del joven—. Era bien conocido por su caligrafía.

Ricardo le sonrió. La muchacha se sonrojó.

—Además de por su honradez. —Miró el despacho—. Dios sabe la cantidad de secretos que se guardan aquí.

—Apoyó una mano sobre el hombro de Ricardo. —Os dejaré solo. ¿Queréis una copa de vino?

—Sí, sí —replicó Ricardo, distraído—. Mezclado con un poco de agua, por favor.

—Acercó el pergamino y comenzó a leer:

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo, Roger Greenele, caballero, barón, miembro del consejo privado del rey, señor de la casa de Crokehurst en Essex con todos sus campos, graneros, establos y alquerías, pongo ahora a la Santísima Trinidad y a la bendita Virgen María como mis testigos de que lo que le dicto aquí a Hugo Coticol, mi abogado, es la verdad.

El escudero dejó de leer, boquiabierto.

—¡Crokehurst! —exclamó.

—Está más al norte —le informó Emmeline, dejando el vino sobre la mesa—. Sobre la costa de Essex. Mi padre me lo contó. Es un lugar desierto y poblado de espíritus. De acuerdo con el edicto real, ningún hombre puede ir allí. La casa y las tierras están abandonadas. —La muchacha vio cómo el rostro de Ricardo empalidecía por momentos—. Será mejor que os deje —murmuró.

Greenele cogió la copa, bebió un trago y continuó con la lectura:

Escribo esta carta a mi heredero. Ya he dado instrucciones a mi leal escudero, Gilbert Savage, a quien yo mismo he nombrado caballero, para que cuide a mi hijo infante. Sin embargo, si Dios quiere, una vez mi hijo haya pasado su decimoctavo cumpleaños, Gilbert, cuya alma mortal depende de ello, le dirá que venga a ver a Hugo Coticol, mi abogado en Colchester. Entonces conocerá la verdad de su linaje y la repugnante traición que mató a su madre y hundió a su padre en la más terrible de las desgracias.

Te quiero, hijo mío. Te he tenido en mis brazos y he apretado mi rostro contra el tuyo, de tan sólo dos años de edad. A mí y a tu madre María nos hubiera encantado

ver cómo te convertías en un adulto, para continuar el nombre de la familia y heredar el título, la casa y las tierras de Crokehurst. Satanás, sin embargo, ha salido del infierno para tomar posiciones y plantar su estandarte en mi mundo, y sus huestes han prevalecido. El tiempo es breve pero, antes de comenzar, recuerda tres cosas: primero, tu madre y yo te queremos muchísimo; segundo, soy inocente de todos los cargos que se me imputan, y tercero, estoy dispuesto a entregar mi vida y dedicar la eternidad a reclamar que el buen Dios haga justicia. No me olvides.

Ricardo interrumpió otra vez la lectura. Por mucho que intentó evitarlo, las lágrimas le rodaron por las mejillas como fuego líquido. Arrojó las páginas sobre la mesa, se cubrió el rostro con las manos y, durante un rato, sollozó amargamente. Tenía un presentimiento sobre lo que estaba a punto de leer. Ahora comprendía que las pesadillas no eran obra de fantasmas ni la intervención de algún súcubo, sino un fugaz destello de lo que una vez había sido. Recuerdos fragmentados cuando, en su temprana infancia, su mundo había sido hecho pedazos. Se enjugó las lágrimas y cogió el pergamino.

El apellido Greenele es muy antiguo. La casa de Crokehurst siempre ha sido nuestra, incluso antes de los días del Conquistador. Mi abuelo, y su padre antes que él, fueron los más leales caballeros de la Corona. Ni una sola vez en nuestra historia le fue negado al rey nuestro apoyo o nuestra espada. Yo no fui diferente; caballero del rey, su amigo y compañero. Compartí todas sus penurias, aquí y en el extranjero. Gané fuerza y poder en el servicio real. Se me permitió casarme con la mujer amada, que me dio el hijo que siempre había deseado. La vida era agradable, plena y gratificante. Quizás es aquí donde cometí mi pecado. El orgullo y la ambición me impidieron ver las sombras que se congregaban a mí alrededor.

Mi señor, lord Simón Fitzalan, y su dama Catalina eran constantes compañeros y visitantes de Crokehurst. Participábamos en justas, jugábamos y cazábamos mientras nuestras damas charlaban, cotilleaban y se burlaban de nosotros sin piedad. Estaba orgulloso de mi séquito, cinco caballeros atrevidos y valientes: sir Philip Ferrers, sir Lionel Beaumont, sir Walter Manning, sir John Bremner y sir Henry Grantham. Éstos eran mis hombres en la paz y en la guerra, y cada uno de ellos poseía casas y tierras en Essex. Lord Simón y yo mismo, junto con los antes mencionados caballeros, habíamos obtenido grandes honores en los campos de batalla de Francia.

Regresé a casa a principio de 1340 cuando tú tenías dos años de edad. El verano resultó espléndido, las cosechas eran abundantes. Perseguíamos a las liebres doradas y cazábamos a su enemigo, el zorro bermejo. Recorría mis campos, establos y graneros y disfrutaba en mi mesa. Quizá no agradecí a Dios todos los grandes regalos que me había dado. Sin embargo, no todo en mi vida era claro y puro. Su alteza el rey nos había enviado mensajes a mí y a lord Fitzalan: los pescadores de la costa de Essex habían visto galeras francesas entrar y salir de las calas desiertas. En

consecuencia, el rey creía, lo mismo que sus principales ministros, que había un traidor en Essex: uno de los señores de la tierra le vendía secretos a sus enemigos en el extranjero.

A mediados del verano de 1340, lord Simón y la dama Catalina vinieron a quedarse con nosotros: esta vez teníamos que ocuparnos de ese asunto y no sólo del disfrute. Lord Simón creía que el traidor era uno de mis caballeros. Señaló que los cinco tenían tierras en la costa de Essex y que, siendo comisarios de leva y hombres relevantes en el condado, estaban bien situados para pasar los secretos del rey, los movimientos de las tropas e información sobre el poderío de los castillos al enemigo. En un primer momento me quedé pasmado y manifesté a viva voz mis protestas de inocencia. Lord Simón, sin embargo, se mostró inflexible. Se sentaba en mi despacho o, por las tardes, caminaba conmigo por los umbríos huertos de Crokehurst. Estudiábamos los mapas, los informes de la presencia de las galeras y, poco a poco, a regañadientes, acepté la verdad. A petición del rey, convoqué a los cinco caballeros a mi casa. Los recibí como amigos. Los traté como huéspedes de honor y compartimos fiestas y torneos. Sin embargo, una noche de la segunda semana de su estancia en Crokehurst, después de cenar, cuando las señoras se habían retirado, despachado a los sirvientes y cerrado las puertas, les conté la verdad de la convocatoria. Se pusieron furiosos, reclamaron pruebas, las manos buscaron las espadas y las dagas, pero lord Simón intervino: fría y claramente, les presentó los mismos hechos que me había presentado a mí. Ellos proclamaron su inocencia y yo no saqué nada en limpio. Acabó la reunión; ya no volvimos a reunirnos aquella noche ni durante todo el día siguiente. Cada caballero permaneció en su habitación, escribiendo, a petición mía, una cuidadosa reflexión de las acusaciones presentadas contra todos ellos.

—¿Ricardo, Ricardo, estás bien?

El escudero alzó la cabeza. Barleycorn se encontraba en el umbral, con la mano sobre la empuñadura de la daga. Lo miraba con una expresión muy extraña.

—¡Santo Dios! —exclamó el arquero—. ¡Tienes todo el aspecto de quien ha visto un fantasma!

—Así es —respondió Ricardo—. Por el amor de Dios, déjame solo, Cuthbert.

Volvió a sumergirse en la lectura del manuscrito.

A la noche siguiente, el ambiente en la casa era tan tenso que todos se mantenían apartados de los demás. Me sentí preocupado. Hablé con lord Simón, y le pregunté si debía pedir que enviaran tropas o si debía armar a algunos de los criados. Lord Simón me respondió que no era necesario.

Todas las noches, antes de retirarme a dormir, siempre iba hasta la costa de la isla. Me quedaba mirando el agua: el dulce olor del lago, las llamadas nocturnas de los pájaros y la belleza de la puesta de sol eran el bálsamo que serenaba mi espíritu.

Aquella última y terrible noche no fue diferente. Me encontraba cerca de la calzada que siempre estaba anegada cuando oí un ruido entre los árboles que había detrás. Cuánto lamento no haber actuado de inmediato ante el primer aviso. Alguien me atacó, me asestó un golpe en la nuca. Cuando desperté, yacía en la paja de una de mis cuadras, rodeado por mis cinco caballeros y los miembros de la escolta de lord Simón con las espadas desenvainadas. Me pusieron de pie sin miramiento. Me dolía la cabeza y tenía un gusto pastoso en la boca. En la mano sostenía mi daga, cubierta de sangre desde la punta a la empuñadura. Había sangre en mis prendas yapestaba a vino. A mi lado había una jarra de terracota. Los escoltas de lord Simón mostraban una furia asesina. Uno de ellos me dio un empujón en el pecho y me llamó asesino. Yo estaba demasiado confuso para entender lo que me decía. Philip Ferrers, el principal de mis caballeros, me miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Lord Roger —exclamó—, ¿sabéis lo que habéis hecho?

En el exterior, sonaban los gritos de mi esposa que se encontraba en la casa. Intenté abrirme paso, pero me tenían sujeto por los brazos.

—¡Enseñádselo! —gritó alguien—. ¡Mostradle al asesino lo que ha hecho!

Me arrastraron fuera del establo. Como era verano, ya era de día y el sol estaba por encima del horizonte. Me llevaron hasta el patio de la casa y después hacia la calzada. Seguía doliéndome la cabeza y, a pesar de mis preguntas, no conseguí averiguar por qué tenía las ropas manchadas con sangre y vino, ni qué hacía la daga en mi mano. Me guiaron a empellones por el sendero que llevaba hasta el lago a través de los árboles. ¡Pongo a Dios por testigo de que casi pierdo el conocimiento ante el espectáculo! Tendida en la hierba, con los ojos abiertos y la cabeza echada hacia atrás, yacía despatarrada lady Catalina Fitzalan. El vestido estaba levantado por encima de las rodillas. Le habían rebanado el cuello de oreja a oreja y su rostro tenía un color blanco azulado. Nunca olvidaré el terror en aquellos ojos mientras comprendía, por la impúdica postura de su cuerpo, que la habían violado antes de asesinarla. Los escoltas de Fitzalan comenzaron a maldecirme e incluso llegaron a golpearme. Mis propios caballeros tuvieron que protegerme. Me llevaron de regreso a la casa, consciente ahora de que por el estado de mis prendas y de encontrarme con la daga en la mano me tenían por el asesino de lady Catalina.

Proclamé a voz en cuello mi inocencia y reclamé que se me permitiera ver a lord Simón. Al escuchar estas palabras mías, incluso mis propios caballeros traicionaron sus sentimientos con miradas de espanto y susurrando entre ellos. De regreso en la casa, descubrí la razón. El cuerpo de lord Simón, con una herida mortal en el pecho, yacía en el suelo de su habitación donde, según me explicó uno de mis caballeros, lo habían encontrado.

Dios es testigo de que por primera vez en mi vida me desmayé de miedo. Cuando desperté estaba prisionero en mi propia habitación. Tu madre, desesperada, a mi lado. Lady María era gentil como un cervato, llevaba una existencia dorada, bien protegida de los horrores de la vida. Incluso entonces, sólo unas pocas horas después

de que se produjeran aquellos dos terribles asesinatos, su mente ya comenzaba a desvariar. Hice todo lo posible para confortarla. Reclamé que trajeran a mi hijo, pero no prestaron atención a mis ruegos y súplicas.

Más tarde, llegaron el alguacil y su partida. Fui arrestado por el asesinato de lord Simón y su esposa. Cargado de cadenas, me llevaron al castillo de Colchester. A lady María, fuera de su sano juicio, la enviaron a un convento. El único hombre en el que podía confiar de verdad, mi escudero Gilbert Savage, te sacó de tu lecho y te adoptó como si fueras su propio hijo. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía alegar? Ni siquiera el rey en persona podía salvarme. Me habían encontrado cubierto con la sangre de los Fitzalan, aparentemente borracho como una cuba, y con el arma homicida en la mano.

Me llevaron a juicio ante los magistrados de Eyre. Me declaré inocente, pero no pude ofrecer ninguna prueba mientras que el acusador real dio a entender que no sólo era un asesino, sino también el traidor que pasaba información a los franceses. El veredicto fue que debería sufrir todo el rigor de la pena por traición además de la extinción del nombre de mi familia y la confiscación de mis propiedades. Me llevarían al patíbulo común, donde me colgarían por el cuello hasta estar medio muerto, después me bajarían para destriparme y, tras cortarme la cabeza, descuartizar mi cadáver. Durante el proceso, mis cinco caballeros defendieron mi inocencia y afirmaron con grandes juramentos que era un hombre bueno y honrado. Sin embargo, mientras juraban comprendí que uno de ellos, sino más, debía de ser un mentiroso. Pero ¿qué pruebas poseía? Ni la más mínima. No obstante, uno de estos cinco hombres debía de haber violado y asesinado a lady Catalina, matado a su esposo y, tras dejarme inconsciente, arreglado las pruebas para convertirme en culpable. Incluso mientras dicto esta carta sigo sin saberlo. No puedo levantar el dedo acusador contra ninguno de mis caballeros.

Una vez dictada la sentencia, fui confinado en el castillo de Colchester a la espera del día de la ejecución. Recibí la visita de los cinco caballeros. Cada uno me ofreció consuelo y solaz. Gilbert Savage fue el último en venir. Lo nombré caballero en el mismo calabozo. (Tenía el poder de hacerlo. Sólo el día de la ejecución, cuando me cortaran las espuelas, perdería ese derecho.) Gilbert me trajo malas nuevas. Mi esposa, tu madre, lady María, había fallecido en el convento. En un primer momento creí que se había suicidado, pero Gilbert me aseguró que las buenas monjas de Amhurst le había dicho que había caído en un sueño profundo del que no volvió a despertar. ¿Quién dice que no se puede morir de pena?

Gilbert tenía la cabeza llena de planes a cual más descabellado. Me trajo un puñal y una bolsa de oro, gracias a los que conseguí, la noche después de su marcha, sobornar al carcelero y escapar del castillo de Colchester. Sólo Dios sabe qué historia le contó aquel tipo a sus amos. Me marché con un único deseo: encontrar al verdadero asesino, llevarlo ante la justicia y limpiar mi nombre. Me refugié en la casa de mi buen amigo Hugo Coticol, que estaba al corriente de las noticias. Juré

solemnemente sobre su Biblia que era inocente de cualquier crimen y él creyó en mí. Me dio una muda, dinero y armas. También pensé en el futuro. Mi esposa, Dios se apiade de su alma, estaba muerta. El escudo de mi familia había sido retirado de la capilla del rey en Windsor. El cargo de traición y asesinato era contra el nombre de mi familia y, por lo tanto, antes de dejar esta casa, dicté esta carta.

Te he dicho la verdad. No puedo decir nada más. Si Dios es misericordioso, si existe un futuro en el que brillará la justicia, limpiaré mi nombre. Lo he jurado en el día de la festividad de san Miguel, san Rafael y san Gabriel, los tres ángeles que lideran las huestes celestiales. Si se hace justicia, viajaré a Jerusalén y dedicaré el resto de mi vida a defender a los peregrinos de Dios. Dictado en este día, 29 de septiembre de 1340, en el decimotercer año del reinado del rey Eduardo III.

Había otra página añadida. Ricardo oyó un ruido en la puerta. Levantó la cabeza pero no se atrevió a volverse porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Vete! —susurró—. ¡Por favor, vete!

Miró lo que estaba escrito con la letra de Hugo Coticol: una nota del 13 de octubre de aquel mismo año, el día de la festividad de Eduardo el Confesor:

Hemos recibido malas noticias —había escrito Coticol—. Sir Roger Greenele no ha vivido para ver que se hiciera justicia. Rescataron su cuerpo del río Stour cerca de Blacklock Mili. El rostro y el cuerpo estaban magullados, pero el cadáver fue identificado por dos de sus sirvientes. Yace enterrado en la iglesia de Santa María, en Colchester, en una tumba anónima. ¡Que Dios se apiade de su alma!

El escudero pestañeó al oír una pisada a sus espaldas.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz áspera.

—Lamento molestarte —respondió Barleycorn—, pero Dogwort y Ratsbane están en Colchester.

Capítulo IV

Ricardo dejó el documento sobre la mesa y siguió a Barleycorn escaleras arriba hasta un dormitorio. Los postigos de la ventana estaban abiertos; el cristal, limpio. Greenele miró la calle envuelta en sombras: en el círculo de luz de una tea colocada en un candelabro de pared, vio un grupo de figuras que se acercó un poco más a la luz. Greenele soltó una exclamación. Eran fantasmas escapados de una pesadilla. Cinco hombres, vestidos con las prendas más variopintas, bien armados con espadas, estiletes y dagas colgadas de los cinturones. Todos calzaban botas de buena calidad y llevaban en bandolera arcos y ballestas. Todos, excepto uno, tenían los rostros ocultos con máscaras de cuero con tachones puntiagudos que les daban un aspecto grotesco. Había uno que incluso llevaba la cornamenta de un ciervo sobre la cabeza. El rostro del hombre sin máscara era delgado y de expresión cruel. Llevaba un ojo tapado con un parche.

—¿Vienen por ti? —susurró Greenele, apartándose de la ventana.

—Lo dudo —respondió Barleycorn—. Si supieran que estoy aquí no dudarían ni un segundo en atacar. La peste los ha hecho salir del bosque. El día que acudí a tu rescate me pregunté dónde estarían los demás. La perspectiva de un saqueo fácil de comida y bebida en abundancia, máxime cuando se aproxima el invierno, los ha traído a las ciudades. Una vez que pase la plaga y se restauren la ley y el orden, desaparecerán como las sombras cuando sale el sol.

—Ya han estado aquí antes.

Greenele se volvió. Emmeline estaba en el centro de la habitación, con la mano apoyada en uno de los postes de la cama.

—Tienen un aspecto terrorífico, ¿verdad? —añadió la muchacha—. Hace dos días entraron en una casa que está un poco más allá en esta misma calle. La guardia de la ciudad dice que es imposible detenerlos.

—¿Estás seguro de que son Dogwort y Ratsbane? —insistió Greenele.

—¡Conocería esa cara en cualquier parte! —afirmó el arquero, con un tono que no admitía discusiones.

—Tenemos que marcharnos —manifestó Greenele—. Cuanto antes, mejor. —Volvió a apretar el rostro contra el cristal de la ventana—. No te has equivocado, Barleycorn —añadió, al ver los primeros copos de nieve que caían sobre los tejados de las casas al otro lado de la calle—. Ha cambiado el tiempo.

—¿Dónde iremos? —preguntó Barleycorn.

—Hacia el norte, a una isla, a una casa llamada Crokehurst. Te lo explicaré después.

—Necesitaremos provisiones —señaló Barleycorn.

—Yo puedo conseguirlas —afirmó Gildas desde la puerta del dormitorio—. No os preocupéis por Dogwort y Ratsbane. —En su rostro delgado apareció una sonrisa

—. Ya les he dado esquinazo en otras ocasiones.

—¿Los conoces? —Barleycorn se acercó al hechicero.

—Todos aquellos que recorren los caminos de Essex conocen a Ratsbane y Dogwort —replicó Gildas—. Imponen peajes y gabelas, sobre todo si viajas por tu cuenta. No me hicieron ningún daño. Las ratas no acostumbran a molestar a sus congéneres.

—Yo también voy —anunció Emmeline Coticol sentándose en el borde del lecho. Se estiró la falda recatadamente y alisó las arrugas.

—No hay nada que os interese en Crokehurst.

—Tampoco aquí me queda nada —protestó la joven—, si no es la posibilidad de morirme de hambre lentamente o de ser asesinada o violada, en caso de que los caballeros que están ahora en la calle consigan entrar.

Greenele vio la expresión decidida de Emmeline y suspiró resignadamente, aunque por dentro estaba encantado. Le gustaba la muchacha, su sentido común y la sencillez de su conducta. Además, su padre y el de ella habían sido amigos íntimos. Tenía pendiente una deuda de honor.

—Entonces, vamos a prepararnos —dijo el escudero, dirigiéndose hacia la puerta.

—Señora Emmeline, ¿hay caballos?

—Mi padre los guardaba en los establos en la esquina del callejón —contestó la muchacha—. Mine Host, el amo del Palomar, es un hombre bueno y honrado. Cuidaba el caballo de mi padre y dos bestias de carga.

—Ve a buscarlos y trae todo lo demás que puedas robar —le ordenó Greenele a Gildas.

Barleycorn y Gildas esperaron hasta que los forajidos despejaron la calle, y después se escabulleron por la pequeña puerta trasera. Ricardo volvió al despacho para reanudar la lectura de la última voluntad y testamento de su padre. Emmeline le trajo más vino. Luego se inclinó sobre el escritorio para mirarlo.

—Me gustaría saber de qué trata —manifestó.

Ricardo se lo contó, leyendo trozos del largo escrito. Emmeline, con los brazos cruzados sobre el pecho, lo escuchó atentamente.

—¿Alguna vez vuestro padre mencionó el nombre del mío o comentó algo de lo ocurrido en Crokehurst? —preguntó el escudero.

—Nunca —respondió la muchacha, meneando la cabeza. Entonces se llevó los dedos a los labios—. Pero mantenía una estrecha vigilancia sobre los cinco caballeros. Lo recuerdo. Los viajantes y los mercaderes venían por aquí muy a menudo para pedir que mi padre les escribiera una carta o les guardara dinero. —Emmeline se encogió de hombros—. Yo nunca espiaba, aunque sé que algunas veces, mi padre les ofrecía una copa y los cinco nombres siempre aparecían en su conversación: qué hacían, qué ascensos habían recibido, cómo iban las cosechas y las ventas... Luego, cuando los visitantes se marchaban, mi padre siempre venía aquí y anotaba todo lo que le habían dicho en un registro. Nunca era mucho: comentarios

pasajeros, chismorreos...

—¿Dónde está ese libro? —preguntó Ricardo.

—Mi padre lo guardaba en su dormitorio. Iré a buscarlo para vos. ¿Os molesta que os acompañe? —dijo y añadió de corrido—: Sé montar, escribir y cocinar. —Sonrió dulcemente. La suave luz de las velas realzó todavía más su belleza; en sus ojos apareció la mirada traviesa de un duendecillo—. No soy una de vuestras elegantes damas de la corte.

Ricardo le cogió la mano y se la besó; sus dedos eran cálidos y perfumados.

—Mi señora —declaró, burlón—, si no hubieseis aceptado venir, os hubiera cogido y llevado por la fuerza.

La muchacha apartó la mano rápidamente pero le guiñó un ojo con descaro.

—Las damas no deben coquetear —murmuró—. Iré a buscar el libro.

Emmeline salió del despacho. Ricardo permaneció sentado, un tanto molesto por su brusco cambio de humor. La joven regresó casi de inmediato y le entregó un libro forrado con piel de becerro. Le sonrió.

—Si me marcho, más me vale preparar el equipaje. —Echó una ojeada al despacho y pestañeó—. Bueno, si he de marchar, tendré que esconder algunas cosas en el escondite secreto que mi padre tenía en la bodega.

Dejó a Ricardo entregado a la lectura del libro y volvió varias veces para encender más velas. Al principio, Ricardo no entendió las diferentes entradas hasta que se dio cuenta de que el abogado había llevado el libro como un resumen de los chismorreos e informaciones obtenidas de los mercaderes, viajeros y buhoneros. Llegó a la conclusión de que Hugo Coticol era un abogado nato, un hombre que probablemente nunca iba más allá de su casa, calle o distrito. Sin embargo, era lo bastante astuto para estar siempre con el oído alerta y enterarse de lo que pasaba en la región. En las entradas figuraban las naves que hacían escala, las ganancias de un mercader de lana, la construcción de una casa, las actividades de las cortes. También había anotaciones referentes a los cinco caballeros de su padre. Ricardo observó con sarcasmo que cada uno de ellos había prosperado. Vivían con lo mejor de la tierra, invertían en diferentes empresas y negocios y establecían alianzas entre sus familias a través de los matrimonios. En la última página del libro aparecían los nombres de los cinco caballeros y sus respectivos lugares de residencia. Oyó un ruido en la parte de atrás de la casa: una puerta que se abría, la risa alegre de Emmeline, la voz gruesa de Barleycorn y los agudos y cáusticos comentarios de Gildas. Emmeline volvió a reír y los tres entraron en el despacho.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el arquero, mirando con curiosidad la pluma en la mano de Ricardo.

—Tengo que escribir cinco cartas —contestó éste—. ¿Señora Emmeline, tenía vuestro padre un mapa de Essex?

La muchacha abrió un arcón y sacó un rollo de pergamino grasiento. Ricardo despejó la mesa y utilizó los tinteros para sujetar las cuatro esquinas de la tela. El

mapa estaba muy bien dibujado, y mostraba todos los caminos que entraban y salían de Colchester. El escudero miró a Gildas.

—¿Comeremos esta noche?

—Como reyes —respondió el pícaro—. El Señor cuida de los suyos. Los provee con muchas y muy buenas cosas.

—Sí, no me cabe la menor duda —replicó el escudero—. Escuchad, mientras cenamos os contaré una historia. —Señaló la carretera que salía de Colchester por el norte para dirigirse a la costa, y luego un camino secundario que llevaba a un círculo donde aparecía escrito el nombre de Crokehurst—. Tengo que ir aquí —explicó Ricardo—, pero —siguió con el dedo el trazado de la costa— aquí hay diferentes lugares, las casas de los cinco caballeros, que también debo visitar. Necesito hablar con ellos: Ferrers, Beaumont, Manning, Bremner y Grantham.

—Conozco a algunos de ellos —manifestó Gildas—. Señores de la tierra, propietarios de grandes y lujosas casas con las ventanas cerradas con vidrios. Rebaños de ovejas bien gordas pastan en sus prados. El ganado abunda en sus campos y sus silos y graneros están llenos a reventar.

—¿Te encargarás tú de llevarles mis invitaciones? —preguntó Greenele—. Todavía no, sino cuando ya estemos en la isla. ¿Cuánto tiempo te llevará hacerlo?

—No más de un día.

—Eso será si llegamos allí —intervino Barleycorn—. Señor —el arquero sonrió y Ricardo se dio cuenta de que no era la primera vez que empleaba el título—, comienza a nevar. Es probable que Ratsbane y Dogwort ya estén aquí con toda la cuadrilla.

Ricardo enrolló el mapa.

—Entonces, vayamos a cenar. Nos marcharemos con la primera luz del alba.

Diálogo entre peregrinos

El terrateniente dejó de hablar y echó una ojeada al refectorio del priorato. Disimuló una sonrisa mientras su mirada se cruzaba rápidamente con las de sus compañeros peregrinos que tenían un papel que interpretar en su relato. Se fijó especialmente en el vendedor de indulgencias, el vendedor de reliquias con el pelo rubio y el rostro de palidez cadavérica, que parecía husmear el aire con la nariz como un pájaro que levanta el pico. Sin embargo, el vendedor de indulgencias parecía absorto en el collar de reliquias mugrientas que colgaba alrededor de su cuello y no quiso levantar la cabeza. El caballero, en cambio, escuchaba con avidez, sonriendo para sí mismo como si el relato del terrateniente hubiera despertado algo en su propia memoria. Su hijo, el escudero, lo miraba con una expresión curiosa. Se inclinó hacia delante para susurrar al oído de su padre, pero *sir* Godfrey meneó perdido la cabeza en sus recuerdos. El magistrado se mordió el labio inferior; observaba al terrateniente con los párpados entrecerrados, pero sus facciones morenas no reflejaron ninguna emoción.

«Bien», se dijo el terrateniente y se rascó la soberbia barba blanca que le cubría la mitad del rostro.

—¿Qué es esto? —preguntó Mine Host—. ¿Es fábula o realidad, terrateniente?

—¡Silencio! —Chaucer cogió a Mine Host por la manga—. Ya conocéis las reglas, querido compañero. Escucharemos el relato hasta el final; nada de digresiones.

—He oído hablar de Dogwort y Ratsbane —comentó el pobre sacerdote con voz clara como una campana en una mañana de verano—. Hombres malvados, lobos entre las ovejas cristianas.

—Sí, sí, muy bien dicho —aprobó el terrateniente—. Han tenido la suerte que merecían: acabaron en la fosa que cavaron para otros.

El caballero mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Vuestra historia es real? —insistió la priora. Estaba sentada cómodamente en un rincón, alimentando a su perro faldero con pequeños trozos de pan mojado en leche—. Quiero decir —añadió apresuradamente, sin hacer caso de la mirada de advertencia de Chaucer—, si vuestra historia, a medida que se desarrolla, maese terrateniente, es fábula o verdad. Estimula el apetito.

—¿Cuál es vuestra opinión, maese ujier?

Pero el ujier se limitó a rascarse el rostro plagado de verrugas.

—Despierta muchos recuerdos —murmuró. Sus ojos crueles sostuvieron la mirada del terrateniente—. Continúa, señor. Ya os diré qué tal estaba la tarta cuando me la haya comido.

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

Ricardo Greenele y su grupo partieron minutos antes del amanecer del día siguiente. Cenaron bien con lo que Gildas había robado, pero durmieron poco, pues se amontonaron alrededor de la mesa de la cocina para escuchar el relato del escudero sobre el destino de su padre y el viaje a Crokehurst.

—Un viaje ordenado por Dios —declaró Gildas solemnemente cuando el escudero terminó—. Una peregrinación a la verdad, la búsqueda de la justicia.

—Sí, así es —lo interrumpió Barleycorn—. Pero ¿qué pretendes hacer cuando llegues allí? Esos terribles sucesos ocurrieron hace dieciséis años. ¿Cómo podrás averiguar una verdad que tu padre no pudo esclarecer?

—Al menos puede intentarlo —señaló Emmeline—. Debe hacerlo. Mi padre le guardó el secreto.

—¿Es por eso que invitaréis a los cinco caballeros? —preguntó Gildas—. ¿Creéis que vendrán?

Ricardo puso un dedo sobre las cinco cartas apiladas.

—Sí, por supuesto que vendrán. —El joven escudero sonrió—. Les digo a todos que han llegado a mis manos nuevas pruebas para limpiar el nombre de mi padre.

Sí, vendrán todos. Sin embargo, nos marchamos mañana y, antes de hacerlo, nos queda trabajo por hacer.

Se acabaron el vino, recogieron los fardos y bultos y ayudaron a Emmeline a llevar los manuscritos de su padre, la plata de la familia y otras posesiones valiosas al depósito: secreto del sótano. Durmieron un rato. Se levantaron y, después de asearse, desayunaron con un poco de panceta y agua. A continuación salieron al jardín. *Bayard* y los tres caballos del abogado habían pasado la noche en una pequeña glorietta, protección suficiente para el tremendo frío. Había continuado nevando y el suelo apareció cubierto de una tersa capa blanca. A una orden de Ricardo ensillaron los caballos y cargaron sus posesiones en las acémilas. Hablaban en susurros, formando nubecillas de vapor con sus alientos en el aire limpio de la madrugada. Emmeline se tapaba con una gruesa capa de lana y protegía su cabeza con la capucha forrada de armiño. Estaba más bonita que nunca. El frío le ruborizaba las mejillas, enrojecía sus labios y daba brillo a sus ojos. Sorprendió a Ricardo mirándola y sonrió tímidamente. Esa sonrisa hizo latir como un tambor el corazón del escudero, que sintió que ahora que Emmeline estaba con ellos, era capaz de viajar hasta la montaña del Cuerno Dorado. Recorrieron el pasaje y salieron a la calle. La ciudad dormía. Los habitantes no sólo se escondían de la plaga, sino que se mantenían calientes ante el frío exterior. Un perro esquelético apareció en la calle para ladrarles, pero no tardó en cansarse. De vez en cuando veían sombras que entraban y salían de callejuelas y pasadizos. Cruzaron la plaza del mercado y pasaron por delante de una iglesia desierta camino de la puerta norte. Doblaron en una esquina y estuvieron casi a punto

de llevarse por delante una enorme fogata que ardía en mitad de la calle. Los hombres que dormían tirados en el suelo se levantaron de un salto, echando mano a puñales y dagas.

—¡Paz! —Ricardo levantó una mano—. Sólo somos unos pobres viajeros que nos marchamos de la ciudad —añadió, al tiempo que sentía que le daba un vuelco el corazón.

Los hombres iban armados y unos pocos llevaban las espantosas máscaras que había espiado el día anterior. Miró rápidamente a Barleycorn, que marchaba a su lado, pero el arquero ya se había tapado la cabeza con la capucha. Los forajidos, seguidores, como Ricardo sabía, de Ratsbane y Dogwort, se apartaron para dejarlos pasar. Después de todo, habían visto la espada y el puñal de Ricardo. Gildas también iba armado y el arco largo de tejo que Barleycorn llevaba al hombro era advertencia suficiente para que los dejaran en paz. Mascullaron por lo bajo y en sus rostros aparecieron expresiones siniestras, pero no interfirieron. Ricardo exhaló un suspiro de alivio. Habían dejado atrás a los bandidos y cabalgaban de nuevo hacia la puerta cuando se oyó una voz:

—¡Barleycorn, maldito cobarde!

Antes de que Greenele pudiera impedirselo, el arquero se volvió.

—¡Es él! —vociferó uno de los asaltantes y echó a correr hacia Barleycorn.

—¡Cabalga! —le gritó Cuthbert a Greenele—. ¡Protege a la señora Emmeline!

Hincó una rodilla en tierra. Gildas se disponía a huir pero después cambió de opinión y fue en ayuda del arquero, ballesta en mano. Ricardo y Emmeline, sujetando las riendas de las acémilas, avanzaron hacia la puerta. Greenele respiró más tranquilo al ver que los guardias venían hacia ellos.

—¡Forajidos! —gritó—. ¡Nos atacaron!

Los aguerridos soldados, veteranos del castillo, fueron a unirse a Cuthbert. Greenele se volvió en la montura. Cuthbert no necesitaba mucha ayuda. Como correspondía a un maestro arquero, ya había disparado cinco flechas y todas habían encontrado la diana. También Gildas había abatido a uno, aunque ahora tenía dificultades para tensar la ballesta. Seis cuerpos se retorcían en el suelo, ensuciando la nieve con su sangre. El resto de los salteadores había decidido que se imponía la retirada y corría para quedar fuera del alcance de las mortíferas flechas. Sus amenazas e insultos se escuchaban con toda claridad en el aire helado. Los soldados se encargaron de reanudar la persecución. Barleycorn y Gildas, sudorosos y jadeantes, pero sonriendo de oreja a oreja, se reunieron con Ricardo y Emmeline.

—No ha estado mal —comentó el escudero—. ¡Cinco flechas en tres minutos!

—Esto no es nada —replicó Barleycorn—. Normalmente son seis flechas en un minuto. Pero el frío y la escarcha —hizo sonar la cuerda del arco— tienen sus efectos.

—¡Escuchad el canto de los victoriosos! —vociferó Gildas—. ¡Ved cómo el Señor ha vencido a los poderosos, aniquilándolos del primero al último! La venganza

de Dios sobre la tierra. ¡Un auténtico Gedeón ha surgido entre nosotros! —La sonrisa de Gildas se esfumó—. Pero yo también he hecho mi parte —protestó.

Barleycorn descargó una fuerte palmada en el hombro del hechicero.

—¡Un verdadero Áyax! —proclamó—. ¡Un leal compañero de Aquiles! —El arquero miró a Greenele—. ¿Qué pasa? —preguntó.

El escudero meneó la cabeza pero decidió guardarse sus pensamientos.

—Nada —murmuró—. Venga, debemos marcharnos.

Cruzaron la puerta de la muralla sin más demoras y salieron a campo abierto.

—Nos dirigimos a territorio desierto y salvaje —declaró Gildas—. Encontraremos muy pocos viajeros en este camino.

—Tenemos que darnos prisa —afirmó Barleycorn, acelerando el paso—. En cuanto Ratsbane y Dogwort sepan que estoy aquí, iniciarán la persecución.

—¿Por qué? —le interrogó Emmeline, inclinándose en la montura hacia el arquero—. ¿Por qué os odian tanto?

Barleycorn se detuvo para mirar a la muchacha.

—Porque, mi bella dama —manifestó, haciendo que Emmeline se ruborizara—, he matado a sus parientes y amigos, y ellos han jurado colgar mi cabeza como un trofeo para su cueva, la guarida que tienen en el corazón del bosque. —Se entretuvo un momento ajustando las bridas del caballo—. También saben —añadió— que si no me matan, y de esto pongo a Dios por testigo, seré yo quien los mate.

—¡Vamos! —dijo Ricardo, con un tono más brusco de lo que pretendía. Miró el cielo cubierto de negros nubarrones—. Ha cambiado el tiempo y no tardará en nevar una vez más.

En menos de una hora, la predicción demostró ser acertada. Comenzó a nevar y la nieve apagó todos los sonidos, envió a los pájaros de regreso a sus nidos, cubrió los setos, relleno las zanjas y tapó con su manto la dura tierra ocre. Ahora se encontraban en los páramos de Essex. De vez en cuando veían una columna de humo en el horizonte, pero, por lo demás, era como si estuvieran solos en el mundo, atravesando un desierto blanco. Los árboles se erguían como postes negros y pelados y los terraplenes del camino impedían ver más allá. Algunas veces, los escandalosos graznidos de los grajos rompían el silencio cuando un zorro se cruzaba en su camino con andar silencioso. En otro momento, Emmeline se sobresaltó cuando una lechuza blanca como la nieve salió bruscamente de entre los árboles y voló como un fantasma sobre el grupo. Cada vez que se encontraban fuera de la pantalla de los terraplenes o llegaban a la cumbre de una colina, Barleycorn hacía un alto para escrutar con atención la zona por la que habían pasado.

—¡No nos seguirán! —le regañó Gildas—. Se quedarán en Colchester hasta que pase la plaga y las autoridades de la ciudad restauren la ley y el orden.

—Sí que vendrán —afirmó Cuthbert—. Se echarán sobre nuestro rastro como sabuesos del infierno.

Fue avanzando el día. Los caballos comenzaron a dar muestras de cansancio, y

también los viajeros, a pesar de las gruesas capas y los mitones forrados de piel, acusaban los efectos del frío.

—No tardará en oscurecer —comentó Gildas. Señaló un bosquecillo en un altozano—. Aquello no es una taberna ni una granja. Será mejor que nos quedemos allí. No os preocupéis; estaremos seguros —añadió tímidamente.

Greenele estuvo tentado de preguntarle por qué decía eso sobre un bosquecillo en lo alto de una colina, pero hacía frío y caía la noche. Se apartaron del camino, desmontaron y siguieron a pie llevando a los caballos de las bridas a través del campo. Subieron al altozano y por fin llegaron al bosquecillo. Había un pequeño claro y Gildas no tardó en encender una buena fogata. Los árboles hacían de pantalla contra el fuerte viento. Sacaron las provisiones de los morrales y, mientras se llenaban el estómago sentados a la vera del fuego, todos estuvieron de acuerdo en que ese lugar era tan bueno como cualquier ventorro. Sin embargo, Gildas, entre bocado y bocado, miraba atentamente la oscuridad. Ricardo lo observaba con atención. El autoconfesado hechicero se mostraba callado en exceso. Greenele también se dio cuenta de que en el bosquecillo el silencio era absoluto. A pesar del frío y la nieve, zorros, tejones, comadreja y hurones tendrían que estar cazando, pero no era ése el caso. No se oía ningún rumor en el matorral y, cuando miró las negras y desnudas ramas, no vio nido alguno ni oyó ninguna llamada. Gildas acercó sus astrosas alforjas. Sacó una cruz rústica y la dejó en el suelo a su lado; la rodeó con las cuentas de un rosario y unió las manos para rezar en silencio. Luego se levantó, después de sacar una botella de agua bendita, y con un hisopo roció a sus compañeros. Ricardo y Barleycorn le observaron sin disimular la curiosidad.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Barleycorn vivamente—. ¿Tenemos miedo de los elfos y los duendes?

Gildas se sentó junto a la hoguera. Miró las llamas, moviendo los labios sin emitir sonido.

—¡Gildas, deja de asustarnos! —exclamó Ricardo—. ¿Se puede saber qué tienen de especial estos árboles?

—Éste es un lugar abrigado y caliente —replicó Gildas, escuetamente—. Pero siempre debes tener la precaución de protegerte.

—Has estado aquí antes, ¿no es así? —lo acusó Barleycorn—. Venga, habla, condenado charlatán.

—He estado aquí antes —confesó Gildas—, sí —añadió, golpeándose el pecho con un gesto burlón—. *Mea culpa, mea culpa*, he probado la magia negra. —Levantó una mano en un gesto teatral—. Aunque ahora he renunciado a ella, admito que hace años estuve aquí en un aquelarre.

—¿Por qué? —intervino Greenele—. ¿Por qué vinisteis aquí?

—Éste no es un cerro natural —replicó Gildas lentamente—. Muchos, muchísimos años atrás, mucho antes de que el Conquistador viniera con sus normandos, aquí se libró una gran batalla entre los sajones y los extranjeros de

allende el mar. Según las viejas historias, los cadáveres yacían apilados en montones y los cuervos se dieron un festín que duró días. Murieron tantos, que al final decidieron amontonarlos todos, unos encima de otros, y taparlos con tierra.

—¿Éste es el lugar?

—Así es, y cosas muy extrañas se han visto aquí —afirmó Gildas—. Fantasmas, el sonido de la batalla, los gritos de los moribundos. Cuando, llevado por mi estupidez, me uní al aquelarre —sonrió débilmente con la mirada puesta en las llamas—, fue aquí. —Golpeó la tierra con la punta de los dedos—. Si caváis lo bastante hondo, encontréis los restos de la gran hoguera que encendieron.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Emmeline.

—Mi señora, no estoy seguro.

—¿Apareció algún fantasma? —se burló Barleycorn, aunque se arrebujó en la capa, temeroso de la niebla que comenzaba a extenderse entre los árboles—. Venga, charlatán, habla. ¿Apareció algún demonio escapado del infierno?

Gildas meneó la cabeza.

—No —respondió en voz baja. Señaló con un ademán los árboles que los rodeaban—. Sin embargo, cuando el fuego se apagaba, eché una ojeada en derredor y pongo al cielo por testigo de que vi unas figuras altas y oscuras entre los árboles que nos miraban. Era una noche de verano, pero el aire se tornó frío y apestaba con el olor de los cadáveres putrefactos. —Gildas extendió la manta y se acostó, descansando la cabeza en las alforjas—. Ahora ya sabéis por qué he bendecido el lugar y rezado para que el amanecer venga pronto.

—¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó el arquero.

—Porque sé que está embrujado —contestó Gildas, con voz somnolienta—, y Dogwort y Ratsbane también lo saben.

Ricardo exhaló un suspiro y echó más leña al fuego.

—Es hora de dormir. —Miró de soslayo a Emmeline—. Señora, por vuestra seguridad, sugiero que durmáis entre maese Gildas y yo.

—¡El Señor nos ampare! —Emmeline se llevó la mano a los labios en una falsa expresión de sorpresa—. Si mi vieja niñera me viera ahora... —Se echó a reír—. ¡Durmiendo entre dos hombres!

—Ésa —comentó Ricardo, siguiéndole la broma— es una historia que le podréis contar a vuestros nietos.

Se acostaron, utilizando las alforjas y las monturas como almohadas, bien envueltos en las mantas. A Ricardo le resultó difícil conciliar el sueño. Le hubiera encantado darse la vuelta y mirar a Emmeline, pero eso hubiese sido demasiado directo y ¿qué pasaría si ella le volvía la espalda? En cambio, se preguntó qué le aguardaría en Crokehurst. ¿Cómo podría limpiar el nombre de su padre en una isla desierta, en una mansión llena de fantasmas con el invierno encima? ¿Los seguirían los forajidos? ¿Cuál era el verdadero motivo por el que se empeñaban en perseguir a Cuthbert Barleycorn? Ricardo pensó en el maestro arquero. ¿Con quién se había

reunido aquella noche en la carretera de Epping? ¿Por qué Gildas no lo había reconocido? El supuesto hechicero recorría todos y cada uno de los caminos de Essex y sin embargo estaba seguro de que no se conocían. Ricardo recordó la mención de Cuthbert de Aquiles y Áyax. ¿Cómo era que un vulgar arquero se había beneficiado de una educación clásica? ¿Había escuchado quizás algunas canciones cortesanas, las proezas de algún gran paladín, y recordado la referencia? El fuego crepitó alegremente cuando el calor hizo estallar los troncos. «Parece magia», pensó. Desde luego, todo el viaje a Crokehurst y el misterio que lo aguardaba le traía a la memoria las historias de los caballeros del rey Arturo y la búsqueda del Santo Grial. En algún lugar del campo helado, sonó el ruido de una lechuza que buscaba una presa entre los arbustos. Ricardo comenzó a rezar un padrenuestro y se quedó dormido antes de acabar.

Se levantaron con las primeras luces del alba. Una niebla espesa cubría el cerro y en el lugar se respiraba una amenaza latente. Gildas aprovechó los rescoldos de la hoguera para preparar una olla de gachas bien calientes, mezcladas con un poco de azúcar y miel, que les dio nuevas fuerzas. En cuanto acabaron de desayunar, volvieron al camino que los llevaría a Crokehurst, siguiendo las indicaciones del mapa del abogado.

Por fortuna, a pesar de la niebla, les resultó relativamente fácil seguir el camino, porque no había nevado durante la noche. Viajaron la mayor parte del día. A última hora de la tarde llegaron a una pequeña aldea. Aquí se detuvieron en un miserable y maloliente ventorro para aprovechar un poco del escaso calor que daba un fuego humeante y tomar un plato de sopa, supuestamente hecha con huesos de pollo, que les sirvió la taciturna y sucia ventera. Gildas comentó por lo bajo que la sopa tenía más gato que pollo, pero al menos estaba caliente. Cuando Ricardo sacó un penique, apareció una sonrisa en el rostro arrugado de la mujer y, con un extraño acento, le explicó a Gildas que sí, estaban en el camino a Crokehurst y llegarían a la isla en menos de una hora. Luego formuló una pregunta a Gildas.

—¡Oh, no! —respondió el charlatán, meneando la cabeza—. Tenemos intención de ir a la isla.

La sonrisa de la ventera se esfumó en el acto. Murmuró algo que no entendieron y se alejó furiosa.

—¿Por qué se puso así? —preguntó Ricardo mientras buscaban los caballos y emprendían la marcha por el fangal en que se había convertido la calle que salía de la aldea.

—Bueno, al principio se mostró bastante amable —contestó el charlatán—. Aquí no tenían noticia alguna de la plaga, ni tampoco habían oído nada de una banda de forajidos. Sin embargo, cuando le mencioné que íbamos a cruzar a Crokehurst, dijo que estaba maldecido por el diablo, que era un lugar hechizado, muy poco adecuado para las almas cristianas.

—Espero que Ratsbane y Dogwort se enteren —manifestó Barleycorn

alegremente.

Ricardo, que guiaba su caballo y la montura de la señora Emmeline, tenía más prisa que nunca por seguir adelante. No le preocupaba en lo más mínimo la ventisca y la niebla helada que comenzaba a extenderse a medida que oscurecía. Sólo quería ver la isla, visitar la casa donde habían vivido sus padres y que le habían arrebatado bruscamente. Por primera vez en su vida, a pesar de la vida errante que había llevado con *sir* Gilbert Savage, el joven escudero tenía la sensación de que regresaba al hogar. Llegaron a lo alto de una colina. La fría ventolera dispersó la niebla ladera abajo por un momento.

—¡Crokehurst! —exclamó Gildas.

Ricardo, con un nudo en la garganta, miró hacia abajo. La isla estaba cubierta de bosques y el agua del lago que la rodeaba se veía gris y encrespada. Forzó la mirada. Vio los tejados y los gabletes de una casa casi oculta por los árboles, y un puente ruinoso que comunicaba la isla con los campos cubiertos de nieve de los alrededores.

—Hay una calzada en alguna parte —susurró Gildas.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Greenele.

—Alguna vez que otra —respondió el hechicero, desviando la mirada. Pero después miró a Ricardo—. La vieja ventera no me dijo nada que yo ya no supiera. — Se acercó al escudero hasta que su rostro estuvo a un palmo del suyo—. ¿Estáis seguros de que queréis cruzar, maese? Ni siquiera los amos del patíbulo, los señores del Sabbat, las brujas y los hechiceros visitan Crokehurst. —El rostro afilado de Gildas mostraba ahora una expresión tierna y preocupada.

—¿Cuántos años tienes, Gildas?

—No más de veintitrés inviernos —manifestó el charlatán—. Me ordenaron joven. He andado mucho en mi corta vida. ¿Por qué?

—Yo tengo dieciocho —contestó el escudero señalando hacia la niebla—. Mi hogar estaba ahí hace dieciséis años. Ni siquiera Satanás y todos los poderes del infierno me impedirán que vaya.

Dicho esto, espoleó a *Bayard*, bajó por la ladera y siguió el angosto y fangoso sendero hasta el puente, desde donde miró al otro lado. La isla parecía ahora más oscura y amenazadora. Los árboles llegaban casi hasta la orilla.

—El puente no parece muy seguro —comentó Barleycorn.

Ricardo asintió. El puente era una estructura de madera sin barandillas a los costados, sólo con traviesas de madera colocadas sobre los pilares. Faltaban algunas, otras aparecían rotas o vencidas. Cerró los ojos, musitó una plegaria y avanzó llevando a *Bayard* de la brida. Emmeline y los demás lo siguieron, haciendo que el puente crujiere bajo su peso. Los cascos de *Bayard* resbalaron, una traviesa se rajó, otra se partió. Ricardo se detuvo, miró anhelante el otro extremo del puente y pudo ver a una figura, cubierta de pies a cabeza con una capa, que desaparecía entre los árboles: ¡la isla no estaba desierta!

Capítulo II

Poco a poco consiguieron cruzar sanos y salvos el puente. Avanzaron por un camino de piedras entre los árboles. Ricardo desenvainó la espada y le dijo a Gildas que preparara la ballesta mientras Barleycorn, con una flecha puesta en el arco, ocupaba la vanguardia.

—Aquí hay gente —afirmó Ricardo—. Vi claramente a alguien que nos vigilaba al cruzar el puente.

Avanzaron sin apartarse de la hilera de árboles. Barleycorn encontró un sendero casi oculto por la maleza cubierta de nieve y lo siguieron a través del bosque. Ricardo tenía una sensación extraña. Bien podía haber sido por este mismo sendero por donde había caminado su padre dieciséis años atrás durante un plácido atardecer de verano, poco antes de comenzar su descenso a los infiernos. Se le hizo un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas.

«Tanto sufrimiento —se dijo—; ¿qué demonio fue capaz de hacer algo así?»

Comenzaron a ralea los árboles, el sendero se hizo más ancho y bruscamente se encontraron en un campo cubierto de nieve que se extendía hasta la enorme mansión. En su época de esplendor, Crokehurst debía de haber sido un pequeño palacio con los tejados rojos, gabletes con los azulejos dispuestos en damero, miradores, una gran entrada, chimeneas, cornisas, voladizos y gárgolas en la fachada. El edificio era grande y estaba provisto de alas en los dos lados. No obstante, los años habían dejado su huella: los tejados mostraban enormes boquetes, las ventanas desnudas parecían ojos ciegos. La lluvia y el viento se habían llevado buena parte del enlucido y de la pintura de las maderas. La base de ladrillo estaba cubierta de líquenes. El enorme edificio ofrecía el aspecto de un animal herido y Ricardo sintió la tristeza y el dolor del lugar. Cruzó el campo de hierbajos, con *Bayard* de la brida, y se dio cuenta de que en los tiempos de su padre sin duda había un camino a través de los jardines, macizos de flores, glorietas y bancos. Ahora las malas hierbas lo dominaban todo; todo se veía abandonado y roto. Uno de los postigos de las ventanas en la planta superior se abrió bruscamente por efecto del viento helado y el ruido sonó como un trueno. Gildas dejó escapar un grito. Ricardo se detuvo, acariciando el hocico de *Bayard* para tranquilizarlo, pues el caballo también se mostraba inquieto por el ambiente siniestro. El escudero observó el edificio con mucha atención. Vio que la puerta principal estaba cerrada con un candado. La casa tenía tres pisos, y todas las ventanas de la planta baja habían desaparecido, víctimas de todos aquellos que habían pasado por allí para robar cualquier cosa que pudieran revender.

—¿Recordáis algo de todo esto? —preguntó Emmeline, acercándose.

—No, nada en absoluto. —Ricardo cerró los ojos durante un momento—. Quizá más adelante recupere mis recuerdos.

Rodearon el edificio para entrar en el patio de las caballerizas rodeado por la casa

principal y las dos alas. Con el paso de los años se habían oxidado y roto las bisagras del portalón que ahora se pudría sobre los adoquines y hierbajos del patio. Los edificios anexos mostraban el mismo estado de lamentable abandono, con los techos hundidos y sin puertas.

—Tu padre debió de ser un gran señor —comentó Barley corn—. Había una forja, una herrería y varios graneros. —Señaló el centro del patio, donde se había hundido la tapa del aljibe, dejando visible un agujero revestido de ladrillos—. No creo que nadie haya estado aquí en muchos años. ¡Ha pasado mucho tiempo desde que alguien sacó agua de ese pozo!

Manearon los caballos. Después forzaron una puerta que daba a una pequeña despensa, con las paredes encaladas sucias y cubiertas de moho, y de ahí pasaron a la cocina, una habitación amplia y espaciosa con una enorme chimenea en uno de los lados. La mesa que se utilizaba para despedir de este mundo a los animales todavía estaba en su sitio, llena de telarañas y polvo, pero el resto, ollas, sartenes, y demás utensilios habían desaparecido. Las hileras de ganchos oxidados clavados en las paredes, y que se veían retorcidos, demostraban el vigor de los asaltantes cuando saquearon la casa. Gildas se metió debajo de la campana del hogar y miró hacia arriba por el tubo de la chimenea.

—Todavía está limpio —anunció y después comenzó a toser cuando un montón de hollín le cayó en la cara. Salió del hogar, sacudiendo la cabeza, y sonrió irónicamente al ver el regocijo de los demás.

—Id a buscar leña —ordenó Ricardo—. Encended un buen fuego. —Desenvainó la espada y miró a sus compañeros con una sonrisa triste—. Preferiría recorrer solo la casa. Lo entenderéis, ¿verdad?

Todos asintieron. Ricardo salió de la cocina y caminó por un pasillo con suelo de piedra. Mientras iba de habitación en habitación, experimentó una profunda sensación de tristeza. Las imágenes desfilaban por su mente. Encontraba imágenes que le resultaban algo conocidas en una puerta, en la chimenea de una habitación, en el gran mirador que daba a un lateral de la casa y a los campos cubiertos de nieve.

Subió la gran escalera, quitando sin darse cuenta el polvo acumulado en el pilar tallado y la balaustrada. La madera se había mantenido en buen estado, los peldaños eran firmes. Mientras subía, Ricardo comprendió que la mansión debía de tener fama de estar embrujada, porque de lo contrario los campesinos de la zona no hubieran dejado ni un clavo. Se detuvo al llegar al primer piso y escuchó. ¿Sería verdad?, se preguntó. ¿Estaría la casa embrujada? ¿Se encontrarían los fantasmas de sus padres y los de lord y *lady* Fitzalan en los oscuros rincones llenos de telarañas, contemplándolo con lástima? Las paredes encaladas por encima del astillado revestimiento de madera a media altura estaban manchadas con una pátina de mugre, pero así y todo se veían los trozos más claros donde habían estado colgados los cuadros y los tapices. Los candelabros de pared, cubiertos de verdín con el tiempo, habían iluminado antaño la galería para convertirla en un lugar bello, cálido y seguro.

Había seis dormitorios en la primera galería; todos eran grandes y espaciosos, pero estaban desprovistos de cualquier mueble. Sin embargo, Ricardo creyó reconocer cuál era el dormitorio de sus padres. Durante unos minutos se sentó en el alféizar de la ventana, de espaldas a los postigos, y contempló la habitación polvorienta y mohosa, antes de taparse el rostro con las manos y estallar en sollozos. Permaneció llorando durante un buen rato. Lloró, no tanto por él mismo sino por sus padres, y rabió contra el demonio que les había arrebatado la copa de la felicidad de los labios.

Por fin, Ricardo se enjugó las lágrimas, rezó una plegaria por el descanso de sus almas y se preguntó que haría a continuación. Se sintió abatido y, por primera vez desde que había abandonado Francia, comprendió lo mucho que echaba de menos a *sir Gilbert Savage*. Lo había querido mucho y se había acostumbrado a sus maneras taciturnas. El caballero lo había tratado como a un hijo. Se había ocupado de Ricardo, lo había cuidado cuando estuvo enfermo y le había enseñado todo lo que sabía del mundo y sus cosas. *Sir Gilbert* había sido parco en palabras, pero generoso y entusiasta en todo lo que hacía. A medida que Ricardo se había hecho mayor había aparecido cierto distanciamiento entre ellos. A menudo, Ricardo sorprendía al caballero mirándolo con una expresión triste. Ahora comprendía la razón.

—Ojalá estuvieras aquí —susurró Ricardo en la oscuridad—. Cuando todo esto se acabe, levantaré un monumento en tu memoria. Nunca te olvidaré.

Salió una vez más a la galería para recorrer el resto de las habitaciones. Entró en otro dormitorio y en el acto lo dominó la sensación de que era el lugar donde habían apuñalado a lord Simón Fitzalan. Cuando quitó un poco del polvo que tapaba el suelo con la punta de la bota, le pareció ver las oscuras manchas de sangre en las tablas. A medida que iba de habitación en habitación, la tristeza dio paso a la cólera y, por primera vez en su vida, Ricardo aprendió a odiar. La casa era una ruina, un nido de murciélagos, ratas y demás alimañas. Las telarañas y el polvo lo tapaban todo, pero, debajo de todo aquello, Ricardo adivinaba la felicidad que en otros tiempos había llenado la casa. Subió la escalera hasta el tercer piso. La luz era muy pobre y tuvo que abrir los postigos. Entró en uno de los cuartos y tuvo la certeza absoluta de que se trataba de la misma habitación que aparecía siempre en sus pesadillas. Tan intenso era el recuerdo, que tuvo miedo y fue a sentarse acurrucado en un rincón, con el puño contra la boca. Cerró los ojos, recordando los sueños.

—Ahí —musitó para sus adentros— estaba mi cama. Allá, la mesa y las sillas; la alfombra, en el suelo, y aquí, el catre.

Se levantó para abrir la ventana. La luz invernal llenó la habitación. Ricardo echó una ojeada. Había una pintura desvaída en la pared. Consiguió ver la silueta de la figura de Jesús. Las emociones eran tan fuertes que lo desbordaron. Salió casi corriendo de la habitación, bajó las escaleras y fue a buscar refugio en la cocina.

Durante unos minutos, permaneció con la espalda apoyada en la puerta, respirando profundamente en un intento por serenar los latidos del corazón y aliviar el dolor intenso que notaba en las tripas. Los demás, reunidos delante del fuego que

ardía en el hogar, lo miraron con extrañeza.

—¡Lo encendí yo solo! —exclamó Gildas, pero su sonrisa se desvaneció cuando vio el rostro pálido y angustiado del escudero. El charlatán se acercó con paso enérgico y, cogiendo a Ricardo por un brazo, lo llevó a sentarse en un tonelete—. Sentaos —le ordenó. Salió de la cocina un momento y regresó con un pellejo de vino. Le quitó el tapón y le puso el pellejo en la mano—. Bebed —le rogó—; ayudará a que la sangre fluya.

Ricardo obedeció. Al parecer, Gildas había estado muy atareado porque en la cocina había más toneles y barriles.

—Hay una bodega —le explicó Barleycorn—. Los encontramos allí. Nos servirán de taburetes y sillas.

Emmeline tocó la mano de Ricardo, fría como el hielo.

—¿Habéis estado antes aquí? —preguntó.

—Sí, sí —respondió el joven, con una voz apenas audible.

Se bebió la copa de vino y Gildas, al ver la mirada del arquero, le sirvió otra. Durante un rato bebieron en silencio en las copas de peltre que habían traído de la casa de Emmeline. El vino no tardó en hacer su efecto. Ricardo se sintió más tranquilo, pero somnoliento. Aceptó agradecido la invitación de Gildas para que se acostara en la manta extendida en un rincón de la cocina. Esta vez no tuvo pesadillas y durmió profundamente durante varias horas.

Estaba oscuro cuando despertó, pero vio de inmediato que los demás habían trabajado sin descanso. Habían calentado agua y limpiado y fregado la mesa y el suelo. Las copas, jarras y demás utensilios estaban en su sitio. Ricardo se desperezó, se acercó a Emmeline y la cogió de las manos. La joven no se resistió, sino que lo miró con los ojos brillantes.

—Letrada y ama de casa —comentó con un tono levemente burlón—. Os doy las gracias. Lamento haber sido tan egoísta, pero quería recorrer la casa... —Se interrumpió con una mueca.

—¿Algo así como un viaje para el alma? —preguntó Emmeline.

El escudero no respondió. Emmeline se acercó un poco más, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla para después apartarse casi de un salto cuando la puerta se abrió bruscamente y Barleycorn entró en la cocina acompañado por Gildas.

—No hay conejo ni animal de cuatro patas en Essex que pueda escapar de Gildas. El bosque está lleno de conejos.

Desollaron y limpiaron los animales en un santiamén y los pusieron a asar en unos espetones improvisados. Aquella noche comieron y bebieron bien. Después, Ricardo fue a las caballerizas para ocuparse de *Bayard* y los demás caballos. Habían traído forraje. Barleycorn se había preocupado de cortar pasto y de secarlo delante del fuego de la cocina, así como de recoger frutas del huerto para añadirlas a la dieta. El escudero volvió al patio y estudió el cielo. Gildas le había dicho que estaba despejado, pero ahora volvía a taparse. El viento helado alborotó su pelo.

—Caerá más nieve —murmuró.

—¿Quieres que vaya a llamar a los cinco caballeros? —le preguntó Barleycorn desde la puerta de la cocina—. Gildas vendrá conmigo. Creemos que lo mejor será marchar esta misma noche. —Echó una ojeada al cielo—. Cuando comience a nevar, será una nevada de las fuertes.

—Estás cansado —manifestó Ricardo, acercándose.

—Es mejor marchar ahora —insistió Barleycorn—. Los caminos todavía están abiertos. Acabo de mirar el mapa.

Los tendremos a todos aquí a última hora de mañana, si es que aceptan venir.

—¿Sabes qué decirles?

Barleycorn asintió.

—Ponlos al corriente de nuestra situación —añadió el escudero—. Diles que es apremiante. Pídeles que traigan provisiones, por fidelidad a mi padre. Por lo menos, me deben eso.

Cuthbert volvió a asentir y entró en la cocina. Ricardo lo acompañó. Por lo visto, Gildas también consideraba una buena idea marchar de inmediato, porque ya estaba preparando sus avíos. El charlatán miró a Emmeline con una expresión de picardía.

—¿Será sensato dejaros aquí? —preguntó, divertido—. Me refiero al vino, al fuego, y a un joven y ardiente escudero.

Emmeline se echó a reír sin moverse del rincón de la chimenea donde estaba sentada estudiando el mapa de su padre, que mantenía desplegado sobre la falda.

—No te preocupes por mí, Gildas. Mejor aquí que con Ratsbane y Dogwort —manifestó alegremente.

Durante un rato, la cocina fue un caos mientras Barleycorn y Gildas acababan de recoger sus armas y pertenencias. Ricardo y Emmeline los acompañaron hasta las caballerizas. Los viajeros ensillaron los caballos y, con gritos de despedida, desaparecieron en la oscuridad.

En cuanto se marcharon, Emmeline mantuvo un silencio extraño. Regresó a la cocina y se acostó en un camastro improvisado en un rincón. Ricardo la observó, intrigado por los súbitos cambios de humor de las mujeres; la joven yacía de espaldas a él, con la manta por encima de la cabeza. Intentó acercarse.

—Estoy profundamente dormida —le advirtió Emmeline—. Creo que deberíais hacer lo mismo.

Ricardo se despertó tarde a la mañana siguiente y se encontró con que Emmeline ya estaba levantada y alegre como un pájaro.

—¡Levántate de una vez, holgazán! —exclamó la muchacha, tuteándolo—. Me he lavado y me he puesto ropa limpia. —Señaló la olla que hervía en el fuego—. Gachas para el desayuno, un poco de vino aguada y más conejo. Tendrías que lavarte. —Lo amenazó con un dedo—. No te has afeitado y tienes el pelo grasiento. Barley corn dijo que tienes una muda.

Emmeline continuó charlando y regañándolo hasta tal punto que Ricardo se

alegró de escapar al patio para sacar agua del pozo. La mañana era gris pero clara; el viento soplaba con fuerza.

—Tendremos nieve —gritó Emmeline desde la cocina—. Espera y verás. A última hora de la tarde. Barleycorn me enseñó los indicios.

Ricardo volvió con un cubo de agua helada. Lo llevó a la sala, se quitó las prendas sucias, se lavó y afeitó, se puso ropa limpia y entró dispuesto a desayunar.

—Voy a salir —anunció Ricardo en cuanto acabó de desayunar—. No olvides trancar la puerta. —Señaló una segunda ballesta que había en un rincón—. Si es necesario —añadió, sin mirar a la joven—, úsala.

—¿No puedo ir contigo? —protestó Emmeline.

—Mujer, sólo por esta vez, deja que vea qué más hay en la finca de mi padre —respondió Ricardo, sonriendo. Se abrochó el cinturón y se echó la capa sobre los hombros.

—¿De verdad crees que hay alguien más en la isla? —preguntó la muchacha, acercándose.

Ricardo la cogió de la mano y, acercándola, le dio un sonoro beso en cada una de las mejillas. Emmeline se apartó, ruborizada.

—¿A qué viene eso?

—Olvidé hacerlo anoche —replicó Ricardo.

Antes de que Emmeline pudiese decir nada más, el escudero salió por la puerta de la cocina y atravesó el patio. Siguió el sendero a través del bosque. Al pasar, advirtió que los manzanos, perales y ciruelos del huerto llevaban años sin podar. Las hojas y los frutos formaban una masa pegajosa y maloliente que cubría todo el suelo alrededor de los árboles. La nieve blanda comenzaba a fundirse, ablandando la tierra del sendero. El fango dificultó todavía más la marcha y, después de un par de resbalones, el joven acortó el paso y avanzó con más cuidado. Por todas partes se oía el ruido de los conejos entre los matorrales. Ricardo se dio cuenta de que la isla había tenido antaño sus propias conejeras. Pasó por delante de un palomar en un pequeño claro, con el techo agujereado y parte de las paredes derruidas. Más allá había una porqueriza y gallineros rotos, una prueba más de que, en su día, la isla había sido autosuficiente. Por lo tanto, se dijo Ricardo, no tenía nada de extraño que sus antepasados decidieran que era el lugar más seguro para construir su casa. Recordó los campos que habían cruzado en el camino hacia la isla. ¿También formaban parte de la finca? Oyó el chasquido de una rama al quebrarse en algún lugar no muy lejano. Se detuvo, con la mano sobre la empuñadura de la daga. Intentó controlar el ritmo de la respiración. Al presentir un peligro volvió a echar de menos a Gilbert Savage. Se volvió rápidamente para mirar entre los árboles: nada. Aumentó la sensación de soledad y las palabras del camarada muerto resonaron en su mente: «Cuando tienes un amigo, Ricardo, un amigo de verdad que camina junto a ti, nunca estás solo. Nunca eres vulnerable. Ya puedes tener la mejor armadura, la espada mejor afilada y el corcel más rápido; todo eso no es nada comparado con un buen amigo».

—Ojalá estuvieras aquí —musitó el muchacho.

Continuó caminando. Recordó la silueta oscura que había divisado fugazmente entre los árboles a la orilla del lago. ¿Había alguien más en la isla? ¿Alguien que era parte de la atroz pesadilla de su padre? Caminaba tan inmerso en sus pensamientos que casi no se dio cuenta de que había llegado a una parte del bosque donde se abría un prado de considerables dimensiones.

—¡Por san Miguel! —exclamó con tanta fuerza que espantó a los cuervos posados en las ramas por encima de su cabeza—. Por todos los santos, ¿qué será esto?

No podía creer lo que veían sus ojos. El prado era un terreno enorme y formaba un óvalo casi perfecto rodeado de árboles. Ni un solo arbusto o un peñasco interrumpía la tersa superficie blanca. Ricardo parpadeó, incrédulo. ¿Era un campo? ¿Un pequeño lago interior? Comenzó a cruzarlo con mucho cuidado, sin dejar de extrañarse por su singularidad, el cielo cubierto de oscuros nubarrones, los árboles negros que rodeaban el terreno, el resplandor de la nieve.

—¡Es un campo de torneo! —gritó.

¿Había sido su padre un campeón, un caballero ducho en justas y duelos? ¿El propietario de un magnífico corcel como *Bayard*? ¿Alguien acostumbrado al choque de las lanzas, los gritos de los espectadores y las aclamaciones de la muchedumbre mientras colocaban alrededor de su yelmo la guirnalda de la victoria?

Ricardo había visto todo esto en los diferentes castillos y ciudades donde se había alojado con *sir* Gilbert. Como escudero, había aprendido todas las tretas del oficio: a sostener la lanza, a sentarse en la montura de un corcel, el uso de los estribos y las riendas; estaba familiarizado con la serenidad y la mirada atenta detrás de los grandes yelmos de torneo y la constante búsqueda del punto débil del oponente. Alguna que otra vez, Ricardo había roto lanzas con *sir* Gilbert. Precisamente, poco antes de que fueran a Portsmouth con el ejército del Príncipe Negro, Ricardo había comenzado a llevar la mejor parte en las prácticas con su amo.

—Pero no te dejaré participar en los torneos —le había advertido *sir* Gilbert—. No eres un caballero y todavía eres demasiado joven. Además, si pierdes, no podríamos pagar la multa.

Ricardo sonrió al recordar la advertencia y continuó cruzando el campo. Avanzaba con desconfianza, seguro de que debía de haber alguna trampa, algún agujero, alguna caída. Finalmente llegó al otro lado y se detuvo un momento para contemplar las huellas que había dejado.

—Hermoso —susurró.

Lo invadió el entusiasmo. Cuando Barleycorn y Gildas regresaran, podrían traer aquí a los compañeros de su padre. Ellos le contarían todo lo que hiciera falta sobre aquella figura en sombras, *sir* Roger, su amada esposa, la isla misteriosa y todo lo que había contenido en otros tiempos. Ricardo volvió a caminar entre los árboles, pero ahora el terreno era en pendiente. Mientras descendía con cuidado para no resbalar en

las placas de hielo, atisbo el lago, y al cabo de unos minutos llegó a la orilla. Al parecer, había recorrido todo el ancho de la isla. Miró la orilla opuesta, pero las desiertas llanuras de Essex estaban ocultas por una espesa bruma.

—¡Se congelará! —exclamó Ricardo.

El agua, de superficie plana como un cristal, se veía cada vez más turbia. El escudero veía cómo se formaba el hielo. Durante un rato contempló la niebla que se extendía de forma progresiva. Notó algo frío y húmedo en el rostro y se dio cuenta de que comenzaba a nevar: los grandes copos blancos flotaban lentamente hacia el suelo. Recordó a Emmeline con un leve sentimiento de culpa y volvió sobre sus pasos. Subió la pendiente y comenzó a cruzar el prado, al que ya había bautizado como campo de torneos. Esta vez le resultó opresivo el silencio sepulcral que reinaba en la isla, como si los árboles fuesen fantasmas que lo vigilaban. Oyó el tintineo de arneses, pero no le concedió importancia, considerándolo como un producto de su imaginación. Lo escuchó de nuevo y levantó la cabeza. Delante no había nada. A la derecha no había más que el campo cubierto de nieve. Se volvió lentamente, y se quedó boquiabierto, mientras el corazón comenzaba a latir como un tambor; en el extremo más lejano del campo, al borde mismo de los árboles, se encontraba un caballero con armadura completa montado en un imponente corcel.

«Estoy soñando —se dijo Ricardo—. ¡Señor, apiádate de mí!»

Continuó mirando, incrédulo. El caballero vestía una armadura negra de pies a cabeza. Un penacho negro azabache hacía que el yelmo pareciera todavía más grande.

En el brazo izquierdo sostenía un escudo pintado de negro con una pequeña cruz de plata en el centro. En la otra mano, en lugar de una lanza, esgrimía una enorme espada. Los arneses del corcel, más grande incluso que *Bayard*, eran negros, lo mismo que la manta debajo de la montura. Ni siquiera la nevada ofrecía un consuelo ante esta visión del infierno. El jinete permanecía en su sitio con el rostro oculto por el visor puntiagudo. Ricardo miró en derredor. La nevada era débil; no representaba un obstáculo para un caballo. Si echaba a correr, podía resbalar y los árboles se encontraban demasiado lejos. El escudero sabía que un corcel al galope le daría caza antes de que pudiera alcanzar la protección de los árboles. Desenvainó la espada y la daga y comenzó a caminar de costado. El jinete y su caballo permanecieron inmóviles.

—¿Quién sois? —gritó Ricardo.

El caballo relinchó, sacudiendo la cabeza.

—Al menos, sé que no sois un fantasma —susurró el escudero—. ¡Soy Ricardo Greenele! —vociferó—. Hijo de *sir* Roger, en otros tiempos señor de esta isla. ¿Por qué me amenazáis?

El caballero siguió sin moverse, siempre con la espada en alto. Ricardo continuó moviéndose hacia un lado, con un ojo en la línea de árboles y el otro en el ominoso y siniestro jinete. Notó una opresión en la garganta cuando vio que éste se ponía en

movimiento, con la espada apoyada de plano en el hombro. Clavó suavemente las espuelas en los ijares del corcel y el animal comenzó a cruzar el campo con un andar elástico. Ricardo aceleró el paso, pero caminar por la nieve se le hacía difícil, y resbalaba continuamente. Miró por encima del hombro; el caballo avanzaba a trote rápido. El muchacho se detuvo, enfundó la daga y sujetó la espada con las dos manos.

—¡Por san Miguel y todos los ángeles! —gritó—. ¡Atacadme, no seáis cobarde!

El corcel avanzaba ahora al galope. El aire vibraba con el estruendo de las grandes herraduras de hierro mientras caballo y jinete se lanzaban sobre el escudero, que no podía hacer otra cosa que mantener la espada extendida a modo de escudo. El caballo se acercaba cada vez más rápido con el pescuezo extendido. Sus grandes patas se movían con extraordinaria armonía y el chirriar de los arneses reforzaba el redoble de los cascos.

Ricardo inspiró con fuerza. El caballero seguía sin bajar la espada. El corcel estaba cada vez más cerca. El escudero se forzó a mantener los ojos abiertos: midió las distancias, avanzó un paso; tenía al caballero casi encima. El mundo de Ricardo se redujo al terrible corcel con su impresionante y siniestro jinete, el enorme yelmo negro, la armadura, el escudo y aquella terrible espada que bajaba cortando el aire. Greenele intentó parar el golpe. Se oyó el choque de los aceros, su espada voló por los aires y el jinete pasó a su lado. Ricardo, jadeando, medio agachado, esperó a que el caballero diera la vuelta. Lo había visto hacer. Giraban rápidamente para regresar dispuestos a rematar a la víctima. Sin embargo, el caballero no lo hizo. Continuó la carga a través del campo. El redoble de los cascos se perdió en la distancia y el caballero desapareció en el bosque. Ricardo corrió a recoger la espada, que estaba unos pasos más allá. Cogió el arma y después echó a correr lo más rápido que pudo en busca de la protección de los árboles. En cuanto alcanzó su objetivo, se tiró al suelo, luchando contra las arcadas, boqueando como un pez fuera del agua para llevar un poco de aire a los pulmones, murmurando en silencio una plegaria al tiempo que mantenía el oído atento, a la espera de volver a escuchar el batir de los cascos.

Por fin consiguió serenarse, consciente de que el frío le estaba helando el sudor que lo empapaba de pies a cabeza. Se levantó y, espada en mano, avanzó a trompicones por el sendero que conducía a la casa. Pero otro ataque de arcadas lo obligó a detenerse. No tenía muy claro si había soñado con un fantasma o si lo había atacado un caballero de carne y hueso. Se sentó en un tocón, bien arrebujado en la capa, y se sujetó la cabeza con las manos mientras intentaba recuperar el control de los nervios.

—¿Quién era? —se preguntó—. ¿De dónde ha venido? ¿Qué está haciendo en la isla? ¿Qué estaba esperando? ¿Dónde se escondía? —Las preguntas, formuladas a viva voz, sólo tuvieron el silencio por respuesta. Ricardo oyó un chasquido—. ¡Eso no es ningún maldito conejo! —exclamó. Se volvió en el acto y vio una silueta encapuchada que se alejaba a la pata coja.

Ricardo, con el miedo convertido en furia, persiguió al desconocido como un

sabueso. Su presa intentaba correr, la cojera se le acentuaba cada vez más. Finalmente, el desconocido se volvió, tirando hacia atrás la capucha harapienta de la sucia capa, y dejó a la vista el pelo gris alborotado, un rostro lleno de cicatrices, una barba rala, un bigote de rata y unos ojos de mirada alerta y astuta.

—¿Quién eres? —gruñó Ricardo, descargando toda su furia en el pobre vagabundo—. ¿Quién eres? ¿Por qué espías a un cristiano decente? —El escudero se acercó con la espada en alto. El hombre abrió la boca. No tenía dientes en las encías magulladas.

—¿Tienes queso?

La pregunta desconcertó a Ricardo, que se detuvo en seco. El pordiosero tendió la mano. Tenía los dedos delgados, las uñas largas y muy sucias, como la garra de un animal.

—¿Qué? —exclamó Ricardo.

—Me llamo Buthlac. Soy un ermitaño —dijo el hombre mientras se acercaba.

Ricardo lo vigiló con cuidado. «¿Será un loco, o alguien que se hace pasar por loco?», se preguntó. El ermitaño siguió acercándose.

—Queso —suplicó—. Por favor, necesito un poco de queso. Fuerte y cremoso, con la corteza dura. —Se detuvo. Hizo una mueca con los ojos cerrados y olisqueó el aire—. Rezaré por ti y por la bella moza que está en la casa. Fui a pedirselo, pero todas las puertas estaban cerradas. Queso, por favor, un trozo de queso.

Ricardo se disponía a bajar la espada cuando el hombre movió la mano debajo de la capa. El escudero dio un paso atrás y, cuando lo hizo, el supuesto ermitaño se lanzó sobre él, sacando la mano, armada de una daga que apuntaba directamente al corazón de Ricardo. El muchacho levantó la espada justo a tiempo. El choque de los aceros sonó como un toque de campana en el silencio del bosque. Ahora, el ermitaño ya no tenía nada de loco. Su mirada era atenta y calculadora. Retrocedió un paso. Se humedeció los labios con lengua babosa.

—¡Por amor de Dios! —protestó—. ¡Sólo quiero un poco de queso!

Después volvió a la carga. A pesar de la cojera, se movía con mucha agilidad. A Ricardo le resultaba difícil esquivar y parar las cuchilladas. Retrocedió con mucho cuidado, dejando que Buthlac llevara la iniciativa. Por la forma de atacar, era obvio que el asaltante había recibido algo de entrenamiento militar: nunca se acercaba demasiado; lanzaba un golpe y se apartaba rápidamente para ponerse fuera del alcance de la espada. El escudero continuó con la misma estrategia de paradas y amagos, para dar a su contrincante la impresión de que era un espadachín mediocre. El muchacho recordó el consejo de *sir* Gilbert.

—No mires el arma, Ricardo —le repetía constantemente—. Vigila los ojos. Ellos te dirán cuándo lanzará el enemigo el golpe mortal.

Buthlac sonrió. Se echó hacia atrás, sujetó la daga con las dos manos y después atacó, más rápido de lo esperado, dirigiendo la daga al rostro del rival. Ricardo se movió bruscamente hacia un lado con un pie extendido y consiguió que Buthlac,

mientras lanzaba lo que consideraba el golpe decisivo, tropezara y cayera de bruces contra el suelo. La violencia del impacto lo obligó a soltar la daga. Ricardo apoyó la bota en la nuca del hombre para impedirle que levantara la cabeza y le tocó el cuello con la punta de la espada.

—Lo único que quería —gimió Buthlac— era un buen trozo de queso. He vivido para el queso —chilló— y ahora moriré por el queso.

Ricardo apartó la espada.

—Vuélvete, y quédate boca arriba. ¡Mantén las manos abiertas!

Buthlac obedeció, los brazos en cruz, con expresión de miedo. Sus ojos no se apartaban de la punta de la espada. El escudero miró a su atacante, su colete sucio y harapiento, sin un botón entero. Llevaba las calzas de lana sujetas con un trozo de cuerda y las botas no eran del mismo par. Una tenía el tacón más alto que la otra.

—Pata de cabra —lloriqueó Buthlac, al advertir la mirada de Ricardo—. Es de nacimiento. Marcado por el diablo. Serví en el ejército de lord Mortimer en las guerras en Gales pero, ahí donde iba, la gente decía que me acompañaba el diablo, así que me vine aquí.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Ricardo, curioso.

—Veinte años entre una cosa y otra.

—¡Veinte! —exclamó Ricardo.

Buthlac se levantó sobre sus codos, y esta vez fue él quien miró con curiosidad al escudero.

—Sí —asintió en voz baja—. El buen lord Roger (Dios bendiga su alma, y la de su bella esposa María) dejaba vivir a una pobre alma en paz. Me dieron una cabaña en el bosque. Me permitían decir mis oraciones y, por encima de todo lo demás, me daban queso. —El ermitaño se lamió los labios—. A veces era suave y blanco; otras, de un amarillo cremoso. —Buthlac tragó saliva—. También pan fresco, y pequeños capones rellenos y asados. —Le hizo ruido el estómago y se dejó caer, golpeándose la cabeza en el suelo cubierto de nieve—. Ahora lord Roger y la dama María se han ido, y el pobre y viejo Buthlac los seguirá. ¡Asesinado cruelmente por un trozo de queso!

—¡Levántate! —le ordenó Ricardo—. Si mi padre te ayudó, ¿por qué querria yo matarte?

Buthlac se sentó tan deprisa que pilló a Ricardo por sorpresa.

—¡Tu padre! —exclamó, señalándolo con un dedo huesudo—. Sí, tienes su cara, y los ojos de la dama María. Eso fue lo que me pareció cuando te vi.

—Entonces, ¿por qué intentaste matarme?

—Protejo la isla —replicó Buthlac, desafiante—. Ellos vienen y cruzan el puente, a ver qué pueden rapiñar o dispuestos a instalarse, a pesar de las proclamas reales diciendo que esta isla y todo lo que hay en ella pertenece a la Corona. —En el rostro del ermitaño apareció una sonrisa perversa—. Pero yo los asusto. Verás, yo soy el fantasma. Soy el espíritu del bosque. Si buscan refugio en la casa, se producen extraños incendios, y se oyen ruidos espantosos durante la noche.

—Anoche no lo intentaste —comentó Ricardo.

—Erais demasiados y tenía curiosidad. No parecíais forajidos ni gente de mal vivir, y el viejo Buthlac tenía curiosidad. Así que me senté a mirar.

—¿Viste al caballero? —le interrumpió Ricardo.

En los ojos del ermitaño apareció una mirada astuta.

—¿Viste al caballero? —repitió Ricardo—. Me atacó en aquel campo.

—Claro que lo vi —contestó Buthlac lentamente—. Pero, verás, que yo juegue a los fantasmas no quiere decir... —Contempló los árboles con una expresión de miedo—. No, más te vale tomar en serio las palabras de Buthlac, eso no quiere decir que por aquí no ronden los demonios de verdad.

Capítulo III

Ricardo miró al hombre sentado en la nieve.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Puedo levantarme? —suplicó Buthlac—. Te aseguro que ahora que sé quién eres... —La mirada del ermitaño era franca y abierta.

El escudero asintió. Buthlac se levantó tambaleante y recogió la daga.

—O sea, que no sabes quién es el caballero —insistió Ricardo.

—Lo vi —replicó Buthlac—. Pongo a Dios por testigo de que no sé de dónde venía ni adónde fue. Esta isla es tan boscosa que hay lugares donde podrías ocultar una yeguada entera. —Sonrió con picardía—. Incluso a mí me resulta difícil encontrar mi cabaña. Ven, te llevaré allí.

Ricardo le indicó con un gesto que echara a andar. El ermitaño, quejándose por lo bajo de los golpes que había recibido, lo guió entre los árboles. Durante un rato siguieron un trayecto de lo más enrevesado. Algunas veces se apartaban del sendero para avanzar dificultosamente por el matorral cubierto de nieve. La nevada era muy intensa y tapaba rápidamente las ramas y la tierra del bosque.

—Ya ves por qué tus antepasados escogieron esta isla —comentó el ermitaño. Se detuvo y abrió los brazos como si quisiera abarcar el bosque—. Aquí abunda la caza.

Además, aunque asaltaran la casa y consiguieran tomarla, haría falta un caballero muy osado para perseguir a alguien por este bosque.

Ricardo estuvo de acuerdo: sabía lo bastante de ataques y emboscadas para tener bien claro que el bosque era una trampa mortal.

—¿Qué sabes del campo? —preguntó.

—Ah, aquello es obra de la madre naturaleza —contestó el viejo—. Siempre ha sido así. A tu padre le encantaba en los grandes días del señorío. —Sonrió por encima del hombro—. Aquello era el solar. En la fiesta del primero de mayo plantaban un poste engalanado con flores y la gente venía a la isla para montar la feria y el mercado. El día de la festividad de san Jorge y san Miguel, los santos patronos de tu padre, se celebraba un gran torneo. El campo aparecía cubierto de pabellones y carpas adornadas con gallardetes, pendones y banderolas. Días de gloria, unos días maravillosos —susurró—. Ven. —Llegaron a un pequeño claro—. Ahí está mi casa.

Ricardo tuvo que hacer un esfuerzo para distinguir la cabaña de madera construida al otro extremo del claro, cuidadosamente camuflada entre dos árboles.

—Detrás hay un pequeño arroyo —añadió el ermitaño—. Así que siempre tengo agua fresca y todo lo que necesito: conejos, faisanes, palomas, codornices, trufas del bosque. —Meneó apesadumbrado la cabeza—. Pero ni un trozo de queso. ¡Ay, Señor! Tengo una pasión por el queso que está más allá de lo natural.

Llevó al escudero hasta la cabaña y cerró la destartalada puerta de un golpe. Se apresuró a encender una vela y un par de candiles que estaban en una mesa rustica.

La cabaña era espaciosa y se veía limpia y ordenada; el suelo de tierra apisonada estaba cubierto con juncos. Había un desván con una cama, un taburete y un viejo baúl de cuero. Una escalera comunicaba con una amplia habitación que servía de cocina y comedor. La pared del fondo era de piedra y tenía un pequeño hogar donde ardían y chisporroteaban los troncos sobre un colchón de brasas.

—Cómoda como la cámara del mismísimo rey —afirmó el ermitaño. Señaló la pared de piedra—. Tu padre la mandó construir para mí. Un día vino aquí y se quejó del humo. Lo único que tenía entonces era una candela en el centro con un agujero en el techo. Ven, siéntate, siéntate. —Acercó un taburete al fuego—. Tu padre era un gran hombre. —Fue hasta la cocina y volvió con una copa de peltre llena de vino blanco—. Se lo quité a un buhonero —comentó, orgulloso—. Lo asusté tanto que echó a correr sin llevarse el carromato.

Se sentó junto al escudero, sujetando la copa con las dos manos.

—Pero ahora ya queda muy poco, así que un trozo de queso sería bienvenido. —El ermitaño miró la copa—. Lamento haberte atacado —murmuró—. No sabía que...

—¿Conocías bien a mi padre? —le preguntó Ricardo vivamente.

—Claro que sí. Era muy alto, un poco más grande que tú. Ancho de espaldas y fino de cintura, tenía la mirada alerta y una voz como una campana. —Buthlac extendió las manos hacia el fuego—. Era muy buen hombre.

—Entonces, ¿por qué sucedió todo?

—Celos —contestó el viejo—. Odio.

—¿Por parte de quién?

Buthlac se rascó el pelo gris y miró hacia la ventana.

—¿Sabes algo de sus cinco caballeros?

—Los he invitado a que vengan aquí. —Ricardo vio el cambio en la expresión del ermitaño. Fue algo muy, fugaz, como una sombra que cubrió su rostro por un segundo.

—Uno de ellos es el asesino —manifestó Buthlac—. Supongo que ya lo tienes claro. La noche que asesinaron a lord Fitzalan y a su esposa, aquí estaban los servidores y criados. Pero todos ellos, lo mismo que tu madre y tu padre, eran inocentes. Eso sólo nos deja a los cinco caballeros.

—¿Por qué? —Insistió el escudero—. Buthlac, tú tienes que haber visto o escuchado algo. Tienes que haberte enterado de alguna cosa.

—Por supuesto —contestó el ermitaño—. Tu padre siempre me permitía entrar en su casa, y yo me sentaba junto al fuego. Tu padre era todo un caballero. Si él comía bien, el viejo Buthlac comía bien. Si él se servía un trozo de queso, lo mismo hacía el viejo Buthlac. —Se tocó la nariz delicadamente—. Todos los demás hacían como si el viejo Buthlac no existiese; me trataban como al perro de la familia.

—¿Qué más? —le apremió Ricardo.

—Verás, aquéllos eran los años de la guerra, antes de las grandes victorias del rey en Crécy y en todas partes. Las galeras francesas navegaban por las aguas del Canal y

rondaban por la costa de Essex. Atacaban las naves, fondeaban en calas recónditas y desembarcaban para atacar granjas y aldeas. Mi señor Fitzalan y tu padre eran los jefes de la milicia local. —El viejo hizo una pausa para guiñarle un ojo—. Para ser un ermitaño sé muchas cosas.

Me quedaba sentado en el salón y escuchaba. Tu padre y lord Fitzalan estaban muy preocupados por la situación. Durante aquel fatídico verano, no hacían más que discutir, preguntándose quién sería el espía.

—¡Un espía! —exclamó Ricardo, haciéndose el inocente, como si se acabase de enterar.

—Sí. Verás, eso fue lo que saqué en claro. Por cierto que intenté decírselo al alguacil cuando vino para arrestar a tu padre, pero el muy cabrón me echó a puntapiés. —Buthlac bebió un trago de vino dulce—. La cuestión es que los franceses siempre sabían dónde debían desembarcar, cuáles eran las aldeas con los hombres ausentes, cuáles eran los castillos desprotegidos. Si lord Fitzalan mandaba tropas al norte, los franceses atacaban en el sur. Si los soldados iban a un lugar como Bradwell, los franceses iban al norte, a Walton-on-Naze o Holderness. Alguien tenía que estar pasándoles la información. Eso está muy claro.

—¿Alguien con autoridad? —preguntó Ricardo.

—Así es, pero las únicas personas que conocían la información eran lord Fitzalan, tu padre y sus cinco caballeros. Los cinco tienen tierras a lo largo de la costa de Essex. Fitzalan, por tanto, había conseguido reducir el número de sospechosos a un pequeño grupo: él mismo, tu padre y los cinco caballeros. Ciertas informaciones sólo las conocían ellos. Sin embargo, los franceses continuaban con sus correrías. Recuerdo que se lo oí mencionar a tu padre, cuando él y lord Fitzalan caminaban por el bosque, no muy lejos de aquí.

—¿Había alguna evidencia? —Ricardo se inclinó hacia el viejo—. ¿Alguna prueba, por pequeña que fuera, de quién podía ser? ¡Piensa!

Buthlac meneó la cabeza.

—No, nada en absoluto. Excepto...

—¿Qué? —preguntó.

—Lord Fitzalan dijo, y lo recuerdo muy bien: «Los ojos pueden ser puestos a prueba por el fuego». Tu padre se echó a reír y replicó: «No, no. No puede ser él». —El ermitaño meneó la cabeza—. Eso fue todo.

—¿Estás seguro de que dijo eso? «Los ojos pueden ser puestos a prueba por el fuego». ¿Qué significa?

Buthlac respondió con un mohín.

—O sea, ¿que mi padre y Fitzalan estaban a punto de descubrir al traidor?

—No lo creo. Como mucho —replicó Buthlac—, tu padre creía que el traidor no pertenecía a los suyos. Consideraba a los cinco hombres como sus amigos y camaradas de armas. —Fruunció el entrecejo—. Ya verás como vienen los cinco. El asesino y traidor está entre ellos. El que sea de los cinco vendrá para proteger su

nombre, y los otros cuatro vendrán por lealtad y amor a la memoria de tu padre muerto.

—¿Qué ocurrió la noche que mataron a lord Fitzalan?

Buthlac movió la copa para ver cómo giraba el vino.

—Yo estaba durmiendo aquí como un cerdo. Tenía la panza llena de cochino asado y el mejor clarete de tu padre. La primera noticia que tuve fue a la mañana siguiente. Todo el mundo corría de aquí para allá dando voces y maldiciendo. Cuando me enteré no me lo podía creer. Supuse que todo era una pesadilla y que no tardarían en encontrar al verdadero asesino. Pero después a tu padre lo enviaron a Colchester, tu madre murió y volvieron a presentarse los hombres del alguacil. Se lo llevaron todo, los muebles, las provisiones, los sabuesos, los vinos de tu padre, los tapices, los libros... y lo apilaron en los carromatos. Después de ellos, llegaron los saqueadores. Robaron todo lo que se movía. Limpiaron los gallineros y las porquerizas. —Buthlac miró al joven escudero y se encogió de hombros—. Fue entonces cuando intervine yo, propagando el rumor de que la isla estaba embrujada. —Sonrió—. También puse algo de mi parte. No resultó difícil. La isla y la finca todavía pertenecen a la Corona, está prohibida la entrada. El puente no es seguro y tienes que ser de por aquí para conocer por dónde vadear el canal.

Ricardo contempló el fuego. Sabía que era un intruso. En realidad, no tenía más derechos sobre la isla y el señorío que el mísero ermitaño. A su padre lo habían condenado por traidor y, en consecuencia, todas las tierras y pertenencias las había confiscado la Corona.

—¿Quién es el caballero? —preguntó bruscamente—. ¿Por qué cabalga por la isla un caballero armado de pies a cabeza?

Buthlac dio un enorme bostezo y se desperezó.

—No lo sé —contestó—, pero te diré una cosa: el viejo Buthlac se sienta aquí y vigila. Yo divulgué historias sobre los fantasmas y los demonios, pero éste es un lugar siniestro. También a mí me asusta.

Hizo una pausa, y escuchó el aullido del viento en el exterior.

—Conozco esta isla, o al menos es lo que creo. Desde la muerte de tu padre han ocurrido cosas extrañas. Con cierta frecuencia, sobre todo en tardes benignas, he visto a gente extraña, aunque no sé si se trata de la misma persona o no. Me refiero a un hombre cubierto con una capa, encapuchado como un forajido, que suele entrar o ronda cerca de la casa. —Buthlac entrecerró los ojos en un esfuerzo por concentrarse—. No siempre, pero de vez en cuando. También he visto un caballo maneado cerca del canal y una figura que entra y sale de la mansión, vestida con diferentes prendas, a veces de negro, otras de verde o marrón. No parece un saqueador, pues no lleva bolsa. —El ermitaño hizo una pausa para humedecerse los labios—. La gente dice que estoy hechizado, que soy un loco, pero estoy seguro de que esa persona viene aquí a buscar algo, una cosa relacionada con aquellos terribles asesinatos. Verás, a lo largo de los años no he hecho más que pensar en una cosa: el juicio de tu padre fue

una farsa, una pantomima. Nunca nadie se preocupó en preguntar qué hacía *lady* Fitzalan en mitad de la noche, lejos del dormitorio de su marido, paseando por el bosque totalmente vestida.

El escudero miró al ermitaño.

—Tú no estás hechizado ni eres un loco —manifestó con tono halagador—. Eres muy sagaz.

—Hay muchas cosas más. —Buthlac se irguió orgullosamente—. Cosas que se hubieran aclarado en un juicio correcto.

—¿A qué te refieres?

—Según los cotilleos y charlas de la servidumbre, *lady* Fitzalan fue violada, ya que tenía rasgados los vestidos. ¿Por qué iba alguien a violarla para después asesinarla? Recuerda, Ricardo, que quien cometió estos actos macabros tuvo que actuar deprisa. Puedo entender lo del asesinato, pero ¿por qué la violación? —Buthlac, muy orgulloso de sí mismo, recalcó sus puntos contándolos con los dedos—. Otra pregunta. ¿Qué hacía *lady* Fitzalan en el bosque? ¿Por qué nadie oyó sus gritos?

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó el escudero.

—Sí, ésa es otra. Tu madre era pequeña y menuda, bonita como un cuadro. Junto a tu padre parecía una muñeca. En cambio, *lady* Fitzalan era fornida y rechoncha. Sin duda, tenía fuerzas suficientes para resistirse; no sólo para gritar, sino para dejar huellas en el rostro de su atacante. Sin embargo, nadie vio huella alguna.

—Continúa —lo animó Ricardo mientras buscaba en la bolsa y sacaba una de sus preciosas monedas de plata.

El ermitaño vaciló un instante, pero después cogió la moneda con expresión de codicia.

—Lord Simón Fitzalan era un guerrero nato. Sin embargo, permitió que alguien entrara en su habitación en plena noche y le clavara una daga en el pecho sin oponer resistencia ni gritar. No olvides, mi joven señor —dijo Buthlac levantando un dedo en actitud magistral—, que por la mañana no se informó de ningún disturbio. Nadie se enteró de lo ocurrido durante la noche. Dime: ¿permitirías que alguien entrara en tu habitación y te apuñalara en el pecho?

—Creía que lo habían encontrado en su cama —replicó Ricardo.

Buthlac meneó la cabeza y, con la punta del dedo, se dio golpecitos en la nariz roja y brillante como un pimiento por el calor del fuego.

—¿Qué va! A lord Fitzalan lo encontraron tendido en el suelo. Agonizaba, a punto de morir, pero su alma aún no lo había abandonado.

Ricardo lo miró, sorprendido.

—Pregúntaselo a ellos —manifestó Buthlac—. Cuando vengan los cinco caballeros, pregúntaselo. Nadie dijo ni una palabra de eso.

—¿Qué más?

—Nada —gruñó el ermitaño—. Nada excepto sospechas y preguntas.

El escudero se bebió el vino, dejó la copa sobre la mesa y se levantó, señalando el

fuego.

—¡Apaga eso! —ordenó—. Buthlac, ¿te gustaría conocer a la bella dama, tener vino en abundancia —se inclinó hacia el viejo— y probar el más cremoso de los quesos?

El ermitaño no se hizo de rogar. Al cabo de unos minutos abandonó la cabaña en compañía del joven balanceando una larga pértiga de fresno y, sin preocuparse de la fuerte nevada, emprendió el camino a través del bosque hacia la casa. Tuvieron que llamar con insistencia para que los escucharan. Cuando Emmeline abrió la puerta exhaló un suspiro de alivio.

—¿Dónde has estado? —preguntó, señalando la vela reloj que ardía en la mesa—. Creía que te había pasado algo. —Miró fijamente a Buthlac—. Al parecer, estaba en lo cierto. ¿Quién es?

Ricardo presentó a Buthlac como un ermitaño que vivía en la isla desde los tiempos de su padre. Hizo un guiño al viejo a espaldas de Emmeline y no refirió ni una palabra del encuentro y la pelea en el bosque. Buthlac, por su parte, olisqueaba el aire como un perro, con los ojos cerrados y gimiendo de placer.

—¿Pasa algo malo? —quiso saber Emmeline, preocupada.

—Es el queso, señora. Lo huelo desde aquí.

Un par de minutos después, Buthlac estaba sentado en el poyo de la chimenea con un trozo de queso entre los dedos. Lo miraba con tanta pasión que Ricardo se preguntó si se lo comería o le rezaría como quien reza a un santo. Después le contó a Emmeline todo lo que había pasado en realidad: la aparición del caballero, la persecución y el ataque de Buthlac, y, lógicamente, todo lo que el ermitaño le había relatado sobre la noche fatídica en que mataron a los Fitzalan.

—Eso significa que aquí debe de haber algo —comentó Emmeline en voz baja—; algo que el asesino perdió y que no consiguió recuperar. —Miró a través de las rendijas de la ventana—. ¿Crees que vendrán? La nevada se está haciendo más fuerte por momentos.

—¡Claro que vendrán! —gritó Buthlac—. Y tengo el oído más fino de lo que crees. Haz caso de lo que digo: ¡vendrán!

Dedicaron el resto del día a adecentar la cocina con la ayuda de Buthlac. Incluso limpiaron la sala y dos de los dormitorios del primer piso. Barrieron el polvo y salieron a pesar de la nieve para recoger leña que pusieron a secar delante del fuego de la cocina. Ricardo se mantuvo apartado del dormitorio de sus padres y de la habitación que había ocupado siendo un niño pequeño. Trabajó duro para controlar su creciente entusiasmo. Se hizo de noche sin que la nevada diera señales de que fuera a ceder. Cuando el escudero empezaba a preguntarse si Barleycorn y Gildas no retrasarían el regreso hasta el día siguiente oyó ruidos en el exterior. Corrió a la puerta, vio la luz de las antorchas y escuchó los relinchos y el ruido de los cascos de los caballos. Unas siluetas oscuras hicieron su entrada en el patio. Los hombres maldecían y gritaban, sacudiéndose la nieve de las capas. Ricardo respiró

profundamente y volvió a la cocina.

—¡Ya están aquí! —anunció.

—Sí, ya están aquí —repitió Buthlac, como un eco—. Sabía que vendrían. La hora de morir está cerca.

Ricardo lo miró con una expresión extraña. No estaba muy seguro de no haber cometido un error a la hora de juzgar a Buthlac, de si el hombre era un loco o, por el contrario, alguien muy sagaz y astuto. Recordó el ataque asesino de la mañana, sin saber si lo había motivado el miedo o algo más. ¿Tenía Buthlac algo que ocultar? Escuchó a Barleycorn decir a Gildas que llevara los caballos al establo y descargara las acémilas. Los visitantes entraron en la cocina. El ermitaño continuó acurrucado en su rincón. Emmeline permaneció junto a la puerta y recibió el saludo de cada uno de los caballeros. *Sir Philip Ferrers*, con el rostro ancho y curtido impecablemente afeitado y el pelo cano muy corto. Su apretón de manos era fuerte; su voz, profunda, y tenía todo el aspecto de un guerrero. *Sir Lionel Beaumont* era delgado y su rostro enjuto tenía las mejillas surcadas de arrugas; sus ojos eran tristes; su nariz, ganchuda, y mantenía la boca entreabierta como si fuera a decir algo. A diferencia de *sir Philip*, musitó un saludo, y evitó en todo momento el encuentro de sus ojos llorosos con la mirada de Ricardo. *Sir Walter Manning* era bajó, rechoncho, de rostro regordete y ojos alegres casi ocultos por los pliegues de grasa. Hacía ostentación de un abundante bigote que acariciaba constantemente con sus dedos gruesos. *Sir John Bremner* hablaba con serenidad, tenía la tez grisácea, y su pelo era tan negro que Ricardo sospechó que se lo teñía. El colete bordado que llevaba debajo de la capa militar le confería el aspecto de un cortesano, y al escudero le resultó gracioso ver que vestía botas de montar puntiagudas y de tacón alto.

El último era *sir Henry Grantham*, que destacaba por encima de todos los demás y que tenía un aspecto un tanto curioso con la cabeza completamente calva y el rostro ancho y carnoso. Sin embargo, sus ojos eran como dos pequeños guijarros negros que no parpadeaban.

Ricardo no acababa de tener claro si los cinco personajes estaban o no complacidos de verlo. Todos le estrecharon la mano, pero no le costó advertir su nerviosismo: toqueteaban los broches de las capas o los pomos de las dagas; miraban por encima del hombro a la señora Emmeline, a Buthlac, sentado en el poyo, o a la cocina como si no pudieran creer que se encontraban otra vez en la escena de la tragedia. Durante un rato, todo fue una confusión mientras se quitaban las capas y Gildas entraba tambaleándose bajo el peso de las provisiones que habían traído los caballeros: carne, pollos y capones que todavía chorreaban sangre, pan, tasajo, pequeños odres de vino e incluso un barrilito de malvasía, sacos de legumbres y verduras, además de ropa de cama, prendas y alforjas. Todo esto lo apilaron en el suelo de la cocina.

—Vuestro hombre nos dijo —manifestó Ferrers— que acababais de llegar. Tenemos provisiones suficientes para llegar a Navidad y mi casa está cerca. Enviad a

un mensajero y llegará más.

—No hemos traído sirvientes —dijo *sir* Lionel, que estaba apoyado en la pared, golpeando los guanteletes contra una pierna. Sonrió a Ricardo y continuó—: Son bocas que alimentar y, además, es mejor que nadie más escuche lo que hemos venido a discutir aquí.

—Habéis sido muy amables al atender mi llamada —replicó Ricardo—. Como bien sabéis, no tengo ninguna autoridad para daros órdenes. Ésta no es mi casa ni mi tierra y, desde la muerte de mi padre, no tenéis conmigo ningún compromiso de fidelidad.

—Es lo menos que podíamos hacer —replicó Bremner, que ya había destapado uno de los odres y estaba sirviendo vino en las copas—. ¡Eh, tú, holgazán! —gritó, volviéndose hacia Buthlac—. ¡Ven a echarnos una mano!

—¡No soy tu sirviente ni soy un holgazán! —le contestó el ermitaño con tono agrio.

—Por favor —intervino Emmeline, acercándose al viejo con una sonrisa—. Ayúdanos; nuestros visitantes deben estar cansados.

El rostro de la muchacha mostraba un leve rubor y sus ojos brillaban como si la avergonzara estar en presencia de tantos hombres. Sin embargo, los visitantes se agrupaban a su alrededor. Ricardo explicó quién era y se escucharon muchos cumplidos. Manning cogió su mano y se la besó.

—Otra razón para venir —afirmó galantemente.

Emmeline echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada en un intento de aliviar la tensión.

—¡Ya está bien! —exclamó con voz alegre—. ¡Hay trabajo que hacer!

Durante las dos horas siguientes trajeron más provisiones y vituallas a la cocina y encendieron antorchas en los pasillos y galerías. Los caballeros eran curtidos veteranos acostumbrados a dormir con el mínimo de comodidades. Como Beaumont repitió varias veces a Emmeline, a ellos no les importaba el desorden. Cuando terminaron, cada caballero tenía asignada una habitación. Emmeline aceptó dormir cerca del fregadero. Ricardo, Buthlac y Gildas dormirían en el otro extremo de la cocina. Barleycorn, por su parte, masculló algo sobre que los establos eran tan calientes y cómodos como cualquier habitación.

A pesar de las bromas, los comentarios jocosos y los cumplidos ofrecidos y aceptados por Emmeline, Ricardo notaba la tensión. Observó a los caballeros con atención. De vez en cuando, su mirada se cruzaba con la del ermitaño y leía el mensaje de sus ojos: uno, o más, de estos hombres era un vil asesino, responsable de la desgracia y la muerte de sus padres, por no mencionar los brutales asesinatos de lord y *lady* Fitzalan. «¿Por qué? —se preguntaba el escudero constantemente—. ¿Por qué han venido?»

En cuanto la cocina quedó despejada y cada persona sabía cuál era su habitación, encendieron las velas. Pusieron la mesa con fuentes, platos y un variopinto surtido de

copas. Luego Emmeline y Barleycorn sirvieron a cada comensal una porción de tasajo, pan, queso y manzanas arrugadas cortadas a trozos. Al principio la conversación fue entrecortada, pero Emmeline era astuta: no permitía que las copas quedaran vacías un segundo y servía el vino con una gran jarra de peltre que había traído uno de los caballeros.

—Os parecéis a vuestro padre —manifestó *sir Philip Ferrers*, aprovechando una de las pausas en la conversación. Levantó su copa y brindó por Ricardo.

—Que Dios se apiade de su alma y le conceda la paz eterna —entonó *sir Walter Manning* piadosamente.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó Ricardo directamente—. Mi padre murió hace unos dieciséis años. Esta casa es una ruina. No os debo nada y, por supuesto, no me debéis nada a mí. Sin embargo, habéis venido a todo galope.

El escudero miró a Barleycorn, sentado en un barril. El maestro arquero casi no había abierto la boca desde la llegada de los caballeros.

—Cuando vuestro mensajero vino a buscarnos —señaló *sir John Bremner*— todos estábamos, con la excepción de *sir Philip*, en casa de Grantham. Nos resultó sencillo organizarnos. A la vista de que nevaba de firme, comprendimos que debíamos ponernos en marcha inmediatamente.

—Eso no contesta mi pregunta —insistió Ricardo—. ¿Cuál es el verdadero motivo por el que aceptasteis venir?

En la cocina reinó el silencio. No se escuchaba sonido alguno excepto el chisporroteo de los troncos en el hogar, el chirriar de los goznes de una puerta en el exterior y un postigo que se sacudió en uno de los pisos.

—¿Qué otra opción nos quedaba? —rezongó *sir Henry Grantham*—. La muerte y la desgracia de vuestro padre han pendido como una espada sobre todos y cada uno de nosotros durante dieciséis años. ¿No os dais cuenta, maese Ricardo, de que hay muchos en el condado, como también en la corte, que nunca creyeron en la culpabilidad de vuestro padre? —Miró a sus compañeros—. Hablemos con franqueza. La noche que asesinaron a lord y *lady Fitzalan* todos nosotros estábamos aquí, al igual que el padre y la madre de Ricardo. Lo que es más —añadió, lanzando golpes al aire con el rostro encarnado por el vino y el enojo—, nos habían llamado bajo la sospecha de traición, de estar en connivencia con el enemigo.

—Parte de lo que dices es cierto —afirmó *sir Walter*—. Todos conocemos las murmuraciones. Sin embargo, nunca se ha demostrado que los rumores sobre la presencia de un traidor entre nosotros fueran verdaderos o falsos.

—¿Cuál fue la causa que originó los rumores? —preguntó Ricardo—. Después de todo, tuvo que dar lugar a todos los problemas de mi padre.

Sir Walter se encogió de hombros al escuchar la pregunta.

—Vuestro padre, junto con lord Fitzalan, era el responsable de la defensa de la costa de Essex contra los piratas franceses, en la que nosotros también tomamos parte. —Extendió las manos—. Alguien estaba informando a los franceses, así que el

dedo de la sospecha apuntó hacia nosotros. —Se inclinó sobre la mesa—. Pero, maese Ricardo, ahora que nos hemos encontrado, permitidme decir que amé a vuestro padre y que honro su memoria. He pasado dieciséis años pensando en lo que sucedió aquella noche. —Lo dijo con tanta emoción que las lágrimas nublaron sus ojos—. Decidme: ¿cómo sabemos, Dios no lo permita, que lord Fitzalan no era el traidor?

—O mi padre —añadió Ricardo.

—Sí, sí. —Manning se enjugó las lágrimas con la manga del colete—. No lo toméis como una ofensa. Mis compañeros y yo hemos discutido esto durante muchas horas e incluso noches. ¡No se presentó ninguna prueba contra nosotros y dudo mucho que exista ahora! Hemos venido esta noche por nuestra fidelidad hacia vuestro padre.

Ricardo miró a los visitantes. Los cuatro compañeros de Manning murmuraban su asentimiento.

—Entonces, ¿por qué asesinaron a Fitzalan? —intervino Barleycorn desde el extremo de la mesa.

Había algo en el tono de su voz y en la manera de volver la cara que reafirmó a Ricardo en su opinión de que el maestro arquero, por mucho que dijera lo contrario, sabía más sobre el misterio del señorío de Crokehurst de lo que estaba dispuesto a admitir. Se había comportado durante la cena como un niño bien educado, escuchando atentamente cada una de las palabras que se decían. Lo mismo había hecho Gildas, pero demostrando mayor curiosidad, porque su mirada pasaba de un comensal a otro constantemente. Buthlac hacía ver que estaba durmiendo. Emmeline se encontraba sentada como una dama en una vidriera, con las manos cruzadas sobre la falda, y de vez en cuando bebía un trago de vino. Por lo demás, permanecía muy quieta, como un buen abogado que intenta aislar la verdad en medio de tanto palabrerío.

La pregunta de Barleycorn continuó sin respuesta hasta que *sir* Lionel Beaumont apartó un poco el taburete. Su rostro se veía más ojeroso que nunca, y abría y cerraba la boca como un pescado.

—Tengo algo que decir, maese Ricardo, y debo decirlo ahora. —Miró a Emmeline—. Supongo que lo que sabéis es a través de una carta dejada en manos de maese Hugo Coticol, ¿verdad?

—Así es.

La respuesta de Ricardo provocó un suspiro en los compañeros de Beaumont.

—Ya me pareció que vos erais su hija —añadió *sir* Lionel, excitado, señalando a Emmeline—. Una inteligencia brillante, mi señora. Un buen hombre, un excelente letrado. Algunas veces venía a Crokehurst. —El caballero se volvió hacia Ricardo—. Hay una cosa que nosotros sabemos y que quizá vuestro padre no le dijo a su abogado: en las últimas horas de aquel día, poco antes de que ocurrieran los asesinatos, vuestro padre y lord Fitzalan mantuvieron la más agria de las disputas. —Se apresuró a levantar las manos—. No, no se lo mencioné al alguacil. Vuestro padre

ya tenía bastantes problemas sin mi declaración. Dios sabe que no podía aumentar su padecimiento. Sin embargo, es la verdad. Oí los gritos de vuestro padre cuando pasaba por delante de su habitación. —Sonrió con pesar—. Un hecho muy poco frecuente, porque *sir* Roger casi nunca levantaba la voz. No obstante, recuerdo muy bien sus palabras. —*Sir* Lionel cerró los ojos—. «¿Cómo podéis acusarme?», gritó vuestro padre. «¡Sólo nosotros dos, mi señor, conocíamos esa información!» No escuché la respuesta de lord Simón. Hablaba en voz baja. Vuestro padre volvió a exclamar: «¡Juro solemnemente sobre el Santísimo Sacramento que sólo vos y yo conocíamos esa información!».

—Pero, *sir* Lionel —intervino Emmeline—, ¿cómo sabemos que estáis diciendo la verdad?

—Porque yo estaba allí —manifestó *sir* Philip Ferrers—. En aquel momento entré en la galería. *Sir* Lionel me hizo una seña para que me acercara. *Sir* Roger no dejaba de maldecir, repitiendo constantemente la misma pregunta. Era casi como si..., bueno... —*Sir* Philip parecía muy interesado en las migas que tenía en el plato—. Era como si lord Simón estuviera señalándolo a él con el dedo de la acusación en lugar de a cualquier otro.

—No pretendíamos espiar —le explicó *sir* Lionel con tono bondadoso—. Cuando nos pareció que vuestro padre se disponía a salir, nos alejamos apresuradamente por la galería y subimos las escaleras. Así y todo, vuestro padre debió de salir de la habitación dominado por la ira, porque dio un portazo que sonó como un trueno.

—Después —intervino *sir* John Bremner— sin duda caminó hasta la orilla del lago. —Hizo una mueca—. Aparentemente, fue allí donde lo atacaron y... —el caballero levantó las manos—. El resto ya lo sabéis.

—Sé que después encontraron a mi padre con las prendas manchadas de sangre y vino en uno de los establos —replicó Ricardo—. También sé que a la señora Catalina la encontraron degollada después de haber sido vilmente atacada y violada.

El escudero miró a Buthlac, que engullía trozos de queso acompañándolos con tragos de vino. El ermitaño le sonrió con una expresión presuntuosa, el rostro enrojecido y los ojos brillantes.

—A lord Simón lo encontraron muerto en su cámara, con una daga clavada en el corazón —declaró el ermitaño.

—Eso no es del todo cierto —exclamó *sir* Henry Grantham, sumándose a la conversación. Miró a Ricardo con aquellos ojos extraños, opacos y sin vida, y se rascó la lustrosa calva—. Nadie sabe exactamente lo que ocurrió aquella noche. Fui yo quien entró en la cámara de lord Simón. La puerta no tenía echado el cerrojo. La abrí; la habitación estaba a oscuras. Llamé a lord Simón. Como tengo el hábito de levantarme con el alba, me había pedido que lo despertara. Mientras cruzaba el cuarto para ir hacia la ventana, oí un gemido desde el otro lado de la cama. Cogí el yesquero, encendí una vela y descubrí a lord Simón tendido en medio de un charco de sangre. Agonizaba. Llamé inmediatamente a *sir* Philip y *sir* Walter, aquí presentes.

Le habían clavado una daga en el pecho con tanta saña que la punta había asomado por la espalda. No le había atravesado el corazón por muy poco, pero una baba sanguinolenta le chorreaba por la comisura de los labios. Lo acuné entre mis brazos. —Grantham desvió la mirada—. Su cuerpo se sacudía. Deliraba. Murmuró que tenía frío, mucho, muchísimo frío, y preguntó dónde estaba la señora Catalina. Añadió: «Avisad a lord Roger. ¡Decidle la verdad!». Después agregó algo que siempre me ha tenido intrigado: una cita del libro de los Salmos. —Grantham hizo una pausa para poner en orden sus recuerdos—. Lord Simón señaló la chimenea y exclamó: «No hay nada nuevo bajo el sol». Le pregunté cuál era la verdad, y me respondió: «El águila sabe la verdad. No hay nada nuevo bajo el sol». Su cuerpo se estremeció una vez más y perdió el conocimiento. Al cabo de unos minutos, le busqué el pulso en el cuello. —Meneó la cabeza—. Había muerto.

—¿Cuál era el significado de sus palabras? —preguntó Emmeline.

—No lo sé. Sigo sin saberlo. Lord Simón deliraba.

—¿Qué pasó después? —preguntó Ricardo.

—Dejamos a lord Simón en el suelo y, de inmediato, nos preocupamos por la suerte de la señora Catalina. Fui a la habitación de vuestro padre, pero no obtuve respuesta así que salimos a buscar en el exterior.

—Yo salí primero —explicó *sir Philip*—. Pongo a Dios por testigo de que nunca olvidaré lo que vi. Seguí el sendero que atraviesa el bosque en dirección al lago. Daba voces llamando a vuestro padre y entonces vi una mancha de color. Creí que era un trazo enganchado en un matorral, pero al apartar las ramas me encontré con el cuerpo de la señora Catalina. La habían degollado. Continuamos buscando a vuestro padre; lo encontramos tendido en uno de los pequeños cobertizos donde guardaban el heno. Todo él apestaba a vino. Tenía el jubón teñido de sangre. En la mano extendida sostenía una daga cubierta de sangre de la punta a la empuñadura. Lo despertamos echándole cubos de agua del pozo. Cuando recuperó el conocimiento no parecía saber dónde estaba y se quejó de un violento dolor de cabeza. Le contamos lo sucedido, pero no pareció entendernos y, en cambio, preguntó por su esposa, la señora María. Lo llevamos con nosotros a la casa, volvimos a narrarle los espantosos acontecimientos y luego enviamos a un mensajero en busca del alguacil.

—¿Qué podíamos hacer? —preguntó Grantham, desconsolado—. ¿Qué se puede hacer cuando uno de los más poderosos cortesanos del rey, uno de sus favoritos, es asesinado, su esposa violada primero y después degollada mientras que otro de los hombres del rey aparece bañado de pies a cabeza con la sangre de las víctimas?

—¿Ocurrió algún otro incidente además de los asesinatos? —preguntó Ricardo. Iba a agregar algo más, pero se interrumpió al percibir en el aire el olor de un humo mucho más acre que el que salía de la chimenea.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Emmeline.

—¡Escuchad!

El escudero se levantó de un salto y corrió a abrir los postigos. Continuaba

nevando y el cielo estaba oscuro. Salió de la cocina para rodear la casa y llegar a la fachada. Los demás lo siguieron.

—¡Mirad! —gritó Ricardo, señalando un resplandor rojizo que se reflejaba en las nubes—. ¡Se está quemando el puente!

Capítulo IV

Ricardo le dijo a Emmeline que se quedara con Buthlac. Él se encargó de llevar a los demás, resbalando y a trompicones, con los rostros azotados por la ventisca, a lo largo del sendero cubierto de nieve que conducía al lago. A medida que se acercaban, vieron la inmensa columna de humo y escucharon el rugir del fuego. Salieron del bosque y se detuvieron en seco.

Ni siquiera durante las campañas en Francia había visto un incendio tan feroz, como un animal hambriento: todo el puente estaba envuelto en fogaradas que, a pesar del lago helado y la nevada, se elevaban rugientes hacia el cielo nocturno. El escudero empuñó la daga, sólo porque la sensación del acero en la mano lo tranquilizaba un poco.

—¡Eso no es ningún accidente! —gritó—. Pero ¿por qué querría alguien quemar el puente?

—Los forajidos —opinó Barleycorn—. Quizás es obra de Dogwort y Ratsbane.

—¿Quiénes? —preguntó *sir* Walter.

Barleycorn le relató brevemente su pleito con los forajidos, el encuentro en Colchester y la posible persecución.

—He oído hablar de ellos —replicó Bremner—. Sus nombres aparecen constantemente ante los jueces reales. —El caballero se enjugó el sudor que le bañaba el rostro—. Pero ¿qué sentido tiene quemar el puente?

Ricardo recordó al caballero galopando a través del prado, con el escudo alzado y la espada en alto. Mientras los demás charlaban y discutían el motivo del incendio, él sabía lo que había ocurrido. No habían incendiado el puente para impedir que nadie entrara en la isla, sino para mantener atrapados a todos los que estaban dentro.

—¿Qué pasará con las provisiones? —preguntó *sir* Walter, frotándose la barriga—. ¡No podemos quedarnos aquí mientras nos morimos de hambre! Quizá... —Su voz se apagó.

—¿Quizá qué? —tronó Grantham.

—Quizá no debíamos haber venido. Tal vez tendríamos que habernos reunido en alguna otra parte.

Nadie protestó ante la opinión de Manning.

—La cuestión es que estáis aquí —afirmó Ricardo—. Todos estamos aquí y, en cuanto a las provisiones, el lago está helado, pero al otro extremo de la isla hay una calzada. —Miró hacia los árboles con las copas cubiertas de nieve—. Aquí no tenemos nada más que hacer. Propongo que regresemos a la casa e intentemos dormir.

Regresaron a la cocina. Ricardo informó a Emmeline de lo sucedido. La muchacha había estado preparando vino caliente en un cazo que tenía puesto sobre el fuego; en el aire se oía el aroma fuerte del clarete caliente mezclado con hierbas.

—Bebed una copa antes de retiraros —insistió—. Os entonará el cuerpo y

mantendrá vuestros ánimos serenos.

—Habló con tanta autoridad que nadie se atrevió a discutir. Acabó de servir el vino y después, con la mano protegida con un trapo para no quemarse, dejó el cazo en el hogar y le dijo a Buthlac que lo vigilara.

—El puente se ha quemado —comentó pensativamente, secándose las manos en el vestido—. Está visto que tendremos que quedarnos todos aquí hasta averiguar la verdad. He escuchado muy atentamente todo lo que habéis dicho y hay una cosa que me intriga.

—Habla la hija de un abogado —declaró *sir* Lionel Beaumont, con tono paternal. Emmeline amagó una reverencia burlona.

—Hablad, mi señora —dijo Bremner, bebiendo un trago de vino.

—Digamos —prosiguió Emmeline—, *causa disputandi*, por mor de la discusión, que el asesino se vio en la necesidad de matar a lord Fitzalan.

—¿Por qué? —preguntó Manning.

—¿Quizá porque lord Fitzalan iba ahora tras él, lo mismo que el padre de Ricardo?

—Aceptado —señaló Grantham.

—También es posible que lord Fitzalan se estuviera acercando peligrosamente a la verdad. —Emmeline sonrió—. ¿Es esa, entonces, la razón que justifica su muerte?

—Naturalmente —manifestó Grantham.

—¿Qué pasa con la muerte de la señora Catalina? ¿Fue innecesaria?

Los cinco caballeros manifestaron su asentimiento. Ricardo observaba a la joven, sus ojos brillantes y su cuerpo bien erguido; percibía su nerviosismo. Se fijó en la delgadez de su cintura, las generosas curvas del corpiño, los largos y finos dedos que sujetaban coquetamente los pliegues del vestido y la orgullosa postura de la cabeza. A pesar del cansancio, Ricardo escondió la sonrisa. *Sir* Lionel había acertado: vestida con una toga con ribetes de armiño, Emmeline hubiera sido la viva imagen de un abogado en los tribunales del rey.

—No quiero que se lo tomen como una ofensa —añadió Emmeline—, pero la señora Catalina debía de tener una habitación privada, ¿no es así?

—Así es —contestó Bremner—. De lo contrario, su marido la hubiera echado de menos.

—Bien. —Emmeline hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Sabemos que la señora Catalina se fue a dormir y, sin embargo, a la mañana siguiente la encontraron totalmente vestida. Ahora bien, ¿por qué la esposa de uno de los hombres más poderosos de Essex salió de su habitación en las primeras horas de la madrugada para ir a caminar por un sendero solitario? Seguramente conocía los peligros de encontrarse con algún forajido al acecho o incluso con algún sirviente con pretensiones injustificables.

—¿Qué estáis insinuando? —preguntó Grantham.

—Para expresarlo claramente, que la señora Catalina debió de salir para

encontrarse con alguien.

—Eso no lo acepto —manifestó *sir* Walter—. No olvidéis, querida niña —añadió, dándose ínfulas—, que estábamos en pleno verano. Crokehurst es un lugar hermoso. La señora Catalina sabía que estaba absolutamente segura en esta casa. Lo más probable es que no pudiera conciliar el sueño y decidiera salir a dar un paseo.

—¿Completamente vestida? —replicó Emmeline—. ¿A esas horas?

—Lo mismo me pregunté yo —gritó Buthlac alegremente.

Sir John Bremner se levantó de su asiento. Con paso torpe de tanto vino, se acercó al ermitaño y lo miró con desprecio.

—A ti te recuerdo —exclamó—. Nunca olvido una cara. —Se volvió sonriente para mirar a sus compañeros—. ¿Os acordáis del patán, el sucio ermitaño que lord Roger siempre dejaba entrar en su casa? Siempre estaba espiando por el ojo de la cerradura o escuchando junto a las ventanas. —Tendió una mano dispuesto a sujetar a Buthlac por el colete. La mano del ermitaño buscó la daga.

—Cuidado, señor —le advirtió—. No soy vuestro criado ni éstas son vuestras tierras. No soy un labriego palurdo a quien se puede amenazar o maltratar.

—¡Déjalo! —ordenó Ferrers. Sonrió al ermitaño. Bremner volvió a su asiento—. ¿Qué decías?

—Lo mismo que esta muchacha avispada —replicó Buthlac e hizo un ademán displicente—. Recordad otra cosa: los establos estaban llenos de palafreneros y sirvientes, sin mencionar los lacayos de mi buen señor. Sin embargo, la señora Catalina no gritó, no chilló ni aulló pidiendo ayuda. Aparentemente, ofreció su garganta y su cuerpo a la matanza sin un murmullo.

—¡Te limpiaré la boca con ceniza! —le amenazó Bremner, amagando levantarse—. La señora Catalina, Dios la tenga en su gloria, era de noble cuna.

—Entonces, permitid que sea yo quien lo diga —intervino Emmeline—. ¿Es posible que la señora Catalina fuera al encuentro de su amante? Quiero decir, alguien de esta casa, la persona que la violó y le cortó la garganta antes de regresar aquí para asesinar a su marido. —Hizo una pausa antes de concluir—: En otras palabras, el amante de la señora Catalina, el asesino y el espía francés en Essex eran una y la misma persona. De haber matado sólo al marido, ella hubiera vivido para señalarlo con el dedo acusador, o incluso hacerle chantaje.

—Por supuesto —exclamó Ricardo—. La señora Catalina le daba a su amante los secretos del rey, aunque no sabemos si lo hacía consciente o inconscientemente.

—Todo es posible —replicó Grantham—. Sin embargo, cualquier fiscal podría argüir que quizá vuestro padre era el amante de la señora Catalina. —El caballero vio brillar la cólera en los ojos de Ricardo—. Por supuesto, no creo tal cosa. Vuestro padre sólo tenía ojos para una mujer, que no era otra que la señora María. —Miró a Emmeline con los ojos entrecerrados—. Nuestra bella y joven abogada puede estar en lo cierto. Recuerdo cuando lord Fitzalan y su esposa vinieron aquí por última vez. Había cierta frialdad entre ellos y uno de mis pajes oyó palabras desabridas. —

Enarcó las cejas y se echó a reír—. Pero todos somos hombres casados y sabemos que los matrimonios hechos en el cielo resultan estar forjados en el infierno. —Hizo una mueca—. Quizás hubo un amante, pero eso no establece la inocencia de lord Roger.

—¿Qué pasó con los documentos de mi padre? —preguntó Ricardo bruscamente.

—Estalló la confusión —respondió *sir Philip*—. Vuestro padre me pidió que buscara ciertos documentos pero todos sus manuscritos fueron destruidos o quemados.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos. Veréis, cuando un hombre cae del poder llegan el alguacil y su partida. Todo Crokehurst fue confiscado por la Corona. Desde luego, los hombres tienen los dedos pegajosos; la mayoría de las cosas se las llevaron como botín.

—¿Ocurrió lo mismo con los documentos de lord Simón? —insistió el escudero, intrigado por algo tan poco habitual—. Sin duda tuvieron que buscarlos.

—¿Quién dijo que tenía documentos? —preguntó Manning—. Aquí no encontraron ninguno.

Ricardo observó a los cinco caballeros: las expresiones de sus rostros demostraban a las claras que la reunión no se desarrollaba como habían esperado. El escudero recordó la frase favorita de *sir Gilbert Savage*: «Si quieres cazar a un perro por la cola, asegúrate de que no es un lobo». Ricardo cerró los ojos y se preguntó quién sería el lobo. Si *sir Gilbert Savage* hubiera estado con él, hubiera podido aconsejarle, decirle qué preguntas debía hacer.

—Todos estamos cansados —afirmó *sir John*, y comenzó a levantarse.

—Savage —exclamó Ricardo apresuradamente. Abrió los ojos—. ¿Recordáis al escudero de mi padre, *sir Gilbert*?

—Sí, la sombra de vuestro padre para lo que hiciera falta.

—¿Por qué no salió en busca de mi padre aquella noche?

Los caballeros se miraron los unos a los otros.

—¿Cuál es la respuesta? —persistió Ricardo—. Era un hombre absolutamente fiel a mi padre, que me crío cuándo yo era un niño. Mi padre desaparece, pero no hay rastros de *sir Gilbert*.

—La noche de los asesinatos —señaló Ferrers— Savage había partido para ocuparse de algún recado de vuestro padre. Después de la tragedia, vuestra madre escapó con vos a la casa de Coticol, pero estaba enferma. El abogado cuidó de vos cuando a ella la llevaron al convento. —El caballero se acabó la copa—. En realidad, nunca más volvimos a ver a Savage. Probablemente sospechaba de alguno de nosotros.

—¿Qué pasó después?

Ferrers extendió la copa para que Emmeline se la llenara.

—Oí el rumor —continuó— de que tu padre lo ordenó caballero en su celda en el castillo de Colchester y que él te había tomado a su cargo. —Ferrers sonrió como

disculpándose—. Todo sucedió tan rápido... Uno de nosotros debía haber cuidado de vos y haberos educado como a uno de nuestros hijos, pero para el momento en que se calmaron las cosas Savage había desaparecido. Oímos rumores...

—Yo incluso le escribí varias cartas —lo interrumpió *sir* John— en nombre de todos nosotros, pero no recibí respuesta. Nunca más apareció por Essex.

—¿Alguna vez lo volvisteis a ver? —preguntó Ricardo.

—No. —Grantham meneó la cabeza—. Ya había dejado a vuestro padre cuando fuimos a visitarlo a los calabozos del castillo de Colchester. Desde entonces, como los demás han dicho, no le hemos vuelto a ver el pelo.

—Así que fuisteis a ver a mi padre en Colchester —dijo el escudero—. En su última carta mencionaba que habíais jurado limpiar su memoria.

—¿Qué más os dijo? —Los caballeros se miraron inquietos, restregando el suelo con los pies.

—Hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance —manifestó Ferrers—. Pedimos clemencia al rey, pero no olvidéis, maese Ricardo, que a los ojos de la ley vuestro padre era un asesino convicto y un traidor. Su majestad el rey y toda la corte estaban furiosos. No se podía hacer nada.

—Cuando visteis a mi padre poco antes de su fuga, ¿no tuvo nada que deciros?

—Tenía poco que añadir —replicó *sir* Lionel Beaumont—. Proclamó su inocencia. Le repetimos lo que lord Simón había dicho antes de morir. Todo aquello de señalar a la chimenea y sus palabras: «El águila sabe la verdad. No hay nada nuevo bajo el sol».

—¿Qué respondió mi padre a eso?

—Se mostró muy triste y callado. Se levantó, cargado de cadenas, y miró hacia la luz que entraba por el ventanuco del calabozo. Después musitó unas palabras: «Ojalá lord Simón me lo hubiera dicho». Le pregunté a qué se refería. Lo único que me respondió vuestro padre fue que lord Fitzalan, después de la violenta discusión, había prometido tratar algo muy importante con él. —*Sir* Lionel guardó silencio con la mirada fija en su copa de vino—. Luego hicimos el juramento. Nos marchamos y, al día siguiente, vuestro padre escapó. Lo condenaron en ausencia. Al cabo de unos pocos días, rescataron su cuerpo de las aguas del Stour.

—¿Por qué no le habláis del otro cadáver? —interrumpió Buthlac.

Todos miraron al ermitaño que, sentado en el poyo de la chimenea, sonreía alegremente como un duende travieso.

—¿Acaso lo habéis olvidado? —preguntó Buthlac, con un tono inocente.

—¿Qué quieres decir? —exclamó *sir* Walter con tono amenazador.

—Después de que se acabase todo el barullo, cuando los hombres del alguacil ya se habían marchado, la señora María estaba en el convento, lord Roger en la prisión y el cadáver de lord Simón ya había sido amortajado y enviado a la sepultura, el viejo Buthlac descubrió un cadáver flotando entre los juncos cerca de la calzada, desnudo como un gusano.

—Eso no tiene nada que ver con el caso que discutimos —protestó Grantham— ... Probablemente era el cuerpo de algún desconocido, un chamarilero o un viajero que extravió su camino. O —recalcó— algún recluso incapaz de cerrar la boca.

Buthlac se echó a reír con tantas ganas que casi se ahoga.

—Se me ocurrió que valía la pena mencionarlo —manifestó con un tono burlón—. Tenía el rostro destrozado como si alguien le hubiera dado con un martillo hasta cansarse. Flotaba como una hoja en un estanque, así que el viejo Buthlac lo arrastró fuera del agua y lo enterró cerca de la calzada. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro y, con los ojos muy abiertos y brillantes, añadió—: Si vais allí, cuando entra la niebla antes del alba o después del ocaso, ya sabéis, cuando se pasean los fantasmas y los demonios, veréis su silueta. —El ermitaño desvió la mirada—. Claro que eso no tiene nada de particular porque este lugar está poblado de fantasmas. —Se estremeció—. La isla de los fantasmas —prosiguió con una voz sepulcral—. Están aquí, rodeándonos: los ojos como ascuas, los rostros blancos, reclamando venganza y descanso para sus almas.

—¡Cállate! —gritó Ferrers.

—Es verdad. —Gildas, que no había abierto la boca, fascinado por la conversación, se levantó, con un dedo levantado en un gesto admonitorio—. Está escrito en el libro sagrado que las almas de aquellos que son enviados a la muerte antes de estar preparados recorren la tierra reclamando justicia. ¿Acaso la bruja de Endor —clamó— en el Libro de Samuel...?

—Ya está bien. Gracias —lo interrumpió Barleycorn con aspereza.

Gildas abrió la boca dispuesto a protestar cuando oyeron unas pisadas en la galería sobre la cocina.

—¿Algún animal? —susurró Emmeline.

—¿Calzado con botas? —se mofó Gildas—. ¡Escuchad!

Todos permanecieron inmóviles, con los oídos alertas, pero entonces, cuando ya estaban por descartar el ruido como algo sin importancia, volvieron a escuchar los pasos. Eran lentos y acompasados, como si alguien se estuviera paseando por la galería situada sobre sus cabezas. Bremner se levantó de un salto (Ricardo advirtió que el sudor que le corría por la frente adquiría un color negruzco a medida que se le desteñía el pelo), toqueteó una borla del cinturón y tironeó nervioso del colete bordado hasta aflojar la camisa blanca que llevaba debajo.

—Es lord Fitzalan —murmuró.

—¿Qué queréis decir? —le preguntó Barleycorn.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! —Los ojos de Bremner parecían estar a punto de saltar de las órbitas—. ¡Escuchad las espuelas!

Una vez más permanecieron en silencio. Escucharon las pisadas, acompañadas por el tintineo de las espuelas.

—Fitzalan siempre las llevaba —comentó Grantham, en voz baja—. ¿No os acordais? —Miró temeroso a Ricardo—. Vuestro padre siempre le tomaba el pelo por

su costumbre de no quitárselas.

Inmóviles como estatuas, escucharon las pisadas y el sonido de las espuelas como el repique de una campana demoníaca. Barleycorn fue el primero en reaccionar. Se levantó de un salto, corrió hacia la puerta, la abrió, tropezó y cayó. Ricardo le dijo a Emmeline que se quedara en la cocina, pero ella no le hizo caso y fue con él. Los cinco caballeros los siguieron. Barleycorn se encontraba ahora al pie de las escaleras. Levantó una mano. Ricardo se detuvo. Sintió un escalofrío que le recorría la espalda y le erizó los pelillos de la nuca.

—¡Por todos los santos! —siseó uno de los caballeros—. ¿Qué es eso?

Las puertas de la galería se abrían y cerraban con un estruendo que reverberaba por la casa en ruinas.

—¡Por todos los demonios y los espíritus que caminan de noche! —entonó Gildas en la retaguardia del grupo—. Por el asesino de medianoche, el destructor que camina en la oscuridad.

Barleycorn ya tenía el arco preparado y la flecha dispuesta en la cuerda. Comenzó a subir las escaleras lentamente. Ricardo empuñó la daga y lo siguió. Cuando llegaron a la primera galería, el ruido se interrumpió. Emmeline, con el rostro pálido y las manos temblorosas, llegó al rellano y le entregó la vela a Ricardo, quien de inmediato se dedicó a encender las teas de los candelabros de pared. La galería se iluminó. Alguno de los postigos debía de estar rajado, porque se colaba una corriente de aire que agitaba las llamas.

—¿Quién anda ahí? —gritó Barleycorn.

Silencio.

—¿Quién anda ahí? —repitió Ricardo.

Estaba a punto de moverse cuando oyó la risa: larga, socarrona, helada, como si alguien los estuviera observando oculto en las sombras, mofándose de lo que veía. Barleycorn avanzó por la galería, abrió las puertas de cada una de las habitaciones, empujándolas para hacerlas girar sobre las bisagras de cuero reseco, y llegó al final de la galería seguido por los demás. Ricardo suspiró aliviado, dispuesto a descartar lo que había visto y oído como obra de algún espectro. Por supuesto, en el fondo de su alma se negaba a aceptarlo. Continuaba pensando en el caballero que lo había atacado, en los cascos herrados del corcel batiendo el campo cubierto de nieve. Recordó las palabras de algunos predicadores que había escuchado ávidamente en su niñez y que aseguraban que Satanás rondaba como un fiero león buscando a quién devorar. Se preguntó si Crokehurst estaría poblado de demonios, venidos del infierno por los terribles acontecimientos que allí habían sucedido.

Se disponía a decir a Barleycorn y a los demás que regresaran a la cocina cuando desde la galería del piso de arriba llegó de nuevo el espantoso sonido de las pisadas y el tintineo de las espuelas. Comenzó a sentir un sudor frío y, apartando a Barleycorn violentamente, echó a correr como un galgo escaleras arriba, dando voces. El arquero y Ferrers lo siguieron. En la planta de arriba la oscuridad era total. Ricardo tropezó

varías veces con restos de muebles destrozados. Dio un paso en falso, pero consiguió sujetarse a la pared. Ferrers, que traía un cabo de vela, encendió una antorcha. A la escasa luz de la llama, Ricardo miró a ambos extremos de la gélida galería: estaba desierta. Avanzó un poco más.

—¿Quién anda ahí? —llamó—. ¡Por todos los diablos, responded! —Se volvió para hablar con sus compañeros y retrocedió espantado al ver que había algo escrito en la pared encalada—. ¡Rápido! —gritó—. ¡Traed antorchas!

Gildas y Emmeline subieron unas cuantas de la galería inferior. Se agruparon delante de la pared y contemplaron horrorizados las palabras escritas con sangre. La escritura era tan reciente que algunas gotas chorreaban aún por la pared.

—¿Qué dice? —susurró Barleycorn.

Ricardo acercó la antorcha y silabeó las palabras hasta formar una frase:

—«La venganza es mía, dijo el Señor. Me la cobraré.»

Greenele y sus compañeros permanecieron en silencio durante unos minutos con la mirada fija en la macabra advertencia. Barleycorn tocó la sangre con la punta del dedo y la probó con muchas precauciones.

—¡Es sangre! —exclamó, atónito—. ¡El Señor se apiade de nosotros! ¡Es sangre de verdad!

Animados por Ricardo, recorrieron la galería y el resto de la casa sin encontrar ni el menor rastro del intruso. Cuando regresaron a la cocina, el joven escudero notó un cambio en el ambiente. Los caballeros habían perdido su pretenciosa arrogancia y, por la expresión en sus rostros, comprendió que, en efecto, ahora lamentaban su juramento. Si no se hubiera quemado el puente, tal vez ahora mismo estarían discutiendo la posibilidad de marcharse. Sin embargo, era demasiado tarde. Estaban somnolientos después de beber tanto vino y agotados emocionalmente por lo que acababa de pasar. Uno a uno se despidieron hasta el día siguiente. Barleycorn se ofreció a acompañarlos a sus habitaciones.

Para el momento en que regresó a la cocina, Buthlac dormía profundamente en un rincón. Ricardo, Emmeline y Gildas se agrupaban junto a los rescoldos, comentando en voz baja los extraños sucesos de los que habían sido testigos.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó el maestro arquero, que se sentó en un taburete meneando la cabeza—. Todas las pruebas apuntan a la culpabilidad de tu padre, aunque hay muchos puntos oscuros en la versión que se ha dado por buena.

—Los suficientes como para provocar sospechas —replicó el escudero—. ¿A qué se refería lord Fitzalan con sus últimas palabras? «Nada nuevo bajo el sol.» «El águila sabe la verdad.» ¿Hacia qué señalaba? ¿Por qué discutieron él y mi padre? ¿Por qué la señora Catalina abandonó la casa y dejó que la asesinaran en el bosque sin oponer resistencia? —Exhaló un suspiro mientras cogía una ramita para remover las brasas—. ¿Crees que mi padre sospechaba algo?

—Si tenía sospechas se las guardó bien guardadas —contestó Barleycorn—. Todos sus documentos y manuscritos han desaparecido; no hay ni la más mínima

prueba o pista sobre lo que sospechaba.

Ricardo miró a Gildas.

—¿Pudiste averiguar algo durante el viaje con los caballeros?

—Mencioné la perspectiva de obtener un beneficio —respondió el charlatán—, pero eso sólo provocó sus risas. El pequeño, el gordo, Manning, se rió con tantas ganas que casi se cae del caballo. Afirmó que no regresaba a Crokehurst para sacar ningún provecho. Los hombres del alguacil habían saqueado la casa a fondo, sin dejar piedra por remover y lo que ellos no habían encontrado se lo habían llevado los alguaciles del rey. No, creo que están aquí por diversas razones: la convicción de la inocencia de tu padre, el juramento de fidelidad y el hecho evidente de que ninguno podía negarse sin despertar las sospechas de los demás.

—¡Sí que están preocupados! —La súbita intervención de Buthlac los pilló desprevenidos. El ermitaño abrió los ojos y se sentó en el improvisado jergón—. Cuéntaselo, maese. Diles lo que te conté sobre los misteriosos desconocidos que visitan la isla.

Ricardo aceptó el consejo del ermitaño. Relató todo lo ocurrido durante la mañana: el ataque del caballero, el encuentro con Buthlac y sus revelaciones.

—Uno de esos hombres —declaró Buthlac en cuanto Ricardo terminó el relato—, uno de esos caballeros es el asesino. Pero, maese Ricardo, ¿cómo podremos probarlo?

El escudero se levantó para estirar los músculos.

—No lo sé. Creo que hay otras personas, fuerzas en esta isla que podrían intervenir en nuestra ayuda. Tenemos alimentos y bebidas suficientes para todos; estamos bien instalados y calientes. Ésta es probablemente la primera vez que los cinco caballeros regresan al escenario de los crímenes. Quizá sirva para que a alguno se le refresque la memoria y pueda darnos alguna información, recordar algunas palabras; pero sólo el diablo sabe cuándo sucederá.

Dio un respingo cuando llamaron a la puerta. *Sir John Bremner*, bien envuelto en la capa, entró en la cocina. Sostenía en una mano un pequeño libro encuadernado en cuero. El cierre dorado estaba roto y el cuero manchado.

—Lo siento —manifestó en voz baja—. Olvidé entregaros esto. —Le entregó el libro al escudero.

Ricardo lo abrió. Era un libro de horas. Años atrás debía de haber sido una obra de arte, pero las iluminaciones se habían desvanecido y la tinta de las palabras se había aclarado tanto que resultaba difícil leerlas. Faltaban algunas páginas; otras aparecían rasgadas y sucias.

—Me lo dio vuestro padre —añadió Bremner—. Fue lo único que se llevó a la prisión de Colchester.

Ricardo pasó las hojas con mucho cuidado.

—Lo he revisado de cabo a rabo —manifestó el caballero—. Creedme, maese Ricardo, si os digo que aquí no hay nada. Lo lamento —se disculpó—. Tendría que habéroslo dado antes. —Dio media vuelta y salió de la cocina.

El escudero permaneció durante un rato en silencio, pasando las hojas del libro mientras luchaba por contener las lágrimas. El libro de oraciones era la única posesión que tenía de su padre. Era muy viejo, quizá llevaba generaciones en poder de la familia. Observó la encuadernación, la cubierta suelta y comprendió, desconsolado, que si alguna vez el libro había contenido un mensaje secreto, ya era demasiado tarde para encontrarlo. Miró la parte interior de la tapa. Alguien, quizá su padre, había dibujado un árbol genealógico y al lado, la figura de un águila volando debajo de un sol, con las alas desplegadas y una barra de hierro sujeta en las garras. Se acercó a sus compañeros para mostrarles los dibujos.

—Éste tiene que ser el escudo de mi familia —comentó con un tono seco—. Lo he visto tallado en las repisas de las chimeneas por toda la casa.

Buthlac apartó el pelo grasiento que le caía sobre los ojos, se inclinó sobre el libro y lo cogió con un movimiento brusco.

—Sí, eso es —exclamó—. Recuerdo los días de los torneos. Tu padre tenía un gran estandarte que representaba un águila negra con el pico dorado sobre un fondo blanco, un sol ardiente por encima y una barra de hierro en las garras. ¡Una hermosa visión! ¡Una hermosa visión! —afirmó. Zamarreó a Gildas, que se estaba quedando dormido—. Maese, es hora de retirarnos, que mañana es otro día.

Todos estuvieron de acuerdo. Barleycorn salió de la casa, comentando que estaría mucho más cómodo en los establos lejos de los fantasmas. Buthlac y Gildas se acurrucaron como perros, pero Ricardo se sentía inquieto y Emmeline, a pesar de su evidente cansancio, también manifestó que todavía no estaba dispuesta a irse a dormir. Permanecieron durante un rato sentados delante del fuego.

Emmeline cogió la mano del escudero y la acarició suavemente.

—Estamos unidos, Ricardo —murmuró—, para bien o para mal, y tú ya lo sabes. —Le sonrió tímidamente—. Mi vida y la tuya nunca volverán a ser las mismas. Pero no te preocupes. —Se irguió y volvió la cabeza como si hubiera oído un ruido—. Te creo. La verdad saldrá a la luz.

Ricardo contempló el fuego; a pesar de los problemas a los que se enfrentaban se sentía en paz. Estaba con Emmeline.

—Águilas y soles —afirmó—. Lord Fitzalan los mencionó en sus últimas palabras y ambos figuran en el escudo de los Greenele. —Extendió las manos hacia el fuego—. Pero ¿qué quería decir con aquello de la verdad? ¿A qué viene el acertijo? —Miró a Emmeline—. Ahora tenemos fantasmas que se pasean por la casa.

Emmeline se estremeció. Volvió a coger con fuerza las manos del escudero.

—También los vivos se comportan de una forma muy misteriosa. —La muchacha movió la cabeza hacia Buthlac y Gildas, que roncaban plácidamente, tan cómodos como cerdos en la pocilga—. No sabemos quiénes son, de dónde vienen y, si no he entendido mal, Barleycorn es un misterio para ti como lo es para todos los demás. En cuanto a los cinco caballeros... —Se encogió de hombros con mucho encanto—. No olvides —susurró, soltándole las manos— que uno o todos ellos pueden estar

implicados en los crímenes. Lord Fitzalan y su esposa fueron ferozmente asesinados por manos expertas, como si no fueran más que bestias en un matadero. La reputación de tu padre fue destruida. Él también fue una víctima del asesino, lo mismo que tu madre. —Se inclinó para besar a Ricardo en la mejilla—. Lo que quiero decir —susurró— es que uno o más de estos hombres han venido aquí no para descubrir la verdad, sino para asegurarse de que permanezca oculta para siempre. Para conseguirlo, él, o ellos, volverán a matar todas las veces que haga falta sin ninguna compasión.

Diálogo entre peregrinos

El terrateniente hizo una pausa. Se miró los pies, después se levantó y fue hasta una de las mesas para servirse otra copa de vino. Chaucer se fijó en que al pasar junto al caballero mantuvo la mano alzada: una señal secreta de que *sir* Godfrey mantuviese la calma. El caballero parecía excitado; tenía el rostro enrojecido y los ojos brillantes. Durante el relato, el caballero se había mostrado tenso, pero sólo la mirada lo delataba. Era como si conociera la historia y le hubiera encantado participar.

—Me pregunto —le susurró Chaucer a Mine Host, que se encontraba a su lado— cuántas de las personas aquí presentes forman parte de este relato.

—Sí —respondió el tabernero, mirando al terrateniente—. ¿Os habéis fijado en el ujier? Esta mañana estaba borracho como una cuba, pero ahora está sobrio como si en su vida no hubiera bebido una copa.

Chaucer miró a través de la sala. El ujier había permanecido sentado como un estudiante en una de las aulas de Oxford, con la espalda recta, sin perderse ni una sola palabra de la historia. Ni una sola vez se había tirado un pedo o eructado; no había hecho un gesto obsceno ni había intentado interrumpir el relato como tenía por costumbre. En cambio, se había mostrado atento y, en ocasiones, reservado y astuto.

Chaucer estudió el rostro feo y verrugoso del ujier. Ya había tomado la decisión de que, en cuanto regresara a Londres, haría averiguaciones sobre este ujier que recorría los caminos y senderos de los condados. Estaba seguro de que era algo más de lo que aparentaba: un hombre con muchos secretos que bien valdría la pena investigar.

—¿Sois vos parte de la historia? —La priora, con su perro faldero en brazos, se acercó al terrateniente y le sonrió con coquetería.

El terrateniente dejó su copa en el suelo y se acarició la barba blanca.

—Supongo que sí, mi señora —contestó—. Todos somos parte de las historias de los demás. Esperad hasta el final.

—Sé muy bien de quién estáis hablando —dijo la priora, dedicando una sonrisa a todos los presentes.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el terrateniente, con un tono seco.

—Estuve en un convento situado en los prados de las afueras de Colchester, donde había una placa en la iglesia, una hermosa placa de mármol tallado, apenas se entra en la capilla de Nuestra Señora. —Cerró los ojos, no tanto para recordar la inscripción como para darse mayor importancia—. Decía: «A vuestra misericordia rezo por el alma de mi madre, *lady* María Greenele, enterrada aquí en la fosa común, desgraciada víctima de un terrible crimen».

—¡Basta! —El terrateniente levantó una mano. De pronto, su expresión se volvió dura y la mirada alegre y despreocupada se esfumó de sus ojos—. Mi señora —advirtió—, ya llegará vuestro turno. —Se volvió bruscamente hacia el vendedor de

indulgencias, que había dejado de contar sus monedas y escuchaba atentamente la conversación entre el terrateniente y la priora—. Lo mismo vale para vos, señor. ¿Habéis estado en Crokehurst?

—Sí, he estado allí —replicó el hombre de pelo amarillo con voz chillona—. Se cuentan muchas cosas extrañas de aquel lugar.

—Yo también conozco Crokehurst —manifestó el pobre párroco que estaba en un rincón, mordisqueando un trozo de pan, callado y tan dócil como un ratón de iglesia—. He oído hablar de Crokehurst —repitió con una voz sorprendentemente fuerte. Su mirada recorrió el refectorio—. Hace años —añadió, sonriendo al terrateniente—, en mis años mozos, fui párroco de la pequeña iglesia de Saint Cedd, a unas cinco o seis leguas de la isla. Contaban unas historias maravillosas sobre el lugar. Lo describían como un lugar embrujado, donde los fantasmas iban y venían a su voluntad y...

—¡Ya es suficiente! —le interrumpió Mine Host—. Señor —dijo, volviéndose hacia el terrateniente—, proseguid con vuestra historia.

—Una pregunta —intervino el fraile, sentado junto a la comadre de Bath, cuya rodilla llevaba rato intentando acariciar—. Una pregunta —repitió con su voz sonora como una campana y el rostro moreno iluminado por una expresión de regocijo—. Maese terrateniente, nos estáis contando una historia —dijo encogiendo los hombros mientras jugaba con el cordón que le rodeaba la cintura— que quizá tiene más de verdad que de mentira. En cuanto a aquel misterioso caballero negro, ¿por qué el joven escudero no organizó una batida por toda la isla?

El terrateniente cogió la copa y bebió un trago de vino.

—Mi buen hermano, si alguna vez vais a Crokehurst, descubriréis que no es un trozo de arcilla en una alberca, sino un lugar de frondosos bosques, con árboles que crecen muy juntos y con tupidos matorrales, por no mencionar las fuertes nevadas del invierno. Así que dejadme continuar con mi relato. Ricardo era un buen hombre, inteligente y sagaz, y estaba profundamente enamorado de la señora Emmeline. El buen párroco aquí presente ha mencionado fantasmas y espíritus, pero Crokehurst también era, como os relataré a continuación, el escenario de espantosos crímenes.

TERCERA PARTE

Capítulo I

El escudero y Emmeline se levantaron muy temprano. Había dejado de nevar, pero todo estaba cubierto de un grueso manto blanco. Barleycorn se ocupaba de limpiar el patio y había sacado a los caballos para que hicieran un poco de ejercicio; el aliento de las bestias formaba nubes en el aire helado. Gildas se encargó de encender el fuego. Emmeline volvió a la cocina. Entraron los caballeros, confesando a regañadientes que tenían resaca después de tanto beber la noche anterior. El alegre bullicio de la cocina mejoró los ánimos.

—No es culpa vuestra —comentó *sir* Lionel, con la boca llena de gachas— que haya nevado. —Miró a sus compañeros con un gesto un tanto autoritario—. Me alegro de estar aquí. Durante dieciséis años he deseado cumplir con mi juramento. —Esbozó una sonrisa—. No es tan incómodo como hacer una peregrinación o viajar a ultramar.

Los demás asintieron mientras comían con glotonería las deliciosas gachas que había preparado Emmeline: calientes, espesas y condimentadas con canela y miel.

—No creo en fantasmas ni trasgos —declaró Grantham, lamiendo la cuchara de hueso hasta dejarla limpia—. Maese Ricardo, lo que debemos hacer es organizar una batida, recorrer toda la isla. Quien sea que estuvo anoche en esta casa pintando mensajes en las paredes es de carne y hueso. No es ningún fantasma ni demonio escapado del infierno.

Todos estuvieron de acuerdo y, en cuanto acabaron de desayunar, limpiaron la cocina, apagaron el fuego y salieron de la casa. A la luz del día, los caballeros se veían ojerosos y barbudos. Ricardo manifestó que debían mantenerse agrupados y Buthlac, a la vanguardia, los llevó por los senderos del bosque hacia la palestra. Esta vez el avance era más lento. Había por lo menos un palmo de nieve y esto daba un aire aún más siniestro a la isla. La nieve apagaba todos los sonidos y cegaba los ojos. Se sobresaltaban cada vez que una masa de nieve caía de las ramas y se estrellaba contra el suelo. Emmeline protestaba coquetamente y Ricardo, muy dispuesto a actuar como un galante escudero, la cogía por un brazo y la ayudaba a avanzar. Siguieron por el sendero, marcado de cuando en cuando por las huellas de un pájaro, un conejo, un tejón o un zorro. Las nubes se abrieron para dejar paso a un sol débil que dio a la nieve un brillo plateado. La conversación era escasa. *Sir* Walter Manning sacó a relucir una vez más el tema de las provisiones. Barleycorn señaló las huellas de los conejos.

—Disponemos de agua en abundancia —afirmó— y la caza no escasea. Podemos resistir un asedio de meses.

Por fin llegaron al linde del bosque que marcaba el principio del enorme prado. Precedidos por Ricardo, todos guardaron silencio.

—Esto es algo mágico —susurró Emmeline, contemplado la gran extensión

cubierta de nieve—. ¿Quién hubiera dicho que existía algo así?

—Lo recuerdo muy bien —manifestó *sir* John Bremner, apoyándose en un árbol mientras recuperaba el aliento. Miró a sus compañeros por encima del hombro—. ¿Recordáis aquel torneo? Maese Ricardo, ¡qué espectáculo tan maravilloso! Pabellones, estandartes y pendones ondeando al viento. Los corceles cubiertos con preciosas gualdrapas, el toque de las cornetas, las damas vestidas de seda, los caballeros con sus mejores armaduras... —La voz de Bremner tembló emocionada—. Todo se ha perdido —murmuró—. Ha desaparecido para siempre.

—Vuestro padre celebraba muchos torneos en esta palestra —añadió Ferrers, entusiasta.

Ricardo asintió sin hacer mucho caso, porque le interesaba más observar el campo. Recordó el ruido de las pisadas la noche anterior. Si alguien había entrado en la casa, era posible que hubiera cruzado la palestra, en el trayecto de ida o el de vuelta, pero no había huellas de ningún tipo. Dio un paso al frente. El viento le alborotó el pelo y le azotó el rostro con la nieve que arrancaba de los árboles. El escudero se disponía a pedir a los demás que lo siguieran cuando, entre los árboles del extremo más lejano del campo, sonó un toque de corneta escalofriante y claro. Ricardo se quedó inmóvil. Sus compañeros miraron temerosos a través de la resplandeciente blancura de la palestra. De nuevo se oyó el toque de corneta, más claro y poderoso. Desde la línea de árboles al otro lado del campo, exactamente en el mismo punto donde Ricardo lo había visto el día anterior, apareció el caballero vestido con la armadura negra, controlando con mano firme los caracoleos de su magnífico corcel.

—¡Por el Señor y todos los santos! —susurró Grantham.

—¡*Kyrie Eleison!*

—¿Quién puede ser?

—¿Quién sois? —gritó Ricardo, pero sus palabras no obtuvieron respuesta.

El gran corcel avanzó un poco mientras el caballero levantaba un brazo, haciendo resplandecer la espada en la suave luz invernal, y señalaba hacia el grupo.

—¡Vamos por él! —vociferó Ferrers—. ¡Venga, por él!

Barleycorn, antes de que Ricardo pudiera impedirselo, echó a correr a través de la palestra. El caballero no se movió al ver al maestro arquero corriendo con el arco preparado.

—Si es humano —opinó Bremner en voz baja—, sólo tiene dos opciones: atacar o retirarse. Las flechas de Barleycorn pueden atravesar el mejor blindaje.

Barleycorn continuaba su carrera, acercándose cada vez más al caballero. Entonces se detuvo para situarse en posición de tiro, con una rodilla hincada en tierra. El escudero rogó para sus adentros que el caballero cargara o diera media vuelta, pero caballo y jinete permanecieron inmóviles. Barleycorn tensó el arco, apuntó, disparó. Ya estaba preparada otra flecha cuando la primera todavía estaba en el aire. Ricardo entrecerró los párpados. La primera flecha erró el objetivo por muy poco pero la

segunda golpeó en el centro mismo del pecho del caballero y rebotó sin consecuencias. Otro intento, con el mismo resultado, como si Barleycorn estuviera disparando contra un bloque de granito. La siguieron tres, cuatro flechas, todas inútiles. El caballero se volvió y, como un fantasma, se escurrió entre los árboles. Una última flecha, tan inútil como las anteriores, se estrelló contra el espaldarón. Barleycorn dejó caer el arco, empuñó su cuchillo y siguió al caballero. Ricardo soltó el brazo de Emmeline y echó a correr seguido por los cinco caballeros, que se movían con torpeza. La nieve retrasaba el avance. Ricardo resbaló y cayó de bruces sobre el terreno, pero se levantó para reanudar la carrera. Llegó al bosque, donde Barleycorn, sin aliento, descansaba junto a un árbol.

—Ni rastro —dijo el arquero. Meneó la cabeza, señalando en derredor con un amplio ademán—. ¡No ha dejado un solo rastro!

Ricardo observó el terreno. Todas las huellas donde habían estado el caballo y su jinete habían sido borradas por las pisadas de Barleycorn y las suyas. Aunque se veían algunas marcas entre los árboles, no se parecían en nada a las dejadas por un enorme corcel. No había ninguna huella de cascos; ni el menor rastro de un caballo herrado para el combate. Barleycorn recogió las cinco flechas que había disparado. Todas estaban rotas, con las puntas quebradas.

—No me lo puedo creer —protestó. Puso las flechas en la mano de Ricardo—. En Francia tumbé a caballeros protegidos con las mejores armaduras; sin embargo, hoy no han servido para nada. Es como si hubiera disparado contra una piedra.

Ricardo se volvió al escuchar que llegaban sus compañeros. Emmeline levantó una mano para saludarlo desde el otro lado del campo. Los cinco caballeros miraron las flechas en la mano del escudero.

—¡No era ningún fantasma! —afirmó Manning, furioso—. Pero esas flechas tendrían que haberlo tumbado. —Caminó entre los árboles—. Sólo Dios sabe dónde ha ido o dónde se oculta. —Se volvió bruscamente—. ¿No podemos revisar la isla?

—Sería como perseguir al viento —replicó Bremner—. ¿De verdad crees que podríamos encontrarlo?

Siguieron por el sendero que iba hacia el lago mientras las nubes ocultaban el sol. Ricardo estaba intrigado; no creía que el caballero fuera un fantasma o un demonio pero ¿qué buscaba? ¿Cómo había podido resistir el impacto de las flechas de Barleycorn? Deseó estar a solas con Emmeline, poder valerse de sus sagaces y sensatas observaciones. Llegaron a la orilla del lago y miraron a través de la superficie helada. Ricardo estaba tan ensimismado que no hizo ningún caso de los gritos y exclamaciones de sus compañeros. Por fin miró hacia donde señalaba Barleycorn con el dedo. No había nadie en la orilla opuesta, pero desde donde estaban se observaban las huellas dejadas en la nieve por hombres y caballos.

—¡Alguien ha estado aquí! —afirmó Buthlac.

—¿El caballero? —preguntó Bremner.

—No, no. —Contestó Barleycorn—. Calculo que habrán sido unos treinta o

cuarenta hombres; unos a pie, otros a caballo. En algún momento antes del amanecer.

—¿Quiénes pueden ser? —El rostro ancho y curtido de *sir Philip* era el vivo retrato de la preocupación—. Maese Ricardo, ¿habéis mandado buscar refuerzos?

El escudero se limitó a sacudir la cabeza. Durante un rato no hicieron otra cosa que observar las huellas dejadas por pies y cascos en la ladera opuesta que bajaba hasta el lago.

—Bueno, sean los que sean —añadió Ferrers—, no podrán pasar. No hay puente.

—Hay un vado —le informó Barleycorn. Sujetó a Buthlac por un hombro—. Si mi amigo y yo conseguimos cruzarlo, descubriremos quiénes son y de dónde proceden.

Antes de que Ricardo pudiera protestar, Barleycorn y Buthlac se alejaban a la carrera siguiendo la línea de la costa. El ermitaño proclamaba a viva voz que sabía el emplazamiento exacto del vado. El escudero, preocupado ahora por la seguridad de Emmeline, los dejó marchar. Empezaron el camino de regreso a la palestra. A sus espaldas, los caballeros discutían entre ellos en voz baja. Ricardo se guardó sus pensamientos. Ahora estaba convencido de que su viaje a la isla había sido algo preparado de antemano, lo mismo que la presencia de los cinco caballeros. Había alguien más en aquella isla, buscando que se hiciera justicia. Por supuesto, no había nada en esta vida que saliera tal cual se esperaba. Ricardo también creía que Dogwort, Ratsbane y sus secuaces habían llegado y que constituían una fuerza con la que había que contar. Sin duda los forajidos los habían seguido desde Colchester, dispuestos a zanjar su deuda con Barleycorn de una vez por todas.

Emmeline descansaba sentada en una piedra, con el rostro enrojecido por el frío y bien arrebujada en la capa.

—Creía que te habías marchado —gritó, levantándose de un salto. Cogió a Ricardo por un brazo, pero el escudero le advirtió con la mirada que no hiciera preguntas.

—Será mejor que regresemos a la casa —dijo, con una sonrisa forzada—. Dios sabe que estoy hambriento; sería capaz de comerme un buey.

Regresaron a la casa. Los caballeros, cansados por la larga caminata por la nieve, se sentaron delante del fuego, charlando animadamente mientras compartían un perol de estofado de conejo y pan del que habían traído. Ricardo comió aparte, con el oído atento, esperando el regreso de Barleycorn. Los caballeros acabaron de comer. Gildas, que se había quedado a vigilar la casa mientras ellos estaban ausentes, dijo que había encendido fuego en todas las habitaciones, así que los caballeros decidieron ir a jugar una partida de ajedrez para pasar el rato. Ferrers, al parecer convertido en portavoz del grupo, felicitó a Emmeline por sus habilidades como cocinera y después se acercó a la mesa para hablar con Ricardo.

—Nos quedaremos tres días más —le anunció—. Maese Ricardo, hicimos un juramento a vuestro padre prometiendo que ayudaríamos hasta donde pudiéramos a limpiar su memoria. Sin embargo, ha nevado. Tenemos que atender a nuestras

familias y haciendas. Os diremos todo lo que sabemos, os ofreceremos toda la ayuda que esté a nuestro alcance, pero después debemos marcharnos. —Sonrió, señalando a sus compañeros con un gesto—. Nuestra venida aquí ha despertado viejos recuerdos, buenos y malos.

Estaba a punto de continuar cuando *sir* Lionel Beaumont se acercó, lamiéndose los dedos.

—Acabo de escuchar lo que has dicho, Ferrers —comentó, sentándose en uno de los taburetes—, y la salida que hicimos esta mañana hasta la palestra —se tocó la sien— me ha hecho pensar.

Sus compañeros debieron de oírlo, aunque hablaba en voz baja, porque de inmediato guardaron silencio.

—Recuerdo que fue a mediados de verano —prosiguió *sir* Lionel, con los ojos cerrados— cuando vuestro padre nos convocó aquí, y entonces no eran todo pesares y sufrimientos. Se celebró un torneo. —Miró por encima del hombro—. Vosotros os acordáis, ¿no? Dos días antes de que se cometieran los asesinatos. Lo recuerdo como si fuera ayer. —Abrió los ojos—. Vuestro padre rompió una lanza con lord Fitzalan. Después, todos participamos en una carrera. Luego, por la noche, celebramos una gran fiesta. Fue entonces cuando advertí que lord Fitzalan parecía preocupado y un tanto molesto con su esposa.

—¿No sabéis el motivo? —preguntó Ricardo.

—Veréis, todos llevamos los colores de nuestras damas. Lord Simón estaba enfadado porque su esposa le había dado sus colores a otra persona. ¿Queréis saber algo más? —Se rascó la barbilla—. Creo que vi a quien los llevaba, pero que me aspen si puedo recordar quién era. —Se levantó—. Si lo consigo, os lo diré.

Sir Lionel y sus camaradas salieron de la habitación.

No hacía ni un segundo que se habían marchado los caballeros cuando Buthlac y Barleycorn abrieron la puerta y entraron con tanta violencia que estuvieron a punto de desplomarse en el suelo de la cocina. Tenían los rostros morados del frío, respiraban agitados, y sus botas y capas chorreaban agua. Emmeline los miró asustada mientras el maestro arquero y el ermitaño se acercaban a la chimenea, quitándose los guantes para acercar al fuego los dedos helados.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó el escudero.

—Encontramos huellas de pies y cascos —respondió Barleycorn con voz ronca—; pero la nieve es muy profunda y no pudimos seguirlas.

—También encontramos un cadáver —añadió Buthlac.

—Seguimos las huellas —explicó el arquero— hasta la cumbre de la colina. No vimos nada delante de nosotros excepto la blanca llanura y señales de que hombres y caballos habían llegado hasta allí para después retirarse. Sin embargo, encontramos el cadáver de un hombre tendido en la nieve. Lo habían degollado y estaba desnudo como vino al mundo.

—Era un tipo bastante viejo —intervino el ermitaño—, de poco pelo y mal

afeitado.

—¿Pudo ser obra de los forajidos? —preguntó Emmeline—. Tal vez se cruzaron con un pobre mendigo, lo mataron para quitarle lo poco que llevara y después siguieron sin preocuparse de enterrar el cadáver.

Barleycorn se apartó del fuego. Se quitó la capa empapada y dejó el arco y la aljaba en un rincón.

—Son Dogwort y Ratsbane —replicó Barleycorn—. Nos siguieron hasta aquí y no les habrá costado mucho. Después de todo, tres hombres y una joven dama que viajan por la campiña nevada tienen que llamar la atención.

—¿Qué me dices del cadáver? —le interrogó Gildas.

—¡Ah! También es obra de Ratsbane y Dogwort. No creo que fuera un pobre mendigo inocente. Probablemente fuera uno de sus propios hombres, que estaba enfermo. Hacen lo mismo en el bosque. Le cortan la garganta al pobre desgraciado y lo dejan allí. No tienen ninguna compasión, ni siquiera con los suyos.

Ricardo se estremeció con la mirada puesta en las llamas. Cerró los ojos en un intento de disimular el pánico. Se encontraba en la casa de su padre, con el poder de desentrañar los misterios del pasado y limpiar su nombre. Sin embargo, por culpa de Barleycorn, una banda de forajidos los perseguía a través de las llanuras heladas de Essex, dispuesta a tomarse venganza.

—¿Por qué? —preguntó Ricardo, abriendo los ojos—. ¿Por qué, Barleycorn?

—Ya te lo he dicho, maese Ricardo —contestó el arquero—. He matado a los suyos y, cuando se acabe este asunto, pretendo seguir matándolos. Ellos, a su vez, quieren mi cabeza. Matar o morir —murmuró—. No hay escapatoria.

—¿Nos atacarán? —preguntó Gildas, preocupado—. ¿No es posible que se marchen y nos dejen en paz?

Barleycorn buscó la mirada de Ricardo y la sostuvo.

—Han ido a buscar más hombres —afirmó—, comida y mejores armas. Saben que estamos aquí. Quizá fueron ellos quienes quemaron el puente; saben que me tienen atrapado. Cruzarán el lago, aunque tengan que crecerles alas.

—Si es así, ¿qué debemos hacer? ¿Sentarnos a esperar que lleguen? —preguntó Gildas, impaciente.

—No —contestó Barleycorn—. Están buscando el vado. Yo diría, por las huellas en la nieve, que ya lo han encontrado. Creo que nos queda un día de gracia; dos, como máximo. Pero regresarán, cruzarán el vado y vendrán a buscarnos. —Respiró profundamente—. Lo siento, maese.

—Podrías ir a su encuentro —comentó Gildas en tono sarcástico.

—No —exclamó Ricardo en el acto, cogiendo a Barleycorn por el brazo—. Cuthbert es mi amigo y compañero. Si él muere, moriremos juntos.

Emmeline manifestó su asentimiento con un gesto.

—Tú conoces a esos hombres —añadió Ricardo—. Barleycorn me rescató cuando me atacaron en el bosque.

Recordarán mi cara. Si Barleycorn va a su encuentro, le cortarán el cuello y después vendrán a la isla. Están buscando un botín —miró rápidamente a Emmeline— o cualquier otra cosa que tengan a su alcance. No demostrarán la más mínima piedad ni darán cuartel. —Cogió el cazo con vino que se calentaba en el poyo y llenó las copas de todos—. Sin embargo, no olvidemos que esperan pillarnos por sorpresa. No saben nada de la presencia de los caballeros ni sospechan que estamos bien armados. Montaremos guardia cerca del vado y, si aparecen, los estaremos esperando. —Ricardo hizo una pausa para invitar a todos a que se sentaran alrededor de la mesa—. Ahora bien —prosiguió mientras los demás se sentaban—, todos habéis escuchado lo que ha dicho cada uno de los caballeros. No tengo ninguna duda de que el asesino está aquí en Crokehurst. No obstante, sabemos muy poco. —Miró al charlatán—. Tú tienes buena vista y una mente muy ágil.

—Veo lo que veo —replicó Gildas, haciendo una mueca.

—Dinos lo que ves —lo invitó Ricardo.

—Bueno, la verdadera clave de todo este misterio no es el traidor sino la señora Catalina Fitzalan —respondió Gildas, dándose Ínfulas—. Disponemos de dos informaciones sobre ella que nos podrían llevar a la solución. Primero, ¿por qué siguió aquel sendero solitario en plena madrugada? ¿Por qué no gritó ni opuso la más mínima resistencia al ataque? Y segundo: ¿quién era el caballero que llevaba sus colores en el torneo? Lo que quiero decir, maese Ricardo, es que son muchas las mujeres que engañan a sus maridos. ¿Qué pasa si la señora Catalina, consciente o inconscientemente, le reveló información confidencial a su amante?

—Sí, pero ¿a quién? —lo interrumpió Emmeline.

—Uno de los cinco caballeros, que, al darse cuenta de que lord Simón sospechaba, decidió actuar. Asesinó a la señora Catalina, a lord Simón y después se aseguró de que vuestro padre cargara con las culpas.

—Estoy de acuerdo —manifestó Barleycorn, con una mueca—. Es la única explicación sensata que tenemos, excepto, por supuesto, las últimas palabras de lord Simón. ¿Qué señalaba? ¿Qué quiso decir con: «No hay nada nuevo bajo el sol. El águila sabe la verdad»?

—No estoy de acuerdo —exclamó Buthlac, dando saltos en el taburete por la excitación—. No estoy de acuerdo en absoluto. Podría ser algún otro. Ya te conté, maese, que en estos dieciséis años, un misterioso desconocido ha visitado la isla multitud de veces.

—¡Tonterías! —tronó Gildas—. Sólo tenemos tu palabra y ni una sola prueba. —Amenazó con el dedo al ermitaño, a quien, por alguna razón poco clara, parecía detestar—. Todavía no hemos investigado lo que hacías tú en aquellos momentos.

Sólo la intervención de Emmeline evitó que los hombres llegaran a las manos. Golpeó la mesa con los nudillos y miró a los contrincantes con tanto enfado que se apagaron los gritos y ambos agacharon la cabeza como escolares castigados.

—Venga, haced las paces —insistió Emmeline—. Daos las manos. Ya hemos

tenido bastante violencia.

Los dos hombres acataron sus palabras.

—Buthlac, ¿qué decías? —preguntó Ricardo, en voz baja.

—Aquí no han dejado de venir personas extrañas, los pasos siniestros de las galerías, el caballero negro... ¿Qué pasa si es él el asesino? ¿Qué pasa si es él quien intenta echarnos de aquí? ¿Quiere mantenernos apartados de Crokehurst? Debe de saber muchísimas cosas de este misterio y, sin embargo, es escurridizo como una anguila.

Ricardo oyó el rumor de las voces de los caballeros que discutían alguna jugada de la partida de ajedrez.

—Buthlac no miente —manifestó pausadamente—. Al parecer, después de la muerte de mi padre, alguien demostró un considerable interés por esta isla. Volvió varias veces para buscar algo en la casa o cerca de ella. ¿Qué será? —Ricardo meneó la cabeza—. Sólo Dios lo sabe. —Se levantó—. Ya hemos comido y bebido más que suficiente. Vamos a revisar esta casa desde las bodegas al tejado.

Los otros estuvieron de acuerdo en revisar las bodegas antes de salir a cazar para la cena. Ricardo y Emmeline subieron las escaleras hasta el último piso, donde hacía mucho más frío; el aire helado se colaba por las rendijas de los postigos. Los desvanes y los áticos estaban vacíos, excepto por el polvo, las telarañas y los ratones que huían ante la presencia de la pareja. Había restos conmovedores de tiempos pretéritos: un matacandelas aplastado, una pluma rota, trozos de cuero y otros objetos sin ningún valor que los saqueadores no se habían querido llevar. Ricardo recordó los pasos fantasmales de la noche anterior y buscó entradas secretas y pasadizos, pero no encontró ni el menor rastro de su existencia. Emmeline, abrigada en una capa que la tapaba de la barbilla a los pies, buscaba como una niña que juega al escondite. Salieron a la galería para ir a la habitación donde habían asesinado a lord Fitzalan.

—¿Crees que lo mataron antes que a su esposa o después? —preguntó Emmeline.

Ricardo no respondió; echó una ojeada a la cámara desierta: el desnudo poyo de piedra junto a la ventana, los postigos, las vigas renegridas, la chimenea de piedra tallada, todo iluminado con la luz de las velas de sebo que habían traído.

—¿Qué hay aquí? —murmuró—. Lord Simón murió aquí diciendo: «No hay nada nuevo bajo el sol. El águila sabe la verdad». ¿Qué señalaba? —El escudero salió a la galería, donde Buthlac y Gildas discutían animadamente de fantasmas y espectros—. Enviad mis respetos a los caballeros —les dijo—. Rogadles que vengan aquí.

Buthlac marchó inmediatamente a llevar el recado. Los cinco caballeros se presentaron al cabo de unos minutos, con las copas de vino en la mano, y se amontonaron en la habitación. Ricardo no hizo caso de la sonrisa de Emmeline al ver que *sir* Henry Grantham se tambaleaba al caminar. Se mostraba alegre y bien dispuesto, pero los demás protestaban por el frío y porque habían tenido que interrumpir la partida de ajedrez.

—¿Dónde yacía lord Simón cuando lo encontrasteis? —preguntó el joven.

Manning le pidió a Ferrers que le sostuviera la copa.

—El cuerpo estaba aquí. —Señaló el punto donde se encontraba Emmeline—. La cama estaba allí y él se encontraba en el suelo, con los pies mirando hacia la chimenea. Yo lo levanté —declaró *sir* Lionel—. Lo acuné en mis brazos. —Sin que se lo pidieran, se sentó en el suelo, miró a Ricardo y después señaló la chimenea con un dedo—. Sí, así fue. Le aguanté la espalda; él agonizaba, le salía sangre por la boca. Tenía una terrible herida en el pecho.

Señaló la chimenea y musitó: «No hay nada nuevo bajo el sol. El águila sabe la verdad». Entonces, cerró los ojos y murió.

—¿Qué pasó con la señora Catalina? —intervino Emmeline—. Cuando la encontraron, ¿la sangre estaba seca?

—Congelada —contestó Manning—. Pero, sí, mi señora, responderé a vuestra pregunta. —Sonrió—. Ya veo dónde queréis ir a parar. A la señora Catalina tuvieron que matarla antes. Lord Simón vestía las prendas de dormir, o sea que el asesino tuvo que atacarlo poco antes del alba.

Ricardo les dio las gracias. Los caballeros se encogieron de hombros y salieron de la habitación discutiendo entre ellos para ir a continuar la partida. El escudero cerró la puerta, sujetó a Emmeline por los hombros y le besó las mejillas heladas.

—La hija del abogado —dijo cariñosamente.

—Así que tenemos a la señora Catalina asesinada en el bosque —comentó la muchacha apartándose— y al asesino que viene aquí para matar al marido.

—La única cosa que lord Simón podía estar mirando era la chimenea —opinó el escudero, señalando el suelo.

—¿Podía haber algo más? —preguntó Emmeline—. ¿Una mesa o una silla?

Ricardo meneó la cabeza. Se sentó sobre los talones y observó atentamente las tallas de la chimenea. Se trataba de una obra muy antigua, de relieves muy intrincados; serpientes retorcidas decoraban los laterales y en el ancho frontispicio aparecía grabado el escudo de armas de los Greenele. Un sol por encima de un águila que, con las alas extendidas, sujetaba entre las garras una barra de hierro. El escudero estaba seguro de que las últimas palabras de lord Simón se referían al escudo, pero ¿por qué? Se sentó de espaldas a la chimenea y miró a Emmeline.

—Pongamos por caso, mi bella señora —dijo con un tono burlón—, que he venido aquí para matarte. Te hiego mortalmente en el pecho. Huyo, mientras tú agonizas en el suelo. Digamos que Barleycorn y Gildas entran en la habitación. ¿Qué harías? Me refiero a tus últimas palabras.

—Diría: te quiero —contestó Emmeline con una expresión inocente, pero mirándolo directamente a los ojos.

Ricardo no pudo hacer otra cosa que quedarse con la boca abierta y rascarse la cabeza. Luego intentó levantarse.

—Claro que también —añadió Emmeline, pagándole con la misma moneda— podría estar mintiendo.

Ricardo se quedó sentado, mirándola con expresión de reproche.

—¡Por todos los demonios, responde a la pregunta!

—Mencionaría tu nombre. Le diría a aquellos que acudieran a socorrerme que Ricardo Greenele me había herido de muerte. —La muchacha se acercó para sentarse a su lado. Enlazó su brazo al de Ricardo—. Comprendo lo que quieres decir —continuó y, sin ninguna afectación, apoyó la mejilla en el hombro del escudero.

Ricardo no sabía qué hacer. Sus conocimientos de las muchachas eran bastante pobres, por decir algo. Su experiencia se limitaba a alguna amistad pasajera con alguna criada o posadera durante sus viajes. Lo avergonzaba la franqueza inocente de Emmeline, aunque era muy consciente de su clara inteligencia y cáusticas observaciones.

—Nos enfrentamos a un misterio —tartamudeó—. Lord Simón está en el dormitorio, durmiendo en su cama. Digamos que la puerta tenía echado el cerrojo y que él se levanta para abrir. Alguien entra, lo apuñala en el pecho y, a continuación, se marcha sin más. Ahora bien, ¿por qué un guerrero como lord Simón hizo algo así? Seguramente, desconfiaría si alguien llamaba a su puerta, y, por supuesto, no permitiría que un extraño se acercara tanto.

Emmeline echó hacia atrás la cabeza para mirar el techo.

—Sí, sí —asintió, jadeante—. Por lo tanto, no era un extraño, sino alguien a quien conocía; uno de los caballeros o tu padre. Sin embargo, si el asesino fue uno de los caballeros, entonces ¿no crees que hubiera susurrado su nombre? —Apretó el brazo de Ricardo—. Intenta tú ponerte en su lugar —le rogó.

Ricardo imaginó la escena: lord Simón abre la puerta para permitir la entrada del visitante nocturno, quizá sin prestar mucha atención; después siente un toque en el hombro, se vuelve y recibe la puñalada en el pecho.

—¡Fue un sirviente! —exclamó—. Estoy seguro de que fue un sirviente o alguien que se hacía pasar por uno. Lord Simón está en la cama. Ha tenido un sueño lleno de sobresaltos. Está preocupado por la identidad del traidor, ha tenido una discusión con mi padre y se ha enfadado con su esposa. Escucha que llaman a la puerta. Se levanta y la abre; como cualquier otro gran señor, está acostumbrado a que los criados entren y salgan, así que no le presta más atención de la que un perro le dedica a las moscas. El hombre le ha traído algo, una jarra en una bandeja. Lord Simón le da la espalda. De pronto se vuelve al sentir un ruido o unos dedos que le tocan el hombro y le clavan la daga en el pecho. —Hizo una pausa.

—El asesino escapa —prosiguió Emmeline—. Lord Simón yace en el suelo, demasiado débil para pedir ayuda. Sin embargo, en aquellos últimos momentos antes de su muerte, comprende que le han tendido una trampa. Su mente se nubla, delira. Entran los caballeros. Lord Simón murmura su mensaje y lanza el último suspiro. —Emmeline se puso de pie y cogió la mano de Ricardo para que él también se levantara.

—Así que ahora sabemos cómo murió —afirmó Ricardo—; pero no quién lo

hizo. Venga, continuemos con nuestra búsqueda.

Fueron de habitación en habitación, pero no encontraron nada. Todos los cuartos mostraban el mismo aspecto de ruina y desolación. Ricardo estaba contento de tener a Emmeline con él; su incesante charla y el coqueteo burlón mantenían los demonios a raya. Entraron en la habitación de *sir* Lionel, donde los caballeros habían improvisado una mesa con una tapa de barril. En la chimenea ardía un buen fuego y había jarras y copas de vino por todas partes. Charlaban de las novedades del condado mientras contemplaban a Manning y Bremner mover las piezas en el tablero de ajedrez. No hicieron ningún comentario cuando Ricardo entró en la habitación, ni se preocuparon de tener la cortesía de levantarse ante la presencia de Emmeline. Ricardo les explicó lo que estaban haciendo. Bremner murmuró algo como única respuesta y, cuando Ricardo y Emmeline salieron, alguien cerró de un portazo.

—Ya sabes que no piensan quedarse mucho tiempo —declaró Emmeline mientras caminaban hacia las escaleras—. El asesino no tardará en descubrir que sabemos muy poco y querrá marcharse; los demás creerán que ya han cumplido con el juramento y saldrán corriendo para regresar a las comodidades de sus casas.

—¿Cómo podría hacer que se quedaran más tiempo?

—La nieve es una buena excusa. —Emmeline le tiró de la manga—. Si yo estuviera en tu lugar —susurró, mirando por encima del hombro para asegurarse de que no había nadie más en la galería—, les diría la verdad. Me refiero a los forajidos.

Regresaron a la cocina. Emmeline encendió el fuego. Había limpiado el pequeño horno, construido en la pared junto a la chimenea, y anunció que intentaría hacer pan. Buthlac, Gildas y Barleycorn parecían haber desaparecido sin dejar rastro. Ricardo fue hasta la puerta y la abrió. Una ráfaga de aire gélido le hizo retroceder. La nieve del patio empedrado se había convertido en una masa sucia y empeoraba a medida que caía la tarde. Más allá del patio vio el grueso manto de nieve. El cielo se encapotaba por momentos. Tras una esquina aparecieron de pronto Barleycorn, Buthlac y Gildas. El arquero se detuvo para levantar bien alto el ave que había cazado; Gildas llevaba al hombro un palo con cuatro conejos.

—No pasaremos hambre —gritó Ricardo, saludándolos—. Pastel de faisán o perdiz, además del habitual estofado de conejo.

Los tres hombres entraron en la cocina, golpeando los pies contra el suelo, y dejaron las piezas sobre la mesa. Buthlac empuñó el cuchillo y comenzó a limpiarlas.

—¿Has visto algo? —le preguntó Ricardo a Gildas, que se calentaba las manos delante de la chimenea mientras entonaba loas a la habilidad de Barleycorn con el arco.

—Nada —contestó Gildas. Levantó la cabeza y miró al escudero con expresión lastimera—. Pero es muy cierto lo que el Buen Libro dice: «Sus salas estarán desiertas y en sus habitaciones el búho criará a sus polluelos».

—No hemos encontrado nada, maese Ricardo —intervino Barleycorn—. Y no te molestes en preguntar; visitamos el vado y no había ninguna señal de la banda de

forajidos.

Ricardo les dio las gracias y, como notaba el estómago un poco revuelto, decidió que no podía estar en la cocina mientras destripaban las aves y los conejos muertos. Salió al patio y fue hasta las caballerizas, donde *Bayard* esperaba pacientemente con la cabeza gacha y los ojos medio cerrados.

—¿Tienes sueño? —preguntó Ricardo—. Si no hiciera tanto frío te llevaría a dar un paseo, una hermosa galopada.

El caballo relinchó de placer y frotó el hocico contra el pecho del escudero.

—Iré a buscarte algo.

Ricardo salió del establo. Miró la casa; las ventanas sin postigos parecían las órbitas de una calavera. De pronto captó un movimiento súbito a la derecha, en el tercer piso. El corazón le dio un brinco. Estaba seguro de lo que había visto: un rostro, una mancha fugaz antes de que el viento cerrara la contraventana.

Capítulo II

Ricardo regresó a la casa, pero no hizo mención alguna de sus sospechas de que, en alguna parte de aquélla, un esquivo visitante observaba y escuchaba todo lo que hacían y decían. Se guardó sus temores y ayudó a Emmeline a preparar la cena. Oscureció temprano. Barleycorn se ofreció a hacer la guardia nocturna ante la posibilidad de que aparecieran los forajidos. Envolvió en un trozo de tela un poco de comida, un yesquero y una vela, y dijo que se instalaría cómodamente. Buthlac y Gildas se ofrecieron para acompañarlo, pero el maestro arquero se negó.

—Lo mejor que podéis hacer es quedaros aquí —afirmó.

Sin más comentarios, recogió la capa, el arco y la aljaba y salió al patio empedrado. Ricardo lo espío por una raja del postigo mientras se preguntaba cuál era el verdadero motivo por el que Barleycorn se había marchado. ¿Para vigilar el vado? ¿Para conspirar? ¿Iría a buscar al mismo extraño con quien se había reunido la noche aquella delante de la taberna de la carretera de Epping? Emmeline se acercó al joven por detrás y apoyó su mano pequeña y tibia sobre la del escudero.

—Estás inquieto, Ricardo.

—No puedo confiar en nadie —contestó Greenele, en voz muy baja, para luego añadir con una sonrisa—: Excepto en ti.

Emmeline le dio un pellizco con aire juguetón.

—¿No incluyes a Barleycorn?

—Sí, sí, claro que lo incluyo. Pero no logro entender lo fortuito de nuestro encuentro, ni tampoco la rapidez con que aceptó acompañarme hasta aquí. ¿Qué es toda esa historia de los forajidos? Sin duda cualquier hombre podría acabar con la disputa marchándose a otro lugar del reino. Pero lo que más intriga es por qué permanece a mi lado en esta isla desierta y azotada por la nieve.

—A mí me intriga Buthlac —comentó Emmeline, mirando por encima del hombro hacia el ermitaño y Gildas, que discutían junto al fuego cuál de los dos se encargaría del espetón.

—Yo confío en Gildas —replicó Ricardo—, pero Buthlac es un enigma. ¿Por qué se ha quedado aquí durante tantos años?

—Creo que dice la verdad —manifestó Emmeline—. Es muy probable que durmiera como un cerdo después de emborracharse la noche que mataron a lord Simón y a su esposa. Pero ¿qué hizo después? Me refiero a que los hombres del alguacil vinieron a arrestar a tu padre y los demás caballeros se fueron. ¿No crees que Buthlac quizá se quedó para seguir buscando? ¿No recorrería la casa de arriba abajo buscando cualquier cosa que le hiciera falta? ¿No sólo comida y bebida sino algún tesoro oculto? Además, por lo que dijo, tu padre siempre se mostró muy bondadoso. ¿No será que Buthlac continúa buscando alguna prueba que demuestre su inocencia? Quizás haya encontrado algo.

Ricardo recordó la infinidad de recovecos de la cabaña de Buthlac y se prometió en secreto que, en cuanto se presentara la oportunidad, haría una búsqueda a fondo en la casa del ermitaño. Emmeline se disponía a hablar cuando la puerta de la cocina se abrió con violencia para dar paso a los cinco caballeros. Ricardo adivinó por la expresión de sus rostros lo que se avecinaba. Les dio la bienvenida mientras se sentaban alrededor de la mesa. La conversación era forzada. Todos simulaban interés por lo que Emmeline estaba cocinando. *Sir Lionel*, con las manos cruzadas, miraba de reojo a sus compañeros. La cara se le hacía cada vez más larga mientras observaba a Ricardo con ojos tristes. Tosió varias veces para aclararse la garganta. Ferrers, impaciente, desenvainó la daga y golpeó la mesa con la empuñadura.

—Maese Ricardo... Maese Ricardo —comenzó—, hace muchos años vuestro padre fue injustamente arrestado por asesinato. —Ferrers soltó la daga y apoyó las manos con los dedos abiertos en la mesa—. Eso no lo ponemos en duda. Tampoco negamos que todos hicimos un juramento en el calabozo de Colchester prometiendo que, si alguna vez se presentaba la oportunidad, haríamos todo lo que estuviera en nuestro poder para limpiar el nombre de vuestro padre. —Se pasó los dedos gruesos por el pelo—. Pero ahora ya hemos cumplido con nuestra promesa y, por lo tanto, ¿qué más podemos hacer? No tenemos ninguna información nueva. En los últimos dieciséis años no hemos descubierto nada nuevo y eso es algo que debéis aceptar.

—¿Qué hacemos aquí —intervino *sir Walter Manning*—, en una casa en ruinas en medio de una isla cubierta de nieve? Se acerca el invierno. Falta poco para Adviento y pronto llegará Navidad. Maese Ricardo, tenemos hacienda y familias. Hemos decidido marcharnos mañana.

—También yo marcharé —señaló *sir Lionel*. Cerró los ojos—. Vi algo. El día del torneo me enteré de algo. —Abrió los ojos—. Pero no lo recuerdo. Ha pasado tanto tiempo y han ocurrido tantas cosas... —Parpadeó para después mirar en derredor—. No me gusta estar aquí. No quiero estar aquí —se quejó—. Quiero irme a casa.

—¡No podéis marchar! —gritó Ricardo, con un tono destemplado.

Los cinco caballeros lo miraron, sorprendidos.

—¡No podéis volver a vuestros hogares! —insistió Ricardo—. Hicisteis un juramento a mi padre; eso significa algo más que venir a reunirse conmigo en una casa desierta. Esto apenas acaba de empezar. *Sir Lionel* admite que regresar aquí ha despertado sus recuerdos. ¿Quién sabe si, a medida que pasen los días, tales imágenes no se volverán más claras?

En el rostro de *sir Philip Ferrers* apareció una sonrisa hipócrita.

—Maese Ricardo, podéis decir lo que os apetezca pero no podéis detenernos. Si deseamos marcharnos, nos marcharemos, y ése es el final del asunto.

—¡Podéis marcharos si estáis tan decididos! —Emmeline se acercó a la mesa, secándose las manos con un trapo; la expresión de su rostro era de una severidad poco habitual—. ¡Marchaos —añadió con voz áspera— y será vuestra muerte!

—Eso es ridículo. —Bremner apartó el barrilito de cerveza que usaba de asiento

—. ¿Es que se cometerán más crímenes? ¿Seréis vos, mi joven señora, quien nos detendrá? ¿Será el misterioso maestro arquero quien nos derribará de nuestras monturas?

—El puente se quemó —manifestó Gildas, desde el otro extremo de la cocina—. ¡No podréis marcharos!

—Podemos ir por el vado —replicó *sir* Henry Grantham—. Si tenemos cuidado...

—Si lográis atravesarlo —señaló Ricardo—, os encontraréis con que los forajidos os están esperando.

—¡Forajidos! —chilló Beaumont, estirando el cuello como una gallina—. ¿Forajidos? ¿Qué forajidos?

Ricardo, mientras Emmeline volvía a ocuparse de la comida, describió brevemente las correrías de Ratsbane y Dogwort, y manifestó su convencimiento de que la isla estaba estrechamente vigilada.

—No se atreverán a atacarnos —se burló Manning—. ¿Enfrentarse a cinco caballeros bien armados?

—Cinco caballeros bien armados —replicó el escudero—, que van desmontados, llevando a sus caballos de las bridas a través de la nieve, vestidos con prendas caras, cargados con buenas armas y corceles con monturas y guarniciones de primera calidad. ¿Cómo podrían enfrentarse a tres docenas de forajidos, también bien armados, que se ocultan en el bosque? Os irán matando uno a uno no sólo por el botín, sino para asegurarse de que, cuando crucen a la isla, no queda ningún testigo para denunciarlos ante el alguacil.

—No os dejarán marchar —afirmó Buthlac—. ¡Os matarán a todos!

—Si habéis estudiado el corazón de los malhechores —entonó Gildas, acercándose a Ricardo—, si habéis mirado la maldad en sus almas —continuó—, y los habéis contemplado como hizo el profeta con los perros de Bashan, los sacerdotes de Belial, reconoceréis su perversidad. Astutos y malvados, han tendido sus trampas.

—¿De qué demonios estáis hablando? —gruñó Ferrers.

Gildas sonrió, trazando en el aire la señal de una bendición.

—En mis trayectos, señor, he vivido y caminado con muchos hombres extraños. Me he sumergido en el quehacer del alma humana...

—¡Callad! —gritó Beaumont—. ¡Por el amor de Dios, callad o hablad claramente!

Acercó la mano a la daga, pero Gildas desenvainó la suya con la velocidad del rayo y apoyó la punta en la superficie de la mesa, al tiempo que apoyaba una mano en el hombro de Ricardo.

—El escudero me salvó la vida. Por lo tanto, soy, hasta que la deuda se pague, su hombre en la paz y en la guerra. Como vosotros lo fuisteis con su padre.

Ricardo miró a los caballeros, y le complació ver que algunos de ellos se avergonzaban.

—Podéis marcharos —manifestó, con voz serena—; pero ¿os dais cuenta de que la banda de forajidos os atacará? Si no lo hacen por el botín o para eliminar a cualquier testigo, lo harán porque probablemente os reconocerán como los grandes hombres del condado. Quizá lleguen a pensar que vais en busca de ayuda.

Walter Manning asintió.

—Esos forajidos —prosiguió el escudero— están muy lejos del bosque que les sirve de guarida. Es muy cierto que la nieve cubre la tierra y los senderos y caminos están cerrados. Sin embargo, no querrán que los hombres del alguacil que vosotros podríais enviar los sorprendan en campo abierto.

Beaumont se dispuso a hablar, pero Manning golpeó la mesa con los nudillos reclamando atención.

—Sé lo que vas a decir, Lionel —manifestó apresuradamente—. Sin embargo, hice un juramento y, ahora que lo he pensado mejor, veo que marcharnos con tantas prisas es un acto de cobardía. Los forajidos atacarán. No nos dejarán pasar. —Se volvió hacia *sir* Lionel y apoyó una mano en el hombro de su camarada—. Dime, amigo mío, ¿qué crees que viste el día del torneo?

Sir Lionel meneó la cabeza como única respuesta.

—Bien —intervino Gildas, apoyándose en la daga—. ¿Os marcháis u os quedáis?

Uno a uno, los caballeros dieron su palabra de que se quedarían por lo menos otra semana.

—Pero el primer domingo de Adviento —advirtió *sir* Walter— nos marcharemos. Daré por cumplido mi juramento. Quizá para entonces el tiempo mejore. Si los forajidos no nos han atacado en ese plazo, significará que han regresado al bosque.

Ricardo se disponía a darles las gracias cuando oyó pasos en la galería por encima de su cabeza.

—¡Silencio! —ordenó, levantando una mano.

Emmeline, que removía el estofado con una cuchara, lo miró asustada.

—Es sólo el viento —se burló Bremner.

Como una respuesta a su mofa, las pisadas sonaron más fuertes, dejando oír el tintineo de las espuelas. Emmeline dejó caer la cuchara. Gildas recogió la daga con la mirada fija en el techo y el rostro blanco como la nieve. Beaumont se lamentó; en cambio, Ferrers se levantó de un salto, desenfundó la daga y salió de la cocina. Ricardo sólo tardó una fracción de segundo en seguirlo escaleras arriba. Llegaron al rellano del primer piso; la galería estaba a oscuras.

—¡No bajéis! —Ricardo sujetó a Ferrers por el brazo—. ¡Eh! —llamó por el hueco de la escalera—. ¡Que alguien traiga una antorcha!

Buthlac, con una rapidez considerable a pesar de la cojera, subió cargado con una antorcha en cada mano. Se las entregó a Ricardo y a Ferrers, que avanzaron por la galería, donde hacía un frío glacial. Las corrientes de aire helado que se colaban por los postigos mal cerrados o por las ventanas sin protección alguna agitaban la llama de las antorchas. Ricardo miró a la derecha; en la pared se veían unas marcas rojas

que parecían frescas.

—¡Aquí! —llamó—. ¡Mirad!

Ferrers volvió sobre sus pasos mientras se sumaban los demás. Lenta y laboriosamente, Ricardo leyó el mensaje:

«Hacéldama, el campo de la sangre. Preparad la gran palestra para un torneo. La hora de la venganza está cerca.»

Ricardo miró a sus compañeros. La vacilante luz de las antorchas resaltaba el terror reflejado en sus rostros.

—Hacéldama es el campo de la sangre —murmuró Gildas—, el campo del alfarero donde, según los evangelios, llevó el sumo sacerdote la plata que le pagaron a Judas por traicionar a Jesús.

Ferrers, mascullando por lo bajo, recorrió la galería mirando las paredes, pero no había más mensajes. Miró al techo.

—Dios me perdone por decir esto, maese Ricardo, pero estoy tentado de pedirlos a todos que os marchéis para que pueda pegar fuego a esta casa desde el desván a las bodegas sólo para ver qué consiguen expulsar las llamas.

—¿Qué pasará si se trata de un fantasma? —preguntó *sir* Lionel.

Nadie se burló de la pregunta.

—¿Qué quiere decir el mensaje? —dijo Bremner—. ¿Cómo podemos preparar la palestra para un torneo en pleno invierno, cuando está cubierta de nieve?

Cuando regresaban hacia la escalera, Ricardo se volvió al oír el crujido de una tabla.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Aquellos que habían empezado a bajar se detuvieron en seco para mirar atrás.

—¿Quién anda ahí? —repitió Ricardo.

—Podría ser uno de los forajidos —propuso Grantham. El sudor le empapaba la calva y el rostro.

Esta vez sí que tuvieron una respuesta. Ricardo oyó otros crujidos y algo vino hacia ellos rebotando por el suelo. En un primer momento, Ricardo creyó que era una pelota, el juguete de un niño; pero a medida que rodaba hacia él vio que era un envoltorio de lona que chorreaba sangre. Se apartó, horrorizado.

—¡Que el Señor y todos los santos nos protejan! —susurró Bremner, persignándose.

Se oyó el ruido de alguien que bajaba los escalones de dos en dos: era Gildas, que, asustado, escapaba en busca de la seguridad y el calor de la cocina. Buthlac lo seguía a la pata coja. Ricardo descubrió que no podía moverse. Sus piernas se habían convertido en pilares de piedra, igual que los brazos, que sujetaban rígidos la antorcha. No podía hacer otra cosa que permanecer inmóvil como una estatua, dominado por el horror. A sus espaldas, ninguno de los caballeros agrupados en la escalera osaba moverse.

—¿Qué es eso? —cuchicheó Manning.

Ricardo sí que gritó cuando otro bulto apareció rodando por la galería en su dirección. Esta vez se movía de manera mucho más rápida y precisa. El espantoso y sangriento bulto, como dotado de vida, continuó su carrera hasta que rebotó contra la pared y fue a detenerse a sus pies. Greenele, sintiendo que tenía que hacer algo, levantó la antorcha y echó a correr por la galería, chillando a todo pulmón. Tanto era el terror que sentía, que estaba dispuesto a enfrentarse a cualquier fuerza demoníaca que pudiera estar esperándolo al final de la galería. Sin embargo, cuando llegó allí no había nada. Sólo un postigo que se abría y cerraba en lo alto de las angostas escaleras que conducían a la galería del último piso. Todo estaba en silencio, excepto por el roer de alguna rata. Ricardo se sentó en el poyo de la ventana, sin preocuparse de la manera en que sostenía la antorcha, hasta que se dio cuenta de que estaba a punto de pegar fuego a las tablas del suelo. Miró a lo largo de la galería. Los caballeros habían recuperado el valor; Ferrers sostenía una antorcha mientras Manning y Bremner cortaban la lona. Ricardo volvió sobre sus pasos caminando como un sonámbulo. Sonaron unas maldiciones ahogadas. Beaumont, con una mano sobre la boca, corrió escaleras abajo. Ricardo miró dos cabezas decapitadas que yacían juntas, como las cabezas de los cerdos que había visto una vez en el mostrador de una carnicería en York: los ojos entornados, el cuello como un pingajo de piel magullada y una baba sanguinolenta en la comisura de los labios, que manchaba la piel grisácea de los rostros barbudos y expresión malévolas.

—¡Que el Señor se apiade de nosotros!

Ricardo se puso en cuclillas, decidido a no perder más la valentía; hasta cierto punto, se sentía agradecido. Mientras caminaba por la galería, rezaba para defenderse de la terrible posibilidad de que una de las cabezas fuera la de Barleycorn.

—¡Id a la cocina! —ordenó—. ¡Buscad un saco viejo!

Ferrers aprovechó la oportunidad para alejarse a la carrera.

—¡No le digáis nada a Emmeline! —le gritó Ricardo.

El caballero regresó con el saco, haciendo un esfuerzo para contener las náuseas mientras Ricardo recogía las cabezas y las metía como si fueran manzanas podridas. Cogió el trozo de cuerda, cerró el saco, se lo echó al hombro y bajó la escalera. Salió de la casa por una puerta lateral y se arrebujó en la capa para protegerse del frío de la noche. La nieve era como un manto resplandeciente que lo tapaba todo. En el cielo despejado brillaban las estrellas. El viento, aunque débil, le helaba el rostro. Oyó un ruido a sus espaldas; Gildas, provisto de una antorcha, le dio alcance. Ambos caminaron en dirección a los árboles.

—¿Qué haremos con ellas? —preguntó Gildas—. El suelo está duro como una piedra.

Llegaron a la primera fila de árboles. Ricardo cubrió las cabezas con nieve y, tras apelmazarla a su alrededor, miró al charlatán.

—Mañana por la mañana, Gildas, coge un pico de las caballerizas. Creo que hay uno. Cava un agujero y entiérralas.

—¿Quiénes son? —dijo Gildas, en voz baja—. ¿Cómo murieron?

Ricardo miró la casa, una masa siniestra y oscura contra el cielo nocturno. Por encima de su cabeza, el viento sacudía el follaje. Se estremeció, no por el frío, sino porque, por primera vez, comenzaba a lamentar su viaje a Crokehurst.

—¿Crees que los demonios rondan por aquí? —preguntó el hechicero—. ¿Qué pasará si la casa está embrujada? ¿Será un matadero de almas cristianas? Una vez conocí a un hombre que había estado en casas tan malvadas que se habían convertido en puertas del infierno. Los demonios y los espíritus malvados podían entrar en nuestro mundo para cometer los actos más terribles en las almas y los cuerpos de los hombres. Yo... —Gildas calló cuando se oyeron unos gritos espantosos que procedían de la casa.

Ricardo echó un poco más de nieve sobre las cabezas y echó a correr. Gildas lo siguió, resbalando constantemente en la nieve dura. Entraron por la puerta lateral, que Gildas atrancó de inmediato, y siguieron por un largo pasillo que llevaba a la cocina. Todos estaban agrupados delante de Barleycorn, que se apoyaba en la pared mientras recuperaba el aliento.

—Por todos los santos, ¿qué pasa aquí? —preguntó Ricardo, abriéndose paso—. ¡Cuthbert, tienes todo el aspecto de haber visto un fantasma!

—Será mejor que me acompañes —contestó el maestro arquero—, y cualquiera de vosotros que tenga el estómago fuerte.

—¿Se puede saber qué ocurre ahora? —intervino Emmeline—. ¿Más mensajes escritos con sangre en las paredes? ¿Más cabezas decapitadas rodando como pelotas por la galería? —Se acercó al escudero—. Ricardo, ¿dónde estabas?

El muchacho le cogió las manos; las tenía heladas.

—Quédate junto al fuego —contestó. Miró a los caballeros—. Dos de vosotros tendríais que hacerle compañía. Los demás, si tenéis el estómago fuerte, venid conmigo.

Ferrers le dijo a Beaumont y Bremner que se quedaran. Buthlac también se quedó, acurrucado en el poyo como un duendecillo cojo. Los demás siguieron a Ricardo y Cuthbert, cruzaron el patio y avanzaron por el sendero helado en dirección a la palestra. Poco antes de que llegaran al linde del bosque, Cuthbert dio la voz de alto.

—Nunca he visto nada como esto —comentó sin alzar la voz. Señaló hacia delante al tiempo que levantaba la antorcha para mostrarles la curva que hacía el sendero—. Los veréis allí.

Todos lo siguieron con muchas precauciones. El bosque a cada lado del sendero era como la boca de un lobo dispuesto a devorarlos. El único sonido era el chisporroteo de las antorchas. Rodearon la curva. Ricardo miró incrédulo el sangriento espectáculo: un amasijo de piernas y brazos de al menos tres cadáveres tendidos en la nieve. Se detuvo. Barleycorn siguió adelante, con la antorcha en alto. Entonces, Ricardo y los demás la vieron: otra cabeza ensartada en una pértiga.

—¡Por san Miguel y todos sus ángeles! —exclamó *sir Manning*—. ¿Qué es esto?

Ricardo observó la cabeza decapitada, el rostro barbudo, las mejillas hundidas, los ojos entrecerrados, los labios cubiertos de sangre seca. Los cuerpos sin cabeza sólo iban vestidos con harapos sujetos con trozos de cuerda, pero las botas eran de buena calidad, lo mismo que las bandoleras, los cinturones y las armas que llevaban.

—Fui hasta el vado —explicó *Barleycorn*, de espaldas a los muertos—. Hice guardia durante un rato, pero después me entró sueño. No sé cuánto tiempo dormí, pero me desperté sobresaltado. No estaba seguro de si alguien había cruzado a la isla, pero sí tenía la certeza de que había gente en el bosque. Decidí regresar a la casa, y fue entonces cuando me encontré con todo esto. —Sujetó a Ricardo por el brazo—. *Emmeline* mencionó que había sucedido algo en la casa. ¿Qué pasó?

Ricardo le arrebató la antorcha.

—Volvamos —dijo sin responder a la pregunta del arquero—. Somos vulnerables en campo abierto.

Regresaron a la casa, un poco más rápido de lo que habían venido. *Emmeline* les sirvió una ronda de vino caliente, bien sazonado con hierbas que daban a la cocina la fragancia del verano. Ricardo sujetó la copa con las dos manos para calentárselas.

—Quienquiera que sea el que cortó las cabezas —manifestó— no pretendía hacernos ningún daño.

—¡Pamplinas! —replicó *Ferrers*—. ¡Pasos en la galería, mensajes escritos con sangre en las paredes, cabezas cortadas lanzadas a nuestros pies, cuerpos decapitados en el bosque...!

Ricardo meneó la cabeza cuando el caballero acabó la retahíla.

—¡*Cuthbert*, *Gildas*! —Miró a los nombrados—. ¡Debéis ir al vado y mantener los ojos bien abiertos! —Levantó una mano para que no lo interrumpieran—. Creo que lo ocurrido tiene una explicación: en algún momento del día, probablemente a primera hora de la tarde, *Dogwort* y *Ratsbane* enviaron a un pequeño grupo de exploradores a través del vado para conocer nuestras fuerzas.

El misterioso caballero les tendió una emboscada y les cortó las cabezas. ¿Os lo podéis imaginar? Tres forajidos dando traspiés en la oscuridad, enfrentados a un diestro caballero acorazado: poca resistencia podían ofrecer. Un golpe de espada y se acabó, como la hoz que siega el trigo.

—Pero ¿por qué trajo las cabezas aquí? —preguntó *Gildas*.

—No lo sé —respondió el escudero.

Le hizo un guiño tranquilizador a *Emmeline*. Recordó las excelentes enseñanzas de su viejo amigo y patrón *Gilbert Savage*. Años atrás, mientras cruzaban el bosque de *Dean* camino de *Gloucester*, los habían atacado unos bandidos. *Gilbert* y él los habían seguido hasta pillarlos en la orilla de un torrente. El caballero los había matado con la misma facilidad con que un zorro mata a un grupo de gallinas encerradas. Ricardo se llevó una mano a la boca. Algo más se había despertado en su memoria, pero no sabía qué era.

—Maese —dijo Gildas, sacándolo de sus pensamientos—, si el misterioso caballero mató a los forajidos, ¿qué sentido tiene que trajera dos de las cabezas hasta aquí?

—Perdona. Estaba distraído. El caballero, y creo que no se trata de un fantasma, ve a uno, o quizás a todos nosotros, como su enemigo. Tiene asuntos que resolver con nosotros y no quiere que nadie más se entremeta. Mató a los exploradores como una advertencia para el resto de los bandidos. —Ricardo bebió un trago de vino—. Al mismo tiempo, intenta asustarnos con su habilidad con las armas y con su rapidez para moverse por toda la isla.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ferrers, furioso—. ¿Sentarnos aquí a esperar que nos corte la cabeza? Me marcharía de la isla ahora mismo, pero me lo impide nuestro juramento y acepto lo que habéis dicho, maese Ricardo: si permanecemos juntos tendremos más protección. —Levantó una mano para señalar a Gildas y Barley corn—. ¿No podríamos mandar a uno de ellos en busca de ayuda? Podrían cruzar el vado.

—Nos quedaríamos con un hombre menos —respondió Ricardo—. Además, tardaría días en llegar a Colchester o Chelmsford. La plaga se extiende por las dos ciudades, y estamos en invierno. Podrían pasar semanas antes de que una autoridad o alguno de vuestros poderosos amigos decidiera organizar un grupo de rescate.

El resto de los caballeros manifestó su acuerdo con Ricardo, excepto Beaumont; tenía todo el aspecto de un niño sumergido en sus pensamientos, con un dedo en los labios y los ojos entrecerrados.

—Sir Lionel —lo llamó el escudero—. ¿Estáis bien?

El hombre salió de su ensimismamiento.

—Sólo estaba pensando —murmuró— en el mensaje escrito en la pared pidiendo que preparemos la palestra para un torneo. Es algo tan diferente de aquel torneo celebrado entonces en pleno verano... Recuerdo una cosa —añadió—. Veo a la señora Catalina Fitzalan bajo los árboles. Su marido la reñía. Ella sostenía en una mano los colores de un caballero. —Meneó la cabeza—. Si pudiera recordar, si sólo pudiera recordar...

—Quizá mañana —comentó Emmeline, con un tono amable. Se levantó—. Ricardo, es hora de dormir. Dios sabe los peligros a los que nos enfrentaremos mañana por la mañana. Maese Barleycorn, Gildas, os prepararé algo de comer para vuestra vigilia.

Gildas parecía dispuesto a decir algo. Su rostro cetrino y el rápido movimiento de sus ojos delataban su miedo, pero Barleycorn le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Venga, charlatán —lo animó—. Estarás mucho más seguro conmigo bajo los árboles del lago.

—¿Qué pasará si resulta que hay más forajidos? —protestó Gildas.

—Lo dudo —afirmó el arquero—. Ratsbane y Dogwort esperarán el regreso de los exploradores. No tendrán más remedio que mostrar su juego cuando éstos no

vuelvan.

Recogieron las armas. Emmeline llenó una cantimplora de vino y envolvió unos cuantos trozos de tasajo en un trapo. Los caballeros, arrebolados y somnolientos de tanto vino caliente, también se despidieron mientras Buthlac se echaba a dormir en el suelo junto a la chimenea. Unos minutos más tarde, Barleycorn y Gildas se marcharon, dejando sola a la pareja. Se sentaron delante del fuego, cogidos de la mano, para mirar el juego de las llamas y las chispas cuando estallaban los troncos. De vez en cuando, Buthlac murmuraba en sueños. Todo estaba en silencio, excepto por alguna pisada en las habitaciones de arriba, pero sin el menor parecido con el siniestro tintineo y los espantosos sonidos de antes.

—¿Quién será ese caballero? —preguntó Emmeline bruscamente—. Me refiero a que ya sabemos quiénes son todas las personas implicadas en la tragedia de tu padre. —Inspiró con fuerza—. A menos, por supuesto... —añadió, señalando al ermitaño dormido—. ¿Recuerdas lo que dijo él sobre aquel cadáver desnudo y sin rostro que encontraron en el lago? Quizás hubo más asesinatos.

—Apretó con fuerza la mano de Ricardo. —Prométeme —rogó— que haremos cuanto esté a nuestro alcance, pero que después nos marcharemos. Ricardo, hay toda una vida que nos espera. —Tragó saliva—. Si nos quedamos aquí, quizás acabemos todos muertos.

Diálogo entre peregrinos

El terrateniente hizo una pausa en el relato y contempló a su público silencioso.

—Sangre y venganza —exclamó el vendedor de indulgencias. Se peinó el pelo rubio con los largos dedos esqueléticos—. Sangre y fuego —añadió, con un guiño al terrateniente—. Señor, contáis una historia muy extraña.

—Sólo cuenta la verdad —manifestó el caballero ácidamente.

Todas las cabezas se volvieron hacia *sir* Godfrey.

—¿Qué queréis decir? —preguntó la comadre de Bath.

El caballero se limitó a encogerse de hombros y desvió la mirada.

—Toda esta historia de pasos embrujados —prosiguió la buena esposa—, misteriosos caballeros negros, cabezas cortadas rondando por las galerías iluminadas por la luna, cuerpos decapitados en bosques cubiertos de nieve... —Miró al terrateniente—. ¿Existe de verdad la isla de Crokehurst?

El cura rural se levantó de un salto, su rostro beatífico rojo de excitación.

—¡Sí que existe! ¡Sí que existe! —gritó—. Ahora lo recuerdo. Allí hay un túmulo.

—¿Qué es eso? —preguntó el molinero con un bufido. Estaba tan borracho que le resultaba difícil sostener la gaita, que se movía en sus manos como si tuviera vida propia.

—Un túmulo —contestó el estudiante de Oxford— es un montículo funerario. —Miró con los ojos entrecerrados al pobre párroco, preguntándose cómo alguien tan pobremente vestido y tan inocente en los asuntos de la vida podía conocer la palabra.

—Sí, a eso me refería —aclaró el párroco—. A una gran tumba donde están enterradas muchas personas. En una ocasión, cuando me encontraba en Essex, un hermano sacerdote me dio alojamiento. Cantaba misas para el reposo de las almas de los difuntos. El día de Lammas, que es el día que se celebra la recolección de las cosechas, me dijo que se levantaría temprano porque debía cantar tres misas por todos los muertos que estaban enterrados en la isla de Crokehurst. —Miró de reojo al terrateniente. Acababa de levantarse para ir hacia la despensa, manifestando que tanto hablar le había abierto el apetito—. Un momento, señor —llamó el párroco.

El terrateniente se volvió, acariciándose la punta de la barba. Se detuvo en una parte oscura como si quisiera ocultar su rostro de la mirada del cura.

—¿Vos estuvisteis en aquella terrible isla? —preguntó el párroco, acercándose.

—Sólo relato una historia —manifestó el terrateniente. Dio media vuelta y entró en la despensa.

—¿Cuál es vuestra opinión? —susurró Mine Host a Chaucer.

—No lo sé —contestó Chaucer—. No hago más que preguntarme si es verdad o mentira. El caballero sabe algo. Además, cuando trabajaba en la aduana, aplicando tasas y peajes, escuché una historia bastante curiosa. Se decía que el rey en persona

había ido a Crokehurst. No en una visita oficial, sino en secreto. Estoy seguro de que *sir* Godfrey lo acompañó.

En la despensa, el terrateniente había convencido a un donado somnoliento que bajara uno de los jamones colgados en ganchos de las vigas del techo. Ahora cortaba lonchas que colocaba en un plato. Oyó que se abría la puerta. Le dio otra moneda al pinche.

—Tráeme un trozo de queso y un poco de aquella salsa de cebolla.

El donado se guardó la moneda, masculló algo referente a que a esas horas los buenos cristianos estaban en la cama y salió en busca de lo pedido.

—Estaba seguro de que vendrías —declaró, sin preocuparse de mirar al visitante—. Han pasado muchos años.

—¿Quién eres? —preguntó el ujier, acercando su rostro verrugoso al del terrateniente.

Éste sonrió, pero mantuvo el cuchillo bien sujeto, con la punta a una pulgada de la abultada barriga de su interlocutor.

—Una vez te di la vida —respondió en voz muy baja—. ¡No me obligues a quitártela!

—Muchos hombres buenos murieron aquel día —replicó, apartándose—. Mis compañeros, los hombres que me criaron.

—Eran demonios —afirmó el terrateniente—. No tenían Dios y murieron sin Él.

Hizo una pausa mientras entraba el donado con paso cansino, cargado con el queso y la salsa de cebolla. El terrateniente cogió el plato sin abandonar el cuchillo.

—Volvamos —dijo con un tono suave—. Volvamos a Crokehurst y a la sangre que se derramó allí.

CUARTA PARTE

Capítulo I

Ricardo y Emmeline permanecieron levantados un rato más, dedicados a discutir lo que habían averiguado. En el exterior, el viento soplaba con extraordinaria violencia y su aullido resonaba por toda la casa. El postigo de uno de los ventanucos de la cocina se abrió forzado por una ráfaga. Ricardo se encaramó en uno de los barriles para cerrarlo, pero antes de hacerlo echó una mirada al patio: los copos caían en torbellino sobre la nieve vieja.

—Espero que Barleycorn esté bien —comentó— y que los forajidos nos dejen en paz.

—¿Crees que puedes confiar en él? —preguntó Emmeline. Su rostro tenía ahora una palidez translúcida que realzaba sus pómulos altos y la belleza de sus ojos.

Ricardo quería estrecharla entre sus brazos y besarla, pero sabía que aquél no era el momento ni el lugar adecuado.

—Confío en él —respondió.

Emmeline no pasó por alto el leve titubeo de su voz.

—¿De dónde viene? —insistió—. ¿Cómo es que un completo extraño decide ayudarte, Ricardo?

—No es ningún extraño como crees —intervino Buthlac, levantando la cabeza.

—¿Qué quieres decir, ermitaño? —preguntó Ricardo.

—Lo que digo.

Buthlac se frotó los ojos. Ricardo se preguntó si de verdad había estado durmiendo o si, en cambio, no se había perdido palabra de su conversación con Emmeline. El ermitaño se rascó la nariz.

—A lo largo de los años, muchas personas diferentes han visitado esta isla. Se colaban como sombras, pero el viejo Buthlac no es tan tonto como la gente cree. Cuando lo vi contigo me dije: «Vaya, yo conozco esa cara».

Ricardo se puso en cuclillas junto al jergón, torciendo el gesto ante el hedor que desprendía el ermitaño.

—Tendrías que bañarte más a menudo —comentó—. La limpieza no está reñida con la santidad.

—Cuando llegue la primavera —respondió el ermitaño—. Cuando llegue la primavera, el viejo Buthlac se bañará y se cambiará de ropa para celebrar la Pascua.

—¿Dices que habías visto antes a Barleycorn?

—Sí, estoy seguro; pero no recuerdo dónde.

Emmeline se acercó a la pareja.

—¿Qué me dices de ti, Buthlac? —preguntó amablemente—. ¿Qué secretos ocultas?

El rostro del ermitaño palideció; se movió inquieto en el jergón de paja.

—¿Por qué decís eso, señora? —replicó, rehuyendo la mirada de la muchacha.

—Verás. —Emmeline se sentó sobre los talones, junto a Ricardo—. Cuando, hace dieciséis años, el padre de Ricardo cayó en desgracia, llegaron los hombres del alguacil y saquearon la casa. ¿Tú no te uniste a ellos? ¿No viniste aquí para ver si quedaba alguna cosilla o algún bocado apetitoso para Buthlac?

—Nunca vine aquí —protestó el ermitaño—. Ni una sola vez.

—Mientes. —Ricardo sujetó al ermitaño por la muñeca—. Buthlac —suplicó—, tú sabes por qué estamos aquí. Muy pronto se irá la nieve y los caballeros la seguirán. Cuando eso ocurra —añadió, uniendo las manos— perderemos para siempre la oportunidad de conseguir justicia y limpiar su memoria y su honor. ¿Cómo responderás ante Dios por semejante felonía?

Buthlac comenzó a retorcer una brizna de paja. Emmeline se inclinó para darle un beso en la mejilla. El viejo levantó la cabeza; le brillaban los ojos.

—¿Por qué lo habéis hecho? —preguntó, rascándose la barba desgredada con los dedos mugrientos—. Ninguna damisela ha hecho eso por Budilac en muchos años. La última que lo hizo... bueno —esbozó una sonrisa—, fue porque le pagaron. Dios ayuda a los que se ayudan.

Ricardo creyó que volvería a dormirse, pero, en cambio, Buthlac se sentó en el camastro y se desabrochó el chaleco para sacar una bolsita. Desató el cordón que la cerraba y vació el contenido: una moneda de plata. La sostuvo en alto.

—Después de Navidad —comentó, sonriendo— iré de viaje para comprar queso. —Volvió a sacudir la bolsita y esta vez cayó sobre la paja un anillo, sucio de verdín. Buthlac lo recogió para enseñárselo a Ricardo y Emmeline.

—¿Por qué me lo muestras? —preguntó el escudero.

Buthlac hizo girar el anillo, señalando la montura vacía donde antaño había descansado una piedra preciosa o una insignia.

—Lo creas o no, maese Ricardo, no volví aquí para robar las posesiones de tu padre. Sin embargo, cuando se llevaron el cadáver de la señora Catalina de los matorrales, fui allí a ver qué encontraba. Las personas que se caen pierden cosas: un collar, un broche, quizás algunas monedas.

—¿Esto es lo único que encontraste? —preguntó Ricardo, sin disimular su desilusión.

—Así es, maese Ricardo. Pero, escucha. Mira el anillo. —Buthlac se lo entregó al escudero—. ¡Dime lo que piensas!

Ricardo miró el engaste, que tenía la forma de un triángulo.

—Es un anillo de latón o cobre. El engaste sujetaba una gema o algo así, pero ahora ya no está. ¿Crees que perteneció a la señora Catalina?

—Póntelo —le indicó el ermitaño.

Ricardo lo hizo y se sorprendió al ver que le bailaba en el dedo.

—No era de ella —añadió Buthlac, con un tono burlón.

El escudero lo miró.

—Sin duda es el anillo del asesino —afirmó el viejo.

Ricardo se quitó el anillo del dedo y lo sostuvo en alto.

—Por supuesto. Es un anillo de sello y el engaste no sujetaba una joya, sino el escudo de armas de su dueño. —Ricardo sujetó el brazo del ermitaño con tanta fuerza que el hombre hizo una mueca de dolor y se zafó inmediatamente.

Emmeline se irguió, batiendo palmas. El escudero le advirtió con la mirada que hablara en voz baja.

—Cuando lo encontré —añadió Buthlac— estaba debajo de unas hojas. El metal brillaba. Se ha puesto verde con el paso de los años. La verdad es que no me costaría nada pulirlo. —Se apoyó en la pared—. Al principio, creía que era de la señora Catalina y que se le había caído en el forcejeo, pero, cuando me lo puse en el dedo, comprendí que era el anillo de un hombre. Ahora bien, si lo hubiese perdido algún otro habrían organizado una búsqueda.

—En cambio —intervino Emmeline—, no se hizo porque pertenecía al asesino de la señora Catalina. ¿Dónde? —exclamó—. ¿Dónde estará el emblema que llevaba?

Buthlac abrió los brazos en un gesto de indefensión.

—Señora, pongo a los ángeles por testigo de que he vuelto al lugar infinidad de veces sin encontrar nada. En algún lugar —añadió, señalando hacia la puerta—, en la tierra o debajo de algún montón de hojas podridas está la prueba de la identidad del verdadero asesino.

—¿Se lo has dicho a alguien más? —preguntó el escudero.

—De ninguna manera —replicó Buthlac, meneando la cabeza vigorosamente—. Eso hubiese sido mi condena a muerte. Al principio, no te lo quise decir porque quería estar seguro. —Señaló el anillo—. Creo que es el anillo del asesino. Es esto lo que ha venido buscando todos estos años.

—¿Hay algo más? —preguntó Emmeline.

—Mi señora, no hay nada más —contestó Buthlac—. Si tuviera la insignia, os la daría.

Entonces, sin siquiera un «con vuestro permiso», Buthlac se tendió en el jergón y se tapó la cabeza con la capa.

—Quédate con el anillo —murmuró, con voz somnolienta—. Utilízalo como creas conveniente. Te deseo suerte.

Ricardo permaneció durante un rato delante del fuego, removiendo los troncos con un atizador. Se le cerraban los ojos, y se quedó dormido varias veces. Oyó un ruido; era Emmeline que se acostaba. Había plegado el vestido y la capa, y ahora yacía en el jergón, de cara a la pared y tan arrebujaada en las mantas que sólo se veía asomar el pelo rizado. Ricardo apagó la vela, se sentó en el camastro, se quitó las botas, y se quedó contemplando la oscuridad durante unos minutos. En el silencio se oían claramente los crujidos de la casa y el aullido del viento en las chimeneas. Cerró los ojos y, en un instante, se quedó dormido. Tuvo una pesadilla. Se encontraba en el centro de la palestra, mirando hacia los árboles. Allí estaba el caballero negro montado en su gigantesco corcel, con la lanza en ristre. Sin embargo, Ricardo no le

tenía miedo. Miraba la figura que aparecía y desaparecía entre los árboles. La pesadilla se volvió confusa, se oyó un estrépito y el escudero abrió los ojos. Cogió el cinturón con las armas y se agazapó en la oscuridad. El fuego del hogar no era más que un montón de rescoldos. Buthlac roncaba como un cerdo. Emmeline continuaba durmiendo. Ricardo esperó unos minutos pero no escuchó nada anormal, así que volvió a dormirse.

A la mañana siguiente, lo despertó el ruido que hacía Emmeline preparando el desayuno con la ayuda de Buthlac; entre ambos intentaban colgar un gran perol con gachas del travesaño de hierro de la chimenea para que se cocieran. El ermitaño sonrió mientras Ricardo, con los ojos legañosos y cara de sueño, se levantaba tambaleante y salía al patio para hacer sus necesidades. Lo cegó la luz del sol que se reflejaba en el manto de nieve. Había cesado el viento y el aire era frío y puro. Ricardo atendió la llamada de la naturaleza y, como cualquier persona higiénica, empleó un puñado de nieve para lavarse las manos. Luego fue a los establos para ocuparse de *Bayard* y los demás caballos. Barleycorn había hecho un buen trabajo: todas las aberturas y rendijas se veían tapadas, no hacía frío en el interior y el aire olía a heno. *Bayard* estaba acostado en la paja, y en cuanto vio a Ricardo levantó la cabeza y relinchó complacido. El joven se arrodilló para acariciarle el hocico y aprovechó para revisarle los ojos y el cuello y asegurarse de que el animal estuviera bien.

Regresó a la cocina. Se encontró con que todos los caballeros estaban allí, excepto Beaumont. Algunos incluso ya se habían lavado y afeitado.

—Ha cambiado el tiempo —comentó Manning, desde la ventana—. ¿Qué haremos ahora, maese Ricardo? No podemos quedarnos sentados junto al fuego como un montón de viejas.

—Hay que cortar leña —señaló Emmeline— y después traerla aquí para que se seque.

—Los caballos necesitan ejercicio —dijo Grantham. Se acercó a la ventana donde estaba Manning y miró la nieve en el patio—. ¿Cuánto crees que será el espesor de la nieve?

—No habrá más de un palmo —respondió Ferrers. Bien rasurado y con el pelo aceitado, parecía estar en su mansión y no en una casa vacía y casi en ruinas.

—Podríamos ir a la palestra —propuso Grantham, entusiasmado—. ¡Tenemos nuestras armas! Un poco de ejercicio no nos vendría nada mal.

Discutieron durante un rato la conveniencia o no de ir hasta el campo oval en medio del bosque, hasta que Emmeline los llamó a la mesa y les sirvió gachas calientes y bien picantes acompañadas de cerveza aguada.

—¿Dónde está Beaumont? —preguntó Manning, lamiendo la cuchara—. No es propio de él llegar tarde cuando se trata de comer. Es un hombre que atiende las llamadas del estómago.

Ricardo no hizo caso de la conversación y siguió con la mirada puesta en la

puerta. En el exterior, todo parecía muy pacífico: el sol, la nieve..., dentro, el agradable calor del fuego. Sintió una repentina inquietud al pensar en Barleycorn y Gildas. No podía demorar mucho más el ir a relevarlos.

—Voy a llamar a Beaumont —anunció Grantham, y salió de la cocina.

Ricardo recordó las cabezas cortadas. Llamó a Buthlac, le dio una moneda y le encomendó la tarea de enterrarlas.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! —El ermitaño chasqueó los labios y se guardó la moneda—. He enterrado muertos, maese. Años atrás, en la marcha escocesa, serví con los Percy. Cavé una gran fosa. Metimos todos los cadáveres dentro. Yo y otros que intentaron desertar.

Se marchó a cumplir el fúnebre trabajo y, casi de inmediato, Grantham entró en la cocina.

—¡No consigo despertarlo! —gritó—. Beaumont no se despierta.

Ricardo y los demás lo siguieron escaleras arriba hasta la primera galería. La habitación de Beaumont había sido una de las mejores. La puerta conservaba las bisagras de cuero y el escudero recordó que el día anterior se había fijado en que la manija y la cerradura no estaban dañadas. Durante unos minutos, él y los demás llamaron a la puerta, primero con los puños y después con los puños de las dagas. No obtuvieron respuesta. Ricardo se apartó, con la mirada puesta en la macabra advertencia pintada en la pared. A la luz del día vio las marcas de sangre dejadas por las cabezas al rodar por el suelo de la galería la noche anterior. ¿Estaría la casa embrujada? ¿Volvería a atacar el terrible poder que había matado a los dos forajidos y había escrito el mensaje en la pared? ¿Era el responsable del siniestro silencio en la habitación de *sir* Lionel? Desvió la mirada y se encontró que los demás lo miraban, esperando una decisión.

—¡Echad abajo la puerta! —ordenó.

Se produjeron unos momentos de confusión mientras buscaban algo que pudieran utilizar como ariete. Ferrers recordó que había un tronco en el patio. Lo trajeron y comenzaron el ataque a la puerta. Se sacudió el dintel y cayeron trozos de argamasa, pero la puerta resistió. Sujetaron mejor el tronco mojado que se les resbalaba de las manos y centraron los golpes en la cerradura que, poco a poco, comenzó a ceder. Ricardo estuvo a punto de ordenarles que golpearan las bisagras cuando se oyó un chasquido. Unos pocos golpes más bastaron para que saltara la cerradura.

Ricardo fue el primero en entrar. La habitación olía a moho y las ventanas estaban cerradas. Esperó unos segundos a que sus ojos se acomodaran a la penumbra y miró en derredor. Vio los toneles y las barricas que los caballeros habían utilizado en los juegos del día anterior. Ferrers abrió una ventana y la luz del sol alumbró el cuerpo de *sir* Lionel derrumbado contra la pared, dándole una apariencia siniestra. Yacía despatarrado, con un brazo sobre un taburete y el rostro vuelto hacia un lado. Ricardo se acercó y, al intentar sujetarlo por uno de los hombros, el cadáver cayó boca arriba. El escudero vio la enorme herida que tenía en el pecho; la sangre había empapado

totalmente la camisa para después formar un charco pegajoso en el suelo.

—¡Levantadlo! —ordenó.

Los caballeros, maldiciendo por lo bajo, levantaron el cadáver.

—¡Mirad la pared! —exclamó Grantham.

Ricardo miró la pared, en la que se podía ver una extraña marca.

—Lionel intentó escribir algo —afirmó Manning, para después añadir—: Intentó escribir una letra. ¡Mirad!

El escudero volvió a acercarse al cuerpo. Evitó mirar el rostro de Beaumont, los ojos entreabiertos, la boca con rastros de sangre, la piel lívida. Sujetó la mano derecha del muerto y se fijó en el dedo índice, manchado de sangre y argamasa.

—Beaumont intentó escribir —comentó—. En los pocos segundos que le quedaban antes de morir, quiso escribir el nombre de su asesino.

—Parece una *M* —gritó Grantham, siguiendo el contorno con el dedo.

—Creo que sí —asintió Bremner.

Todas las miradas se volvieron hacia *sir* Walter Manning, pero el pequeño caballero se mantuvo firme, con los labios apretados y la barbilla echada hacia delante.

—No soy un asesino —afirmó—. Beaumont era mi amigo. ¿Por qué iba a querer matarlo? —Se acercó a la pared y apoyó el dedo en la marca—. Estoy de acuerdo en que intentó escribir el nombre del asesino, pero esto bien podría ser una *M*, una *B*, o incluso una *F*.

Los demás lo miraron. La mano de Manning buscó la daga y la aflojó en la vaina.

—Cualquiera que se atreva a llamarme asesino —advirtió— tendrá que responder con su vida.

—No hay ninguna prueba —se apresuró a decir Ricardo, alarmado por la tensión que había surgido inesperadamente entre los camaradas.

—Maese Ricardo tiene razón —intervino Grantham—. Una simple marca en la pared no es una prueba. —Se acercó a la puerta—. Mirad, los cerrojos todavía están echados y las ventanas, cerradas. ¿Cómo entró el asesino y, lo que es más importante, cómo consiguió salir?

Ricardo fue a comprobar lo dicho por el caballero. Intentó recordar la puerta tal como la había visto la última vez. La cerradura se veía oxidada, pero en buen estado y, además, había un cerrojo, algo burdo, que encajaba en una muesca del marco. Miró la ventana. Cuando entró en la habitación estaba cerrada y el cerrojo corrido. Por lo tanto, ¿cómo se las había apañado el asesino para entrar y salir de la habitación? ¿Por qué *sir* Lionel Beaumont no había dado la voz de alarma? Era un caballero, un hombre de armas, podría haber opuesto una dura resistencia. Sin embargo, no se veía nada desordenado ni señales de lucha.

—Es evidente que aquí hay algún pasaje secreto —opinó Ferrers—. No hay otra solución al misterio.

Cubrieron el cadáver de *sir* Lionel con una manta y luego se dedicaron a buscar.

Levantaron las tablas del suelo, golpearon las paredes palmo a palmo e incluso revisaron el techo. No encontraron ningún pasadizo ni puerta secreta. Sólo descubrieron una cosa extraña cuando miraron el cerrojo de la puerta: Ricardo observó que la pieza estaba limpia y aceitada. Llamó a los demás.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Quizá lo hizo el propio *sir* Lionel —sugirió Emmeline.

La muchacha había abandonado la cocina para sumarse al grupo. Ricardo se sorprendió al ver la calma de Emmeline ante la noticia de la muerte de Beaumont.

—Es algo lógico —añadió la joven—. Si *sir* Lionel quería usar el cerrojo para sentirse más seguro, pudo coger un poco de grasa o aceite de la cocina y... —Se encogió de hombros.

—Así y todo, el misterio continúa —declaró Ferrers—. *Sir* Lionel, Dios lo tenga en la gloria, podía ser terco y mal hablado. Quizá protestaba demasiado; sin embargo, era un guerrero. ¿Por qué no se resistió? ¿Por qué no gritó pidiendo ayuda? —*Sir* Philip enganchó los pulgares en el cinturón—. Acepto que alguien entró en la habitación, y que Lionel echó el cerrojo después de hacerle pasar, pero ¿cómo salió el asesino?

—Yo no oí nada extraño —dijo Grantham—. Tengo la habitación contigua y dormí toda la noche sin sobresaltos.

Ricardo se acercó a la ventana y contempló la fachada de la casa. También se veían claramente los árboles y el camino que llevaba al lago.

—¿Alguno de vosotros oyó algo? —preguntó por encima del hombro—. ¿Cualquier cosa?

Un coro de negativas respondió a sus preguntas. Una vez más, *sir* Manning fue el blanco de las miradas de sospecha, y Ricardo advirtió que el resto de los caballeros se distanciaba de su compañero. Espió las manos de los caballeros: Ferrers y Manning no usaban anillo, mientras que Bremner y Grantham llevaban anillos de sello.

—*Sir* Henry —dijo, acercándose a Grantham que estaba junto a Emmeline—, veo que lleváis un sello. ¿Puedo mirarlo?

El hombre se encogió de hombros, sorprendido, pero no puso ninguna objeción. Se quitó el anillo y se lo entregó.

—¿Qué importancia tiene un anillo? —preguntó Ferrers, con un tono airado.

Ricardo observó el anillo de Grantham con mucho detenimiento. Era un aro de cobre con una pequeña insignia en forma de escudo que llevaba las armas de Grantham: un león rampante negro sobre fondo blanco y una estrella dorada en cada una de las esquinas.

—Quería satisfacer mi curiosidad —explicó, mientras sacaba de su bolsa el anillo oxidado que le había dado el ermitaño—. Anoche, Buthlac me lo entregó. Falta la insignia, pero lo encontraron entre la maleza en el mismo lugar donde descubrieron el cadáver de la señora Catalina Fitzalan. —Se lo puso en el dedo—. Es un anillo de hombre. Probablemente, el anillo del asesino.

En la habitación se hizo un silencio absoluto.

—En mi vida he llevado anillos —declaró Manning, desafiante. Les mostró los dedos carnosos—. No puedo usar anillos. —Se desabrochó los botones del cuello del jubón para sacar una cadena de oro con un pequeño medallón—. Ésta es mi insignia.

—Nadie dijo que fuera tuyo —comentó Bremner con un tono astuto—. Pero, maese Ricardo, ¿estáis diciendo que uno de nosotros perdió ese anillo?

—No, no lo ha dicho —intervino Emmeline rápidamente—. Tampoco tiene ningún sentido que nos estemos acusando los unos a los otros. —Sonrió a *sir* Walter—. Las marcas en la pared podrían ser cualquier cosa. ¿Cómo sabemos que *sir* Lionel intentaba escribir el nombre de su atacante?

—¿Qué queréis decir? —preguntó Grantham, enfadado—. Mi señora, mirad los dedos de *sir* Lionel, los tiene manchados de sangre y argamasa.

Emmeline se acercó al cadáver, arrodillándose para apartar la manta que lo cubría. Levantó la mano derecha de *sir* Lionel y observó el dedo índice. Luego hizo lo mismo con la mano izquierda.

—Aquí no hay marcas —comentó en voz baja.

—¿Por qué iba a haberlas? —preguntó Manning, pero inmediatamente se quedó con la boca abierta. El caballero sonrió y se acercó a Emmeline. La ayudó a incorporarse y le besó la mano como si fuera una reina.

—*Sir* Lionel no pudo trazar esas marcas —proclamó Emmeline, triunfante—. Por amor de Dios, todos sois unos caballeros muy inteligentes; utilizad la mollera. ¡Decídselo, *sir* Walter!

—Beaumont era zurdo —explicó Manning—. Es algo que sabemos todos. Incluso en los torneos cargaba la lanza al revés que todos nosotros.

—Lo hizo el asesino —añadió Emmeline—. Cogió la mano de *sir* Lionel, la mojó en su sangre y trazó las marcas en la pared. Si miráis con atención, veréis que pueden ser cualquier cosa: una *M*, una *B* o una *G*. Lo hizo para sembrar la confusión. Hay otra cosa importante. —La muchacha se acercó una vez más al cadáver—. ¿Por qué mató a *sir* Lionel aquí? —Señaló en derredor—. No hay señales de lucha, así que no retrocedió ante su asesino. —Le indicó a Ricardo que se acercara—. ¿Maese escudero?

Ricardo, divertido, se acercó a Emmeline, que lo miraba con una expresión traviesa.

—Bien, maese escudero, habéis entrado en esta habitación para matarme. ¿Por qué aquí? ¿Por qué contra la pared?

Ricardo la miró, esperando órdenes.

—Sacad la daga.

Ricardo desenvainó el arma.

—Ahora —prosiguió Emmeline— estamos junto a la pared. Me habéis clavado la daga. ¿Qué circunstancias permitirían hacerlo?

—Vos me invitasteis a entrar —respondió Ricardo, sonriendo.

—¿Por qué?

—Para espiar —sugirió Ricardo— o para mirar algo. —Guardó la daga en la vaina—. Sí, eso es. —Miró a los caballeros—. *Sir Lionel* le abrió la puerta a alguien a quien conocía y en quien confiaba. Seguramente encendió una vela. El asesino lo apartó de la luz, no para espiar lo que ocurría en la habitación vecina, sino para algo más. Estaban buscando un pasadizo secreto. —Ricardo hizo una pausa—. Quizás ésa es la respuesta. El visitante de *sir Lionel* utilizó como excusa la búsqueda de una explicación a los misteriosos mensajes escritos en la pared de la galería. *Sir Lionel* se acercó, tal vez para revisar esta pared o el suelo, y ése fue el momento que el asesino aprovechó para desenvainar la daga y matarlo.

—De acuerdo —intervino *sir Grantham*—. Todo eso está muy bien, pero no aclara lo más importante: ¿cómo hizo el asesino para salir y echar el cerrojo por dentro?

—No lo sé —contestó Ricardo—. Además, la señora Emmeline y yo estuvimos toda la noche en la cocina, en compañía de Buthlac. —Hizo una pausa, y sus palabras flotaron en el aire como un dedo acusador.

—O sea, que estáis diciendo que fue uno de nosotros. —Ferrers se adelantó—. Maese Ricardo, con el debido respeto: todos dormíamos, incluido vos. La señora Emmeline, Buthlac o vos mismo, cualquiera pudo venir aquí arriba y llamar a la puerta de *sir Lionel* con la misma facilidad que nosotros.

—Tampoco debemos olvidar a los otros dos —declaró Manning—: Barleycorn y Gildas. Ésta es una casa muy grande, maese Ricardo, con muchas ventanas abiertas. Quizás haya más de una entrada secreta.

Ricardo se disponía a replicar cuando oyó un estrépito en las escaleras. Un segundo después, Gildas entró en la habitación. Traía las botas y los calzones empapados y el rostro con varios cortes producidos por las ramas al cruzar el bosque. Durante unos minutos, permaneció en cuclillas mientras recuperaba el aliento. Ni siquiera se preocupó de preguntar por el cadáver tapado a medias con una manta.

—¿Dónde está Barleycorn? —Ricardo sacudió a Gildas por el hombro—. ¿Qué ha sucedido?

—Los forajidos —jadeó el charlatán—. Han venido. Intentaron cruzar el vado. Aparecieron sin más, acercándose a la carrera. Barleycorn mató a unos cuantos y retrocedieron. Pero cree que volverán a atacar.

—¡A las armas! —gritó Ferrers—. Señora Emmeline, debéis quedaros aquí.

—¡Coged los arcos! —ordenó Ricardo—. ¡Ballestas, arcos largos, lo que hayáis traído!

—Los caballos —mencionó Gildas—. Barleycorn dijo que llevarais los caballos.

—Os retrasarán. —Emmeline cogió la mano de Ricardo—. ¡Ve! —le apremió—. Llévate a los demás. Gildas y yo nos encargaremos de ensillar los caballos y llevarlos al menos hasta la palestra.

Los caballeros fueron a sus habitaciones a recoger sus armas. Ricardo bajó a la

cocina. Se abrochó el cinturón de combate, donde llevaba la espada, la daga y el estilete. Luego recogió la ballesta y la aljaba con los dardos, y salió al patio. Emmeline y Gildas ya se ocupaban, sin mucha habilidad, de ensillar los caballos. Los caballeros se presentaron un segundo después. Ante el peligro común, habían dejado aparte las sospechas. *Sir* Walter Manning vestía una cota de malla, Bremner y Grantham lucían yelmos de acero, cónicos y con anchos guardanarices. Todos iban armados con espadas y dagas. Ferrers llevaba un arco largo; los demás tenían ballestas. Salieron del patio, resbalando constantemente en la nieve dura, en dirección al bosque. Al principio avanzaron lo más aprisa que pudieron, pero después Bremner gritó que se detuvieran y todos aprovecharon la pausa para recuperar el aliento.

—Tenemos que ir con cuidado —les advirtió Bremner, señalando a través del enorme prado cubierto de nieve—. Si los forajidos han vuelto y han conseguido matar o hacer prisionero a Barleycorn, es posible que ahora estén emboscados para sorprendernos en campo abierto.

—En ese caso, yo haré de explorador avanzado —se ofreció Ricardo, pero se detuvo al oír unos ruidos.

—Es la señora Emmeline —anunció Bremner—. Ella y aquel sinvergüenza traen los caballos.

—*Sir* John —manifestó Ricardo con un tono grave—, Gildas no es un sinvergüenza y, antes de que se acabe el día, quizá tendréis que dar gracias por su presencia.

—¡Cuando se acabe este día! —tronó Bremner, cuyo rostro tenía un aspecto todavía más feroz bajo el yelmo—. ¡Cuando se acabe este día tendré que volvérmelo a pensar, maese Ricardo! Estoy harto de esta isla dejada de la mano de Dios. ¡No quiero morir aquí!

Ricardo no le replicó. Se volvió para echar a correr con todas sus fuerzas a través de la palestra. El manto de nieve no era tan profundo como había creído; le llegaba a la mitad de la pantorrilla, pero debajo era bastante firme. Se detuvo varias veces para mirar los árboles que tenía delante, o hacia el lado donde había aparecido el caballero negro, pero no vio nada. Por fin, llegó a los árboles. No escuchó nada anormal y avanzó por el sendero que llevaba al lago. Durante unos momentos se ocultó detrás de unos arbustos. Veía el lago y la larga hilera de peñascos que se extendían hacia la costa del otro lado. Se movió para conseguir una visión más despejada y entonces vio tres cadáveres tendidos sobre la superficie del lago helado. Todos yacían boca arriba con una flecha clavada en el pecho. La sangre se había congelado formando grandes charcos.

Ricardo avanzó silenciosamente por el sendero. Abandonó la protección de los árboles y salió a campo abierto delante del lago. Silbó por lo bajo. Había más cadáveres, todos muertos por flechas, pero también comprobó que Gildas había hecho su parte. Uno de los cuerpos, el que estaba más cerca de la orilla, tenía el rostro destrozado por un dardo. En la otra orilla se veía la nieve pisoteada donde se habían

agrupado los forajidos.

Miró a izquierda y derecha, sin ver ni el más mínimo rastro de Barleycorn. Se disponía a dar voces cuando tuvo la sensación de que había alguien a sus espaldas. Se volvió velozmente. Allí estaba Barleycorn, apoyado en el arco.

—Cuthbert, creía que te habían matado. —Ricardo se acercó para estrechar la mano de su amigo.

El maestro arquero señaló con la cabeza los cuerpos de los forajidos tendidos en la nieve.

—La escoria de la tierra —comentó—. Cargaron a trompicones, resbalando en la nieve. Ni siquiera un niño podía fallar. —Señaló a través del lago, con expresión grave—. Se han retirado detrás de aquel repecho —informó—. No tardarán en volver.

—¿Qué sucedió? —preguntó Ricardo, mirando fijamente el rostro barbudo y los ojos enrojecidos del arquero.

—Gildas y yo estábamos entre los árboles. Dormimos bastante cómodos. Cazamos un conejo, lo desollamos y encendimos un fuego para asarlo. Reconozco que estábamos cansados. Oí ruidos y miré hacia el lago. Dogwort y Ratsbane parecían haber salido de la nieve. Se movían rápidamente colina abajo en dirección al vado. —Barleycorn se frotó los ojos—. Avanzaban sin pausa, en el más absoluto silencio. Bueno, hasta que comencé a dispararles. —Miró por encima del hombro del muchacho.

Ricardo se volvió. El repecho de la colina ya no estaba desierto. Una larga columna de hombres, cargados con hatos de leña a modo de escudo, se movía silenciosamente hacia el vado.

Capítulo II

Ricardo y Barleycorn retrocedieron hacia el bosque mientras la columna de forajidos continuaba su silencioso descenso por la ladera nevada hacia la orilla del lago. El escudero los observó, estremecido. Ni siquiera en Poitiers, delante del avance de las falanges francesas en todo su esplendor, con el estrépito de las cornetas y los pendones ondeando al viento, había sentido tanto miedo como ahora ante la visión de la columna de hombres que avanzaba decidida y silenciosamente hacia el agua. Comprobó que iban armados hasta los dientes. Todos llevaban espadas y dagas, algunos portaban ballestas y otros disponían de arcos largos. Vestían con pieles de animales. Había uno que llevaba la cornamenta de un ciervo en la cabeza; otro se había hecho una gorra con la cabeza de un lobo, y los más se tapaban la cabeza con gorras de piel de tejón o nutria. Unos cuantos llevaban el rostro oculto con máscaras de cuero y había un puñado con yelmos y guardapapos que les daban un aspecto demoníaco. No hablaban e incluso los caballos llevaban mordazas. Ricardo fue a decir algo, pero el maestro arquero meneó la cabeza para indicarle que guardara silencio. El escudero contó alrededor de cuarenta forajidos. De pronto, otro grupo asomó en la cumbre de la colina: cuatro o cinco hombres vestidos de verde. Después, los siguieron dos hombres vestidos con pieles de oso y montados en buenos caballos.

—¡Ratsbane y Dogwort! —siseó Barleycorn—. ¡Ah, por fin han decidido venir al baile!

Los forajidos se detuvieron junto a la orilla del lago. Uno de los jefes de a caballo levantó un estandarte harapiento y señaló al frente. Al parecer, sabían dónde se encontraba el vado, una franja de agua donde se elevaba el fondo del lago y una hilera de grandes piedras planas formaban un pasillo. La columna de forajidos comenzó a cruzar saltando de piedra en piedra. Barleycorn dio un golpecito en la ballesta de Ricardo.

—A mi señal —murmuró.

El escudero observó las siniestras figuras que se acercaban a la orilla. Barleycorn colocó una flecha en el arco, apartándose un poco para disponer de una línea de tiro más despejada. Ricardo se agachó para poner un dardo en la ranura de la ballesta y después accionó la gafa para tensarla. A continuación, escogió el objetivo: uno de los bandidos que se adelantaba un poco a los demás.

—¡Dispara! —gritó Barleycorn.

La columna se detuvo. Ricardo soltó la cuerda incluso antes de que el arco de Barleycorn comenzara a vibrar. El forajido al que había apuntado dio bruscamente un paso atrás con los brazos abiertos y soltó la espada, que cayó sobre el hielo. Otros dos bandidos dieron un bote cuando las flechas de Barleycorn los alcanzaron en el pecho y la garganta respectivamente. Ricardo se ocupó de armar la ballesta a toda prisa mientras admiraba en silencio la consumada habilidad de Barleycorn con su arma:

por cada dardo que él disparaba, el maestro arquero soltaba cuatro flechas que nunca erraban el blanco.

Habían tumbado a ocho o nueve que ahora se retorcían en la superficie helada del lago, en medio de grandes charcos de sangre, pero los forajidos continuaban su avance. Barleycorn consideró prudente retirarse. Los jefes de los salteadores tuvieron que verlos, porque de inmediato animaron a sus hombres para que cargaran mientras Ricardo y Barleycorn retrocedían rápidamente por el sendero cubierto de nieve. Los forajidos los siguieron. Ricardo y el arquero se detenían de cuando en cuando para disparar un par de flechas. En varias ocasiones, oyeron los gritos de los heridos, pero a esas alturas los atacantes no sólo tenían la protección de los haces de leña que sostenían a modo de escudo, sino que también hacían buen uso de los árboles y el matorral. Barleycorn no dejaba en ningún momento de vigilar los flancos.

—¡No podemos permitir que nos rodeen! —le dijo al escudero—. ¡Si lo consiguen, estaremos perdidos!

Disparó una flecha más y echó a correr, llamando a Ricardo para que lo siguiera. Disponían de la ventaja de la sorpresa y los forajidos recelaban que estuvieran conduciéndolos a una trampa. Barleycorn y Ricardo habían llegado a la mitad de la enorme palestra, levantando nubes de nieve en su carrera, cuando oyeron el sonido estridente de un cuerno de caza y los gritos triunfales de los perseguidores.

Ricardo corrió al máximo de sus fuerzas, con el cuerpo bañado en sudor. Miraba constantemente por encima del hombro, pero los salteadores todavía estaban fuera de la vista. En la hilera de árboles que tenía delante, vio a Buthlac, Gildas y a los caballeros que los esperaban y, un poco más atrás, a Emmeline sujetando las riendas de los caballos. El trayecto se le hizo interminable; la nieve dificultaba sus pasos. En una ocasión, cayó de bruces, ahogado por el esfuerzo y a punto de vomitar, pero Barleycorn lo sujetó por un brazo, lo obligó a levantarse y lo empujó para que siguiera corriendo. Por fin llegaron a los árboles, y el escudero se arrojó al suelo, casi sin respiración. Escuchó las maldiciones de los caballeros, dirigidas por igual a él y a los forajidos. Sin embargo, cuando recuperó la respiración y se levantó, ya estaban preparados para el combate, lo mismo que Buthlac y Gildas. Todos empuñaban los arcos y las ballestas. Ricardo se acercó tambaleante al lugar donde se encontraba Emmeline, con el rostro pálido pero decidido. *Bayard* le empujaba el cuello con el hocico, pero mantenía las orejas aplastadas contra la cabeza. De vez en cuando, levantaba la cabeza y relinchaba como si estuviera impaciente por lanzarse al combate.

—¡Coge un caballo! —le dijo Ricardo, sujetando la mano de la muchacha—. ¡Regresa a la casa!

Emmeline meneó la cabeza con los ojos bien abiertos.

—Si tú mueres —susurró, apretándole la mano con fuerza—, si tú mueres, ¿de qué serviría, Ricardo? —Esbozó una sonrisa—. Sé usar el arco y la espada. Prefiero morir aquí. ¡Por favor! No quiero que me quemem viva con la casa, ni que me

capturen para violarme y degollarme. —Dio un puntapié en la nieve y señaló la ballesta colgada en el pomo de la montura—. No me iré. —Se inclinó para besar los labios de Ricardo—. ¡Si me obligas a irme, nunca más te volveré a besar!

—¿Nunca? —exclamó Ricardo.

—Bueno —respondió Emmeline con un mohín encantador—; por lo menos hasta la próxima vez.

Ricardo se volvió. Los forajidos acababan de aparecer al otro lado de la palestra.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo, y corrió a unirse a los demás.

—¿Por qué no los arrollamos? —propuso Manning—. Una buena carga los haría escapar como conejos.

—Hacedlo, y os matarán uno a uno —replicó Barleycorn—. Son demasiados.

—¿Pueden flanquearnos? —preguntó Bremner.

—Lo pueden intentar —opinó Buthlac, con un tono burlón—. Pero no tardarían nada en perderse en el bosque. —Escupió un gargajo verdoso—. No, lo que harán será cruzar el prado.

—¡Que el Señor de las Batallas esté con nosotros! —entonó Gildas—. Que él nos preceda. Que mil caigan por nuestra mano derecha y diez mil por nuestra izquierda. —Se irguió para gritar a través de la palestra—. ¡Regresad al pozo del infierno de donde habéis venido! ¡Que el Señor acabe con vosotros y...!

Se oyó el zumbido de una flecha y Gildas se zambulló cuerpo a tierra.

—¡Es la oración más corta que he escuchado en toda mi vida! —se burló el ermitaño.

—¡Atención! —gritó Barleycorn—. ¡Todos dispararán a mi señal!

Los caballeros no protestaron. Todos eran veteranos curtidos en mil batallas y conocían el poder del arco largo en los campos de Francia. Se agazaparon en silencio, Emmeline junto a Ricardo, formando una línea, con los arcos y las ballestas preparados. Los forajidos, a quienes no les hacía mucha gracia abandonar la protección de los árboles para atravesar el enorme prado, vacilaron un momento, pero después avanzaron.

—¡Dios, te doy las gracias! —susurró Barleycorn—. ¡Avanzan todos juntos como corderos! Confío en que Gildas le rece al Señor de las Batallas para que no se dispersen.

La banda avanzó poco a poco. La formaban unos cuarenta, dispuestos en tres filas. A Ricardo le dio un vuelco el corazón al ver que comenzaban a desplegarse, pero entonces Barleycorn, en un movimiento totalmente imprevisto, corrió para salir a la palestra. Colocó una flecha en el arco mientras sostenía otra en la boca. Hincó una rodilla en la nieve, apuntó, sin hacer caso de los insultos y las flechas de los bandidos que zumbaban a su alrededor, y disparó. Uno de los forajidos del extremo izquierdo del grupo se tambaleó, sujetando el mástil de la flecha que acababa de clavarse en su boca. El maestro arquero se volvió rápidamente y disparó contra un hombre del extremo derecho. Esta vez hizo blanco en el estómago. Barleycorn corrió

a refugiarse entre los árboles mientras Ricardo se reía por su astucia. Los forajidos, temerosos de la mortal puntería del arquero, se apretujaron como si eso pudiera protegerlos de las flechas. Uno de los caballeros susurró que era el momento de disparar, pero Barleycorn meneó la cabeza.

—Cuando se trate de usar el arco —manifestó con voz ronca—, confiad en mí.

Los forajidos siguieron avanzando. No podían ver a sus enemigos y, a medida que se acercaban, parecía claro que confiaban en que Ricardo y los suyos hubieran emprendido la huida hacia la casa.

—No lo olvidéis —recomendó el escudero—. Todavía no saben cuántos somos.

El grupo atacante se acercaba por momentos. Ricardo comenzó a distinguir rasgos individuales; rezó en silencio para que los forajidos, con un aspecto tan salvaje y bestial como las pieles que les servían de abrigo, no pudieran vencerlos. Miró a Emmeline. La muchacha vio la expresión extraña en su mirada y asintió. No les hicieron falta palabras. El pacto estaba hecho. Si se enfrentaban a la derrota y no había escapatoria posible, Ricardo la mataría antes de permitir que cayera en manos de aquellos bárbaros. El escudero respiró lenta y profundamente.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo?

Barleycorn levantó el arco preparado.

—¡Preparados! —ordenó—. ¡Apuntad al centro!

Los caballeros obedecieron. Bremner tensó el gran arco largo que había traído y los demás siguieron su ejemplo. Gildas, incapaz de controlar los temblores, rezaba al tiempo que armaba la ballesta.

—¡Apuntad! —gritó Barleycorn.

Ricardo escogió un blanco y contuvo la respiración.

—¡Disparad! —rugió el maestro arquero.

El aire se pobló con el zumbido de las flechas. Algunas erraron el blanco, pero otras tuvieron un efecto mortal. Seis o siete forajidos se desplomaron, gritando con desesperación; las flechas, disparadas desde tan cerca, destrozaron carne y músculos, cubriendo la nieve con una lluvia de sangre. Los demás asaltantes, pillados por sorpresa, se detuvieron.

—¡Disparad! —repitió Barleycorn.

La segunda descarga fue mucho más letal. Los forajidos intentaron cargar sobre las posiciones de su enemigo.

—¡Disparad!

Esta vez los bandidos dieron media vuelta y echaron a correr.

—¡Avanzad! —vociferó el arquero—. ¡Pero manteneos en fila!

Ricardo le dijo a Emmeline que permaneciera entre los árboles mientras él avanzaba con los demás. La última descarga provocó nuevas bajas, mientras que el resto, después de la dura experiencia, rompió filas y escapó por el campo en diferentes direcciones. Barleycorn los obligó a mantener la línea hasta asegurarse de que el enemigo estaba fuera de la distancia de tiro, y entonces desenfundó la daga.

Los demás hicieron lo mismo mientras se movían entre los caídos. Algunos habían muerto en el acto. Otros gemían, revolcándose de dolor, mientras rascaban la nieve como si quisieran recuperar la sangre que se les escapaba a chorros por las heridas del cuello, el pecho y el estómago. Ricardo murmuró una excusa y regresó para asegurarse de que Emmeline se encontraba bien. La sujetó por los hombros.

—No mires —le dijo—. Vuelve con los caballos.

—¿Por qué?

Emmeline se levantó de puntillas para espiar por encima del hombro del escudero. Entonces vio a Ferrers que, sosteniendo la espada en alto con las dos manos como si fuera un hacha, decapitaba a uno de los heridos de un solo golpe. Se volvió bruscamente y echó a correr. Ricardo quería regresar al escenario del combate, pero había perdido el ardor de la lucha. Sus compañeros, en cambio, se movían como ángeles de la muerte, degollando a los moribundos y recolectando armas hasta que Barleycorn gritó que el enemigo se reagrupaba. Volvieron a buscar la protección de los árboles. El maestro arquero y los caballeros mostraban expresiones graves. Buthlac sonreía satisfecho, mientras que Gildas había buscado un rincón para vomitar en paz.

—¿Era necesario hacer eso? —preguntó Emmeline, que dejó una vez más los caballos para unirse al grupo.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —replicó Ferrers—. ¿Echarles unguento en las heridas, vendarlos y enviarlos de vuelta? —Dejó caer el montón de armas que había recogido—. Les hicimos un favor —añadió—. Una muerte rápida es más de lo que se merecían.

El resto del grupo manifestó su asentimiento mientras Gildas regresaba, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Sin embargo, ahora ya no se mostraban tan aguerridos. Ricardo miró los cadáveres tendidos en posiciones grotescas sobre la nieve, con los miembros retorcidos en diferentes direcciones. El sol hacía brillar los charcos de sangre y Ricardo se apresuró a desviar la mirada; tenía la impresión de que todo el campo estaba empapado de sangre.

—Ya vuelven —gruñó Barleycorn—. Esta vez saben cuántos somos. Ni siquiera Dogwort y Ratsbane serán tan estúpidos la segunda vez.

El maestro arquero tenía toda la razón. Ahora serían una veintena de forajidos, desplegados en una larga hilera y guardando una buena distancia entre ellos. Los jefes avanzaban con los caballos al paso detrás de sus huestes. El avance era mucho más lento.

—Si les permitimos que se acerquen demasiado —advirtió Grantham—, acabarán por flanquearnos. Podrían incluso llegar hasta la casa.

Ricardo miró a Barleycorn y, por una fracción de segundo, atisbo la desesperación en la mirada del arquero.

—¿Qué podemos hacer? —susurró.

—Esperar y retroceder —respondió Barleycorn—. Quizá podamos hacernos

fuertes en las caballerizas.

Los forajidos avanzaron un poco más y se detuvieron. En aquel mismo momento, Emmeline se acercó a Ricardo para hablarle al oído.

—¡Ya sé por qué mataron a Beaumont!

El escudero la miró, sorprendido.

—La palestra —murmuró—. ¿No lo recuerdas, Ricardo? El torneo que celebró tu padre; la discusión entre lord Simón y la señora Catalina, que llevaba los colores de cierto caballero. Beaumont debió de recordar el nombre. Por eso lo mataron.

—Ahora ya es demasiado tarde —manifestó Ricardo.

—Nos marchamos de su cuarto con demasiada precipitación —añadió Emmeline—. En la mesa de la esquina había un tintero, plumas y trozos de pergamino. Me pregunto qué estaría escribiendo.

El escudero sonrió y le pellizcó la mejilla cariñosamente.

—Siempre la hija del abogado —comentó, burlón. Señaló la hilera de forajidos—. Si el Señor nos permite salir con vida, quizá podamos averiguarlo.

—¡Preparad los arcos! —gritó Barleycorn mientras los bandoleros se despleaban todavía más y seguían avanzando, animados por los jefes que recorrían la hilera montados en sus caballos—. ¡Tan pronto como se pongan a tiro, escoged un blanco y disparad! —ordenó el arquero.

Una vez más, Barleycorn corrió a situarse en la vanguardia con el arco preparado. Eligió sus objetivos y dos de los atacantes cayeron fulminados por sus flechas. Esto pareció enardecer a los demás y, mientras Barleycorn corría para reunirse con sus compañeros, los bandidos lo persiguieron. Ricardo y los suyos dispararon su andanada, pero el brusco avance de los atacantes había cambiado la distancia y la mayoría de las flechas erraron los objetivos. Sólo tres o cuatro de los forajidos rodaron por el suelo. El resto continuaba la carga, pero entonces se oyó claramente la llamada de una corneta. Los malhechores frenaron en seco y miraron en derredor asustados. Los jefes espolearon sus caballos para dirigirse hacia el lugar donde había sonado el toque de corneta. El silencio se extendió por la palestra. No se escuchaba otro sonido que el jadeo de los hombres. Dogwort y Ratsbane estaban a punto de dar la vuelta para ordenar a los suyos que reanudaran el ataque cuando el caballero de la armadura negra salió de entre los árboles, con el escudo en alto y enarbolando la espada. Su impresionante corcel escarbó la nieve con las pezuñas al tiempo que relinchaba sonoramente. Los forajidos no sabían qué hacer, preguntándose si habría más hombres ocultos en el bosque y dudando si debían exponerse a las mortales flechas de Barleycorn o enfrentarse a la nueva amenaza. El caballero agitó la espada, clavó las espuelas y cargó al galope.

—¡Como la furia del Señor! —entonó Gildas—. ¡La ira de Dios!

Sus compañeros permanecieron alelados mientras la terrible figura, haciendo brillar su espada a la luz del sol, arrollaba a uno de los jefes haciendo que jinete y caballo rodaran por la nieve, para después bajar la espada en un arco mortal.

Barleycorn fue el primero en reaccionar.

—¡Ahora! —gritó—. ¡Vamos, montad vuestros caballos!

Ricardo y los demás retrocedieron en busca de las cabalgaduras. El muchacho cogió a Emmeline por el brazo.

—¡Regresa! —le susurró—. Vuelve a la casa. Enciérrate, pero no te olvides de revisar la habitación de Beaumont.

La besó en los labios y montó de un salto. Él y los caballeros formaron un grupo. Manning agitó la espada para ordenar la marcha y, a pesar del grueso manto de nieve, avanzaron al trote rápido. Barleycorn, Buthlac y Gildas corrían detrás de los jinetes. El misterioso caballero continuaba con su sangrienta tarea: como un campesino que siega las mieses, lanzaba mandobles a diestra y siniestra. Una vez más, la palestra se cubrió de cuerpos despedazados. Ricardo, en su enloquecida carga, vio una cabeza decapitada, un brazo, una mano amputada. La nieve se había teñido de rojo y en el aire resonaban los alaridos de los hombres.

En el momento en que Ricardo y los suyos se unieron al caballero negro, los forajidos renunciaron a la lucha. Arrojaron las armas y levantaron los brazos en señal de rendición, pero los mataron en el acto. Otros siguieron a su jefe en una huida desesperada a través del prado. De vez en cuando algunos forajidos se detenían para formar un grupo e intentar defenderse, pero los jinetes los arrollaban sin más. Los bandoleros consiguieron llegar al sendero que atravesaba el bosque. Ricardo lograba a duras penas controlar a su cabalgadura.

Uno de los fugitivos se volvió, levantando la espada, pero *Bayard* se levantó sobre las patas traseras y descargó un golpe con las delanteras que destrozó la cabeza del hombre. Por fin, acabó de cruzar el bosque para salir a la orilla del lago. Vio inmediatamente que el vado estaba bloqueado. Alguien había encendido los haces de leña que habían traído los asaltantes y ahora ardían sobre el hielo. La capa helada era muy gruesa para derretirse rápidamente, pero ya se veían algunas grietas. El agua comenzaba a filtrarse y las llamas impedían el paso. De todas maneras, dos forajidos, empujados por la desesperación, intentaron cruzar. Uno fue alcanzado por una flecha y el otro tropezó para caer de bruces en el fuego. Sus alaridos eran terribles y sólo se acallaron cuando Barleycorn lo remató con un certero disparo. Ricardo miró en derredor: el misterioso caballero no se veía por ninguna parte. Los forajidos se encontraron atrapados junto al borde del lago y los caballeros no estaban dispuestos a demostrar ninguna clemencia. Lo que siguió después fue una verdadera carnicería. Llegó un momento en que Ricardo no pudo soportarlo más.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó.

El escudero arrancó la espada de la mano de Manning, disgustado por la mirada sanguinaria del hombre. Bremner, Grantham y, por último, Ferrers sofrenaron los caballos y se relajaron en las monturas, empuñando las espadas teñidas de sangre. Los forajidos, reducidos a unos diez, se agrupaban alrededor de su jefe, quien después de desmontar se había quitado la piel de oso de la cabeza. Los asaltantes se

agachaban con las manos extendidas en un gesto de paz. Ricardo desmontó para acercarse al grupo. Miró al cabecilla y, a pesar de la repugnancia que le había producido la matanza, se sintió repelido por la maldad reflejada en el rostro de comadreja: la boca cruel, los ojos pequeños y maliciosos, el rostro barbudo.

—Piedad —susurró el hombre, desviando la mirada hacia Barleycorn, y Ricardo vio el odio que brillaba en sus ojos.

El escudero apartó al bandido y miró a sus compañeros. Vio a Buthlac, que entraba en el bosque estilete en mano, y comprendió que no tomarían prisioneros.

—¡Matadlos! —reclamó Ferrers—. ¡Matadlos a todos!

Ricardo miró a los forajidos. Nunca había visto a una banda de hombres tan depravados y sanguinarios. Se estremeció al pensar lo que hubiera pasado si hubieran ganado ellos. Sólo un rostro lo movió a compasión. Un chiquillo feo, con el rostro verrugoso, que no podía tener más de doce años, que se ocultaba detrás del jefe.

—¡Todos deben morir! —afirmó Bremner. Después miró en derredor—. ¿Dónde se ha metido nuestro misterioso salvador?

Ricardo se encogió de hombros y contempló la palestra. Recordó la carga del caballero, el dominio absoluto del corcel, la habilidad en el manejo de la espada. Le recordaba algo, pero el cansancio le impedía pensar con claridad y los caballeros no dejaban de incordiarlo.

—¡Maese Ricardo!

Manning se plantó delante del joven, con las piernas separadas. Señaló con el pulgar por encima del hombro a los forajidos arrodillados en la nieve. El caballero se interrumpió al sufrir un ataque de tos provocado por el humo de los fuegos que ardían en el vado.

—Lo que Manning quiere decir —intervino Ferrers, apoyado en la espada desde el otro lado del grupo de prisioneros— es que todos nosotros somos jueces de paz en este condado. Ostentamos la comisión real. Estos hombres son forajidos, cabezas de lobo. —Se abrió paso entre el grupo—. Eso significa que podemos matarlos en el acto.

—Es verdad —afirmó Grantham, que miró a Ricardo con una expresión avergonzada—. Tendremos que ejecutarlos.

El escudero desvió la mirada.

—No necesitamos vuestra autorización —le advirtió Ferrers—, pero, por cortesía, os decimos lo que se debe hacer.

Sus palabras provocaron aullidos de desesperación entre los forajidos. El cabecilla se levantó. Se hubiera acercado a los caballeros pero la daga de Barleycorn se lo impidió.

—¡Maldita sea! —vociferó—. ¡No suplicaré por mi vida! —Sujetó al chiquillo pelirrojo, con el rostro verrugoso, los ojos saltones y la boca babosa—. El niño no tendría que morir. —Se volvió hacia Barleycorn—. Mátame, pero perdona a mi hijo.

El maestro arquero desvió la mirada hacia Ricardo y asintió. El escudero se

volvió, cerrando los ojos. Sabía que los caballeros tenían razón. La ley estaba de su parte; las órdenes reales eran muy claras. Se les podía ejecutar en el acto. ¿Qué podía hacer? Si se negaba, los demás ostentaban la mayoría. Uno de los forajidos, de largas greñas grasientas y rostro casi oculto por los bigotes y la barba, se adelantó tambaleante para arrojarse a los pies de Ferrers, abrazarse a sus botas y tironearle la capa. Suplicó en una lengua que ni Ricardo ni los demás entendían. El caballero lo apartó de un puntapié, pero el hombre volvió a sujetarlo por la capa. Esta vez, su voz era más estridente y áspera. Entonces, antes de que Ricardo y los demás tuvieran tiempo de reaccionar, Ferrers desenfundó la daga y de un golpe le abrió la garganta de oreja a oreja. El bandido cayó de rodillas, ahogado en su propia sangre, para después desplomarse de costado sobre la nieve, con los ojos fijos en su verdugo. Ferrers se agachó para limpiar la daga en el coleteo de cuero del hombre. Miró a los demás con una sonrisa en el rostro.

—Afirmaba ser uno de mis campesinos —comentó—. Me suplicaba clemencia.

—¿En qué hablaba? —preguntó Barleycorn—. ¿Qué idioma era ese?

—Venía de los Fens, en la costa del mar del Norte —explicó el cabecilla de los bandidos. Soltó un escupitajo contra el cadáver—. El muy imbécil creía que lo perdonarían.

Ricardo pasó por encima del muerto para mirar a los prisioneros. Su mirada se posó en cada uno de aquellos rostros depravados.

—No ahorquéis a ninguno —ordenó por encima del hombro—. ¡Que sea una cosa rápida! Gildas, ve a buscar a Buthlac. Si alguno de estos hombres quiere confesarse... —Ricardo se inclinó para sujetar al chiquillo que se ocultaba detrás de su padre—. No mataremos a ningún niño. —Empujó al rapaz—. Vete, muchacho.

—Yo me encargaré del chiquillo —manifestó Barleycorn a la vez que enfundaba la daga—. He perseguido a estos hombres, y ellos me han perseguido, pero no disfrutaré con su muerte.

Sir Henry Grantham se adelantó con la espada en alto.

—Yo, *sir Henry Grantham* —gritó, con una voz que sonó como un toque de difuntos—, comisionado del rey y juez de paz en este condado, por el poder que me ha sido otorgado, os condeno a muerte por diversos crímenes contra la Corona y el pueblo. ¡La sentencia se ejecutará inmediatamente!

Se apartó para dar paso a Bremner y Manning, que se acercaron con un tronco. Todos esperaron la llegada de Buthlac. El ermitaño caminó entre los bandidos sentados en la nieve, mansos como corderos. Unos cuantos rezaron, otros se echaron a llorar, pero la mayoría se comportó con la arrogancia del cabecilla. Trajeron al jefe e hicieron que se arrodillase con la cabeza apoyada en el tronco. Bremner levantó la espada, sujetándola con las dos manos, y descargó un golpe tremendo que separó la cabeza limpiamente de los hombros. Los caballos, excitados por el olor de la sangre, caracolearon inquietos. Gildas se los llevó mientras traían a un segundo bandido para ser ejecutado. Ricardo cerró los ojos, se persignó y siguió a Gildas para coger a

Bayard de la brida y alejarse caminando a través de la palestra. Barleycorn y el chiquillo lo esperaban. El arquero señaló los cadáveres tumbados en la nieve.

—Maese Ricardo —dijo, sujetando al niño por el cuello—. Debemos enviar a alguien a través del lago. Hay que enterrar los cadáveres. —Señaló hacia la costa, donde continuaban las ejecuciones—. Necesitamos conseguir una confirmación de lo que hemos hecho.

El escudero no le respondió: se limitó a contemplar las grandes manchas de sangre que salpicaban la superficie de la palestra y luego miró a los cuervos de pico amarillo que volaban en círculos, esperando que los hombres se alejaran para lanzarse a devorar la carroña.

—¿Crees que la isla está embrujada? —preguntó.

—Ratsbane y Dogwort no estaban invitados —contestó Barleycorn, encogiéndose de hombros—. Vinieron y han recibido lo que se merecían.

—¿Qué me dices del caballero?

—Estaba en la palestra cuando comenzó la matanza y desapareció en cuanto los forajidos se dispersaron para echar a correr hacia el vado. Probablemente fue él quien encendió el fuego.

El escudero miró al chiquillo. Nunca había visto a un niño tan feo ni tan asustado. Las lágrimas le corrían por las mejillas verrugosas. Temblaba como un azogado, y Ricardo se quitó la capa para abrigarlo.

—Llévatelo —le dijo al arquero—. Dale comida y un poco de vino.

Barleycorn sujetó al chiquillo por un hombro.

—Tendríamos que matarlo, maese. —Vio la mirada de Ricardo y añadió—: Sí, soy duro. Muy duro y cruel. Sin embargo, si ellos me hubiesen hecho prisionero, no habría tenido una muerte rápida. —Pestañeó con la mirada puesta en el cielo—. Una vez estuve enamorado de una muchacha. Tenía el pelo rubio y la piel color avellana. Su risa era cantarina y sus labios estaban hechos para besar. Su padre era leñador; tenía una casa en un pequeño claro al norte de Epping. Un buen día, Ratsbane y Dogwort les hicieron una visita. Yo estaba en otra parte de la región. —El arquero se mordió el labio—. Encontré el cuerpo desnudo de la muchacha, en un rincón perdido del bosque. Debió de tardar días en morir. —Dio un empujón al chiquillo—. Por lo tanto, no tengo piedad. Cuando aquella muchacha murió, también murió mi compasión. —Se disponía a decir algo más pero se contuvo—. Todos necesitamos comer y beber —murmuró, para después alejarse cruzando la palestra, con el arco en bandolera y una mano en el chiquillo abrigado con la capa de Ricardo.

El escudero miró hacia los árboles. Ansiaba montar a *Bayard* y salir a recorrer la isla palmo a palmo hasta encontrar al caballero. Salió de su abstracción al oír las voces y las risas que se aproximaban por el sendero. Ricardo comprendió que se habían acabado las ejecuciones. Montó a *Bayard*, lo tocó con las espuelas y, sin mirar a izquierda ni derecha, siguió a Barleycorn de regreso a la casa.

Diálogo entre peregrinos

El terrateniente hizo una pausa en el relato. Durante unos momentos, se balanceó pacíficamente en la silla.

—¡Por todo lo que es verdadero! —Mine Host se levantó para estirar los músculos—. He escuchado historias de sangrientas batallas pero ninguna tan terrible como la que ocurrió en la isla de Crokehurst.

El terrateniente esbozó una débil sonrisa. Señaló la vela reloj colocada en la repisa de la chimenea.

—Es muy tarde —comentó—. Quizá lo mejor será que deje el resto de mi historia para la velada de mañana por la noche.

—¡Oh no! —gritaron a coro los demás peregrinos.

—¡Debéis acabarla ahora! —manifestó la comadre de Bath.

—¡Estaría muy mal no hacerlo! —protestó el marino.

El terrateniente caminó hacia la puerta.

—Permitidme que le dé un descanso a mi garganta. La noche es tranquila y fresca; me gustaría disfrutar de la brisa durante un rato.

Todos estuvieron de acuerdo. Mine Host se dirigió a la cocina en busca de más vino, cerveza y vituallas.

—Para reconfortar los ánimos después de tan sangriento relato —declaró.

El terrateniente no les prestó atención. Abrió la puerta y salió al pequeño patio del priorato. Las teas colocadas en los tederos alumbraban el empedrado. El terrateniente se sentó en un pequeño banco de piedra delante de un jardincito de flores muy olorosas. Se desabrochó el jubón, estirando el cuello para refrescarse con la brisa nocturna. A su alrededor se veían iluminadas las muchas ventanas del priorato. Aguzó un poco el oído para escuchar a los monjes cantando el oficio nocturno. Cerró los ojos y olió las flores. Daría gracias cuando se acabara la peregrinación. Lo hacía cada tres años en cumplimiento de su solemne juramento. Oyó pisadas de bota y acercó la mano a la empuñadura de la daga. Alguien tosió. El terrateniente se relajó al tiempo que miraba por encima del hombro. Vio al caballero.

—¿Una velada agradable, *sir* Godfrey?

El caballero se acercó para sentarse a su lado. Señaló los macizos de flores.

—No hay nada que huela más dulce en las noches de abril —comentó con voz suave—. Su fragancia siempre me tranquiliza. —Miró de reojo al terrateniente—. ¡Una fragancia que agradecen los que están acostumbrados al hedor de la batalla!

—¿Por qué habéis venido, *sir* Godfrey? —preguntó el terrateniente.

—Para saber quién sois en realidad —respondió el caballero, mirándolo a los ojos—. Estuve en Crokehurst. El rey me envió al norte con una tropa de sargentos reales. Contratamos peones y les hicimos cavar la gran fosa que mencionó nuestro buen párroco. Llegué al final de vuestro relato.

—Entonces, ahora sabéis que digo la verdad.

—Sí, pero ¿quién fue el asesino?

El terrateniente apoyó un dedo en los labios del caballero.

—*Sir Godfrey*, vos narrasteis la historia de los terribles *strigoii* hasta el final, pero en realidad la historia continúa, ¿no es así?

El caballero asintió.

—La mía también, y todavía no se ha acabado. —Oyó que se abría la puerta del refectorio—. Creo que alguien más desea hablar conmigo.

El caballero se ciñó el cinturón con la espada y volvió a entrar en el refectorio. El terrateniente reanudó la contemplación de las flores, aunque esta vez desenvainó la daga, y, con un diestro movimiento, la hizo girar para esconderla en la manga con la hoja para dentro. Se trataba del ujier, que vino a sentarse a su lado.

—¿Así que os habéis reconocido? —preguntó el terrateniente.

El rostro verrugoso del ujier resultaba todavía más feo en la vacilante luz de las antorchas.

—Por supuesto —contestó—. No pasa ni un solo día, maese terrateniente, sin que recuerde aquella terrible jornada en la isla de Crokehurst.

—Entonces tendríais que dar gracias a Dios porque te perdonaran —dijo el terrateniente—. Por la compasión que tuvieron con un chiquillo feo y lloroso, con el rostro cubierto de verrugas.

El ujier se mordisqueó las uñas sucias.

—Yo también conozco el final de vuestra historia. ¿No os parece curioso? La primera vez que os vi, con el rostro rubicundo, la venerable barba blanca, las prendas de terciopelo y la bolsa de seda, pensé para mis adentros: ahí va un capón esperando que lo desplumen.

El terrateniente se rió de buena gana.

—Lo sé —replicó—. Intentasteis robarme la bolsa.

—Pero vos no hicisteis nada por impedírmelo.

El terrateniente se puso en pie, sacó la daga de la manga y la devolvió a la vaina. Miró al ujier con una mirada que no tenía nada de alegre.

—Si la hubieseis robado —afirmó—, ahora no estaríais aquí para escuchar el final de mi relato.

Dicho esto, dio media vuelta y volvió al refectorio.

QUINTA PARTE

Capítulo I

Emmeline había encendido el fuego y estaba preparando vino caliente cuando Ricardo regresó a la casa. Barleycorn había dejado al hijo del cabecilla en un rincón, y ahora descansaba tendido en un montón de paja; su cuerpo se estremecía en sueños. Ricardo observó al prisionero, que le devolvió la mirada con la fijeza de un búho; el escudero se sintió conmovido al ver cómo se mezclaban la desdicha y la astucia en el pequeño y feo rostro. Apenas si podía hablar con Emmeline a medida que la secuela de la batalla, combinada con el calor y el vino caliente, le hacían efecto. Tenía calor, le pesaba todo el cuerpo como en una pesadilla y cada vez era más consciente de que lo rodeaba la muerte. El cuerpo apuñalado de Beaumont se enfriaba en su habitación mientras que en el exterior, tendidos en la nieve, yacían los cadáveres de los forajidos con múltiples heridas y decapitados. Oyó los gritos de júbilo de los caballeros que regresaban y se llevó las manos a la cabeza. Entraron en la cocina con los rostros enrojecidos por el frío y las armas y las prendas manchadas de sangre de la batalla. Se quitaron las capas y los cinturones de guerra. La cocina resonó con los gritos de triunfo y el palabrerío altisonante a medida que cada uno intentaba impresionar a Emmeline con su comportamiento en el campo de batalla.

Buthlac y Gildas parecían dos perros mirando a sus amos. Ellos también estaban asqueados por la matanza. El chiquillo, acurrucado en el rincón, sollozaba sin dejar de estremecerse. Grantham se acercó para sacudirlo y asustarlo todavía más. Barleycorn se sentó bruscamente en el jergón, desenvainando la daga. *Sir* Henry dejó en paz al chico. Ferrers ocupó la cabecera de la mesa, se quitó los guanteletes y los dejó encima cuidadosamente.

—Una gran victoria, maese Ricardo. Vuestro padre se hubiera mostrado complacido. —Señaló a los demás con un amplio ademán—. Esperaremos un día más —añadió—, a que mejore el tiempo. Contaremos los muertos y nos iremos.

Ricardo miró a Barleycorn, pero el arquero agachó la cabeza. Gildas y Buthlac seguían atemorizados y Emmeline, de espaldas a él, se afanaba en revolver el contenido del perol que tenía en el fuego.

—¿No tenéis ninguna objeción? —preguntó Manning, sentándose junto a Ferrers.

El escudero se limitó a menear la cabeza. Se sentía exhausto y harto de Crokehurst y todos sus sangrientos misterios.

—¿Qué pasa con *sir* Lionel? —intervino Emmeline, sin molestarse en mirarlos—. ¿Cómo explicaréis el asesinato a sus familiares y parientes?

—Amortajaremos el cadáver —contestó Bremner—. Lo llevaremos de regreso a su casa. Después, mis compañeros y yo redactaremos un informe para el rey.

—¿Es así como daréis por cumplido vuestro juramento al padre de Ricardo? —prosiguió Emmeline—. ¿Sin una sola respuesta para tantas preguntas? —Se volvió, con el rostro arrebolado por el calor del fuego—. Os estáis olvidando de una cosa —

manifestó en voz baja—: Dogwort, Ratsbane y todos sus secuaces están muertos, pero todavía queda aquel caballero. —Una vez más se ocupó del perol, mientras decía por encima del hombro—: Quizá no permita que os marchéis.

Ricardo bebió un trago de vino. Estaba cansado y no quería verse metido en otra discusión. Abandonó el taburete para ir a acostarse en su camastro de paja. Se envolvió en la capa, se volvió de cara a la pared y un segundo más tarde dormía profundamente. De vez en cuando abría los ojos; los caballeros continuaban hablando de la batalla con gran entusiasmo. Emmeline también dormía. Al parecer, Buthlac, Gildas y Barleycorn se habían marchado de la cocina. El escudero quería levantarse, pero tenía tanto sueño que le resultaba imposible moverse. Volvió a dormirse y esta vez soñó con campos helados, llenos de cadáveres decapitados y un caballero negro que galopaba silenciosamente. Unas violentas sacudidas lo arrancaron de su sueño y cuando abrió los ojos se encontró con Emmeline que se inclinaba sobre él, con un dedo en los labios.

La cocina estaba en penumbras, iluminada sólo con el resplandor de las brasas y la llama vacilante de un cabo de vela.

—Acompáñame —susurró la muchacha—. No hagas ruido. Los demás se han ido a dormir.

Salieron de la cocina y avanzaron por el helado y ventoso pasillo hasta las escaleras. Emmeline subió y recorrió la galería donde se habían producido tantos sucesos espantosos. La joven se detuvo cuando llegó a la escalera situada al final de la galería. Se agachó y comenzó a tironear de los escalones más bajos. Ricardo, medio dormido, la miró desconcertado.

—¿Qué demonios...?

Emmeline le hizo un gesto para que callara. Ricardo intentó ayudarla, pero ella le apartó la mano bruscamente.

—No encuentro la cerradura secreta —protestó en voz baja—, pero se abren.

Mientras hablaba, Ricardo oyó un chasquido como el de una ramita al quebrarse y el escalón se desplazó junto con el lateral de madera. Otros los siguieron. Emmeline cogió la vela que había traído de la cocina y la introdujo en la abertura. Ricardo espió en el interior del hueco: vio los ladrillos de la pared y una escala de cuerdas.

—No creo en fantasmas —declaró Emmeline—. La primera vez que vine aquí me fijé en que la pared de este extremo era más gruesa, mientras que en el segundo piso sobresale más de la cuenta. Además, si sales al patio —añadió, con los ojos brillantes por el entusiasmo—, verás que no hay ventanas en la pared lateral. —Levantó la vela y señaló hacia arriba—. Esto parece ser un pozo de ventilación que recorre este lado de la casa desde abajo hasta el tejado. Lo descubrí la tarde que os habíais marchado todos. —Sonrió—. Como digo, no creo en fantasmas; es por aquí por donde nuestro misterioso visitante nos demuestra su presencia.

—¿Dónde conduce? —preguntó Ricardo.

—¡Por san Miguel y todos sus arcángeles! —exclamó Emmeline—. ¿Acaso no os

habéis fijado, maese escudero, que llevo vestido y enaguas?

Ricardo sonrió. Entró con mucho cuidado en el agujero y sujetó los primeros peldaños de la escala. El pozo era oscuro y gélido, y el sudor se le heló en el cuerpo. Emmeline sostuvo la vela, y el escudero comenzó a bajar, poco a poco, comprobando con el pie cada uno de los peldaños antes de apoyar todo el peso. Por fin llegó abajo, donde se abría un pequeño pasadizo por la derecha. Los ladrillos estaban muy calientes. Observó la pared y descubrió un resquicio por donde se colaba un rayo de luz. Se acercó para espiar por la grieta. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra, se dio cuenta de que estaba mirando el interior de la cocina, todavía iluminada débilmente por los rescoldos de la chimenea. Subió rápidamente. Cuando llegó otra vez a la primera planta, se apoyó en la escala y se enjugó el sudor de la frente.

—Abajo está la cocina —susurró—. Se nota el calor del hogar. Supongo que hace mucho tiempo esto era probablemente el tiro de una chimenea enorme.

—¿Qué hay en el fondo? —preguntó Emmeline, siempre en voz baja.

—Un pasadizo muy angosto —replicó Ricardo—. Seguramente lleva a alguna entrada de la casa. Hay una grieta en la pared. Cualquiera que baje por esta escala puede oír todo lo que se habla en la cocina. —Señaló hacia lo alto—. Todo esto está construido con mucho ingenio; el humo del fuego debe de seguir un camino diferente. Me preguntó si mi padre conocía la existencia de este pasadizo —comentó.

—¿Tú crees que éste es el camino que utiliza nuestro fantasma para moverse por la casa? —preguntó la muchacha, con un tono ansioso.

—No lo sé —contestó el escudero—, pero es hora de averiguarlo.

Esta vez subió por la escala hasta que su cabeza tocó unas tablas. Tendió la mano y palpó la madera hasta encontrar el cerrojo, tiró del pasador y levantó la trampa. Asomó la cabeza, pero lo único que notó fue la corriente de aire helado que le azotó el rostro y el olor a moho. Ricardo no llevaba vela ni yesquero, así que cerró la trampa, bajó por la escala y salió a la galería por el agujero.

—Al parecer, termina en un desván —explicó mientras ayudaba a Emmeline a colocar los escalones falsos en los encastres.

En cuanto terminaron, se alejaron en silencio por la galería.

—Es asombroso que nadie nos oiga —susurró Ricardo.

—Teniendo en cuenta todo lo que bebieron —respondió Emmeline, con un tono cáustico— y los esfuerzos del día, creo que ni siquiera la trompeta de Gabriel podría despertar a nuestros bravos caballeros.

Entraron en la cocina. Ricardo vio a Buthlac, que dormía en el rincón.

—¿Dónde están Gildas y Barleycorn?

—Se llevaron al chiquillo a los establos —le informó Emmeline—. Dijeron que preferían dormir allí y tener al chico bien vigilado. ¡Podría degollarnos mientras dormimos! —Arrimó dos barrilitos vacíos a la chimenea y avivó el fuego—. Quiero mostrarte una cosa. —Abrió la bolsa que llevaba sujeta a la cintura y sacó varios

trozos de pergamino—. En cuanto regresé de la palestra, fui a la habitación de *sir* Beaumont.

—¿Qué encontraste?

—Nada —respondió Emmeline. Levantó una mano para impedir que el escudero la interrumpiera—. No tengo ninguna duda de que Beaumont había estado escribiendo algo, pero el asesino no es estúpido y se lo llevó. —La muchacha alisó los trozos de pergamino—. También revisé la puerta. El asesino entró y salió por allí. No sólo estaba engrasado el pasador, sino que cambiaron la posición del encastre, de forma tal que si sales y cierras la puerta con fuerza, el pasador se desliza sobre él.

Ricardo miró a la muchacha con una expresión incrédula.

—La verdad es que se trata de algo muy sencillo —señaló Emmeline—. Lo único que necesitas hacer es desmontar el conjunto quitando los clavos, ponerlos en posición y volver a clavar los clavos. Como todo está bien engrasado, basta que des un portazo para que se deslice el pasador y la puerta quede cerrada por dentro.

—¿Me estás diciendo que *sir* Lionel hizo todo eso?

—Claro que no —exclamó la muchacha—. Fue obra del asesino. Mañana, recorre la casa y busca una puerta con la cerradura en condiciones. Si la mueves de lugar y la engrasas, verás como funciona. El asesino lo hizo con vistas a su visita a la habitación de *sir* Lionel. —Se encogió de hombros con mucha gracia—. Así podría culpar al espectro, al fantasma o al demonio que mora en la casa. Para mí la explicación es que el asesino llamó a la puerta de *sir* Lionel y fue admitido. Beaumont había estado sentado ante la mesa, quizás ocupado en escribir sus pensamientos. El asesino le habla, disipa las sospechas de Beaumont, afirma que hay un pasadizo secreto en algún lugar de la casa. *Sir* Lionel lo sigue a través del cuarto hasta la pared en sombras. El asesino desenvaina la daga...

—Por supuesto —la interrumpió Ricardo—. Beaumont debió de morir casi en el acto, ahogado con su propia sangre. El asesino le ensució el índice con un poco de sangre y argamasa y después se marchó cerrando la puerta violentamente para que el pasador se deslizase. —Levantó una mano—. Ése fue el ruido que me sobresaltó durante la noche. —Miró los trozos de pergamino—. Aquí no hay nada escrito.

—El asesino se llevó los que estaban escritos —contestó Emmeline—, pero —añadió, cogiendo un trozo para sostenerlo delante del fuego— en éste se ven las marcas de la pluma.

Ricardo se arrodilló, cogió el trozo de pergamino de la mano de la muchacha y lo sostuvo delante del fuego. El pergamino era delgado y de mala calidad. Lo acercó un poco más a las llamas y forzando la vista distinguió la débil silueta de un águila, con las alas desplegadas y una barra de hierro en las garras.

—¿El escudo de armas de mi padre! —exclamó—. ¿Por qué querría Beaumont dibujar nuestro escudo?

—Mira la barra de hierro —dijo Emmeline—. Está repasada con fuerza.

—¿En qué estaría pensando *sir* Lionel? —preguntó el escudero, acomodándose

en el asiento.

—Algo le refrescó la memoria —afirmó Emmeline—. Sin duda, algo relacionado con aquel torneo que tu padre celebró en la gran palestra. Recuerda que la señora Catalina llevaba los colores de otro caballero. Creo que Beaumont recordó a quién pertenecían los colores.

—Pero, si nos atenemos a este dibujo —objetó Ricardo—, parecería como si la señora Catalina hubiese llevado los colores de mi padre. Algo —añadió con voz amarga— que sólo confirmaría la historia aceptada: que mi padre y la señora Catalina mantenían una relación ilícita, y que él mató a su amante y a lord Simón en un ataque de furia. —Apoyó un dedo en el trozo de pergamino—. Sin embargo, sé que es mentira.

—Es curioso —señaló Emmeline, estirando las manos hacia el fuego para calentárselas—. Cuando lord Simón estaba a punto de morir, señaló a través de la habitación y susurró: «El águila sabe la verdad. No hay nada nuevo bajo el sol». No olvides, Ricardo, que agonizaba y su cerebro estaba confuso. Ahora bien, esta tarde, mientras esperaba tu regreso, fui a la habitación donde encontraron a lord Simón. En el frontispicio de la chimenea aparece tu escudo de armas. Recuérdalo: el sol con el águila debajo, que sujeta una barra de hierro en las garras. La frase «No hay nada nuevo bajo el sol» bien podría referirse al emblema de tu padre; lleva un sol.

—También un águila y una barra de hierro —añadió Ricardo. Miró al ermitaño, que roncaba beatíficamente en su rincón, y se preguntó si dormía de verdad o sólo lo fingía.

—¿En qué piensas? —preguntó Emmeline.

—Intento recordar los escudos de armas de los caballeros. El de Manning es un león; el de Ferrers, un bajel con estrellas de plata.

—El de Bremner es un halcón que lleva un sol en las garras —señaló Emmeline—. En cuanto al de Grantham —echó la cabeza hacia atrás—, el de Grantham es un oso que sostiene una lanza sobre un campo de sable. —Meneó la cabeza—. No hay nada que nos sirva.

Se sobresaltó cuando la puerta de la cocina se abrió bruscamente. Barleycorn entró como una tromba, con briznas de paja adheridas al pelo y la barba, y las prendas desordenadas.

—¡El mocoso! —gritó—. El hijo del forajido se ha escapado. Lo había atado —añadió, acercándose a la chimenea—, pero cortó la cuerda con los dientes como los perros. —El maestro arquero fue a cerrar la puerta—. ¿Qué hago, maese Ricardo? ¿Lo persigo?

—Sólo Dios sabe dónde estará en la oscuridad del bosque —comentó, meneando la cabeza—. Si consigue llegar hasta el vado, perseguirlo sería inútil. —Palmeó el hombro de Barleycorn y le hizo acercarse al fuego—. En cualquier caso, su fuga me alegra. Es un problema menos. Estoy seguro de que si nuestros valientes caballeros hubieran podido hacer su voluntad, le hubieran cortado la cabeza como a los demás.

Barleycorn se sentó en cuclillas delante de la chimenea. Los ruidos y la súbita entrada de aire frío despertaron a Buthlac, que se sentó en el jergón, frotándose los ojos al tiempo que murmuraba algo sobre las almas cristianas que no podían dormir en paz.

—Desde luego que estaba muy asustado —comentó Barleycorn, calentándose las manos en el fuego.

—¿Dijo alguna cosa? —preguntó el escudero.

—Me maldijo, me escupió e insultó a los caballeros con todos los denuestos que sabía. Sobre todo a Ferrers, por matar a aquel forajido a sangre fría.

—¿Sobrevivirá? —le preguntó Emmeline.

—Estoy seguro de que conseguirá llegar a la orilla del lago —contestó el maestro arquero con voz cansada—. Acabará por encontrar el vado. —Miró a Ricardo, con los ojos enrojecidos por el agotamiento—. Maese, tenemos que enviar a alguien en busca de ayuda. La isla parece un campo de batalla. Hay que enterrar los cadáveres; es necesario cavar sepulturas y officiar misas. —Echó una ojeada a la cocina—. Si este lugar no estaba embrujado, seguramente lo está ahora.

—Iré yo —se ofreció Buthlac desde su rincón. Se levantó para acercarse al maestro arquero y darle una palmada en el hombro—. Barleycorn tiene razón, maese, necesitamos ayuda.

—Con más urgencia de lo que creéis —señaló Emmeline—. Los caballeros creen que ya han cumplido con el juramento hecho al padre de Ricardo. Están dispuestos a marcharse.

Se suscitó una breve pero intensa discusión, hasta que Ricardo aceptó a regañadientes que Buthlac se encargara de ir en busca de ayuda. El ermitaño cogió un bastón, una espada, una ballesta pequeña y una bolsa de comida.

—Supongo que ya se podrá entrar en Colchester —comentó—. Quizás el alguacil acepte venir con sus hombres. —Bien abrigado con la capa, caminó hacia la puerta. Se volvió un momento para mirar a sus compañeros, con una sonrisa en su rostro curtido—. No os preocupéis —añadió, golpeándose la pierna defectuosa—. La cojera no me detendrá, aunque me parecerá extraño encontrarme fuera de la isla.

Dicho esto, abrió la puerta y desapareció en la oscuridad, dando un portazo.

Barleycorn y Emmeline volvieron a sus camas, pero Ricardo, que ya había dormido antes, continuó sentado en el barrilito, con la mirada puesta en los rescoldos. De vez en cuando Emmeline se movía en sueños y el escudero sonreía cada vez que la oía mencionar su nombre. Cerró los ojos. Le habían enseñado a rezar por el alma de los muertos, pero ahora le rezaba a su madre María, invocando su espíritu.

—Por favor —susurró Ricardo—, te lo suplico por el amor de Dios. ¡Ayúdame a encontrar a tu asesino!

La súbita detonación de un tronco en el fuego hizo que Ricardo abriera los ojos. Cogió el trozo de pergamino encontrado en la habitación de Beaumont y observó el tenue perfil del dibujo, poniéndolo a contraluz. Recordó otras informaciones que

había reunido, mientras hacía un esfuerzo por superar el desaliento que amenazaba con dominarlo. El anillo que había encontrado Buthlac; la muerte de la señora Catalina Fitzalan en los matorrales junto al sendero; lord Simón, que deliraba en su cuarto. Cerró los ojos. Lord Simón había estado señalando el águila, con las alas desplegadas, y una barra de hierro en las garras. Se levantó. Miró el trozo de pergamino y se preguntó por qué su familia tenía un escudo de armas pero no una divisa. Después de todo, cada día eran algo más común. Hizo una mueca. Quizás él podía componer una. Sabía un poco de latín macarrónico: *Aquila sub sole*, «El águila bajo el sol». O *Aquila fertur ferrum*, «El águila lleva una barra de hierro». Ricardo hizo una pausa. Notó una opresión en el estómago.

—¡No puede ser! —susurró—. ¡No, no es posible!

Volvió a sentarse y aplicó la conclusión a la que acaba de llegar a todo lo que sabía. En el exterior sonó la llamada de un pájaro y Ricardo dio un salto cuando una mano se apoyó en su hombro. Vio a Emmeline, con el rostro adormilado.

—Ricardo, tienes que dormir —dijo la muchacha, inclinándose para besarle suavemente en la cabeza.

—Sé quién es el asesino —replicó el escudero en voz baja, cogiéndola de la mano—. Emmeline, acabo de descubrir la verdad y creo que puedo demostrarla.

—¿Quién es? —preguntó Emmeline, ansiosa.

El escudero acercó un dedo a los labios.

—Tenemos que ser muy discretos. Las paredes oyen —murmuró—. Lo sabemos en carne propia. —Se levantó y fue a abrir la puerta. Las primeras luces del alba alumbraban el cielo despejado de nubes—. Hoy hará buen día —anunció—. Ha dejado de nevar. La nieve se derretirá rápidamente en cuanto salga el sol.

Se tambaleó cuando Emmeline lo apartó de la puerta de un empujón.

—Dímelo —siseó la muchacha.

—Prepara un buen desayuno, mujer —dijo Ricardo, con un tono de burla—. Llama a nuestros compañeros y quizá te susurre su nombre.

En menos de una hora, Emmeline había transformado la cocina. Continuaba con el mismo aspecto de cansada, pero se había recogido el pelo, cosa que le daba un aspecto grave. Había encendido el fuego para preparar unas succulentas gachas y en la mesa, junto con los platos y las copas llenas de cerveza, colocó una bandeja con lo que quedaba de queso y panceta ahumada. Barleycorn entró en la cocina. De inmediato captó el cambio de humor de la pareja; interrogó a Ricardo con la mirada, pero el escudero se hizo el remolón. Un par de minutos después apareció Gildas, quejándose de que le dolía todo el cuerpo por los esfuerzos del día anterior. Fue a sentarse en un rincón, con cara de mal humor, víctima de las pullas de Barleycorn. Los últimos en aparecer fueron los caballeros, felices y contentos por la victoria. No pareció preocuparles en lo más mínimo la noticia de la fuga del hijo del cabecilla de los forajidos.

—Nosotros también nos vamos —anunció Grantham, acariciándose la calva—.

Hemos cumplido con nuestro juramento, maese Ricardo. —Señaló la puerta entreabierta que dejaba entrar la luz del sol—. Ha vuelto el buen tiempo. La familia y el hogar nos llaman.

—Así es —asintió Ricardo, que fue a sentarse en el extremo opuesto de la mesa—. Ayer, caballeros, luchasteis con gran valentía. Una pregunta, *sir* Walter, ya que hablamos de valerosas gestas: ¿dónde lleva el caballero los colores de su dama cuando participa en un torneo?

—Por lo general, donde nadie más pueda verlos —se mofó el caballero—. Después de todo, el marido puede ofenderse.

—No, lo digo en serio.

—Aquí —respondió Ferrers, señalando su lado derecho—, en la abertura entre el peto y el brazal. Suele ser algo de seda o tela que la dama ha usado.

—Las reglas del torneo —intervino *sir* John Bremner— dicen que el caballero debe ponerse los colores allí en el momento de la carga.

—Entonces, ¿quién lo sabe?

—¡Ah! Ahí reside todo el misterio —afirmó Grantham—. Lo saben la dama y su caballero. El favor siempre hay que llevarlo en el lance de armas.

—Muy bien, muy bien. —Ricardo masticó un trozo de pan. Miró fugazmente a Barleycorn y vio la excitación en los ojos del maestro arquero—. Por cierto, ¿quién de vosotros se enfrentó al barón Simón Fitzalan en el gran torneo?

Manning se ahogó con la cerveza; Ferrers se sentó muy erguido; Bremner y Grantham se quedaron boquiabiertos al comprender las implicaciones de lo que Ricardo acababa de decir.

—Se hacía por parejas —contestó Bremner apresuradamente—. Grantham se midió con vuestro padre.

Ricardo levantó una mano.

—¿Mi padre luchó contra lord Fitzalan?

—No, no. Fue... —Grantham se llevó las manos a la cara, mientras hacía un esfuerzo por recordar—. Cada hombre tenía dos oponentes. Mis rivales fueron Bremner y Manning.

—¿Cuáles fueron los de Fitzalan?

—*Sir* Lionel Beaumont —contestó Grantham, con voz pausada. Luego se volvió para señalar a Ferrers—. ¡El otro eras tú, Philip!

—Por consiguiente —prosiguió Ricardo—, si la esposa de lord Fitzalan tenía un idilio con un caballero, sería lógico suponer que dicho caballero llevaría sus colores, ¿no es así?

—¡Sí, sí, es verdad!

—¿Qué estáis diciendo? —gruñó Ferrers.

—*Sir* Lionel Beaumont está muerto —respondió Ricardo, en voz baja—. Vilmente asesinado. Pero vos, *sir* Philip, también luchasteis con lord Simón. ¿Llevabais los colores de su esposa? ¿Los vio cuando partisteis lanzas en la palestra?

—¡Eso es una estupidez! —gritó Ferrers, apartando su taburete.

—¿Lo es? —añadió Ricardo—. Recordad las últimas palabras de lord Fitzalan: «No hay nada nuevo bajo el sol». Se refería al viejo pecado del adulterio. Murió señalando la chimenea, donde está grabado el escudo de armas de mi padre. Todo el mundo creyó que deliraba o indicaba algo que ahora ha desaparecido. Lo que hizo fue señalar al águila que llevaba una barra de hierro. La palabra «llevar» en latín es *ferré*, y la palabra que significa hierro es *ferrum*. Vuestro nombre es Ferrers.

—¡Vaya estupidez! —afirmó el acusado—. ¡Una absoluta estupidez! Yo quería a lord Simón.

Los demás caballeros se sumaron a la protesta. Manning llegó incluso a desenvainar la daga, pero Barleycorn, que se había marchado sin decir palabra, regresó ahora con una flecha puesta en el arco.

—Que todo el mundo permanezca sentado —ordenó el arquero. Miró a Ricardo con los ojos brillantes de entusiasmo—. Escucharemos lo que tenga que decirnos el escudero.

—Os llamo asesino —declaró Ricardo, señalando a Ferrers, sentado en el otro extremo de la mesa—. Os llamo traidor y sucio asesino. Vos, *sir Philip Ferrers*, erais un caballero al servicio de mi padre. Tenéis tierras en Essex y, sin duda, parte de ellas está sobre la costa.

—Es verdad —murmuró *sir John Bremner*—. Tiene un pequeño señorío en las afueras de Walton-on-Naze.

—Teníais acceso al puerto —prosiguió Ricardo— y a las pequeñas calas donde, estoy seguro, algún mercante francés hizo el primer contacto. Lord Fitzalan formaba parte del consejo de guerra del rey. La costa de Essex está expuesta y es vulnerable, y a los franceses sin duda les interesaba el número de soldados reclutados en las levadas, las guarniciones de los castillos, cuáles eran las ciudades vulnerables y cuáles no. Cogisteis el oro de los franceses y, al mismo tiempo, hicisteis la corte a la señora Catalina Fitzalan. No era una gran belleza; su marido a menudo estaba ausente y vos os metisteis en su cama como un gato. Los franceses conocían nuestros secretos porque su esposa os los decía, o porque la pobre mujer, al no ser consciente de vuestro malvado intento, no puso ninguna traba para que vos vierais ciertos documentos e informes.

Ferrers intentó levantarse, pero Barleycorn, que se encontraba detrás, le tocó la nuca con la punta de la flecha.

—Muy pronto —continuó Ricardo, implacable— fue evidente que había un traidor en el campamento. Pero ¿quién? Lord Fitzalan era compañero del rey. Las sospechas recayeron sobre mi padre, pero lord Simón las rechazó. En cambio, durante aquel hermoso verano de hace tantos años, Fitzalan y mi padre decidieron celebrar una reunión con sus caballeros; también hubo un torneo. —Ricardo hizo una pausa para beber un trago de su copa—. Supongo que la señora Catalina se puso un tanto pesada. Estaba muy bien aquello de divertirse con su amante mientras el marido se

encontraba ausente, pero, en el torneo, insistió en que llevarais sus colores. Lo hicisteis, con mucha discreción.

—Por supuesto —intervino *sir* Walter, excitado—. Ferrers sólo tuvo que llevar los colores antes del lance de armas.

—Pero ¿por qué? —preguntó *sir* Henry—. ¡Hubiera sido demasiado peligroso! Ricardo meneó la cabeza.

—Ferrers no tenía otra opción. Si no los llevaba, la señora Catalina, que estaría vigilando como un halcón, podría montar una escena y despertar las sospechas de su marido. Después de todo, Ferrers no corría mucho riesgo: un trozo de tela es un trozo de tela.

—Sin embargo, Fitzalan lo vio —señaló Bremner.

—Así es. —Ricardo miró a Ferrers, que mostraba una expresión imperturbable, con la mirada fija en un punto por encima de la cabeza del escudero—. Tuvo que ser algo muy fugaz —explicó Ricardo—. Cuando los dos caballeros galopaban por el centro de la palestra bajo el ardiente sol del verano, lord Simón vio un destello de color. Se dio cuenta de que la tela pertenecía a su esposa.

—Si ése fue el caso —le interrumpió Ferrers—, ¿por qué lord Simón no se acercó a pedirme una explicación? ¿Por qué no hizo público el asunto? Era un caballero.

—¿Para qué? ¿Para convertirse en el hazmerreír de medio mundo? —replicó Ricardo—. ¿Proclamar a todo Essex, por no decir a todo el reino, que uno de sus caballeros lo había convertido en un cornudo? Además, ¿qué pruebas tenía? La señora Catalina lo hubiera negado todo vehementemente, y lo mismo hubiera hecho Ferrers. —Ricardo miró a los otros caballeros—. Si vosotros os hubierais encontrado en la posición de lord Simón, ¿hubierais hecho una acusación que no podíais probar? Incluso si Ferrers admitía haber llevado los colores, eso no probaba el adulterio. Sólo hubiera servido para que lord Simón se mostrara como un personaje ridículo, el marido celoso.

—¿No constituía un indicio para que lord Simón sospechara que Ferrers fuera el traidor? —apuntó Gildas desde una esquina de la mesa, donde había seguido la conversación sin perderse palabra.

—¿Qué pruebas tenía para justificar sus sospechas? —manifestó Ricardo—. ¿Os podéis imaginar a lord Simón acusando a Ferrers? —Ricardo bebió otro trago de cerveza—. Lord Simón comenzó a reflexionar, a desesperar, habló de «nada nuevo bajo el sol». Quizá sospechó que Ferrers había utilizado a la señora Catalina para obtener información, pero ¿qué pruebas tenía?

—¿Qué pasaba con vuestro padre? —preguntó Grantham.

—Quizá Fitzalan mencionó a Ferrers como el presunto traidor, pero mi padre lo desechó. Creo que ése fue precisamente el tema de la discusión que oyó Buthlac.

—Entonces, ¿por qué los asesinatos?

—La verdad es que no lo sé —contestó Ricardo—. Sin embargo, sospecho que, aunque lord Simón no podía acusar a *sir* Philip en público, sí sacó a relucir el tema en

privado con su esposa. Ferrers se puso en guardia. Después de todo, si lord Simón había interrogado a su esposa y, por otro lado, decidía seguir los consejos de mi padre, era posible que actuara con más sigilo, incluso que decidiera ordenar el arresto de Ferrers y llevarlo a Londres. —Ricardo pasó los dedos por la superficie de la mesa mientras rogaba para sus adentros que los fantasmas de sus padres no lo abandonaran en esta hora de necesidad—. Para colmo de males, quizá la señora Catalina se mostró insistente. Creo que fue ella quien despertó al demonio en el alma de *sir Philip* al obcecarse en que se reuniera con ella en aquel sendero solitario que lleva al lago. —Ricardo hizo una pausa, con la mano sobre su bolsa, mientras preparaba la mentira con la que esperaba atrapar al asesino—. Creo que *sir Philip* fue al encuentro de la señora Catalina y la mató. Luego regresó apresuradamente a la casa. Recuerden que todavía era de noche; faltaba poco para el alba. Subió a la primera planta y fue por la galería hasta la habitación de lord Simón. Fitzalan le franqueó la entrada. *Sir Philip* le contó alguna mentira, susurrada en la oscuridad, y se acercó. Una puñalada rápida y certera, lord Simón se desplomó y Ferrers corrió a los establos, donde había llevado a mi padre después de dejarlo inconsciente. Le ensució las prendas con la sangre de la daga, lo roció con vino y volvió a su habitación. —Ricardo bebió otro trago de cerveza—. Dejó listo el escenario para el más atroz de los crímenes con mi padre como único responsable.

Ricardo hubiera continuado de no haber sido porque Ferrers comenzó a aporrear la mesa con los puños.

—¡Una mentira tras otra! —vociferó—. ¡No tenéis ninguna prueba!

—Os equivocáis; sí que la tengo —replicó Ricardo sin alterarse. Abrió la bolsa y sacó el anillo, aunque lo mantuvo bien oculto en el puño—. ¡*Sir Philip*, tengo todas las pruebas que necesito!

Capítulo II

Ricardo se puso el anillo que había sacado de la bolsa, asegurándose de que Ferrers no viera el sello.

—¿Qué es eso? —preguntó *sir Philip*, haciendo como si no lo hubiera visto antes.

—Vaya, es vuestro anillo —replicó Ricardo—. ¿Acaso no recordáis, *sir Philip*, que llevabais uno con vuestro escudo de armas? La noche que os encontrasteis con la señora Catalina y le hicisteis el amor entre los matorrales para después degollarla. Mientras lo hacíais, el anillo se deslizó de vuestro dedo y fue caer entre la vegetación. Habéis vuelto muchas veces a buscarlo. Sin embargo, no tuvisteis éxito, porque Buthlac lo había encontrado un par de días después del crimen. Por ese motivo —añadió el joven—, el ermitaño se ha marchado de la isla: tiene miedo de vuestra furia.

—¡Estáis mintiendo! —le acusó Ferrers—. ¡No tiene insignia alguna! ¡Se perdió!

—¿Cómo lo sabéis? —intervino Emmeline—. Nosotros tenemos el anillo, así que ¿cómo sabéis lo que falta de verdad?

Ferrers se limitó a mirarla con furia.

—Vos sois el asesino, *sir Philip* —insistió Ricardo—. Vos matasteis a la señora Catalina y apuñalasteis a su marido.

—¡Nunca he llevado anillo! —gritó Ferrers, con el rostro enrojecido por la ira.

—Faltáis a la verdad —intervino Manning fríamente, abandonando el tuteo—. Recuerdo, *sir Philip*, que usabais un anillo de sello.

—Si alguna vez llevé uno, nunca lo perdí; lo mismo que tampoco fui nunca a reunirme con la señora Catalina.

—La señora Catalina dejó un mensaje —mintió Ricardo—. Una vez más, fue Buthlac quien lo encontró: una carta...

—Ella nunca escri... —Ferrers cerró los ojos y agachó la cabeza.

—¿Qué ibais a decir? —preguntó Manning—. ¿Que ella nunca os escribía cartas, *sir Philip*? ¿Cómo lo sabéis?

—Manteníais relaciones —manifestó Grantham. Chasqueó los dedos, excitado—. ¡Eso es! Ahora recuerdo las miradas ardientes que intercambiabais.

Ricardo advirtió el cambio en los caballeros; se distanciaban de Ferrers como si fuera un leproso.

—Vos sois el asesino. —Ricardo golpeó la mesa con el dedo—. Sois el responsable de los horrendos crímenes que se cometieron aquí. Vos acusasteis a mi padre.

—¿Por qué asesinó a Beaumont? —preguntó Manning.

—Creo que Beaumont también tenía sus sospechas —respondió Ricardo—. Recordad que él también intentaba hacer memoria de lo ocurrido en aquel torneo. Recordó algo y, aquella noche, en su habitación, se sentó a reflexionar. No olvidéis que estaba allí cuando agonizaba lord Fitzalan. Beaumont recordó las últimas

palabras de lord Simón: «No hay nada nuevo bajo el sol. El águila sabe la verdad». *Sir Lionel* también recordó el escudo grabado en el frontispicio de la chimenea y, lo mismo que yo, resolvió el enigma del águila con la barra de hierro en las garras. — Ricardo sacó de la bolsa uno de los trozos de pergamino que Emmeline había encontrado en la habitación de Beaumont—. Por ese motivo, *sir Lionel* marcó varias veces con la pluma la barra de hierro que lleva el águila. Ahora —añadió el escudero— Ferrers tenía razones para alarmarse, así que planeó otro asesinato. Quizá recordéis el día que pasasteis en la habitación de Beaumont dedicados a jugar al ajedrez. Ferrers se fijó en el mecanismo de la cerradura. Comprendió que si cambiaba de posición el pasador y lo engrasaba, la puerta se cerraría por fuera si daba un portazo. *Sir Philip* lo preparó todo. La noche que murió Beaumont, Ferrers se presentó en la habitación de *sir Lionel* con alguna historia descabellada sobre la existencia de pasadizos secretos. Seguramente lo apartó de la luz con el cuento de que se acercara a la pared para ayudarlo a buscar una puerta oculta. —Ricardo se encogió de hombros—. El resto fue sencillo: Ferrers desenvainó la daga y mató a Beaumont. Luego recogió los trozos de pergamino escritos por *sir Lionel* y se marchó dando un portazo. —El escudero sonrió con tristeza—. Lo hizo convencido de que si alguien lo escuchaba acabaría por atribuirlo a nuestro fantasma y desistiría de cualquier investigación.

El escudero miró a Ferrers, abstraído en sus pensamientos. Se quitó el anillo del dedo y lo volvió a guardar en la bolsa, satisfecho de que nadie se lo hubiera pedido para inspeccionarlo de cerca.

—Por fin, llegamos al ataque de los forajidos: cuando cogimos a aquel grupo de prisioneros, uno de ellos reconoció a Ferrers y se acercó para suplicarle perdón en su extraña lengua. Según el cabecilla de los salteadores, aquel hombre era de la costa del norte, un contrabandista que hablaba en dialecto. Me pregunto si lo que hizo no fue recordarle a *sir Philip* sus actividades pasadas, cuando *sir Philip* lo empleaba a él y a otros para llamar la atención de las galeras francesas en el mar. El hombre no le suplicaba misericordia, lo que pretendía era hacerle chantaje. Por eso, Ferrers lo mató a sangre fría.

—Mostradme el anillo —dijo Ferrers, tendiendo una mano—. Mostradme el anillo que lleva mi escudo de armas. Mostradme cualquier otra prueba que tengáis.

Ricardo meneó la cabeza.

Ferrers lo miró con atención con los ojos entrecerrados y los labios apretados. A Ricardo le dio un vuelco el corazón. En realidad, tenía muy pocas pruebas para presentar ante los jueces del rey. Ferrers, astuto como era, lo sabía muy bien. La mano del caballero desapareció por un segundo debajo de la mesa para coger los guanteletes que llevaba sujetos al cinturón.

—Soy un caballero —proclamó—. ¡Juro ante Dios que soy inocente!

Arrojó uno de los guanteletes por encima de la mesa en dirección a Ricardo, pero, antes de que el escudero pudiera cogerlo, Barleycorn se movió rápidamente y, de un

manotazo, lanzó al suelo el pesado guante de cuero y tachones de hierro.

—¡No podéis hacer eso! —declaró Bremner—. *Sir Philip* puede ser un asesino y un traidor, pero ha jurado ante Dios y ha retado a su acusador a un combate a muerte. —Miró a Ricardo con una expresión patética—. Nuestro escudero de noble cuna. Nosotros damos fe de que así es: si no acepta el desafío de *sir Philip*, tendrá que decírselo a los jueces y eso pesará mucho en contra de sus acusaciones.

Ricardo tendió una mano y reclamó con voz serena:

—Cuthbert, dame el guantelete.

—Te matará —replicó el maestro arquero—. Es un duelista consumado. Acabará contigo y se marchará limpio de culpa y cargo.

Ricardo era consciente de que Barleycorn tenía toda la razón, pero mantuvo la mano extendida.

—Por favor.

Barleycorn meneó la cabeza y retrocedió, tensando el arco. Ferrers miró la flecha que apuntaba directamente a su corazón.

—¿Vais a asesinarme? —se burló—. ¿Me mataréis a sangre fría?

—Jurasteis ante Dios —contestó el arquero, sin alzar la voz.

—¿Y qué?

—Jurasteis ante Dios —repitió Barleycorn—. Así que dejaremos que Dios nos dé su respuesta. —Miró a Ricardo—. Maese, vayamos a la palestra. —Se fijó en la vela reloj que ardía entre dos piedras bajo la ventana—. Te prometo que si vienes conmigo a la palestra, el guantelete será recogido.

Bremner estaba a punto de protestar pero Manning levantó la mano.

—Aquí hay otros misterios —afirmó—. Otros secretos y enigmas. Si maese Greenele acepta el desafío, nosotros, que somos caballeros, actuaremos de testigos. El combate a muerte debe realizarse en la palestra, así que ya podemos ir hacia allí.

Emmeline se levantó de un salto y, como si quisiera hacer algo para ocultar su ansiedad, hizo un hatillo con un poco de comida. Recogió un pellejo de vino, una ballesta y tres saetas. Ferrers apartó el taburete e intentó dirigirse a la puerta pero Manning le sujetó por el brazo.

—Creo que lo mejor será, *sir Philip* —manifestó, en voz baja—, que Bremner y yo os escoltemos. Grantham puede ir con el joven escudero.

Se demoraron unos minutos recogiendo los cinturones de guerra y las capas. Gildas ya se había marchado. Fueron a los establos y sacaron al caballo de Ferrers y a *Bayard*, que comenzaron a caracolear excitados, para ponerles las monturas. Emmeline se acercó a Ricardo y le pellizcó el brazo.

—Rezaré por ti —le susurró al oído—. Dios no te abandonará.

Se pusieron en marcha, sin decir nada más. Barleycorn, con una flecha puesta en el arco, ocupó la retaguardia. Ricardo, mientras intentaba calmar a *Bayard*, se preguntaba qué tendría entre manos el maestro arquero. Notó un cosquilleo de excitación en la boca del estómago. Ferrers lo precedía, llevando a su caballo de la

brida. El caballero marchaba con paso decidido, sin mirar a izquierda o derecha y sin volver la cabeza en ningún momento para fijarse en su oponente. El sol brillaba cada vez más fuerte; el aire ya no era helado y la nieve comenzaba a fundirse. La nieve que caía de las ramas espantaba a los pájaros que remontaban el vuelo para volar en círculos, graznando sonoramente. Emmeline rehusó cualquier oferta de ayuda y se las apañó para no resbalar en el sendero fangoso. Por fin llegaron a la gran palestra. Los cadáveres de los forajidos yacían en medio de charcos de sangre congelada en las posiciones más grotescas. A Ricardo se le revolvió el estómago mientras Gildas, silencioso espectador de la tragedia, señalaba las huellas de los zorros y otros animales que entraban y salían del bosque. Incluso el aire parecía impregnado con el olor ferroso de la sangre.

—¡El escenario de la matanza! —comentó Grantham.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro —dijo Ferrers. Le pasó las riendas a Manning y comenzó a abrocharse el peto.

—¿A caballo o a pie, maese Greenele?

—Tiene que ser a caballo —intervino Manning—. Espada contra espada. Dios decidirá.

—Dios todavía tiene que intervenir —les recordó Barleycorn.

Entró en la palestra y, llevándose el cuerno de caza a los labios, tocó tres largas llamadas. Después, el maestro arquero permaneció inmóvil, como si esperara una respuesta.

—¿A quién esperáis? —se mofó Ferrers—. ¿Al arcángel Gabriel?

Barleycorn no le hizo caso y siguió esperando con la cabeza levemente inclinada. Una vez más, tocó las tres llamadas. La excitación de Ricardo crecía por momentos. Vigiló la hilera de árboles al otro extremo de la palestra. De pronto, en alas del viento, llegó la respuesta de un cuerno, sonora y triunfante. El escudero sujetó bien firme las riendas de *Bayard*. Miró de reojo a Ferrers y vio cómo palidecía. Barleycorn mantenía la mirada fija en el otro extremo de la palestra. Ricardo escuchó el tintineo de los arreos y, unos segundos después, salió de entre los árboles el caballero vestido de pies a cabeza con la armadura negra, para lanzarse al galope hacia donde estaba Barleycorn, que permaneció inmóvil en su posición. El caballero, haciendo gala de una increíble maestría, hizo girar a su caballo en un pañuelo, y lo sofrenó a unos pasos de Barleycorn. Se levantó el visor y todos aguzaron la mirada intentando descubrir cualquier detalle de su identidad, pero el caballero les daba la espalda. Le entregó la lanza a Barleycorn y escuchó atentamente las explicaciones del arquero. Después tendió una mano. Cogió el guantelete que le ofrecía Barleycorn, volvió a bajar el visor y avanzó al trote hacia Ricardo y su grupo. Los caballeros desenvainaron a medias las espadas, pero entonces el desconocido detuvo a su montura y levantó una mano en señal de paz. Se quitó el yelmo, apartando la cofia de malla que llevaba debajo. Ricardo creyó que el corazón le iba a reventar. Se mordió el labio inferior para contener el grito de asombro mientras miraba el rostro afeitado de

su maestro y señor, *sir* Gilbert Savage.

—¡No puede ser! —Grantham avanzó con paso tambaleante y sujetó las riendas de la montura del caballero. Miró al hombre y después cayó de rodillas—. ¡Lord Roger! —susurró.

Ricardo contemplaba la escena boquiabierto. El caballero desmontó con cautela, le entregó el yelmo a Grantham y se acercó a Ricardo. Lo estrechó entre sus brazos y lo besó en las mejillas. Después, se apartó.

—Os debo a todos una disculpa y una explicación —declaró con un tono áspero y lágrimas en los ojos—. A mi hijo y, sobre todo, a mis buenos y leales caballeros de cuya reputación he sospechado durante muchos años.

Sonrió a Gildas y después saludó a Emmeline con una reverencia. Aparentemente, no deseaba cruzar su mirada con la de Ricardo, en un intento de contener las lágrimas. En cambio, se volvió para acercarse a Ferrers. Levantó el guantelete y le asestó una sonora bofetada. Ferrers no movió ni una ceja.

—¡Digo que sois un cobarde, un miserable, un traidor y un asesino! —gritó—. Soy yo quien recoge el guante, *sir* Philip Ferrers. Juro ante Dios —añadió—, la Santa Madre María y toda la corte celestial, que demostraré mi inocencia sobre vuestro cadáver. —Después sujetó el rostro de Ferrers entre sus manos—. ¿Por qué? —preguntó con voz ronca—. Por el amor de Dios, Philip, ¿por qué? Te lo di todo. Tierra, dinero, aprecio...

Ferrers lo miró, imperturbable.

—¿Por qué? —suplicó lord Roger—. Antes de que uno de los dos muera, dime al menos por qué.

—Habéis cambiado, mi señor —Ferrers simuló una reverencia burlona. Tocó el rostro de lord Roger—. Habéis cambiado —repitió—. Vuestro pelo era en un tiempo largo y negro. Vuestra barba y bigote abundantes y bien aceitados.

—Tú me obligaste a cambiar —replicó el padre de Ricardo—. Tú me enviaste al exilio. Hiciste de mí un forajido.

—Creía que estabais muerto —afirmó Ferrers con socarronería—. Había escuchado las historias de vuestro hijo, que iba de aquí para allá en compañía de un extraño personaje, pero nunca imaginé quién era.

—Siempre me mantuve bien lejos de Essex —dijo lord Roger— y, si por casualidad me cruzaba con alguien que pudiera reconocerme, me escondía. Me corté el pelo y me afeité la barba. Los años se encargaron de lo demás.

—Será a muerte —señaló Ferrers, mirando al cielo.

—A muerte —asintió lord Roger—. No se pedirá ni se dará cuartel.

—¿A espada y a caballo?

—A espada y a caballo.

—¿Qué pasará si yo gano? —preguntó Ferrers, inclinando la cabeza—. Entonces, ¿qué?

Lord Roger levantó la espada por la cruz.

—Yo, lord Roger Greenele del señorío de Crokehurst, juro solemnemente por mi alma eterna que, si soy derrotado en la batalla por *sir* Philip Ferrers, él podrá marcharse como un hombre libre. —El lord bajó la espada—. ¿Por qué? —insistió.

—No confesaré nada —le espetó Ferrers, consciente de que los demás no se perdían detalle.

Incluso los caballos permanecían en silencio y Ricardo se olvidó de la nieve, el frío, la luz del sol y los cadáveres que se descomponían en la inmensa palestra.

—No confesaré nada —repitió Ferrers—, pero me alegra luchar contra vos, lord Roger. Siempre os he odiado. Vos, con vuestros modales, siempre amable, siempre tan piadoso. Veía cómo vos y lord Simón caminabais en amor y compañía, y después escuchaba cómo el rey os hacía sentar a su lado y cortaba la carne para vos. Allí donde ibais, la gente os recibía con los brazos abiertos.

—Nunca te negué nada —le interrumpió lord Roger.

—¿Es que no lo podéis comprender? —replicó Ferrers—. La generosidad es una virtud peligrosa, mi señor. Nadie quiere ser un perro que espera los mendrugos de la mesa.

—Tú nunca fuiste un perro —le recordó lord Roger—. ¿Por qué precisamente a lord Fitzalan?

—Un bobo y un fatuo —opinó Ferrers—. Él y su gorda y fea esposa. Siempre estaba pendiente de tus consejos. —Ferrers soltó un escupitajo de desprecio.

El padre de Ricardo se apartó.

—Entonces, como dices, será a muerte. ¿Barleycorn?

El maestro arquero se acercó a la carrera.

—Si alguno de nosotros dos intenta abandonar el campo, mávalo. —Lord Roger se volvió—. *Sir* Henry Grantham, *sir* Walter Manning, vosotros seréis los jueces. —Hizo una mueca—. ¡Aunque habrá muy pocas reglas en este combate!

Ferrers ya había montado. Comprobó que las hebillas de los arcos estaban bien sujetas y se aseguró de que la espada y la daga salieran con facilidad de las vainas. Se levantó la capucha de la capa para protegerse de las rozaduras y se encasquetó el yelmo con el ancho guardanariz. Lord Roger se quitó la armadura, apilando las piezas junto a los pies de su hijo. Miró a Ricardo, con los ojos claros, casi risueños.

—No quiero tener ventajas —comentó en voz baja—. Si muero, es tuya.

—Si os matan —intervino Barleycorn, acercándose—, mataré a Ferrers.

—¡No puedes hacer eso! —replicó lord Roger.

—Con los debidos respetos —señaló Barleycorn, guiñándole un ojo—, no estaréis en situación de protestar.

Lord Roger montó su caballo y cabalgó hasta el extremo más lejano de la palestra. Ricardo se volvió cuando *Bayard* reculó con las orejas aplastadas contra la cabeza y los orificios nasales bien abiertos. Emmeline se acercó, con el remedio mágico: una manzana. *Bayard* se tranquilizó en el acto, cogiendo la manzana con delicadeza, y la muchacha palmeó el pescuezo del animal.

—Ricardo —dijo, mirando al escudero con los ojos bien abiertos—, menudo misterio. El hombre con quien recorriste todo el reino era, después de tantos enredos, tu verdadero padre.

—Mi señora —contestó el escudero, encogiendo los hombros—, siempre se comportó como tal, excepto en el nombre. —Miró a su padre, que ya había llegado a su posición—. Pero los jóvenes muchas veces no piensan, y aceptan como algo natural aquello que se les da generosamente.

—¿Vencerá? —preguntó Emmeline, con un tono que reflejaba claramente su preocupación.

—No lo sé. —Ricardo se volvió hacia Bremner—. ¿*Sir Philip* es un buen guerrero?

—Uno de los mejores —respondió Bremner, con expresión grave—. Es un jinete de primera y tiene un dominio excelente de la espada. Además, pelea por su vida. — Se interrumpió al ver que Manning iba a dar la orden para que se iniciara el combate.

Ricardo observó nervioso cómo los caballeros se preparaban para la carga. Ambos levantaron las espadas, poniéndose de costado, mientras hacían todo lo posible para controlar a los caballos que, a pesar de la nieve, escarbaban el suelo. Le pareció que tardaban una eternidad. Era consciente de los árboles oscuros que rodeaban la palestra; de los graznidos de los cuervos; de la presencia de Emmeline, inmóvil a su lado. Incluso *Bayard* permanecía tranquilo. Manning y Grantham se apartaron de la línea de carga. Después se detuvieron y levantaron las manos. Los dos guerreros se prepararon. Los cuervos redoblaron los graznidos. Ricardo miró los cadáveres del combate del día anterior, y se preguntó si sus fantasmas estarían presentes para contemplar el combate a muerte... Se apiñaban tantas preguntas en su mente... Se sentía aturdido. No conseguía encajar todas las piezas para formar una figura. Lo único que sabía era que había perdido a su padre, y lo había vuelto a encontrar sólo para enfrentarse a la perspectiva de perderlo para siempre.

—¡Ahora! —gritó Manning bajando la mano.

Los dos caballeros tiraron de las riendas. Los caballos avanzaron primero al paso, después al trote. *Barleycorn* se adelantó, con el arco preparado. Los duelistas iniciaron la carga. Los golpes de los cascos de los caballos lanzados al galope resonaban como truenos; el sol arrancaba destellos de los yelmos y las espadas levantadas. Ricardo contuvo el aliento. Chocaron con un ímpetu tremendo, los caballos resbalaron y perdieron pie en la nieve, pero los dos hombres permanecieron montados como si estuvieran pegados a las sillas. Comenzaron a descargar mandobles, utilizando todas sus fuerzas, sus caballos y sus armas para abatir al oponente.

Los primeros golpes fueron rápidos y furiosos, pero muy pronto los dominó el cansancio. Se apartaron, sosegando a los caballos. Pasados un par de minutos, volvieron a enfrentarse con gran estrépito de acero, cada uno intentando rodear al otro, en busca de la más mínima ventaja. Lord Roger luchaba como un hombre

poseído, pero Ferrers lo hacía con la calma y la frialdad de un asesino. Ricardo no pudo menos que admirar la facilidad y la gracia con que gobernaba a su caballo, al tiempo que descargaba un golpe tras otro contra la cabeza de su rival. Hubo un par de ocasiones en las que Ricardo volvió la cabeza cuando Ferrers, al ver una abertura en las defensas de su padre, lo golpeó en el cuello. Muchas veces, los contraataques de lord Roger se quedaban cortos, porque Ferrers se aprovechaba de su habilidad con el caballo para apartarse. Los caballos también participaban en el duelo lanzando coces. Lord Roger, en una maniobra imprevista, hizo girar a su montura con tanta velocidad que levantó una nube de nieve y arrolló a Ferrers. El choque fue tan violento que el caballo de Ferrers perdió pie y comenzó a caer. Ferrers intentó evitarlo, pero, al comprender que era inútil, quitó los pies de los estribos y se apeó de un salto. El corcel escapó espantado en busca de la protección de los árboles. Ferrers se irguió, con la espada en alto.

—¡Oh, no! —exclamó Emmeline—. ¡Muy noble y valiente, pero también una estupidez!

Lord Roger acaba de desmontar, negándose a aprovechar la ventaja sobre su rival. Sir Philip ni siquiera esperó a que el caballo se apartara, sino que atacó de inmediato, lanzando mandobles contra la cabeza de lord Roger. El padre de Ricardo esquivó hábilmente los golpes mortales de Ferrers.

Los dos caballeros descansaron unos minutos; los jadeos se escuchaban con toda claridad en el silencio de la palestra. Reanudaron el duelo. Fintas, paradas, espadas a fondo. Ferrers retrocedió. Hizo un amago, para después atacar con todas sus fuerzas, seguro de que esta vez no se le escaparía la víctima. Sin embargo, lord Roger se apartó justo a tiempo y, mientras el golpe se perdía en el aire, contraatacó con una rapidez vertiginosa. Su espada se movió como un rayo, cercenando la cabeza de Ferrers de un solo tajo. Emmeline chilló. Ricardo desvió la mirada mientras la cabeza rodaba por la nieve blanda. El cuerpo permaneció erguido durante unos momentos, lanzando al aire un chorro de sangre como si fuera el surtidor de una fuente, y acabó derrumbándose. Lord Roger clavó la punta de la espada en la nieve y se arrodilló para rezar junto al cadáver de su enemigo. Luego se levantó y, con paso tambaleante, se acercó para echarse en brazos de su hijo. El escudero lo estrechó contra su pecho con todas sus fuerzas, sintiendo los furiosos latidos de su corazón y el calor de su aliento en las mejillas.

—Lo siento —susurró lord Roger—. Pongo a Dios por testigo, hijo mío, de que lamento lo que he hecho.

—Ya se ha acabado —declaró Ricardo—. Para siempre. Estás vindicado ante Dios y los testigos de la ley.

Lord Roger se apartó con una sonrisa.

—Ojalá tu madre pudiera estar aquí —manifestó, y las lágrimas volvieron a aparecer en sus ojos—. Ojalá pudiera ver al hijo que siempre había deseado convertido en el hombre que deseaba que fueras. Mientras viajábamos por el reino —

añadió—, algunas veces, durante la noche, me sentaba a mirarte durante horas, con el deseo de poderte decir la verdad, pero consciente de que sería demasiado peligroso. Te enseñé todo lo que sabía. —Lord Roger sonrió—. Antes de abandonar Inglaterra, mientras concentraban las tropas en Dover, creo que alguien me reconoció: uno de los caballeros de la casa real. Barleycorn y yo decidimos que había llegado la hora de actuar.

—¿Barleycorn? —exclamó Ricardo, atónito. Miró al maestro arquero, que lo saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Así es. Barleycorn ha estado conmigo desde el primer momento. —Lord Roger hizo un ademán—. Pero todo eso te lo contaré más tarde.

—¿Así que fuiste tú quien se reunió con Barleycorn en la carretera de Epping?

—Sí. Te seguí desde el momento que marchaste de Poitiers. Cuando desembarcaste en Dover, Barleycorn estaba allí, esperándote.

Ricardo sonrió al tiempo que se rascaba la cabeza.

—Tenía la sensación de que no estaba solo, pero ¿en Poitiers?

Lord Roger se encogió de hombros.

—Fue más fácil de lo que tú crees. El campo de batalla era un infierno. Caía la noche. Cuando pasamos por una de las aldeas, compré una vejiga de cerdo llena de sangre. —Sonrió—. Preparar el escenario también resultó sencillo: una zanja oscura y fangosa, bien apartada de las tropas francesas. En cuanto te marchaste, esperé un rato y te seguí.

Ricardo recogió el yelmo de su padre, que estaba a sus pies junto con las demás piezas de la armadura. Miró el lugar donde yacían la cabeza y el cuerpo de Ferrers.

—¿Así que tú planeaste todo esto?

—¿Es que vamos a quedarnos pasando frío el resto del día? —gritó Grantham.

—¿Qué vamos a hacer con los restos de *sir Philip*? —preguntó Manning.

—¡Lo que queráis! —respondió lord Roger, con un tono desabrido—. Para mí, es historia pasada. —Fue a buscar a su caballo—. «Que los muertos entierren a los muertos» —añadió, citando las Escrituras—. Vi a Buthlac cuando se marchaba. Ya vendrán los hombres del alguacil. Ellos se encargarán de cavar las fosas.

Emmeline se acercó y, con una expresión tímida, cogió la mano de Ricardo.

—Se ha acabado —afirmó, con los ojos brillantes por la excitación. Contempló la palestra—. ¿Recuerdas los Evangelios, Ricardo? ¿El campo que el sumo sacerdote compró con el dinero que devolvió Judas? ¿Cómo se llamaba?

—Hacéldama, el campo de la sangre —contestó el escudero.

—Sí. Pues éste es un campo de sangre, Ricardo: un lugar de justos castigos y venganza. La primera vez que lo vi, creí que era un campo de sueños. —Miró hacia donde estaba lord Roger, rodeado por sus caballeros, aceptando sus felicitaciones—. Es un lugar de pesadillas —añadió. Se estremeció y se ciñó la capa a los hombros—. Vamos, Ricardo; no hay nada como un buen fuego y el vino caliente para calentar nuestros cuerpos. Tu padre tiene muchas cosas que contarnos.

Regresaron a pie por el sendero, con los caballos sujetos de las bridas. *Bayard* se mostraba inusualmente tranquilo, como si la violencia de la palestra le hubiera consumido toda la energía y el espíritu. A Ricardo le pesaban las piernas, y notaba un regusto extraño en el estómago y el fondo de la garganta. Se dio cuenta de que durante el duelo librado por su padre, se había mordido el labio hasta sangrar. Se lo limpió mientras se preguntaba si su padre iría a Londres para reclamar el perdón. Llegaron a la casa; lord Roger entró en el patio, guiando a su caballo como si nunca se hubiera marchado. Gildas y Barleycorn se hicieron cargo de las cabalgaduras. Les quitaron las monturas y los cepillaron mientras los demás se dirigían a la cocina. Ricardo ayudó a Emmeline a encender el fuego y comenzaron a preparar vino caliente en el perol más grande que tenían. Su padre ocupó el lugar que le pertenecía por derecho en la cabecera de la mesa, con los caballeros asediándolo a preguntas. Lord Roger los escuchaba; unas las respondía con un gesto y otras, con un gruñido. El escudero fue a sentarse a su lado.

—Fuiste tú, ¿no es así? —preguntó Ricardo—. Estuviste en la casa todo el tiempo.

En el rostro de lord Roger apareció una sonrisa.

—Desde luego —afirmó. Miró a Emmeline, apoyada en la chimenea, con la mirada puesta en las fogaradas—. Tu madre solía ponerse allí de la misma manera —comentó en voz baja para después mirar el desorden y la suciedad—. Pero entonces era diferente: las paredes estaban pintadas, las ollas y las sartenes relucían como el oro, el aire siempre olía a pan recién hecho y a carne asada. Las doncellas y los criados... —Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y sujetó a Ricardo por las muñecas—. Tú no lo recuerdas, pero te sentabas a jugar con un caballo de madera que yo te había hecho. Creía que éste era mi paraíso. —Meneó la cabeza—. Nunca imaginé que entraría la serpiente.

Hizo una pausa para dar las gracias a Emmeline con una sonrisa cuando la muchacha puso sobre la mesa una bandeja con las copas llenas de vino caliente y un montón de trapos para cogerlas sin quemarse las manos. Lord Roger cogió la suya y la probó con cuidado, aspirando con fruición el olor de las hierbas.

—Sí, era yo. Crokehurst es como una conejera, llena de pasadizos secretos.

—Encontré uno que acaba detrás de la chimenea —comentó Ricardo.

—¡Ah!, ése. Hay muchos más; en las bodegas, en el desván, entre los muros. —Bebió un trago de vino—. Nuestros antepasados eran contrabandistas. A menudo tenían que ocultarse ellos junto con su mercancía. Utilicé las galerías secretas. Escuché todo lo que se decía.

—¿Qué era todo aquello de los mensajes en las paredes? —preguntó *sir* Grantham.

Lord Roger hizo girar la copa entre las palmas de las manos para aprovechar el calor.

—Sabía que el asesino era uno de vosotros —respondió—. También sabía que

nunca más se presentaría otra oportunidad como ésta. Quemé el puente. Escribí los mensajes en las paredes y, cuando los forajidos atacaron, acudí en vuestra defensa.

—¿Dónde escondías el caballo y la armadura? —quiso saber Emmeline que vino a sentarse junto a Ricardo.

—En el bosque, al otro extremo de la isla, hay un sendero secreto, impenetrable incluso durante el verano. Conduce a una cueva, caliente y seca, capaz de albergar a un hombre y a su montura. Tenía provisiones suficientes para resistir un asedio. Estuve contigo desde Colchester —comentó—. Después marché delante de ti. Todo estaba preparado. Hace años le gané la armadura y el caballo a un caballero en un torneo. Los tenía aquí. Regresaba a la isla de vez en cuando y, en un par de ocasiones, Buthlac estuvo a punto de sorprenderme. —Lord Roger bebió un trago—. Un día —prosiguió en voz baja— me di cuenta de que no era el único que venía aquí. Los buscadores de recuerdos y los vendedores ambulantes no eran un problema; los podía ahuyentar fácilmente. Después de todo, la casa está embrujada. —Sonrió, avergonzado—. No me pareció mal contribuir a la fama. No obstante, en otras ocasiones tuve el presentimiento de que alguien más había vuelto; alguien relacionado con el misterio, como si estuviera buscando algo. —Encogió los hombros—. Pero no tenía tiempo para tenderle una trampa y, si lo hubiera hecho, ¿qué podía demostrar? Un hombre como Ferrers no tendría ningún empacho en mentir; podía declarar que venía para rendir un tributo. —Lord Roger se inclinó hacia delante para palmear el hombro de su hijo—. Por supuesto, tú siempre estabas esperándome en alguna taberna o en un castillo. Me disfrazaba cuando era el momento de abandonar la isla y salía de Essex antes de que nadie pudiera reconocerme.

—Dudo mucho que pudieran —opinó Grantham—. Lord Roger, los años os han cambiado. Sólo después de mucho miraros sentado aquí recuerdo al hombre a quien una vez serví. Pero ¿por qué todo esto?

—Era la única manera —replicó lord Roger. Cogió la copa con las dos manos y se la llevó a la boca para beber lo que quedaba de vino—. El día es largo y la casa está en paz. Permitidme que os lo cuente todo desde el principio.

Capítulo III

—Habéis deducido correctamente la mayor parte de la historia —afirmó lord Roger—, así que no os cansaré con repeticiones. Lord Simón Fitzalan y yo creíamos, muy a nuestro pesar, que uno de los caballeros a mi servicio vendía secretos a los franceses. —Extendió las manos en un gesto—. Pero ¿quién? Las sospechas recaían sobre esta o aquella persona según nuestros caprichos.

—Pero, si eso es cierto —preguntó Ricardo—, ¿por qué Ferrers escogió ese momento para atacar?

—No te lo puedo contestar porque no lo sé. Recuerda que sólo era cuestión de tiempo que la verdad saliera a la luz. Quizá la señora Catalina llevó las cosas a un punto insostenible. Tal vez actuó con mayor insistencia y se mostró dispuesta a hacer pública su adulación a Ferrers.

—¿Lord Simón lo sabía? —preguntó Emmeline.

—Comenzaba a sospechar —respondió lord Roger—, pero, una vez más, se comportó como el perfecto caballero que era. Supuso que el problema se arreglaría por sí solo. —Hizo una pausa—. Poco antes de que lo asesinaran, lord Simón mencionó que deseaba discutir un asunto conmigo. Hizo mención de determinadas pruebas, pero insinuó que se trataba de un tema personal.

—Es de suponer que vio a Ferrers llevar los colores de la señora Catalina durante el torneo, ¿no es así?

—Algo que en sí mismo era bastante inocente —comentó lord Roger—. No era suficiente para colgar a un hombre. —Hizo una mueca—. Después de todo, no es algo fuera de lo común que un caballero lleve los colores de una dama. —Esbozó una sonrisa—. En un par de ocasiones, lord Simón llevó los de mi esposa. Era una cortesía, un cumplido, aunque reconozco que a lord Simón no le hizo demasiada gracia. Ferrers era un mujeriego. Fitzalan le había puesto un apodo: *Ojos Libidinosos*.

—¿Por supuesto! —le interrumpió Ricardo—. Buthlac os escuchó mencionar el apodo pero lo entendió mal, porque en realidad no estaba espiando.

—Sí, supongo que ambos pretendíamos asegurarnos de que Ferrers era un hombre honorable —manifestó lord Roger, con una sonrisa triste—. Sin embargo, el verdadero peligro era la señora Catalina. Si admitía la relación amorosa con Ferrers, entonces sólo era cuestión de tiempo antes de que Fitzalan comenzara a sospechar que su esposa había permitido a su amante el acceso a los documentos secretos. —Bebió un trago de vino de la copa que le acababa de llenar Emmeline y entrecerró los ojos mientras recordaba el pasado—. Pero había algo más que quizá Ferrers oyó por casualidad: la situación se había vuelto muy grave; lord Simón estaba de acuerdo en que no podíamos pasarnos el resto de nuestras vidas tratando de adivinar la identidad del traidor.

—¿Fue entonces cuando mantuvisteis aquella violenta discusión? —intervino

Bremner.

—Sí, sí; fue entonces. A lord Fitzalan no le gustó nada mi propuesta, pero acabó por aceptarla. —Lord Roger inspiró profundamente—. Perdonadme, señores, por lo que os diré ahora: decidimos pedir a Londres que nos enviaran tropas, porque os íbamos a arrestar a todos.

Sus palabras motivaron una protesta general. Lord Roger levantó una mano, al tiempo que meneaba la cabeza en señal de disculpa.

—¿Qué podíamos hacer? ¿Qué otra cosa podíamos hacer? —murmuró. Se pasó una mano por el rostro avejentado—. En cuanto regresarais a vuestros señoríos, la traición hubiera continuado. Decidí enviar a mi escudero, Gilbert Savage, con una carta en la que solicitaba el envío de las tropas. Savage no salió nunca de esta isla. Alguien le tendió una emboscada, lo asesinó y se llevó la carta. De esto sólo me enteré después de ocurrida la tragedia. Estoy seguro de que Ferrers decidió actuar en cuanto leyó la carta. Los asesinatos fueron sencillos: invitó a la señora Catalina a una cita y la mató. A mí me golpeó en la cabeza, me arrastró hasta las caballerizas y lo arregló todo para hacerme parecer el asaltante, un borracho que había asesinado a su señor y a su esposa.

—¿Así que no fue un sirviente quien mató al barón? —señaló Emmeline—. Creíamos que podía haber sido alguien de la servidumbre.

—No, de ninguna manera. Lord Simón permitió la entrada de Ferrers a su habitación. Quizá confió en que el caballero se presentaba para explicarle como algo libre de toda malicia el hecho de haber llevado los colores de la señora Catalina en el torneo. Fue una víctima fácil. Mientras el barón agonizaba en el suelo, tuvo que ver mi escudo de armas en la chimenea y comprendió lo que había sucedido. De ahí sus últimas palabras: «No hay nada nuevo bajo el sol», un auténtico grito de desesperación. —Lord Roger exhaló un suspiro—. Fitzalan se refería a la barra de hierro en las garras del águila, un juego de palabras con el nombre de Ferrers.

—Nos dijisteis —intervino Grantham— que Gilbert Savage, vuestro escudero, os había visitado en la prisión de Colchester.

—Así es, efectivamente. Ya había trazado un plan para fugarme. Seamos francos, caballeros: no podía confiar en ninguno de vosotros. Uno de vosotros era un traidor y un asesino. En los calabozos de Colchester recibí la visita de dos personas. —Miró a Emmeline con una expresión de tristeza—. Vuestro padre, Hugo, un buen amigo y aliado, que se presentó en compañía de un joven guardabosques. —Señaló a Barleycorn—. Veréis, también le envié un mensaje a Cuthbert para que se encontrara con Gilbert cuando saliera de la isla y lo llevara por la ruta más rápida a través del bosque hasta Londres.

—Yo era amigo de tu padre, además de oficial del reino —manifestó el maestro arquero volviéndose hacia Ricardo—. Ambos fuimos alumnos en la misma escuela de Colchester; somos amigos de la infancia. Cuando Savage no se presentó en el lugar acordado —añadió Barleycorn— y me enteré del escándalo, de los asesinatos

en la isla, comprendí que había ocurrido algo terrible. Os llevé a ti y a tu madre conmigo. Nadie me prestó la menor atención. Después fui con Hugo Coticol a ver a tu padre. Le llevé dinero, una daga y un poco de vino con un somnífero para el carcelero.

—Escapé del calabozo —dijo lord Roger, retomando el relato— y me encontré con Barleycorn en el bosque. Al día siguiente encontramos el cadáver de una víctima de los forajidos, un mercader. —Hizo una pausa para beber un trago de vino—. Que Dios nos perdone, pero estábamos desesperados. Vestí el cadáver con mis prendas y lo arreglé todo para que pareciera que me había ahogado cerca de un molino. —Se enjugó las lágrimas—. Me afeité, me corté el pelo y después visité en secreto a la señora María, pero su mente desvariaba. Así que fui a ver a Hugo Coticol para recogerte. Cuthbert regresó al bosque. Tú y yo escapamos bien lejos de Essex. Durante años nos mantuvimos al norte del Trent. Desde luego, el tiempo pasa y la gente olvida. Tú eras el hijo que siempre había deseado. —Una vez más, se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. La señora María había muerto y el paso del tiempo había cambiado mi apariencia. Nadie sospechaba que el pobre caballero que viajaba de castillo en castillo con su humilde escudero había sido una vez el gran lord Roger Greenele, amigo y compañero del rey, miembro de su consejo privado y propietario del señorío de Crokehurst.

—Un momento, un momento. —*Sir Walter Manning* se acomodó en el taburete—. Lord Roger, acepto vuestra palabra. Nosotros nunca os olvidamos. —Encogió los hombros con un movimiento rápido—. ¿Nunca nadie os reconoció?

—Os digo que mi apariencia había cambiado —insistió lord Roger, meneando la cabeza—. La gente ve lo que quiere ver. Además, siempre procuraba no estar demasiado tiempo en un mismo sitio para no despertar sospechas. No olvidéis —añadió— que se me daba por muerto. Mi abogado y Barleycorn habían identificado el cadáver.

—Sin embargo, ¿regresasteis a Essex? —preguntó Grantham.

—En secreto. Sabía que la isla de Crokehurst guardaba la clave de todo este misterio. Sin duda tenía que descubrir algo, algún documento, cualquier cosa que señalara al verdadero asesino. —Suspiró—. Pasaron los años. Ricardo creció hasta convertirse en un muchacho. Estaba al corriente de las noticias relativas a vosotros y de vuestra prosperidad, pero ¿qué podía hacer?

—No obstante —le interrumpió Manning—, Ferrers sabía que no podíais ser Gilbert Savage. Fue él quien mató al escudero, ¿no es así?

—Efectivamente —respondió lord Roger—. Por ese motivo decidí llevar el nombre de Gilbert. Siempre confié, siempre recé para que un día uno de mis caballeros se presentara buscando al supuesto Gilbert Savage. Quien lo hiciera, sabría que el verdadero Savage estaba muerto y, por consiguiente, tendría que ser el asesino.

—Está muy claro que Ferrers era un cabrón con nervios de acero —opinó Grantham.

—Sí, lo era —asintió lord Roger—. No perdió la serenidad. No sé si sabía que yo estaba vivo, pero lo que hizo fue no moverse y esperar a los acontecimientos.

—¿Qué pasó conmigo? —intervino Ricardo.

—Perdóname, hijo mío —se disculpó el señor de Crokehurst—. A medida que pasaban los años, me sentía cada vez más desesperado. Mi amargura crecía por momentos, mientras me preguntaba una y otra vez cómo podía salir de la trampa en que me había metido. Cuando me acercaba a Essex, mantenía algún encuentro con Cuthbert o Hugo. Ellos me informaban de las novedades de la tierra y de las actividades de mis cinco caballeros. Por supuesto, Ferrers era muy astuto. No sólo rehusó averiguar quién se estaba haciendo pasar por Gilbert Savage, sino que además dejó de actuar como un traidor a sueldo de los franceses. —Lord Roger hizo una pausa y le tendió la copa a Emmeline para que le sirviera más vino—. Cumpliste dieciocho años. Entonces, como respuesta a mis plegarias, el Príncipe Negro ordenó el reclutamiento general; estaba dispuesto a ir a Francia al frente de un gran ejército. Naturalmente, mis caballeros no fueron: había hombres mucho más jóvenes ansiosos por hacer fortuna. Cuthbert y yo nos reunimos una noche en las afueras de Dover para trazar nuestros planes. Hugo Coticol se unió a nosotros. Yo simularía mi muerte y Ricardo regresaría a Crokehurst y enviaría las invitaciones a mis caballeros. —Le dedicó a su hijo una sonrisa afectuosa—. Al principio, todo salió bien. Mi muerte en la zanja, el seguimiento posterior para asegurarme de que no corrías ningún peligro. En cuanto desembarcaste en Dover, el bueno de Barleycorn se convirtió en tu sombra. Tienes razón: era una apuesta desesperada. Uno de nosotros, si no ambos, podría haber muerto en Francia, pero el buen Dios nos sonrió. Al menos, hasta que llegamos a Inglaterra, cuando dos cosas salieron mal. Primero, el estallido de la peste en Colchester. Segundo, la amarga lucha de Barleycorn contra los forajidos. Aparte de eso... —Lord Roger se encogió de hombros.

—¿Cómo sabías que los caballeros aceptarían la invitación? —preguntó Ricardo.

—Por supuesto que aceptaríamos —manifestó Grantham—. Habíamos hecho un juramento y todos nosotros teníamos nuestras propias sospechas. Es curioso, pero Ferrers fue quien mostró el mayor entusiasmo y nos alentó a que viniéramos.

—Naturalmente —afirmó lord Roger—. A Ferrers debía consumirlo la curiosidad. ¿Estaba seguro? ¿Habrían descubierto algo nuevo? Vino aquí dispuesto a cometer otros asesinatos.

—Por otra parte, en cuanto llegamos —apuntó Bremner— os asegurasteis de que nos quedaríamos.

—Así es. Quemé el puente. También me mostré ante mi hijo. Deseaba que supiera que no estaba solo. Por encima de todo lo demás, quería que todos vosotros reflexionaraís. Ésa es la explicación del ataque de Cuthbert: las flechas que me disparó estaban preparadas para romperse. No hay nada como la superstición para avivar el ingenio y hacer que la gente se sienta nerviosa.

—¿Cuál es la explicación de los pasos en la galería? —preguntó Emmeline.

—Crokehurst es un nido de pasadizos secretos y los utilicé en mi beneficio. Escuché el enfrentamiento entre Ferrers y mi hijo, cosa que permitió que me preparara y llegara a la palestra antes que vosotros. Hay un pasadizo subterráneo que sale de la casa y llega hasta muy adentro del bosque. Estuve enterado de lo que se decía y se planeaba en todo momento. —En su rostro apareció una sonrisa triste—. Mejor dicho, casi todo, excepto el asesinato de Beaumont. Podría haber atrapado a Ferrers, pero estaba ocupado en otro lugar.

—¿Los forajidos? —preguntó Manning.

—Así es. Me preocupó mucho la llegada de Ratsbane, Dogwort y sus forajidos. Utilicé los cadáveres, las cabezas decapitadas de los exploradores para aumentar vuestros temores.

—¿Qué esperabais conseguir? —le interrogó Gildas, impulsado por la curiosidad.

—Venga, mago y autoproclamado curandero —exclamó lord Roger con una sonrisa—. Se puede despertar la sensación de culpa con mucha facilidad. Pretendía que el asesino perdiera los nervios. —El lord cogió la mano de Ricardo—. Calculé mal. Ferrers tenía un corazón de piedra. Tenía el alma de un demonio. Fuiste tú quien consiguió atraparlo. Ahora se ha hecho justicia. —Se levantó para estirar los músculos.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Ricardo, que no quería perder de vista a su padre ni un segundo.

—Nos quedaremos aquí hasta que regrese Buthlac —contestó lord Roger. Miró a los presentes con expresión severa—. Os quedaréis todos. Me entregaré al alguacil para que me lleve a Londres. ¿Me acompañaréis?

Todos manifestaron su asentimiento con grandes voces.

—¿Nos queda vino? —preguntó lord Roger. Luego cruzó la cocina para acercarse a Emmeline y darle un abrazo—. Siento mucho la muerte de tu padre, pero todo lo que tengo es ahora tuyo. —Se apartó para mirar a los demás—. Lo mismo es cierto para todos vosotros: Bremner, Grantham y Manning. Acudisteis a la llamada y nunca lo olvidaré. Gildas, Barleycorn, Crokehurst también será vuestra casa. Los banqueros de Londres todavía guardan mi dinero. El rey me devolverá mis tierras y decretará el indulto.

—¿Vendrás a vivir aquí? —preguntó Ricardo, ansioso.

Lord Roger meneó la cabeza tristemente. Se acercó al escudero.

—No, hasta dentro de algún tiempo —respondió con lágrimas en los ojos—. Tengo asuntos pendientes. La noche que murió tu madre, fui a una pequeña capilla y formulé un juramento ante la imagen de la Virgen. Si ella me ayudaba a que se hiciera justicia, si me permitía descubrir y enfrentarme al verdadero asesino, iría en peregrinación al templo de Santiago de Compostela y después, al este, a Jerusalén. —Levantó una mano—. Esta vez —añadió con voz suave—, no podrás acompañarme. Debo ir solo. Crokehurst necesita un dueño, y la hermosa Emmeline tiene sus propios proyectos. Volveré. Ahora, bebamos lo que queda de vino y celebremos el

reencuentro.

Ricardo ayudó a Emmeline a servir el vino para disimular la tristeza que le había provocado el anuncio de su padre.

—¿Sabías que Buthlac había encontrado el anillo? —preguntó Ricardo, sentándose junto a su padre.

Lord Roger meneó la cabeza.

—No, siempre me mantuve bien lejos del ermitaño. No es tan tonto como quiere hacer ver. En un par de ocasiones, nuestros caminos estuvieron a punto de cruzarse. —Lord Roger llamó a Barleycorn—. Cuthbert, tu pleito con los forajidos se ha acabado; los cadáveres de Ratsbane y Dogwort se congelan en la nieve.

—El chiquillo huyó —dijo el arquero—. Hay uno de la banda que sigue vivo.

—No era más que un mocoso —se burló lord Roger—. Lo vi cruzar el vado. No está hecho de la misma pasta que su padre.

Emmeline se acercó a la mesa con una jarra de vino caliente, dispuesta a llenar las copas. Lord Roger le hizo sitio en el banco.

—¿Llegaste a sospechar en algún momento? —le preguntó a su hijo.

—No, en realidad no —contestó Ricardo—. Cuando te vi cargar, algo se agitó en mis recuerdos, pero nada concreto. Nunca imaginé que fuera posible.

—¿Qué dices tú, Emmeline?

La joven meneó la cabeza.

—Ni por asomo me pasó por la cabeza algo así —respondió con voz suave—. Mi padre y yo estábamos muy unidos, pero ni una sola vez hizo el más mínimo comentario. Desde luego, sabía que había un secreto: mientras agonizaba consumido por la fiebre, mencionó vuestro nombre.

—Un buen hombre —afirmó lord Roger—. Ahora, mi señora, llena nuestras copas. ¡Ha llegado el momento de hablar de la boda!

Epílogo

En el refectorio de los frailes, el terrateniente hizo una pausa y miró a sus compañeros de peregrinación.

—Gentiles damas y caballeros, la historia se ha acabado.

—Entonces, ¿ocurrió de verdad? —preguntó la priora, quien, a pesar de ser una hora tan avanzada de la noche, no se había perdido ni una sola palabra del relato.

—Por supuesto —contestó el terrateniente—. Nuestro buen amigo aquí presente, *sir* Godfrey, acompañó al rey a Crokehurst. Nuestro buen párroco lo sabe todo de las tumbas y de las misas que lord Roger mandó oficiar por los que murieron.

—¿Qué pasó con Ferrers? —preguntó el marino.

—A Ferrers lo enterraron como un traidor con los demás —manifestó el terrateniente, con un tono desabrido.

—¿El escudero se casó con la hermosa Emmeline? —La comadre de Bath se inclinó hacia delante, con una amplia sonrisa que dejaba ver los huecos entre los dientes.

—Claro que sí. Se casaron —dijo el terrateniente, devolviéndole la sonrisa—. El rey en persona asistió a la boda. La próxima vez que paséis por los andurriales de Essex, id a hacer una visita al señorío de Crokehurst. Si vais en verano veréis los palomares arreglados, las conejeras llenas y los jardines cubiertos de las más hermosas flores. La casa ostenta su antiguo esplendor. Lord Roger se sienta en el huerto y mira jugar a sus nietos. Tiene cinco: tres niños y dos niñas, sanos y fuertes. Ricardo y Emmeline siguen tan enamorados como el día que se conocieron en Colchester, cuando ésta estaba asolada por la peste.

—¿Qué hay de los fantasmas? —preguntó el vendedor de indulgencias—. Quiero decir —*Mine Host* lo miró sin ocultar su curiosidad. Por lo general, el hombre hablaba con una voz chirriante y se tironeaba el pelo teñido de amarillo, pero ahora su voz era muy distinta: suave y bien modulada.

—¡Ah! —exclamó el terrateniente en el acto, como si quisiera ocultar el desliz del vendedor de indulgencias—. En invierno, cuando el lago se hiela y la niebla se extiende por los campos de Essex, se cuentan historias al amor de la lumbre. Hablan de cómo, durante la noche, se ven los fantasmas de Dogwort y Ratsbane cruzando el vado, y cómo algunas veces, muy poco antes del alba, se pueden ver desde la gran palestra las siluetas de los hombres que combaten, escuchar el zumbido de las flechas, el choque de las armas y los gritos de los hombres trabados en mortal combate. —Encogió los hombros y levantó la copa—. Pero no son más que historias: Crokehurst vive en paz. —¿Y vos quién sois?— preguntó la priora. El terrateniente se palmeó la prominente barriga. —Veréis, no soy *sir* Ricardo; *Buthlac* es cojo (¡ah!, me olvidaba: él todavía vive allí); no soy *Gildas*, y *Barleycorn*... sólo Dios sabe qué ha sido del maestro arquero. Yo sólo soy un amigo, un viajero que conoce lo ocurrido.

—Decidme una cosa —intervino el magistrado—. Cuando trabajaba en la Cancillería recuerdo haber redactado cartas para el sello del rey, autorizando la devolución de Crokehurst y todas sus tierras a la familia Greenele. En aquellos documentos se hacía mención de Gildas y Barleycorn, y se decía cuan generosamente les había recompensado el rey.

El terrateniente hizo una mueca.

—Señor, no sé absolutamente nada al respecto. —Se desperezó—. Es tarde. Mañana tenemos que proseguir nuestro viaje.

—Las historias sobre Ratsbane y Dogwort me han asustado —declaró la priora con una mirada coqueta al abogado—. Si Capucha Negra y su banda acechan por el camino, quizá lleguen a atacarnos.

—Lo dudo mucho —afirmó el terrateniente, mirando al ujier a la cara—: vamos bien armados. *Sir Godfrey* es un gran guerrero; no le costaría hacer con los sicarios de Capucha Negra lo que lord Roger Greenele hizo en la isla de Crokehurst. Además, ellos no están hechos de la misma madera que Dogwort y Ratsbane. —Jugueteó con la borla de su cinturón—. Capucha Negra tendría que andarse con cuidado —comentó en voz baja—. Cualquiera día de estos atacará a un grupo de peregrinos y descubrirá que es una trampa. —Sonrió, divertido—. Quizás un grupo como el nuestro.

El molinero se levantó para soplar la gaita. La nota hizo chirriar los dientes de los demás peregrinos.

—¡Puede que esté borracho! —vociferó—. ¡Pero me importa un rábano el tal Capucha Negra! Llevo una espada ancha y bien afilada. Moleré los cráneos de sus secuaces como muelo mi harina. —Volvió a sentarse entre los murmullos de aprobación de sus compañeros.

El terrateniente dejó la copa sobre la mesa y fue a hablar con el médico, que estaba sentado en un rincón. Charlaron sin mucho entusiasmo sobre las tabernas y las tiendas de Canterbury. En todo momento mantuvo un ojo puesto en el ujier, que se acercó disimuladamente a la puerta y salió. Unos minutos después lo siguió el vendedor de indulgencias. El terrateniente dio por acabada la charla y salió al patio. Se detuvo a contemplar las estrellas y a disfrutar de la fresca brisa nocturna. Luego se dirigió a los establos, donde su viejo caballo comía manojos de heno. El animal relinchó complacido y volvió la cabeza. Mordisqueó delicadamente la manzana que le ofreció el terrateniente y golpeó el suelo con los cascos para demostrar su contento.

—Todavía eres un gran caballo, *Bayard* —murmuró el terrateniente—. Igual que tu amo, tienes un gran corazón y un espíritu noble. Siempre te he tenido por el más generoso de los regalos. —Apoyó la cabeza en el flanco del animal—. Tú y yo hemos visto muchas cosas —añadió—. Les he contado la historia de cómo trajiste a Ricardo desde Francia. Sin ti, quizás ahora no estaría vivo.

El terrateniente le dio el resto de la manzana y volvió a salir al patio empedrado. Oyó un sonido a la izquierda y vio al vendedor de indulgencias de pie en las sombras.

—Bueno, bueno, mi viejo amigo. ¿Qué ha visto? —preguntó el terrateniente.

El vendedor de indulgencias se acercó, riendo por lo bajo.

—Nuestro amigo el ujier salió a la carretera. Lo escuché silbar en la oscuridad. Alguien vino a su encuentro. Luego regresó, con cara de espanto.

—Supongo que tomó buena nota de la advertencia —comentó el terrateniente, acercándose un poco más—. Lo que ha hecho es avisar a su amigo de la banda de Capucha Negra que más le vale dejarnos en paz.

—¿Crees que lo sabe? —preguntó el vendedor de indulgencias—. ¿Crees que tiene la más mínima sospecha, Cuthbert, de quiénes somos tú y yo en realidad?

—¡Me importa un pimiento! —replicó Barleycorn, el terrateniente. Se desabrochó la manga del colete para tocar la muñequera de cuero—. Soy su enemigo y él es el mío. Nunca ha olvidado ni yo tampoco. Todavía pago a hombres para que vigilen los alrededores de Crokehurst. Una de estas noches oscuras, nuestro ujier y sus nuevos amigos quizá viajen al norte para saldar viejas cuentas.

—¿Debemos esperar hasta entonces? —preguntó el vendedor de indulgencias—. ¿O atacaremos primero?

—Tal vez después de llegar a Canterbury —opinó el terrateniente. Extendió la mano—. Me alegra mucho volver a verte, Gildas. No has cambiado nada.

Gildas suspiró al tiempo que estrechaba la mano de su amigo.

—Como dice el Libro Sagrado...

—¡No empieces otra vez! —exclamó el terrateniente—. ¿Te gusta tu nueva vida?

Gildas se encogió de hombros y miró el cielo estrellado.

—*Sir* Ricardo fue muy bondadoso. Me quedé por lo menos dos años en Crokehurst, pero es difícil ser bueno, Cuthbert, y mantener los pies en el camino de la rectitud. —Se bajó el cuello de la camisa para rascarse la marca roja—. Sin embargo, gané algún dinero y ya sabes que en el camino siempre te enteras de cosas. Cuando descubrí que el ujier participaría en la peregrinación que haces todos los años, consideré que debía decírtelo.

—Es un hombre peligroso —señaló el terrateniente—. Quiere cazarme y yo a él. Sin embargo, Capucha Negra y su banda nos dejarán tranquilos durante lo que queda de viaje.

—¿Todavía tienes tu arco? —preguntó Gildas.

—No —contestó el terrateniente con un tono enigmático—. Pero sé dónde conseguir uno. —Palmeó el hombro del vendedor de indulgencias—. Buthlac te envía sus saludos. Trabaja en las cocinas de Crokehurst; se pasa el día fabricando queso. Se ha convertido en todo un experto. Lord Ricardo y la señora Emmeline te mandan todo su cariño. Quieren que vuelvas.

—No creo que tarde mucho en llegar el día en que me lave el tinte del pelo y tire todas estas chucherías que vendo. —Sonrió con una expresión de lobo—. Pero mañana por la mañana contaré mi historia y le daré al ujier un buen susto. Es sobre tres malandrines que fueron a buscar a la Muerte.

El terrateniente aplaudió contento, y los dos amigos soltaron la carcajada mientras se volvían para regresar al refectorio.

FIN

Notas

[1] Véase La llegada del vampiro. <<